





Cuando la oscuridad se cierne

Peter Blauner

Traducción de María Otero



Título original: *Slipping into Darkness*
Primera edición

© Peter Blauner, 2006

Director de colección: David G. Panadero
Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:
© 2007, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-333-8 Depósito Legal: B-36357-2007

Impreso por Litografía Rosés S. A.
Energía, 11-27
08850 Gavà (Barcelona)
Printed in Spain — Impreso en España

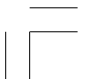
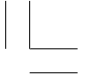
Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. 9

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

A Peg, Mac y Mose

Con especial gratitud y respeto a
Rob Mooney y Michael C. Donnelly,
dos de los mejores.



Prólogo
Fantasmas hambrientos
2003

Tan pronto como atravesó las verjas de hierro forjado y entró en la verde y bucólica extensión del cementerio Criklewood, Francis X. Loughlin escuchó como la tranquilidad de una tarde de mediados de octubre se rompía con los *cracs* y ruidos de una excavadora a pleno funcionamiento.

Miró a su alrededor, intentando averiguar dónde estaban haciendo el agujero. Nada estaba ya donde debía estar. Otro ruido sordo y metálico expulsó a una bandada de gansos que sobrevolaba un mausoleo cerca de Cypress Pond. Vio a los pájaros desaparecer de su campo de visión antes de lo que esperaba, otra señal de que se estaba perturbando el orden natural.

Veinte años.

Al llegar al primer ángel de granito giró a la izquierda y siguió el sonido de la maquinaria por Hemlock Avenue, viendo a su paso jardines con urnas a la sombra de los árboles, catafalcos, sarcófagos por encima del nivel del suelo, a las matronas de la sociedad no muy lejos de los estibadores, a monjas cerca de estrellas de béisbol, a princesas indias junto a los reyes del ropero, las causas naturales al lado de los fallecimientos súbitos.

¿Le facilitaría su trabajo si todos ellos pudieran hablar sobre sus últimos momentos? ¿O tal vez las cacofonías y la confusión serían insoportables? «¿Qué ha ocurrido? ¿Ya está? El 911 es un desastre. ¡Pero lo deseaba tanto!» Se protegió los ojos de una ráfaga de motas de polvo voladoras. ¿Serías realmente capaz de escuchar a una dulce voz de niña decir: «perdone, pero creo que no tendría que estar aquí»?

Avanzó pesadamente por delante de un monumento a los caídos de la Guerra Civil. Un hombre blanco de la categoría de los pesos pesados con un

tres cuartos de cuero, espaldas anchas, pecho etrusco y más o menos la barriga que se merecía a los cuarenta y nueve. El nacimiento de su pelo se había replegado hacia el interior, dejando al descubierto un par de pícaras cejas oscuras sobre una cara de querubín libertino. Sin embargo, seguía gustando a las mujeres porque podía escuchar conversaciones sin interrumpir para ponerse a hablar sobre los Giants y porque parecía un hombre que podía coger las cosas rotas y arreglarlas sin protestar ni quejarse de lo mucho que le había costado hacerlo.

Quizá todavía no hayan pasado veinte años, concluyó. La tierra no estaba tan dura entonces. Había escarcha en las lápidas, carámbanos de hielo en las criptas y las ramas de los árboles parecían vasos sanguíneos rotos en contraste con un cielo blanco inhóspito. Quizá después de Acción de Gracias.

Una brisa cortante hacía estremecer los arcos rojos y depositaba una capa de hojas muertas en sus tobillos. Notó algo pegado en el dobladillo de la pernera y se agachó para quitarlo. Era un billete de cincuenta dólares. Lo cogió y lo examinó, comprobando que no solo era falso sino que además estaba medio quemado. Otra ráfaga trajo consigo una extraña mezcla de aromas de pato asado e incienso humeante. Sus ojos buscaron una explicación por encima de las cruces y en lo alto de la colina, hasta que descubrió a una familia china reunida en una elevación y flores y velas tradicionales alrededor de una urna cubierta con una malla.

—Eh, Francis X., ¿qué pasa¹? —le llamó una voz que se encontraba detrás de él—. Despierta. ¿No nos has visto hacerte señas?

Se giró y vio a unas seis personas delante de una tumba abierta que lo miraban como a un novio que había aparecido borracho en su propia boda. Uno por uno, reconocía a la mayoría de ellos. O bien eran de la oficina del fiscal del distrito o de la del forense. Tras ellos, la excavadora seguía funcionando, cavando un agujero cerca de la lápida: «ALLISON WALLIS, 1955-1983». Una cuchara de acero entró en un agujero poco profundo y salió llena de tierra. Giró y desparramó su carga fuera de los tableros de contrachapado que se habían puesto para proteger la hierba. El olor de la madera al alcanzar la capa superior de la tierra hizo que su estómago se retorciera de las náuseas.

—Eh, Scottie, ¿qué hay? —Francis puso cara de póquer mientras se acercaba a saludar al técnico de vídeo, que se hallaba en la zanja montando el trípode.

¹ N. de la T.: En castellano en el original.

—Hoy no se puede decir eso de «nada nuevo», ¿verdad Francis? —dijo Scott Ferguson, un tipo campechano y grandote con cola de caballo que trabajaba en la Unidad de Pruebas Oculares y que siempre estaba dando a todo el mundo su tarjeta de visita para sacarse algún trabajillo extra los fines de semana grabando bodas, *bar mitzvás*² y bautizos—. Normalmente cuando los matas no se levantan.

—Una verdad como un templo.

Por lo general solo se encontraba con Scottie en la escena del crimen, cuando todavía había sangre en las paredes; literalmente.

—¿Qué es lo que pasa? —dijo Scottie—. He intentado preguntárselo a Paul, pero ha dicho que tú eras el anfitrión de la fiesta.

—¿Eso ha dicho?

Francis miró al otro lado de la tumba donde se encontraba Paul Raedo, su otrora amigo, el fiscal, que mantenía una animada conversación con una mujer de la oficina del forense y que cada pocos segundos señalaba en su dirección, sin duda intentando cargarle la culpa a otro. También se encontraban allí cuatro miembros del gremio de enterradores (con sus uniformes verdes, sus picos y sus palas) que esperaban su turno para cavar alrededor del ataúd de una forma más cuidadosa y precisa.

—Bueno, me dijo una cosa —admitió Scottie—. Dijo que era el caso más extraño del que había oído hablar jamás.

—No te creas todo lo que te dicen.

—Bueno, no sé cómo demonios lo definirías tú. Una chica lleva muerta veinte años y su sangre aparece la semana pasada en otro cuerpo.

—Suena a que el puñetero de Paul te ha contado demasiado. —Francis lanzó una mirada desafiante a media distancia.

La excavadora traqueteaba y vibraba en sus estabilizadores cuando, de pronto, empezaron a salir flotando del boquete pequeñas plumas marrones que comenzaron a soltar polvo sobre las personas que se hallaban cerca de la excavadora. A Francis le produjo cierta satisfacción ver como Paul tosía y se intentaba sacudir el polvo de sus solapas.

—Entonces, ¿qué es lo que ocurre? —preguntó Scottie—. ¿Habéis enterrado a la chica equivocada?

—Eso es lo que su madre piensa —dijo Francis, recordándose a sí mismo en el 83, en ese mismo lugar y con Eileen Wallis, a la que sujetaba del brazo para impedir que saltara—. Intento no prejuizar las circunstancias.

² N. de la T.: Ceremonia judía en la que se celebra que un chico judío ha alcanzado la edad de madurez (trece años para los niños), convirtiéndose así, según la ley judía, en responsable de sus propios actos.

—¿Y qué hay del tipo al que encerrasteis por eso? Paul dice que estuvo en el trullo veinte años.

—No creo que se sienta la persona más afortunada del mundo, pero, ¿qué le vas a hacer? Aún no le pienso quitar los ojos de encima. Todos hicieron algo.

La máquina siguió cavando. Cada *chof* del metal en la tierra era otro pinchazo en su plexo solar, otro recordatorio de que su reloj no funcionaba bien. El médico te trae al mundo, el enterrador firma el registro para tu salida y, si entre medias algo sale mal, llamas a un policía. Puede que hubiera tenido sus fallos, pero si necesitabas a alguien que te llevara de la escena del crimen a la tumba, siempre había pensado que él era el hombre indicado para ese trabajo. No necesariamente para consolar a la familia del difunto de la forma en que un sacerdote o un director de funeraria lo haría; simplemente para garantizar que el juego fuera limpio. Pero ahora se sentía como si les hubiese fallado. Se suponía que era su representante, su funcionario, su enviado: un político para los muertos. ¿Quién si no se aseguraría de que sus necesidades fuesen satisfechas? ¿Quién si no iba a retorcer brazos, hacer llamadas telefónicas, llamar a las puertas y practicar el obstruccionismo en su nombre? ¿Quién si no iba a defender y a luchar por estos electores?

—Así que, ¿se huele una demanda en el aire o es que alguien está quemando incienso? —Scottie olisqueó.

—Arriba en la colina se está celebrando un entierro chino.

Francis señaló con su billete medio chamuscado al lugar donde una campana repicaba suavemente, varillas de incienso despedían su aroma y un monje con vestiduras color azafrán conducía las salmodias de la familia.

—¿Pagan a gente para que venga o algo así?

—No. —Guardó el billete en su bolsillo—. Es dinero del infierno.

—¿Cómo has dicho?

—Dinero del infierno. Gastan dinero para la otra vida. Si dejas que los muertos se vayan hambrientos, puede que vuelvan y te persigan.

—Entonces quizá debieras tirarlo ahí. —El técnico asintió con la cabeza cuando uno de los enterradores miró a la fosa y levantó el pulgar—. «Alguien» está apuntando maneras.

—Puede que ya sea un poco tarde para eso —dijo Francis.

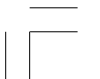
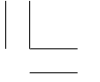
La cuchara de acero se fue retrayendo lentamente y los hombres saltaron a la fosa con sus picos y sus palas, listos para separar el ataúd de la tierra.



Parte I

En una pequeña habitación
1983





El tiempo estaba en una jaula; en un reloj Bulova que empezaba a amarillearse y que tenía unas barras finas de plata atravesando su esfera.

El chico estaba sentado en la habitación de hormigón ligero, frágil como un huevo en una huevera de cartón, con la mirada perdida. La aguja del segundero se movía con minúsculas sacudidas por encima de él. En su cuello, una corbata roja y blanca; a sus pies, una mochila verde. Sus largas pestañas se batían incesantes y un ralo bigote virginal, no más grueso que el vello de sus brazos, le temblaba en su labio superior.

Más bien parecía tener doce años en vez de diecisiete. Demasiado crío como para haber hecho el daño del que hablaban. Nueve de los catorce huesos del rostro de la chica estaban destrozados, dejando entre el nacimiento del pelo y el maxilar inferior tan solo una mandíbula pastosa. Ni siquiera pudieron usar su historial dental para identificarla: su hermano la identificó por un lunar en el muslo. La madre no fue capaz de verla. Había algunas magulladuras menores en la vagina, pero lo que por alguna razón más inquietó a Francis X. fue la herida en su ojo derecho. Algo había atravesado el párpado, haciendo que se derramase el humor acuoso que había hecho que su iris fuese azul.

—¿Ha pedido ya un abogado?—Francis miró al chico a través del cristal-espejo.

—No, pero se lo está pensando —dijo el sargento, Jerry Cronin—. Este chaval no es ningún estúpido.

Los dedos del chico tamborileaban en el tablero de madera de la mesa algo parecido a una rumba. Sin embargo, al escuchar el eco en la habitación vacía, paró y volvió a mirar al vacío, vagamente consciente de que estaba siendo observado. Sus hombros estrechos se irguieron y volvieron a arquearse dentro de su *blazer* granate del colegio privado religioso, combados por el peso del tiempo acumulado. En su barbilla, dos pequeñas costras rojas claramente visibles.

—¿Sully ha logrado sacarle algo?

—Ya sabes cómo es Sully. —El sargento hizo un sonido sibilante. Era un hombre menudo y estricto que con el paso del tiempo se estaba volviendo todavía más menudo y estricto—. Es tan buenazo como John Henry³. Se pasó de la raya e intentó meterle el miedo en el cuerpo al chaval. Se ha decidido de común acuerdo que era necesario enfocarlo de otro modo.

—Entonces, ¿me estás dando las llaves del coche o me estás poniendo en el asiento del pasajero?

—Las llaves. Con algunas condiciones.

—¿Y bien?

—Los «jefazos» están vigilando.

Francis vio a los superiores, reunidos en el despacho del final del pasillo como cuervos en un tendido eléctrico. Al Barber, el amigo de su padre de la oficina del primer distrito, hablaba con el mismísimo Robert *el Turco* McKernan, el jefe del departamento de Policía. Ya no eran animales de la calle, sino productos de la administración. Los reflejos se pierden, los cuerpos engordan y los ojos se encogen, a la vez que se vuelven más hábiles para descubrir memorandos amenazadores que armas ocultas.

Francis intercambió una mirada durante medio segundo con McKernan antes de que el jefe cerrara la puerta.

—No le gusto. Al Turco.

—Pues claro que no —dijo el sargento, encogiéndose de hombros—. ¿Dos años fuera de Estupefacientes y dieciocho meses en la granja desintoxicándote? Anda y que te den. Ni siquiera estarías aquí si no fuera por tu viejo. Pero se lo dije, en serio. «Ese chico es un gran detective.» Le recordé que cogiste al tipo que disparaba en Harlem Meer y al que tiró a aquella niña por el tejado. Le dije: «Pon a Francis en una habitación con un tipo y acabará largándolo todo. El mejor interrogador que he visto. Tiene un gran talento natural, como Mantle cuando golpea una pelota de béisbol o Pavarotti cuando canta una ópera. Tenemos a gente que se pelea por decirle lo que hicieron».

—¿Y entonces dijo que de acuerdo?

—Pues claro que no —dijo el sargento—. Todavía te quiere fuera. Pero Barber y yo nos confabulamos contra él y el viejo intercedió por ti. Tienes un intento.

³ N. de la T.: Personaje del folclore estadounidense que retó al inventor de un martillo de vapor a competir contra él para evitar que se perdieran puestos de trabajos. John Henry resultó vencedor, pero falleció por el esfuerzo.

—Gracias, *Sargen*.

—No me des las gracias. Si me haces quedar mal, te arrepentirás todo el puto día amigo. —El sargento estiró su manga—. Francis, otra cosa.

—¿Si?

—Sully no llegó a leerle sus derechos. Los jefes están algo preocupados. Ya sabes, porque *Julian* tenía diecisiete años y esas cosas.

—Bailaré alrededor de Miranda⁴ cual Fred Astaire.

Francis le rozó al pasar, cogió una bolsa de loneta negra y puso de nuevo su cara de póquer. Que su rostro no dejase ver que estaba preocupado. ¿Por qué debería? ¿Tan solo porque la historia llevaba dos días copando los titulares de las noticias? ¿Tan solo porque el alcalde y el inspector de la Policía ya habían dado sendas conferencias de prensa? ¿Tan solo porque todo el mundo actuaba como si él, Francis X. Loughlin, de Blackrock Avenue en el Bronx, sería el responsable de que una tercera parte de la base imponible de la ciudad fuese a parar a los barrios periféricos si el asesino no era capturado antes del fin de semana? ¿Tan solo porque era su mejor oportunidad para cambiar las cosas tras su breve temporada en desintoxicación? ¿Tan solo porque se había reunido con la familia de la chica y les había prometido que haría justicia por ellos? ¿Tan solo porque el viejo había intercedido en su nombre y probablemente estaría aquí en menos que cantase un gallo, mirándolo por encima del hombro?

Entró en la sala de interrogatorios y la puerta se cerró tras él con un *clonc* desconcertante y frío.

—¿Qué estás leyendo?

Julian Vega levantó la vista del libro que había sacado de su mochila como si fuera un cervatillo atisbando desde detrás de un matorral, y después levantó tímidamente la portada (muy futurista, negra y plateada) de un libro que se llamaba *El fin de la infancia*.

—Arthur C. Clarke. ¿Qué es? ¿Ciencia ficción o así?

—Es la tercera vez que lo leo. —Julian parecía avergonzado—. No es una obra maestra, pero cada vez que lo leo pillo algo más.

—¿De qué va? —Francis se puso cómodo en un asiento más alto al otro lado de la mesa, consciente de que los jefes estaban alineados al otro lado del cristal, listos para cuestionar cada paso que diera.

—Los Superseñores. —La voz del chico era demasiado ronca para su constitución esquelética—. Son extraterrestres con una inteligencia supe-

⁴ N. de la T.: En EE. UU., la lectura de los derechos al detenido se conoce con el nombre de *Miranda warning*.

rior que aparecen y hacen como que van a librar a la Tierra de las guerras y las enfermedades, pero luego resulta que están tramando otra cosa totalmente distinta.

—Siempre hay gato encerrado, ¿no? —Francis cogió el libro y observó la contraportada—. Yo también leo mucho. Pero cosas como biografías y libros de historia.

—Eso es el pasado. A mí me gusta leer sobre lo que no ha pasado todavía.

—Mmm. —Francis dejó esa última frase en el aire algunos segundos más antes de poner el libro boca abajo en la mesa y mirar a *Julian* para establecer las reglas no escritas del juego, *soy tu única vía de escape*.

—Sabes por qué te hemos hecho venir hoy aquí, ¿verdad *Julian*?

—Sí. El otro tipo me lo dijo. Queréis hablar sobre Allison.

Francis sacó su libreta amarilla tamaño estándar y la puso sobre la mesa que había entre ellos. Ambos contemplaron por un instante la invisible tercera presencia en la habitación.

En las fotos familiares, ella era una pequeña rompecorazones. Pelo rojo alborotado, ojos color gris humo, hombros pecosos, piel clara y sonrisas que alegraban el día. Viéndolas podías entender por qué a sus veintisiete años todavía le pedían el carné de conducir para entrar en los bares. No parecía mucho mayor que los niños a los que atendía en las urgencias de pediatría. Todos los doctores y enfermeras con los que se había entrevistado habían señalado que no tenía que agacharse mucho para examinar a los pacientes en la camilla. Todo le quedaba a la altura de la vista. Daba igual que los pacientes gritaran o echaran chispas en la entrada, ella jamás alzaba la voz ni les hablaba como a bebés cuando tenía que dar puntos o colocar un hueso. Hablaba a los niños como si fuera uno de ellos.

Tampoco es que fuese Heidi (probablemente Heidi no tuviese lencería de Dior en su tocador ni una foto de Keith Hernández, el bigotes que era primer base de los Mets, en la parte inferior de su espejo, ni papel de liar E-Z Wider en su mesilla de noche). Por otro lado, puede que Heidi no se hubiese quedado después de su turno con un niño de once años que tenía cáncer cerebral para cogerlo de la mano y leerle secciones no muy apropiadas del *Mad y Cracked*⁵. Y hace tres días, alguien la golpea con un martillo de orejas con tal fuerza que uno de los extremos del martillo le sale por el lóbulo frontal.

⁵ N. de la T, Revistas humorísticas.

—¿Sabe tu padre que estás aquí hablando con nosotros? —preguntó Francis, pues sabía que Sully había recogido al chico fuera del edificio del colegio St. Crispin (en el 90 de East Street) a la hora del almuerzo.

Julian negó con la cabeza.

—Le llamé, pero si está trabajando en el sótano desde allí no oye el teléfono.

—Es el encargado de todo el edificio de apartamentos, ¿verdad?

El chico se permitió una rápida sonrisa de orgullo.

—Sí, se ocupa de todo. Setenta y dos apartamentos.

—Muy bien, de acuerdo. Esto son solo formalidades que tenemos que cumplir cuando viene alguien a prestarnos su ayuda. Ya sabes: «tiene derecho a un abogado, bla bla bla...»

Francis casi pudo oír el suspiro de alivio desde detrás del cristal. Hasta hace unos pocos años, ni siquiera habría podido estar interrogando a un chaval de último curso de secundaria sin que hubiera un adulto presente. Pero entonces el pequeño psicópata de Willie Bosket va y mata a dos pasajeros del metro y ¡*Zas!*, nueva ley al canto.

—Y luego solemos decir eso de —bajó el tono para poner «voz de operativo policial de captura»— «Si no puede pagarlo, se le asignará uno de oficio». Ya sabes, toda esa mierda. Por cierto, ¿has intentado llamar a tu madre?

—Está muerta. —*Julian* cruzó los brazos encima de la mesa.

—¿De veras?

—Sí. Hace mucho tiempo. Cáncer.

—¿Cuántos años tenías?

—Cuatro.

—Yo perdí a la mía cuando tenía nueve.

—¿En serio?

Francis descansó una mano en su barriga.

—Recibí la Primera Comuni3n en su habitaci3n del hospital cuatro semanas antes de que muriera...

Se volvió a sentar y esperó. Otros usaban formas más sencillas para lograr comunicarse con el interrogado. Pero a veces un par de cigarrillos y una hamburguesa del White Castle no eran suficientes. Había que mostrar las cicatrices reales. Las heridas psicológicas. Necesitabas esa sensaci3n de reconocimiento para hacer que un hombre bajara la guardia.

—Todavía rezo a san Crist3bal por mi madre —dijo el chico en voz baja y le enseñó a Francis parte de una cadena que llevaba en el cuello—. Mi padre me dio una medalla.

—Yo pasé por lo mismo. —Francis sacó con aire despreocupado la tarjeta con los derechos para que *Julian* la firmase—. Sé lo que sientes. Quieres

todo el rato algo que nadie te puede devolver. A veces ni siquiera sabes de qué se trata. Simplemente lo quieres. Firma aquí, por favor.

Sus largas pestañas se movieron y una gota brillante se formó en el rabillo del ojo de *Julian*. Se sorbió la nariz y, avergonzado, bajó la vista a la tarjeta.

—Pero es que siempre es así, ¿no crees?—dijo Francis para distraerlo—. Tan solo quieres lo que todo el mundo tiene. —Dio un golpe suave con el codo a la tarjeta—. No hace falta que pongas tu nombre y apellido. Con que pongas tus iniciales bastará.

A la vez que intentaba secarse las lágrimas con el puño de la camisa, *Julian* garabateó al lado del texto de la tarjeta, feliz por estar haciendo algo que le hacía parecer adulto y resuelto.

—Veo que sabes cuidar muy bien de ti mismo —dijo Francis para reclamar de nuevo la atención de *Julian* antes de que este empezara a leer con detenimiento la tarjeta—. Deberías haberme visto a tu edad. Era un desastre. Siempre llevaba los faldones de la camisa por fuera. Nunca me peinaba. Me cargaba todos los zapatos. —Esbozó una sonrisa de complicidad—. ¿Te has puesto alguna vez en tu ropa esas etiquetitas que se pegan y se escriben con boli permanente porque no tenías a nadie que te las pudiera coser?

—A veces, pero todavía tengo a mi padre, que cuida de mí. Estamos pendientes el uno del otro.

Francis asintió, imaginándose la escena. El viudo y su hijo viviendo juntos en el apartamento del sótano. El chico llevando la caja de herramientas de su padre, con los alicates y la llave inglesa listos para cuando su padre fuese a necesitarlos.

Se guardó la tarjeta en su bolsillo; misión cumplida.

—Entonces, *Julian*, estabas trabajando en el apartamento de Allison la noche anterior...

—*Juu-lián*.

—¿Perdón?

El chico parecía avergonzado.

—Mis padres me llamaban así en vez de Julio, porque no querían que mi nombre sonara como el del resto de los chicos puertorriqueños de la manzana. Pero entonces empezaron a meterse conmigo en clase, así que mi padre empezó a llamarme *Julian el Hooligan*⁶.

⁶N. de la T.: En inglés, similitud fonética entre «*Hoo-lian*» (que es como quiere que se pronuncie su nombre) y «*hooligan*».

—Eso me suena — reconoció a medias Francis—. Me imagino que podrás hacerte una idea de lo que era ir a Regis con un nombre como Francis Xavier Loughlin.

Aquel bigote como pelusilla de melocotón se tensó.

—¿De veras? ¿Estudiaste en Regis?

—Cuatro años.

—Creo que jugamos contra vosotros al fútbol el año pasado.

—Probablemente. —Francis le seguía la corriente—. Bueno, le dijiste al detective Sullivan que estuviste en el apartamento de Allison la noche anterior.

—Sí. La válvula de flotador no subía.

Francis oyó algo parecido a un carraspeo tras el cristal.

—¿Perdón?

—La cisterna del váter no se llenaba del todo. Parecía que perdía agua. Así que lo que hice fue apretar la tuerca de seguridad. Así se acumularía más presión en la cisterna y al tirar de ella saldría un chorro de 3,2 litros. Podrías tirar a un gato por el váter y tragaría.

—Comprendo. —Francis asintió y alcanzó la bolsa de loneta que había llevado a la habitación—. Julian, quiero preguntarte algo. ¿Esto es tuyo?

Dejó caer entre los dos una bolsa de pruebas con cierre zip. Al caer, la bolsa se desinfló con un lento silbido, dejando entrever el martillo de orejas que había dentro. A través de la bolsa no se podían ver las huellas en el mango de goma negra ni las gotas de sangre seca en la cabeza del martillo.

—Supongo. —Julián se frotó la barbilla pensativo—. Debí de dejármelo en su baño. ¿Dónde lo encontraron?

—En el compartimento de la manguera contra incendios, en la planta baja.

—¡Mierda! ¿Cómo llegó allí? Creía que lo había dejado en el baño.

Francis se encogió de hombros, fingiendo que no le importaba que acabase de admitir que el arma del asesinato era suya.

—Así que le dijiste al detective Sullivan que te quedaste y estuviste hablando con Allison después de arreglarle el inodoro.

—Sí, ya sabes, a veces charlábamos. Éramos, ya sabe, amigos.

—¿Amigos?

—Sí... —Julián echó para atrás su asiento, algo desconcertado—. Era... una buena persona. Hablábamos mucho. Me estaba ayudando a redactar el trabajo para la solicitud de la universidad.

—¿Ah sí? ¿Qué universidad has solicitado?

—Columbia. Mi padre siempre ha querido que fuese allí.

—Bien hecho. —Francis sacó la lengua—. Yo tan solo soy un tipo de Fordham.

La mano se fue retirando lentamente de la barbilla, lo que le permitió a Francis centrarse en las dos oscuras costras diagonales.

—Aun así, me resulta sorprendente en un edificio como el tuyo —dijo—. Por lo general, en Manhattan la gente no suele conocer a sus vecinos.

—Oh, yo conozco a todo el mundo. —Las costras se estiraron, dejando entrever unas pequeñas grietas—. Vivo en esta casa desde que tenía tres años. Mi padre dice que soy como el alcalde. Siempre hablando con la gente en el ascensor, entrando y saliendo de sus cocinas con las compras. Ella solo llevaba ocho o nueve meses de subarriendo, pero enseguida congeniamos. A los dos nos gustaba *Star Trek*...

—¿De veras?

—Sí, fui una noche a arreglarle el fregadero y estaba viendo *La colección de fieras*. ¿Sabe cuál es? Es un episodio de dos partes que hicieron a partir del capítulo piloto original *The Cage*, con Jeffrey Hunter en el papel del capitán Pike. Ya sabes, ese en el que los talosianos con sus grandes cabezas de luz le tienen tras el cristal y le proyectan imágenes raras dentro de su mente para intentar retenerlo...

Francis asintió con un gesto de sabiduría mientras pensaba: *esta es la razón por la que algunos hombres jamás echan un polvo*.

—No hay muchas chicas a las que les guste la ciencia ficción, ¿verdad?

—No lo sé. Creo que fue su hermano el que la aficionó.

Julián lanzó una mirada al cristal de la pared. Poco a poco se iba dando cuenta de que alguien podía estar observándolo desde el otro lado.

Estaban intentado proyectar imágenes en la mente de Francis, de eso no había la menor duda. Imágenes del tipo: *date prisa, sácale la puta declaración, consíguela para el alcalde, el inspector de policía y las noticias de las cinco*. En cualquier momento llegaría también Francis padre, listo para aportar su granito de arena.

—Bien. Entonces, ¿cuándo terminaste de arreglarle el inodoro? —preguntó Francis sin prestarles atención y planeando la siguiente parte de la trampa.

—A las diez aproximadamente. Recuerdo que ella estaba viendo *Channel Five* y en ese canal siempre dicen lo mismo cada noche: «Son las diez. ¿Saben dónde están sus hijos?».

Francis echó un vistazo a sus notas y quedó decepcionado al ver que la respuesta concordaba con lo que Julián le había dicho a Sully. Ese puto eslogan cívico e inútil debía de haber proporcionado cerca de ochocientas coartadas al año.

—¿Y cuánto tiempo permaneciste después de arreglar la fuga de agua?
—No lo sé. —Julián se encogió de hombros—. Una hora, treinta minutos quizás. Es difícil saberlo.

—¿Por qué? ¿No acabas de decir que estaban las noticias en la tele?

No embistas, se advirtió a sí mismo. Ten paciencia. Recuerda: el tiempo es mejor que una patada en los huevos o que una guía telefónica sobre la cabeza. El tiempo es mejor que un polígrafo o que un testigo ocular. El tiempo puede pesar sobre ti. El tiempo puede sentarse sobre tus hombros y jugar con tu cabeza. El tiempo puede volverte débil y hambriento. El tiempo te proporcionará tiempo.

—Cambiamos a la MTV e hicimos palomitas —dijo Julian, apenas consciente de que sus propias palabras se iban amontonando en una pila inestable—. Tiene televisión por cable. Y como empezaron a poner vídeos de Duran Duran, uno tras otro, pues pierdes un poco la noción del tiempo. Y, después de un rato, empezó a quedarse dormida. Tenía que estar al día siguiente en el hospital a las ocho de la mañana.

Casi sonaba hasta dulce. La joven y guapa doctora se queda dormida delante de la tele con un adolescente de diecisiete años cachondo que sueña con ella.

—¿Y ella apoyó su cabeza en tu hombro?

—Puede. —Frunció el ceño—. ¿Por qué quiere saberlo?

—Pues, ya sabes, es importante recabar todos los detalles posibles. Recogemos huellas, fibras de cabello. Tenemos que averiguar qué pertenece a quién para que no cometamos ningún error y encerremos a la persona equivocada.

Sus largas pestañas se abrieron en abanico.

—Sigo sin entenderlo.

—Escucha. Tengo una serie de hechos a los que estoy intentando encontrar un sentido. Pasadas las doce de la noche, la puerta principal del edificio está cerrada, ¿cierto? Las únicas personas que tienen las llaves son los inquilinos y el portero. Y tu padre estaba fuera aquella noche, así que las llaves las tenías tú. La única otra forma de entrar es llamando a la puerta y despertando al portero. Y eso no ocurrió. ¿Voy bien por ahí?

Julián asintió, rascándose el interior del muslo.

—Así que... No hay ningún indicio de que la puerta del apartamento de Allison fuese forzada. Ninguna visita llamó al telefonillo pasada la medianoche. Eres la última persona que la ve aquella noche. A la mañana siguiente no aparece en el trabajo. Tu padre le abre la puerta de su apartamento al policía, que la encuentra a las diez en punto. Échame una mano aquí.

Esta última parte pareció pillar a Julian por sorpresa, como un lanzamiento desde el campo izquierdo. Un punto blanco que sale de la hierba verde y que se hace más y más grande hasta que te golpea justo en la boca.

—No estará pensando que mi padre tiene algo que ver con esto, ¿verdad?

—No, no estoy pensando eso.

Ya habían verificado la coartada de Osvaldo. Aquella noche tenía una cita. Llevó a una profesora de cuarto curso llamada Susan Armenio a cenar al Victor's Café y después a bailar chachachá a Roseland, dejando al mando a un viejo portero borrachín llamado Boodha y a Julián. Quizá eso hizo que el chico perdiera los estribos. Papá tonteando por ahí, con su madre muerta y todas esas cosas. Quizá solo quería llamar la atención. Nunca se sabe.

—No sé qué se supone que debo decir —Julián se tocó las costras, perplejo—. Estoy pensando que quizá debería intentar llamar a mi padre de nuevo. Probablemente haya terminado en el sótano.

—De acuerdo. —Francis se puso en pie—. Por supuesto, puedes hacerlo, pero hay algo más sobre lo que te quiero preguntar...

Alcanzó la bolsa que tenía a sus pies y sacó un álbum de fotos rojo. Lo dejó delante de Julián.

—Sabes lo que es, ¿no es cierto?

Julian se quedó mirando el álbum como si tuviera vida propia.

—Es el álbum de fotos de Allison Wallis. Lo encontramos en el fondo del armario de tu habitación.

Se podía incluso oír como se congelaba la sangre en las venas del chico.

—¿Mi padre les ha dejado mirar en mi habitación?

—Nos ha dado permiso para registrar vuestro apartamento esta mañana —dijo—. Para mirar por todos los rincones.

Francis vio el casi imperceptible, pero revelador cambio en las pupilas de Julian.

—Ella me dejó cogerlo.

Francis suspiró.

—Mira, Julián. Estoy sentado aquí, hablándote como a un hombre. ¿No te parece que nos debemos la consideración de ser honestos el uno con el otro? ¿Por qué ibas a tener algo escondido en el fondo de tu armario si te lo habían dejado coger?

Julián parecía haber perdido la capacidad del habla.

—Vale. —Francis se batió en retirada un segundo—. Intentaré ponértelo más fácil. Eras amigos. Te gustaba. Hacías cosas por ella. Le arreglaste el inodoro. Esperabas que ella te correspondiera.

—No tío, no era así...

—Escucha. —Francis arrastró su silla hasta el lado de la mesa donde estaba Julián—. Yo también he pasado por eso. A tu edad también había tías que me ponían como una moto. Es algo que no puedes evitar. Cada mirada suya es como un imán que te intenta sacar el corazón del pecho. Te mueres por dentro y ella ni siquiera se da cuenta. ¿Voy bien por ahí?

Julián vacilaba y no paraba de tirar de la cadena que llevaba por debajo del cuello de la camisa.

—No estoy diciendo que jugase contigo a propósito, pero, ¿no podría ser que intentase aprovecharse un poquito de ti?

—No. Ella era una buena persona.

—Yo no estoy diciendo que no lo fuese. —Francis se puso de pie y se le quedó mirando—. Pero hasta la gente buena se aprovecha alguna vez. Míralo desde su perspectiva. Tú eres ese chico entusiasta y trabajador que siempre acudes a su llamada, le arreglas cosas y le haces compañía. Eres la almohada sobre la que reclinarsse para dormir. Contigo está cómoda.

Julián parpadeó como si le hubiesen dado una bofetada. *Sí, señor.* Francis avanzó sobre el enemigo. *Ya te tengo, hijo.*

—Como si ella no supiera lo caliente que te ponía.

—No era así. —Julián negó con la cabeza mientras sus pestañas parpadeaban como un semáforo nervioso—. Ella tenía novio.

—¿Ah sí? ¿Y cuál era su nombre? ¿Lo viste alguna vez?

—No...

Francis avanzó lentamente, pues gran parte de las últimas doce horas las había dedicado a averiguar que Allison no tenía novio formal desde su último curso en Amherst. Y aquel tipo, el lanzador de *frisbee* y futuro médico que respondía al nombre de Doug Wexler, estaba al parecer en estos momentos en Guatemala llevando a cabo un programa de vacunación con dos monjas de Maryknoll.

—Entonces, ¿qué ocurrió? —dijo Francis—. ¿Discutisteis porque se había enterado de que habías cogido su álbum?

—No, ella no lo sabía —dijo Julián demasiado rápido, y al momento se dio cuenta de lo que acababa de admitir—. Iba a devolverlo. Solo quería ver cómo era su familia.

—¿Cómo lo hiciste? ¿Usaste tu llave para entrar en su apartamento y cogerlo cuando ella no estuviera? —Francis apoyó un pie en su asiento vacío y se flexionó hacia delante cual velocista.

—Creo que será mejor que hable con un abogado.

Francis vio por el rabillo del ojo que el pomo de la puerta se giraba, como si uno de los Superseñores fuese a entrar de un momento a otro en la

habitación. Negó con la cabeza para indicarles que le diesen más tiempo. *No lo echéis a perder. Ya casi lo tengo. Tiempo para lanzar la bomba.*

—De acuerdo. Entonces deja que te pregunte una sola cosa más.

Cogió la segunda bolsa de pruebas y la dejó caer en la mesa delante de Julián. Se infló y luego se fue deshinchando más despacio que la otra que contenía el martillo, expulsando gases inodoros a través de un pequeño agujero.

—¿Sabes lo que es esto?

Julián negó con la cabeza mientras miraba el pedazo de algodón ensangrentado que había dentro.

—¿Me estás diciendo que no sabes cómo fue a parar el tampón usado de Allison a la papelera de tu baño?

El chico parecía languidecer ante la visión de la bolsa.

—Alguien ha debido de ponerlo allí —dijo con voz débil.

—¿Y sabes cómo?

—No lo sé, tío. No había visto una cosa de esas en mi vida.

Francis se le estaba echando encima.

—Julián, venga. Tenemos expertos en serología que pueden decirnos que la sangre de ese tampón es de Allison. Estoy hablando de una prueba irrefutable...

—Pero estoy diciendo la verdad... —El labio del chico temblaba—. Ni siquiera me habría atrevido a tocar eso.

—¿Entonces cómo demonios ha ido a parar a tu baño? ¿Me lo puedes explicar?

Julián agarró fuertemente los brazos de la silla; el chico católico frente a frente con la prueba directa de sus pecados.

—Debe de haberla puesto usted allí —dijo.

—¿Yo? —Francis se tocó el pecho, desconcertado—. ¿Después de poner el álbum familiar de Allison en tu armario y su sangre en tu toalla? ¿Te parece que tenga mucho sentido lo que estás diciendo?

Julián se inclinó con su silla un poco hacia delante. Sus pestañas se agitaban despavoridas.

—Mírame. —Francis tocó el hombro del chico, haciendo el papel de padre confesor—. Dímelo a tu manera. Ayúdame a entenderlo.

Julián negó de nuevo con la cabeza, aferrándose a una negación manida.

—Entonces deja que te ayude —dijo Francis en plan comprensivo—. Estabas a su lado en el sofá. Quizá ella dejó que la tocaras e hizo como que no se estaba dando cuenta. Quizá ella te dejó hacer. Tú estabas como una moto. Y entonces de repente ella decidió que era demasiado buena para ti. Intentó dejarte a medias. Y eso no se le puede hacer a un hombre, ¿verdad?

—Yo no la maté.

—Julián, ahora mismo estoy viendo los arañazos que tienes en la barbilla. Los tengo justo delante de mí.

Julian se tocó tímidamente las costras. Era una faena que tuviera una piel intermedia: no era ni el moreno dorado de algunos latinos, pero tampoco rosada como la de un blanco. Su piel era fina, pegada a los huesos, casi translúcida. Cortes que a otros chavales les sanarían en un día a él tardaban más en curársele.

—Me corté afeitándome. Ya se lo dije al otro policía.

—*Julian*, mírame. Ya es hora de que te dejes de chiquilladas. ¿Recuerdas que hemos hablado de cómo los dos perdimos a nuestras madres?

En el ambiente se respiraba algo parecido a cuando el agua está a punto de romper a hervir. *Ya casi estamos. Solo un poco más.* Había probado que el arma homicida era de Julian. Había hecho que el chico admitiera que había robado el álbum de fotos, lo que demostraba que estaba obsesionado. Sus huellas estaban por todas partes, naturalmente. Y, una vez que comprobaran que su sangre encajaba con la que hallaron en las uñas de Allison, tendrían pruebas circunstanciales suficientes. Todo lo que necesitaba era hacer un buen jaque mate y eliminar cualquier atisbo de duda en su declaración.

—Entonces sabrás que tu madre está ahora mismo viéndote, ¿no?

Los orificios nasales de Julian se ensanchaban y contraían. Sus ojos empezaron a brillar de nuevo. Tenía los nervios a flor de piel.

—Te lo estoy diciendo, tío. Tienes que afrontar tus acciones.

El chico seguía negando con la cabeza.

—Pero no es verdad.

—Deja de decir eso —le advirtió Francis, lanzando un órdago en la partida—. Sabes que está allá arriba y que su alma está atormentada porque tiene miedo de que no puedas ir con ella al cielo.

El chico abrió la boca, pero solo salió de ella un chirrido seco.

—No te educó para que fueras un mentiroso, ¿verdad?

El chico miró a su alrededor para ver si había algo con lo que pudiera secarse los ojos y sonarse la nariz, pero Francis había dicho que no metieran pañuelos en la habitación.

—Esta mierda te va a comer por dentro. Sabes que tienes que pedir perdón.

Julián se mordió el labio y negó con la cabeza de nuevo, esta vez con más furia.

Vamos. Estás deseando contármelo. Todo el mundo quiere confesar.

—Debes hacerlo, hermano —Francis se irguió por encima de él—. Tienes que afrontar tus actos. Te estoy ofreciendo una salida. Sé que eres un buen chico.

Sí, soy tu amigo. ¿Quién si no estaría intentando meterte en la cárcel de por vida?

Julián respiró profundamente, juntó las manos a modo de plegaria en su regazo y se los quedó mirandolas: una catedral de dedos, pequeña y pálida.

—Lo único que te pido es que hagas frente a lo que hiciste. Lo único que te pido es que seas un hombre.

Apretaba los dedos; las venas se veían a través del mármol de la «catedral».

Francis cruzó los brazos, pues él también sentía un nudo. Porque lo que los Superseñores de detrás del cristal habían olvidado era que aquello no solo era tirarse faroles y hacer un poco de teatro. Por supuesto que después podrás convencer a la gente de la rectitud del proceso, pavonearte ante la prensa y señalar con el dedo al acusado en el tribunal mientras dices: «Nosotros te condenamos y te expulsamos. Fuera de la vista de los hombres y mujeres libres y decentes». Pero, a veces, en esta pequeña y silenciosa habitación, antes de que los abogados y los taquígrafos hagan su aparición, hay un instante en el que casi estás del lado del tipo. No por encima de él ni juzgándolo, sino justo ahí, codo con codo, a su nivel, viéndolo a través de sus ojos. Y, al menos en tu mente, haciendo las mismas cosas que él había hecho. Pues, de lo contrario, ¿por qué alguien confiaría en ti lo suficiente como para contarte la cosa más horrible que haya hecho jamás? Esto no se lo podrías explicar nunca a los civiles decentes y normales que respetan la ley. Para que alguien confiese, para que te cuente lo que ha hecho, tienes que poner tu alma en ello, mostrar compasión, tienes que sentir lástima por él (al menos el instante antes de que confiese). Y entonces, por supuesto, podrás darle la vuelta sin temor a equivocarte y utilizar su confesión desesperada para arruinar su vida.

—¿Qué me dices? —dijo, listo para coger un bolígrafo—. ¿Vas a ser un hombre o no?

El chico levantó la mirada, como si en ese instante se hubiese dado cuenta de que el fin de su propia infancia había llegado.

—Dijo que podía hablar con mi padre.

Parte II

El chico dejado de la mano de Dios
2003



Lo primero que le dejó perplejo fue la chica del tatuaje.

Acababa de bajarse del furgón cuando la vio venir por el bulevar haciéndose la interesante. Una diosa de Queens Plaza con piel de porcelana, cabello bermellón y un cuerpo que hacía que una camiseta de los Misfits pareciera un elegante traje de noche. Un roto en la tela dejaba ver una tira de sujetador negra sobre un hombro blanco, cual zarpa de gato. Los viejos deseos y ansias olvidados comenzaron a despertar dentro de él. Las chicas no eran así cuando lo metieron en la cárcel. No eran tan delgadas y voluptuosas, ni su forma de actuar era tan atrevida, ni te miraban de una forma tan directa.

Pero entonces se fijó en la línea oscura que rodeaba uno de sus bíceps. Era un tatuaje, como un alambre de espinos. Pero no era un alambre de espinos cualquiera, sino de esos que ponen en la parte superior de los muros de las cárceles estatales. Se quedó mirando el tatuaje, preguntándose por qué alguien con semejante belleza lunar (y, en definitiva, por qué cualquier persona libre) se haría eso a sí misma.

Al ver que el deseo encendía su rostro, ella le sacó la lengua. Cerca de la punta tenía un pequeño pendiente dorado que parecía una perla sobre terciopelo rosa. Le hizo un gesto con la lengua, divertida por el impacto y la consternación que había provocado, y después siguió andando como una gatita vestida a la última relamiéndose los bigotes.

Dejó en el suelo el petate hecho con viejas toallas cosidas con hilo dental e, inhibido, se tiró de las trabillas del cinturón. Su ropa vieja ya no le quedaba bien. Su camisa azul de trabajo, que de algún modo había logrado sobrevivir veinte años en el sistema de almacenamiento estatal, le quedaba demasiado ajustada por el cuello y sus Levi's demasiado ceñidos. No solo era que había engordado por levantar pesas y comer tanta fécula, las modas habían cambiado.

Vio a una pandilla de adolescentes, con pantalones tan caídos que los bolsillos traseros les quedaban a la altura de las rodillas, comiendo comida china en un Cadillac Escalade blanco. Luces ultravioletas trazaban un círculo alrededor de las llantas y, por los altavoces, un rapero gritaba cosas que difícilmente habría podido escuchar en un disco antes de ingresar en prisión.

Soltó las trabillas del cinturón, que de repente le pareció llevar demasiado subido. Se recordó a sí mismo con diecisiete años comprando esos vaqueros en una tienda Gap del 86 de East Street por dieciocho dólares y a la chica de colegio privado que cobraba en la caja mirándolo tímidamente mientras se metía algunos mechones de pelo color castaño por detrás de la oreja.

Probablemente ahora estaría casada, con tres hijos y dos coches en un barrio residencial de las afueras. Y ahí estaba él, veinte años después, plantado en Queens en una noche de finales de verano; un hombre hecho y derecho, con músculos forjados en la cárcel, pestañas recortadas, pelo negro grueso y abundante que empezaba a volverse cano por las sienes y una cicatriz de medio centímetro bajo su barbilla que significaba que ahí hubo una vez un chico al que extrajeron toda su debilidad.

Algo llamado el tren W⁷, que no existía antes, traqueteaba por las vías elevadas, chirriando y rechinando como una tetera cuando el agua empieza a hervir. El paso rápido de las ventanillas arrojaba una luz amarilla chillona encofrada sobre el bulevar.

—Eh, *Hooligan*, ¿tienes quien te lleve?

Timberwolf, un armario empotrado que Julián conocía de Attica⁸, se había bajado del furgón del departamento penitenciario detrás de él. Metro noventa y ocho de estatura, alrededor de ciento veinte kilos de peso. Llevaba una bolsa de papel de estraza con su ropa dentro, la camiseta por fuera del pantalón y los cordones de las zapatillas desabrochados. Parecía un niño de cuatro años de tamaño descomunal esperando a que viniera un adulto a ayudarlo.

—En principio iba a venir mi prima a recogerme en un taxi, pero no sé, tío —dijo Julian, cuya voz se había vuelto ronca y áspera por los largos inviernos transcurridos en prisión—. Puede que se haya confundido y haya pensado que iba a llegar en el autobús de Rikers⁹ de las cuatro y media. O puede que se haya cansado de esperar y se haya ido ya.

⁷ N. de la T.: Línea que une Astoria con Manhattan.

⁸ N. de la T.: Prisión de Nueva York.

⁹ N. de la T.: La cárcel más grande de la ciudad de Nueva York.

—Sí, qué me vas a contar sobre perder la paciencia —T-Wolf bostezó—. Siete putos años que he cumplido por vender dos frascos de crac de mierda. Y después van y me añaden otros seis meses en Rikers por un puto atraco en el que no tuve nada que ver. ¿Cuánto tiempo te cayó a ti?

—Entré en el ochenta y cuatro.

—¡Joder! ¡Has estado más de media vida allí! —T-Wolf se apretó el pecho—. Definitivamente tenemos que conseguirte algún coño esta noche. Has venido al lugar adecuado.

Señaló al otro lado de los doce carriles de circulación, donde se encontraba un «club de caballeros» que se llamaba Shenanigans¹⁰ (con un alegre rótulo color rubí), justo al final de la calle donde se encontraba un centro de reclutamiento de marines. Pero el simple hecho de imaginarse cerca de una mujer hizo que el corazón de Julian empezara a latir de una forma terrible.

—Na, tío. Mejor no. ¿Y si mi prima viene por mí y no estoy aquí?

—Es probable que no hayas estado con una mujer de verdad en veinte años, hijo. Pueden esperar algunos minutos.

—Na, creo que lo voy a dejar para otro momento. Ya le he hecho pasar bastante a mi familia.

—Vale, te entiendo —suspiró T-Wolf—. Supongo que tendré que ser un ejército de solo un soldado. Pensaré en ti, tío.

—No pienses demasiado. Simplemente haz lo que tengas que hacer.

—Ja, ja. —T-Wolf enrolló la parte superior de la bolsa—. ¿Te vas a pensar la otra proposición de la que estuvimos hablando? Mi sobrino podría usar unos cuantos tipos buenos más en el barrio.

Sííí, pensó Julián, voy a hacer peligrar mi libertad bajo fianza vendiendo hierba para un estúpido gánster perdedor de Hoe Avenue que ni siquiera había nacido cuando me condenaron.

—Tengo tu número. —Golpeó su puño contra el puño rollizo de T-Wolf—. Cuídate.

—Paz. —T-Wolf cogió su bolsa y después dudó—. ¿Seguro que no quieres venirte?

Julián entrecerró los ojos y negó con la cabeza mientras oía su inquietud, pues era consciente de que incluso solo siete años de recuentos, encierros, registros de celdas sin previo aviso y programas de disciplina diarios podían hacer que un hombre con unas zapatillas de la talla 48 tuviese miedo de cruzar la calle solo.

¹⁰ N. de la T.: «Chanchullos».

—*Na*, tengo que mirar por mí, tío —dijo—. Un error y vuelta a empezar.

—De acuerdo, te entiendo.

El hombre grande echó a andar despacio y a regañadientes. Las puntas de plástico de los cordones desabrochados de sus Nike rascaban y golpeaban el pavimento. Un coche de policía blanco y azul patrullaba por los alrededores mientras contemplaba toda la escena. Julián sintió cómo la angustia recorría su cuerpo, como patas de insectos entre pelos dorsales cortos. ¿Les habían dado el chivatazo de que salía esta noche? ¿Y si le habían visto hablar con T-Wolf? No, aquello era una locura. No disponían de semejantes recursos humanos. Todavía.

«No te mezcles con criminales conocidos», le había dicho el juez al decretar su libertad bajo fianza. Decidió que tiraría a la basura el número de T-Wolf a la primera oportunidad.

Los coches pasaban a toda velocidad de un modo temerario. Miró de nuevo a lo largo y ancho de la calle, preguntándose dónde estaba su prima Jessica. No lo había ido a ver en años y no estaba seguro de si todavía la reconocería.

Rebuscó en los bolsillos para ver si llevaba algo de suelto y encontró un par de monedas de veinticinco centavos metidas dentro de los dos billetes de veinte dólares que su abogada le había prestado. ¿Adónde iría si ella no apareciese? Tras años de espera, le habían concedido la moción 440¹¹ de una forma tan imprevista que no le había dado tiempo a hacer ningún plan. Había calculado que con un poco de suerte vería al juez antes de Acción de Gracias. En vez de esto, lo habían llevado precipitadamente a Rikers y la vista se había celebrado aquella misma mañana; demasiado aturdido como para caer en la cuenta de que el juez Santiago anulaba su condena (si bien advirtiéndole de que los cargos contra él seguían ahí).

Con el estómago revuelto por el viaje en el furgón, encontró una cabina telefónica con las palabras «alabado sea Dios» y «chúpamela» grabadas en la chapa cromada y echó una de las monedas de veinticinco centavos.

«Eh, eh, eh, qué pasa tíos. Este es el contestador de Jes-sic-ahh.» Su voz se oyó tras el cuarto tono; al fondo se oía el llanto de un bebé. «Ahora mismo no puedo contestar el teléfono. Calla de una puta vez, estoy hablando. Bueno, ya sabes cómo va esto. Espera a que suene la señal.»

¹¹ N. de la T.: *Criminal Procedure Law Section 440*. Sección de la Ley de enjuiciamiento penal estadounidense a la que se apela para revocar una condena.

Colgó el teléfono con cuidado; sabía que o bien se había olvidado de él o bien había decidido no implicarse. ¿Podía culparla por ello? Debía de tener, ¿cuántos?, tres o cuatro años cuando lo encarcelaron.

Miró hacia arriba, viendo cómo salía el tren de la estación. Las ruedas emitían un ruido de acero sobre acero que, junto con las chispas cegadoras de las vías, hacían que todo su sistema nervioso se estremeciera.

—Eh, *Rico Suave*. —El mismo coche de policía que había pasado por su lado antes había parado ahora en el bordillo, y un joven sargento con mangas de camisa azules y corte de pelo a lo militar se asomaba por la ventanilla— ¿Qué crees que estás haciendo?

Se puso tenso al ver el uniforme.

—Nada.

—Ve a hacerlo a otra parte. Me estoy cansando de mirarte.

Cogió su petate, no quería problemas tan pronto, y comenzó a subir las escaleras que llevaban a la estación. Sus piernas estaban agarrotadas de llevarlas apretujadas en aquel asiento estrecho junto a T-Wolf. Se detuvo en el rellano e intentó asimilar todo aquello. Tras todos esos años viendo únicamente el color gris de la cárcel, las chillonas luces de neón del bulevar casi le achicharraron los ojos como combustible para aviones. «Para aquellos que saben algo más», rezaba el cartel rojo vivo de un vidente en un edificio cercano. «¿Le han agraviado?», preguntaba en verde esmeralda un anuncio de un abogado en la puerta de al lado.

—¿Me da una ficha? —Se paró en la taquilla.

—¿Perdón? —La mujer de tez morena de detrás del cristal llevaba una camisa de la MTA¹² y una pequeña joya hindú que relucía en el medio de su frente.

—¿Me puede dar una ficha?

—Ya no se venden, chico —dijo—. ¿Dónde has estado?

Su cara se puso roja. Un hombre se tira años estudiando enrevesadas leyes parlamentarias y escribiendo cartas eruditas a los jueces del Tribunal de Apelación desde la biblioteca de la cárcel y luego no sabe cómo montar en el metro.

—He estado fuera. —Sacó uno de los billetes de veinte, listo para ponerse a su merced—. ¿Qué tengo que hacer?

¹² N. de la T.: Metropolitan Transportation Authority: la empresa encargada del transporte público en el estado de Nueva York.

Una oleada de entendimiento elevó la joya de su frente. Cogió su dinero, apretó algunas teclas y tiró una tarjeta dorada a la ventanilla de su mampara sin mirarlo.

—Asegúrese de meterla del lado correcto.

Asintió con gratitud y se apresuró a pasar los torniquetes y a subir hasta el andén, preguntándose cómo iba a arreglárselas los diez minutos siguientes. Nadie le había dicho que iba a ser tan difícil. Miró por entre las verjas a la calle que estaba debajo y tuvo una ligera sensación de vértigo. T-Wolf y otros cuatro tipos que se habían bajado también del furgón estaban fuera de Shenanigans, poniéndose a punto mientras discutían en voz muy alta; gritaban y chocaban sus cuerpos como si estuviesen más interesados en atraer la atención de la policía que en entrar al club.

«¡Vale, vale! Pero lo que estoy preguntando es quién puso toda esa mierda en tu cabeza. ¿Lo pillas? ¿Quién puso esa mierda en tu cabeza?»

Yo no, se dijo Julian a sí mismo, dándose la vuelta. En el fondo, algunos tipos no veían el momento de volver. Era demasiado duro para ellos, vivir fuera de la cárcel y tener que tomar decisiones constantemente. Pero él ya había pasado suficiente tiempo dentro. No podría haber soportado otro día más de aburrimiento, de estrés constante, de aquella sensación de estar totalmente controlado y, sin embargo, totalmente desprotegido. Miró a las vías y, en el cada vez mayor haz de luz del tren que se acercaba, fue como si viera a la masa camorrista de presos en el corredor de Auburn separarse de repente cuando un hombre de baja estatura llamado Peter caía al suelo y un arma improvisada de cuarenta centímetros se le clavaba tan fuertemente en la nuca que la punta le salía por la laringe.

El rugido gutural y cortante decreció y el tren se detuvo; sus puertas se abrieron delante de él. Julian echó un vistazo dentro y, al ver que no había ninguna pintada, se preguntó si no sería un modelo de demostración en vez de un tren para usuarios habituales.

Pero entonces, escuchó aquel tono familiar del conductor que destrozaba el nombre de la siguiente parada. ¿Debería montar o quedarse fuera? La única dirección de Jessica que tenía era el proyecto de viviendas Surfside Gardens en Coney Island. Tomó una decisión rápida y se subió. Decidió que intentaría llamar de nuevo cuando llegase allí. Las puertas se cerraron tras él y tomó asiento, apretujándose en uno que estaba al final del banco, intentando no ocupar demasiado espacio a pesar de que no había nadie sentado a su lado. Un anuncio rezaba «La ballena ha vuelto. La sala de la vida oceánica vuelve a

abrirse»¹³. Pero, ¿adónde había ido la ballena? ¿Cómo había sobrevivido mientras estuvo fuera?

El tren salió balanceándose de la estación. Recorrió una amplia llanura de metros y metros de raíles iluminados y almacenes a oscuras. A la derecha, los edificios de Manhattan resplandecían como cimas y valles de un gráfico de líneas pegado en cristal y hormigón.

En Times Square se subió una familia de judíos ortodoxos. El padre llevaba una camisa blanca, una barba que más bien parecía vello púbico rojizo, un sombrero negro de fieltro con ala curva y a una bebita que dormía, colgada de su pecho cual monillo. Su mujer, en los últimos meses de embarazo, se montó tras él andando como un pato. Llevaba peluca y un vestido gris que le llegaba a los tobillos. Detrás le seguían a la zaga dos niños pequeños con kipás a juego y rizos en las sienes.

Julian tocó su medalla de san Cristóbal y pensó en su padre: viudo a los treinta y cinco, con un montón de esperanzas y expectativas y el deseo de que Julian hiciera realidad los sueños que él había dejado de lado cuando dejó la universidad y se puso a trabajar como portero en el Upper East Side. Su padre, que leía a Cervantes y a Dickens en el montacargas y llevaba como un perrito faldero hasta las cocinas de las señoras sus compras a cambio de una propina en Navidad. Su padre, que le había enseñado a sellar una bañera, que le animó a presentar una solicitud para una beca en Columbia y que le hablaba en inglés en casa.

Recordó la última semana antes de ingresar en prisión, cuando su padre reunió a lo que quedaba de la familia para una fiesta de despedida en Orchard Beach. Papi la llamaba «La rivierra puertorriqueña». Ray Barretto y las Fania All-Stars sonaban en el «loro». Recordó a su tía Miriam llevando cerdo al horno; a sus tíos pescando en las rocas con cañas improvisadas de bambú; a sus primos de Bayamón jugando al voleibol; y a su padre, cuando levantó una cerveza medio vacía al atardecer y dijo: «Por mi hijo. Jamás dejaré de pensar en ti, muchacho. No pararé hasta que vuelvas a casa».

Su dolor iba más allá de los sueños. Julian se dio cuenta de que estaba furioso y de que se estaba secando con furia las lágrimas de la cara. *Maldito maricón. ¿Por qué lloras ahora?* Golpeó su puño contra el asiento que estaba al lado al recordar que el alcaide de Attica no le había concedido el permiso para ir al velatorio de Papi. Los muy hijos de puta nunca lo dejaron

¹³ N. de la T.: En verano de 2003 se volvió a abrir la sala «Milstein Hall» de vida oceánica del Museo de Historia Natural de Nueva York.

en paz, nunca le dieron un puto respiro. Golpeó el asiento de nuevo y se mordió fuertemente el labio inferior, consciente de que esa angustia de punta fina perdería su filo con el tiempo o acabaría por desgarrarlo.

El judío ortodoxo y su familia lo miraban con gesto grave.

—¿Qué coño estáis mirando? —dijo.

En la parada siguiente se cambiaron a otro vagón.

Se cruzó de brazos, metió la barbilla y no volvió a alzar la vista hasta que el tren salió del largo túnel y se irguió por encima de los tejados de Borough Park. Así que así era como todos los demás habían vivido; ropas en tendederos, una bandera estadounidense cubriendo un balcón, Hollywood Tans al lado de Manzari Furs¹⁴, un corredor solitario con sus ejercicios rutinarios de medianoche, una pareja de ancianos viendo la tele desde el sofá. Se sentía como Charlton Heston en el final de *El planeta de los simios* cuando veía la Estatua de la Libertad medio enterrada en la arena y se daba cuenta de que el mundo que él conocía había muerto.

Pasaba la una de la madrugada cuando por fin llegó a Stillwell Avenue, la última parada de la ciudad. El hotel Terminal estaba al otro lado de la calle, cubierto con tablas. Bajó las escaleras y atravesó Surf Avenue mientras buscaba una cabina telefónica desde donde volver a llamar a Jessica. Todos los desechos de la medianoche estaban allí, delante del Nathan's y del Popeyes Chicken¹⁵; los que no tenían donde caerse muertos, los fugitivos, los que no llegarían muy lejos, los drogados y los que estaban con el mono, los desechos de la sociedad y la gente que merodeaba por allí tan solo por encontrar alguien a quien mirar por encima del hombro. Y, por supuesto, los que paseaban bajo la luz de la luna como él: hombres que bajaban la acera con cautela, intentando no chocar contra nadie, pidiendo perdón demasiado rápido y mirando al cielo intentando juzgar el tiempo y la distancia sin llegar a creerse del todo que estaban fuera.

Sintió una brisa que venía del océano y recordó vagamente que años atrás había una cabina en el paseo marítimo entarimado.

La luna quemaba un agujero blanco ceniza en el cielo negro. La noria se encendía, rayo a rayo. Caminó por la playa y la encontró extrañamente tranquila; su color dorado se debilitaba con las tenues luces del embarcadero Steeplechase. Una red de voleibol se combaba como si estuviera esperando a que llegaran los jugadores.

¹⁴ N. de la T.: Hollywood Tans: centros de bronceados. Manzari Furs: mayoristas de los Emiratos Árabes (distribuyen perfumes y cosméticos; venden telas, vestidos...).

¹⁵ N. de la T.: Restaurantes de comida rápida (de perritos calientes y de pollo frito, respectivamente).

El océano se acercaba (inmenso, eterno e indiferente) y la marea serpenteaba cuando alcanzaba la orilla.

Permaneció de pie ante la verja, intentando imaginar dónde estaba el horizonte y recordando cómo su padre y él se retiraban corriendo cuando llegaban las olas aquel último día de San Juan Bautista. Casi veinte años desde que había visto el océano. Había olvidado lo pequeño e insignificante que podía hacerte sentir, como si fueses una infinitesimal mota volando por la superficie de un gran globo ocular que todo lo ve. Qué poco importaba aquel momento de libertad en el esquema de las cosas. Antes intentaba engañarse diciéndose que Dios tenía un plan para él, un propósito que se iría desvelando poco a poco y que de alguna forma justificaría todo por lo que había pasado. Pero he aquí un recordatorio de que Dios estaba ocupado. Dios estaba probablemente contando las olas y poniéndoles nombres a las nubes. Dios andaba pensando tanto en él como en un cangrejo en el Atlántico o en una pompa de jabón en El Cairo. Dios estaba pensando en las infecciones bacterianas en Perú y en los escarabajos estercoleros en África, en los patrones meteorológicos de los países de la costa del Pacífico o en las bandas de rodamiento de los neumáticos que caen al lado de la zona ajardinada de Taconic Parkway. Dios no tenía tiempo para preocuparse del preso número 01H5446 del sistema penitenciario del estado de Nueva York.

Y, entonces, Julian gritó al viento. Un grito amargo que decía «Todavía estoy aquí» a la Luna, a las estrellas, a la noria, al oleaje espumoso, al hotel Terminal, a los judíos ortodoxos del metro, a la celda vacía que había dejado en la cárcel, a los maderos, a los condenados a cadena perpetua, a los escritorzuelos y a ellos y ellas, a los tribunales superiores, a los traidores, a los fantasmas de su madre y su padre, a los hijos nonatos de su simiente desperdiciada y, sí, al Tiempo. Un grito así sin duda debería haber hecho que las olas retrocediesen y que las algas *kelps*¹⁶ yacieran muertas a lo largo y ancho de la costa.

Pero, cuando paró de gritar, el océano seguía todavía allí, recogiendo rocas y esparciéndolas al azar, mientras hacía un sonido parecido a un aplauso poco entusiasta.

¹⁶ N. de la T.: Alga marina.

Justo antes de que llegara el Día de los Trabajadores, Francis se dio cuenta de que le llevaba el doble de tiempo de lo normal encontrar las llaves de su coche. Así que el martes por la mañana se dio finalmente por vencido y llamó al doctor para pedir la cita que llevaba posponiendo desde las Navidades del año pasado.

Entró en la pequeña habitación blanca, se quitó la gorra de béisbol con la equis en la parte delantera (un recuerdo de la película de Spike Lee en la que se había encargado de la seguridad años atrás) y apoyó su barbilla en un saliente de metal.

Se vio a sí mismo mirando, a través de una lente para el ojo derecho, a algo que parecía una televisión hueca, pero que, dadas las circunstancias, más bien parecía un confesionario. En una pared cóncava que estaba al final de la habitación, cuatro diminutas luces blancas aparecían formando un rombo bajo una señal amarilla cegadora.

La técnica oftalmológica, una joven rusa rubia y amargada, con una gran boca, le puso un pulsador en la mano.

—Aparecerán destellos de luz alrededor de esa diana, destellos brillantes y también más débiles—dijo con un acento que a Francis le entraron ganas de llamar a Amnistía Internacional—. Cada vez que vea uno, apriete el pulsador. Intente mantener la mirada fija.

—De acuerdo.

Pero tan pronto como empezó la prueba de campo visual, se dio cuenta de que se ponía tenso y las palmas de las manos le empezaban a sudar. Algunos de los destellos se veían tan bien como los disparos en un callejón oscuro. Otros eran tan solo débiles briznas fantasmales que estaban tan apartadas que tuvo que preguntarse dos veces si realmente las había visto.

—No apriete el pulsador sin más. Concéntrese.

Lo intentó con todas sus fuerzas. Había transcurrido más de un año desde que había pasado las pruebas periódicas que les hacían para poder llevar un arma y sus reflejos no eran los de antes. Los de armas llamaban últimamente cada pocas semanas preguntándole cuándo se iba a volver a pasar por Rodman's Neck¹⁷ para renovarlo. La luz echaba chispas y bailaba en la parte de arriba de la esquina derecha superior de su ojo. Apretó el pulsador medio segundo tarde, y supo entonces que en un tiroteo real ya estaría muerto.

—*Horasho*, el doctor hablará ahora con usted. —Pulsó un botón para imprimir los resultados. Parecía que había dicho «horror», pero luego recordó que esa era la palabra rusa para «bueno».

—Bueno, ha obtenido unos resultados muy buenos en los niveles de fijación —dijo el doctor Friedan cuando entró unos minutos después en la consulta con los resultados en la mano. Era un hombre regordete, de unos cincuenta años. Su cabeza empezaba a clarear, llevaba gafas con una montura negra ligera, pestañeaba continuamente y, lo que más le llamó la atención a Francis, no se había afeitado bien algunas zonas de la parte inferior del cuello.

—Mantiene muy bien la mirada fija. La técnica dijo que no parpadeó mucho. La mayoría de la gente tiene que hacerlo o se le resecan los ojos.

—La sequedad definitivamente no es mi problema —dijo Francis girando su taburete, expectante.

—Sin embargo, sus falsos positivos y negativos son otra historia.

—¿Qué es eso? —Puntitos y destellos de la prueba seguían apareciendo y desapareciendo ante sus ojos.

—Pulsó en la diana tres veces cuando no había nada allí. Y no ha marcado el seis por ciento de los destellos que sí estaban.

Francis se frotó los párpados y se encogió de hombros, como si aquello no revistiera importancia

—¿Qué más?

—Y su umbral de la zona gris... no es tampoco muy bueno.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que quiere decir?

El médico apoyó los nudillos en la parte inferior de su mandíbula y le pasó la lectura del ordenador.

—Júzguelo usted mismo.

Al principio aquello parecía tan inofensivo como una hoja de ejercicios de matemáticas de séptimo curso. Una serie de puntos, cada uno de ellos con

¹⁷ N. de la T.: Base de entrenamiento policial de Nueva York.

un círculo negro, sombreando el perímetro. «¿Qué porcentaje del gráfico está relleno, niños?» Pero, cuanto más lo miraba, más veía palabras como «en el límite», «desviación del patrón» y, lo más inquietante, «punto ciego». Empezó a darse cuenta de que las figuras sombreadas parecían menos problemas de matemáticas y más una serie de eclipses solares. Y, en lo más profundo de sus músculos y articulaciones, empezó a sentir un ligero escalofrío.

—¿Qué es esto? —le devolvió el papel.

—Es su capacidad para distinguir gradaciones leves entre claro y oscuro. Me había dicho que llevaba algún tiempo con problemas para ver de noche.

—A mis ojos les cuesta ahora más tiempo habituarse —reconoció Francis.

—¿Quiere mi diagnóstico o no?

—Para eso estoy aquí.

—Tiene retinitis pigmentosa.

—Ajá.

El doctor se le quedó mirando para ver si lo había entendido.

—Es una enfermedad genética que afecta a la retina, en la parte posterior de su ojo...

—Comprendo.

—Paraliza las células fotorreceptoras del borde externo...

Francis asentía con los correspondientes *mmm* y *ahhh*, y mostraba interés y sorpresa cuando debía, incluso a pesar de que los puntos y los destellos seguían ahí, como fuegos artificiales privados.

—Su visión central debería mantenerse así un tiempo...

—Bien.

—Pero su visión periférica va a ir reduciéndose como un túnel. —La voz del doctor se convirtió en un zumbido lejano desde el otro lado del pasillo—. Su visión nocturna también va a empeorar...

—¿Y después?

La cara del doctor pareció surgir de repente, como si Francis estuviese viéndolo a través de un objetivo de ojo de pez.

—Me temo que no hay ningún tratamiento.

—Entonces me voy a quedar ciego —se oyó decir a sí mismo con total naturalidad, actuando como si no estuviese teniendo en ese preciso instante una experiencia extracorporal.

—Bueno, ciego legalmente hablando —le corrigió el doctor—. La mayoría de la gente sigue viendo algo, aunque a veces solo sean sombras.

De repente todo lo que había en la habitación se echó hacia atrás; la «E» que estaba en la fila superior de la tabla optométrica se convirtió en una «E».

—Supongo que habrá consultado anteriormente a otros especialistas —dijo el doctor, no de mala manera.

—Sospechaba que algo no andaba bien —admitió Francis mientras intentaba luchar contra la sensación de mareo—. Pero siempre pensé que acabaría por desaparecer.

Solo la segunda parte era mentira. En el fondo de su corazón siempre supo que algo así iba a ocurrir, incluso antes de que los dos últimos años empezara a chocar contra las cosas. Desde pequeño siempre había sentido la oscuridad cernirse sobre él, cómo entraba a hurtadillas y se llevaba un poco de aquí y de allí. Había intentado ignorarlo, se decía a sí mismo que ya había llegado a su cuota de advertencias y momentos cercanos al final. Pero en el fondo sabía que nunca se había ido. La oscuridad siempre estaba ahí, sobresaliendo y empujando desde el otro lado de la puerta, intentando entrar.

—¿Cuándo empezará?

—Depende de cómo se haya heredado. —El doctor Friedan le mantuvo el párpado abierto mientras le examinaba el ojo con una linterna bolígrafo—. Hay gente que sigue viendo bien durante años. La mayoría necesita un bastón a los cuarenta. Puede que no ocurra inmediatamente.

—Mi tío, que era subinspector, necesitó un perro guía a los sesenta.

—¿Un agente de policía? —El doctor le abrió todavía más el párpado.

—El hermano de mi madre.

—Bueno, quizá esa es la razón de que lo tenga. —Francis sintió cómo los músculos de sus ojos intentaban cerrarse cuando el doctor enfocó la luz hacia el borde de la córnea. Un láser blanco que deslumbraba y que se hacía cada vez más y más intenso hasta llegar a parecer un dedo que empujaba dentro de la cuenca del ojo—. Bien, es suficiente.

Le entró el pánico y se zafó del doctor. Estuvo varios segundos sin poder ver nada. Así era como iba a ser. Le estaban sacando de la categoría de gente normal, sana e independiente para decirle que se fuera a otra distinta. Iban a ponerle una etiqueta; iban a relegarlo a las zonas para discapacitados en los autobuses y en los partidos de béisbol; iban a ayudarlo a encontrar su asiento y quizá a darle auriculares en los cines; iban a darle folletos para leer y cintas para escuchar que le ayudarían con el «periodo de adaptación»; iban a hacer que su vida fuera cada vez más y más limitada hasta que ya no pudiera valerse por sí mismo.

—¿Le importaría decirme a qué se dedica, señor Loughlin? —El doctor echó un vistazo a su historial—. No tengo ahora mismo por aquí la información de su seguro.

—Trabajo en telemárketin —dijo automáticamente.
—¿De veras? —El doctor le miró por encima de las gafas—. Jamás lo habría adivinado.

—Puedo resultar muy convincente.

—Bueno, me alegro de que no se gane la vida conduciendo camiones.

—¿Por qué?

—La pérdida de visión nocturna puede aparecer de repente. Puede ser un proceso lento o rápido. Tendrá que controlarlo detenidamente.

—¿Está diciendo que tendré que dejar de conducir?

—Estoy diciendo que tendrá que usar su juicio —El doctor abrió el párpado del ojo izquierdo de Francis para hacerle una revisión más a fondo—. Habrá días que vea mejor que otros. Pero estoy seguro de que no querrá verse en la situación de poner en peligro a alguien o tener un accidente por su estado.

—No, por supuesto que no.

Francis cerró fuertemente los ojos. Durante toda su vida había sido él la persona a la que primero se recurría. La primera persona a la que querrías ver en una habitación en una redada antidroga o testificando en un juicio por homicidio. «Que lo haga Francis. Es un adicto a la adrenalina.» Pero ahora sus otros sentidos se estaban solidarizando con la vista. Las yemas de sus dedos se entumecían, su lengua se volvía torpona, su oído se tornaba metálico, como un transistor viejo que perdía la señal.

—¿Necesita estar un minuto a solas?

—No. ¿Por qué?

—Es algo difícil de asimilar. La mayoría de la gente estaría muy afectada.

Miró por encima del hombro del doctor el corte transversal del póster del globo ocular que una empresa farmacéutica había tenido la amabilidad de proporcionar. Visto desde ese ángulo, la figura parecía a primera vista un pez globo con docenas de espinas con nombres saliendo de él. El iris, la córnea, la cámara anterior, la esclerótica, la capa bulbar, los cuerpos ciliales. Pero cuanto más lo miraba, más parecía cambiar su forma. El ojo llameó un tono anaranjado más brillante, y después latió y se debilitó como un sol listo para explotar.

Así que ese era el futuro. Un día las luces se apagarían y el mundo de las cosas visibles dejaría de existir para él.

Empezó a pensar en las cosas que no había visto todavía. ¿Qué iba a pasar con el recorrido en coche por Irlanda que le había prometido a Patti? La Calzada del gigante. Los castillos de Dunluce y Carrickfergus. La casa solariega en County Armagh de la que su padre siempre se quejaba. ¿Tendría que estar todo el rato en el asiento trasero del coche?

Olvida Irlanda. ¿Qué hay de ir andando a la tienda de pinturas en Court Street? Debería ir ahora mismo para ver la rueda con la gama de colores y comprobar cada tono antes de que el umbral de su zona gris bajase más. O quizá debería ir a Belmont, sentarse en la tribuna y ver correr a un caballo. Tan solo para ver cómo se mueven sus músculos bajo su piel, observar cómo se tensa su ijada e intentar congelar ese instante en el que las cuatro pezuñas no tocan el suelo.

Recordó a su tío escuchando los resultados de los Yonkers en la cocina del viejo apartamento de Cross Bronx. El bastón apoyado contra la pared, el perro guía comiendo las sobras que se le caían del plato y él gritando a Francis o a su hermana que le buscasen los Winstons cuando el paquete estaba a menos de quince centímetros de su codo.

No voy a acabar así, pensó Francis. *Antes me trago mi pistola*. No se lo diría a nadie, al menos por ahora. Quedaban menos de seis meses para que por fin lo ascendieran a primer grado y lograra los cinco mil dólares extra al año para la pensión. Que le den a las clases de Braille y a los audiolibros. Que le den a los perros guía y a los bastones de metal. Que le den al tener que pedir a un extraño que te ayude a cruzar la calle. Él estaba bien. Todavía no había ningún problema con su fijación.

—Estaré bien —dijo.

—¿Está usted seguro?

—Sí. Por mi trabajo estoy acostumbrado a lidiar con malas noticias.

—¿De veras? —El doctor arqueó una ceja—. El telemárketin debe de ser más duro de lo que pensaba.

«Hace mucho, mucho tiempo, en un lugar lejano...»

Julián estaba tumbado como un juguete roto en el raído sofá marrón de su prima Jessica, dormitando mientras la tele atronaba y unas niñas pequeñas jugaban a disfrazarse a su alrededor.

«Yo, Aku, el amo metamórfico de las tinieblas, liberé a un demonio atroz...»

Abrió un ojo y vio en la pantalla el dibujo animado de un demonio con una cabeza con forma de horca y labios verdes, y después se volvió a quedar dormido durante un par de segundos mientras el narrador hablaba de un joven y valeroso guerrero que iba a hacerle frente con una espada mágica.

En su estado, medio despierto, se vio a sí mismo como el joven samurái con su espada en la puerta del tribunal; largos ropajes blancos, cabello recogido atrás con un palillo y su espada combándose y brillando cuando arremetía contra los enemigos de todos los flancos.

«Ahora el idiota intenta volver al pasado...»

Blandió de nuevo la espada y la multitud dio un grito ahogado y se separó, dejando ver a una niña tumbada delante de él que se ahogaba y se señalaba un corte en el cuello. Su corazón se encogió cuando vio a su padre detrás de ella acunando su cabeza y susurrándola en español para que se tranquilizase: «Lo siento muchacha. Lo siento».

Se incorporó rápidamente y vio a una niña pequeña con churretosa cara de muñeca y greñado pelo negro que lo estaba mirando mientras agitaba el mango de algo con la mano.

—¿Harías esto por mí?

Se frotó los ojos para intentar orientarse. Retazos de sus sueños le ardían en los ojos como cristal esmerilado. Eran cerca de las cuatro de la mañana cuando finalmente logró contactar con Jessica, que volvía de un club a casa, y fue hasta su apartamento cruzando el paseo marítimo. Incluso a tan altas

horas se dio cuenta de que las cosas parecían no andar del todo bien. La calefacción estaba demasiado alta y no había nada en la nevera excepto un cartón de zumo de naranja Tropicana, unos envases grasientos de comida china y un litro y medio de leche que había caducado hacía tres días. Allí vivían cinco personas y compartían un diminuto baño con moho en las paredes, un espejo roto y un retrete descascarillado. Antes de mostrarle el sofá, Jessica le dijo que no hiciera ruido porque tenía tres «bebés» que necesitaban dormir. Pero ahora que estaba echando un vistazo a su alrededor, vio que también tenía lo último en tecnología que el dinero podía comprar: una tele con pantalla ancha, una PlayStation 2 y uno de esos flamantes receptores estéreos de alta tecnología con esas pequeñas luces rojas que pasan de tener forma piramidal a quedarse planas dependiendo del ritmo de la música.

—No llego. —La niña agitó en su cara lo que finalmente reconoció como un cepillo—. Hazlo por mí, por favor.

Se cubrió con una manta y vio que el reloj de encima de la televisión decía que eran casi las ocho. ¿Cómo es que esas niñas no se estaban arreglando para ir al colegio?

—¡Venga! —Le tendió el cepillo bruscamente. A sus seis años de edad estaba acostumbrada a exigir la atención de los demás.

Él dudó. No estaba seguro de si podía confiar en sí mismo.

—Hazlo ya.

Cogió el cepillo y vio como la niña se daba la vuelta como una diva que esperaba a que su peluquero la pusiera guapa. Se encontró con una deslumbrante maraña de algas marinas negras. No parecía una buena idea molestarlas, interferir en su salvaje y natural esplendor y que estas logaran de algún modo atraparlo.

—¿Pero qué te pasa? —Le miró por encima de su hombro—. ¿Estás tonto?

Puso cuidadosamente el cepillo en su pelo y fue peinándolo suavemente. En ese momento se dio cuenta de que nunca antes lo había hecho.

—Con más fuerza —insistió la niña.

Miró a su alrededor con la esperanza de que Jessica o su pareja actual, *Exclusive*, aparecieran y lo relegaran. Pero la puerta de su habitación permanecía firmemente cerrada y las otras dos niñas seguían jugando a los disfraces ignorándolos y bailando como prostitutas en una discoteca.

Metió las cerdas del cepillo entre sus cabellos oscuros, y notó que había pasado algo de tiempo desde que la niña se lavara el pelo por última vez.

—¡Ay! ¡Demasiado fuerte!

Se echó hacia delante y se intentó concentrar. Sujetó con una mano su frágil cuero cabelludo para que no se moviera y con la otra fue guiando el cepillo con cuidado; ya había desenredado los peores nudos.

—¡Ahora sí!

Estaba encontrando su ritmo, sus dedos se deslizaban con facilidad. *Aquí estoy, peinando a una niña.* Sin ningún tipo de timidez, la niña se sentó sobre sus rodillas. Él alcanzó la manta para taparse algo más, temeroso de que la mera presión de un cuerpo cálido pudiese provocarle una erección.

Cómo no, la puerta del dormitorio se abrió en ese preciso instante y *Exclusive* salió, un tipo huesudo con una hilera de granos y una constitución parecida a la de un dedo corazón dislocado. Iba chascándose los nudillos y llevaba unos *slips* beis. Julián ya había sospechado que el tipo colocaba crac en las viviendas de protección oficial, con todos aquellos equipos por la casa. Lanzó una mirada tozuda a Julian y a la niña mientras se dirigía a la cocina. Cogió el zumo de naranja de la nevera y lo bebió del cartón. Definitivamente era alguien con el que Julian no quería tener nada que ver. El tipo dejó el zumo en la encimera y pasó al lado de los dos con las manos dentro de sus calzoncillos, rascándose el culo mientras se relamía los labios.

—¿Es tu padre? —preguntó Julián mientras la bajaba de su regazo.

—No, de mi hermana pequeña. Pero está celoso.

Algunos minutos después salió Jessica con los ojos entreabiertos y una camiseta que ponía «Tupac 4 Ever», bragas rosas y las uñas de los pies pintadas de marrón.

Le hizo señas para que fuera a la cocina y se quedó con la vista en el suelo.

—Hay un problema con que te quedes aquí esta noche.

—¿Por qué? —Vio que la niña a la que había peinado los estaba mirando desde detrás de la nevera.

—Ya sabes. —Jessica metió el dedo gordo de un pie entre dos dedos del otro—. Mi chico cree que no es buena idea que estés aquí con las niñas.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Es muy protector. —Miró a la puerta del dormitorio. *Exclusive* había hecho su reaparición—. No le gusta que otro hombre toque a mis niñas.

Julián miró a los dos intentando adivinar el equilibrio de poderes.

—Pero tu madre y la mía eran hermanas. ¿Qué pasa con la familia?

—Lo siento. —Jessica alzó la vista y lo miró con ojos de cordero—. Por favor, no me odies.

—¡¿Que no te odie?! Eres mi prima y me estás echando a la calle. ¿Qué quieres que haga? ¿Darte las gracias?

—Eh, tío. —*Exclusive* entró en la cocina—. ¿Algún problema?
—No, ninguno. Solo estoy hablando con mi prima.
—Mi pequeñita te ha dicho que te vayas. ¿Por qué no te piras?
—¿Por qué no te metes en tus putos asuntos? —Julian cerró el puño—.
¿Qué te parece?

Vio como *Exclusive* se quedaba inmóvil y miraba hacia la habitación como si se hubiese dejado allí el valor. Algo en la forma en que su prima siguió su mirada le dijo que podía haber una pistola bajo el colchón.

—Olvidalo, tío. —Julián se volvió, asqueado—. No merece la pena.

Volvió al sofá y empezó a meter el resto de su ropa en su petate, consciente de que la niña lo seguía como si su piel se estuviera derritiendo y se revelase debajo de esta un monstruo bochornoso y escalofriante cubierto de llagas que supuraban y forúnculos que habían explotado.

—De todas formas, no sé qué coño esperabas —dijo Jessica—. Podrás ser de mi familia, pero joder, ni siquiera te conozco.

El menú de la cafetería era más largo que *Guerra y paz*. Francis notó que los ojos se le cansaban de leer rápidamente y de arriba abajo cada página, con sus diminutas columnas de los platos especiales y las sopas del día, las crepes del desayuno, los *wraps* del almuerzo, los sándwiches de tres pisos, los platos griegos y las especialidades mexicanas. *Por Dios santo, esto no tiene fin*. En unos años probablemente necesitaría a alguien que se lo leyera. Cerró indignado la carta con funda de cuero y miró a la camarera.

—Tráigame dos huevos muy pasados con una loncha de beicon y una taza de café —dijo desafiando la advertencia del doctor Friedan sobre el efecto de la dieta en su enfermedad—. Y tráigame también un bollo de pan inglés con mucha mantequilla.

Al otro lado de la mesa, Paul Raedo, el asistente ejecutivo del fiscal del distrito, pidió un plato de zanahorias crudas y una taza de té Lipton con miel y mucha azúcar.

—Y luego dicen que soy un tipo raro —gruñó Francis.

Paul, que había llamado a Francis para tomar un desayuno a media mañana cerca del City Hall, era como un signo de exclamación humano, un acalado misil teledirigido dentro de un traje de Brooks Brothers. Francis a veces se sentía un poco incómodo discutiendo los casos con él en la oficina porque Paul rebotaría contra las paredes como un niño hiperactivo, con sus cortísimos cabellos asomando, como cientos de diminutas puntas de clavos por todo su cuero cabelludo, y sus tirantes negros sujetándolo con fuerza como dispositivos de contención. Pero era un buen hombre para tener al lado en las barricadas, siempre preparado para asumir el mando y que solo concedía la posibilidad de llegar a un acuerdo en la declaración cuando le había mostrado al acusado las puertas del infierno. Más de una vez Francis había dado una excusa para no ir a las famosas masacres de póquer del martes noche, pues pensaba que después de un día largo y terrible en

Homicidios lo último que necesitaba era ese tipo de agresividad por un puñado de dinero.

—¿Qué tal están los chicos? —preguntó Paul mientras cerraba su carta forrada de cuero con un sonido sordo y se la alcanzaba a la camarera como si fuera un auto de procesamiento sellado.

—Ya sabes, compitiendo por ver quién me provoca un infarto antes.

Francis se mostraba precavido con la gente sin familia que le preguntaba mucho por sus hijos; se figuraba que la mitad de las veces seguían un orden del día. Las mujeres lo usaban como pretexto para cambiar de tema tras las sonrisas, como un francotirador tras las sombras. Con los hombres que no eran amigos íntimos a menudo se trataba más bien de una manipulación en toda regla, un intento de ablandarte para luego pedirte un favor.

—¿No tenías un hijo en el Ejército? —Paul entrecerró los ojos.

—Lo acaban de mandar a Corea —dijo Francis con un gruñido, intentado ignorar que la sola mención de ese hecho hacía que agua helada se filtrase en su estómago —. Mi hija es la que ha sacado el cerebro de la madre. Estudia genética en Smith. Dice que quiere mostrarle a su padre el eslabón perdido.

Paul puso cara de palo. El hombre no tenía ni la más remota idea de cómo era todo aquello. Ni siquiera había estado cerca de casarse. Todas sus novias parecían ir y venir en un plazo de seis meses. En su lugar, la mayor parte de su tiempo libre parecía dedicarlo a planificar vacaciones de deportes extremos. Donde otras personas tenían fotos familiares en sus despachos, él tenía fotos suyas en bici por Rusia, sobrevolando en ala delta el Yucatán y haciendo *body surf*¹⁸ en Maui. Y por alguna razón que nunca había llegado a explicar bien a Francis, también tenía un arpón colgado en una pared, enfrente de un retrato del general George Armstrong Custer con su uniforme del Ejército de la Unión.

—¿Qué es lo que pasa, Paul? —dijo, pues quería centrarse en otra cosa que no fuese su diagnóstico o su hijo durante un rato.

—Supongo que habrás oído hablar de Julian Vega.

—¿Qué pasa con él? —dijo tenso.

—Bueno, ya sabes que ha estado escribiendo cartas desde la cárcel y planteando todas esas cuestiones sobre las declaraciones de los testigos y sobre si su abogado era competente...

¹⁸ N. de la T.: Deporte que consiste en deslizarse sobre las olas sin tabla alguna.

Desde que salió de la consulta del doctor por la mañana, Francis había tenido como una banda de sutítulos arrastrándose bajo su conversación, como un canal de noticias por cable, pero ahora de repente se había cortado la emisión.

—Alguien podía haberme dicho algo —se permitió.

—El juez Santiago lo llevó ayer a Rikers para una vista por una moción 440 y, tras oír los argumentos relativos a la competencia del abogado, decidió concederle la moción y revocar la condena.

La camarera trajo su café.

—¿Dónde coño están los sobres de Sweet'n Low? —dijo Francis mirando a su alrededor—. Que yo sepa estos restaurantes siempre tenían sacarina en sus mesas.

De repente parecía de gran importancia que todo estuviese en su sitio.

—Están a tu lado. —Paul señaló el borde de la mesa, justo fuera de su campo de visión—. Mira, nadie espera que des botes de alegría.

—No me vengas con mierdas de esas, Paul. —Agarró un sobre rosa—. ¿Es que nadie pensaba avisarme?

—¿Y qué habrías dicho en la vista? Los asuntos que se iban a abordar no tenían que ver contigo. Casi todas las personas a las que Ralph Figueroa representó están intentando que se reabran sus casos porque era un puto degenerado drogadicto que jamás dijo a nadie que tenía el derecho a defenderse. En los últimos tres meses han anulado cuatro de sus casos.

—¿Y no se te pasó por la cabeza que yo pudiera tener un problema con ello? ¿Has olvidado lo que ocurrió en Auburn hace algunos años?

—Se hizo saber al juez que había habido un incidente. Me aseguré de que se pusiera una nota en el sumario del caso.

—¿Un «incidente»? —Francis rompió el sobre y echó la sacarina sobre la humeante superficie negra—. Ese hijo de puta intentó golpearme en el pasillo. Menos mal que estaban los funcionarios de prisiones entre nosotros, porque estaba dispuesto a enseñarle lo que era bueno.

No te hagas el gallito. Lo cierto es que lo había pillado desprevenido. Bajaba corriendo por el pasillo en una visita a la prisión para encontrarse con un informante confidencial cuando escuchó una voz fuera del comedor: «Eh, *embustero*». No vio a Julian apretar el paso y arremeter contra él hasta que fue demasiado tarde. De todas formas tampoco habría reconocido al chaval, después de todos esos años.

—Debería haber tenido la oportunidad de testificar sobre aquello en la vista —Francis echaba chispas, pues se daba cuenta de que todo aquello había sido una señal de aviso.

—El juez determinó que Julian ya había pasado sesenta días en aislamiento por eso y que era suficiente. —Paul puso las palmas de su mano boca arriba cuando la camarera le trajo su té y sus zanahorias crudas—. No hubo contacto físico, así que no sé qué más esperabas.

—¿Eso es todo? ¿Lo han dejado salir? ¿Y alguien de la oficina le ha comprado el desayuno también?

—Venga Francis. No hagas esto.

—Que no haga qué. —La camarera le trajo los huevos y el beicon—. ¿Que lo olvide? ¿Es eso lo que estás intentándome decir?

—No...

—¿Acaso has olvidado de qué iba este caso? ¿Ni siquiera te has molestado en echar de nuevo un vistazo al sumario?

—Sí, leí el sumario, Francis. —Paul cogió una zanahoria y la mordió por la mitad.

—Entonces te acordarás del niño con el biberón, ¿no?

—¿De qué?

—El niño con el puto biberón de leche colgado al cuello.

Paul dejó de masticar y empezó a pasarse la zanahoria medio masticada de un lado a otro de la boca.

—¿De qué demonios estás hablando?

—No lo recuerdas.

—Refréscame la memoria.

Francis echó un vistazo a su alrededor y se dio cuenta de que estaba arqueando las cejas más de lo habitual para ver si alguien lo estaba escuchando.

—Recuerdas que ella trabajaba en Bellevue, ¿no? —Bajó la voz.

—Sí. Estaba en las urgencias de pediatría.

—Exactamente. Antes de que llegara la Navidad, un año antes de morir, un profesor de tercer curso de uno de esos supercolegios privados del distrito residencial llegó a urgencias con un niño de ocho años. Su padre era un gran abogado de una empresa de calzado deportivo. Pero el profesor sabía que algo pasaba, porque tenía cardenales en los brazos y le dolía mucho el estómago todos los días. Allison empezó a examinarlo y vio que tenía un gran bulto bajo la camisa. Y cuando se la levantó, resultó ser un biberón atado alrededor de su cuello.

—Todavía no caigo. —Paul se quitaba los restos de las muelas.

—Así que Allison hizo su trabajo como nosotros lo habríamos hecho —dijo Francis—. Se puso a su nivel. Se trabajó al chaval. Habló con él, jugó al Monopoly con él, se ganó su confianza. Y entonces resultó que su padre, el señor mierdoso de la empresa de perritos calientes, le decía que se comportaba como un bebé porque lloraba y mojaba la cama. Así que si

iba a comportarse como un bebé, tendría que llevar un biberón al colegio. Un niño de tercer curso, Paulie. Qué majo, ¿no?

Volvió a remover el café, pues no quería correr el riesgo de pedir la leche y que estuviese a su lado.

—Todas las enfermeras se salieron de la habitación mientras ella intentaba quitarle el biberón. El pobre niño estaba histérico, le rogaba: «por favor, por favor, *nonononono*. Papá se enfadará. Por favor no me hagas quitármelo». Aquello les rompía el corazón. Y estamos hablando de mujeres duras que han visto de todo. A su lado uno parece una niña del maldito coro.

—Francis, venga...

—Allison llamó al padre y le leyó la cartilla. Esa dulce chica cuya madre escribía cuentos para niños. «Hijo de puta cabrón, voy a llamar a los servicios sociales. Voy a denunciarte al Defensor del Menor...» Con todas las enfermeras jamaicanas detrás diciéndole «Métele caña, chica».

—¿Logró que lo encerraran?

—Acabó con una citación de comparecencia. —Francis removió su café—. Hijo de puta. Y sí, en su momento lo investigué por el asesinato. Pero ese cerdo estaba en Gstaad con su novia.

—Ha pasado mucho tiempo, Francis. Eso parece la Edad Media. Las cosas han cambiado.

—Era de los nuestros. —Francis lo miró; todavía no había ningún problema con su visión central—. Era una buena persona.

—Oye Francis. No me conviertas en el malo de la película. Es un tema complicado. El tipo entró en la cárcel con diecisiete años y ha salido con treinta y siete. Mucha gente va a decir que ya ha tenido su castigo.

—Y Allison tendría cuarenta y seis...

—Vale, vale. —Paul dejó la zanahoria en el plato—. Nadie está diciendo que vayamos a tirar la toalla tampoco. Fue un crimen atroz. Nadie lo pone en duda. La gente lo recuerda. No queremos que los asesinos queden libres antes de cumplir toda su condena.

—Sobre todo si aspiramos a ser jueces.

—Eso ha sido un golpe bajo, Francis. —Aparecieron sobre el cuero cabelludo de Paul tensas venitas—. Y lo sabes.

—Veo que es cierto entonces.

Por supuesto que Francis había oído los rumores. Tras tantos años, los hombres como Paul no se quedaban sentados esperando a que el fiscal del distrito se retirara o muriese. Cogían su ambición desmedida e impaciente y se metían en el politiquero. Era natural que Paul quisiera ser juez. Carecía

del temperamento y de las aptitudes para el sector privado, y de una mujer que le ayudara a dar rienda suelta a su intensidad y le proporcionara el atractivo necesario para los cócteles de las empresas. En el tribunal sería libre para fulminar con la mirada y mostrarse cascarrabias sin incurrir en contradicciones, satisfaciendo así su vena vengativa bien entrados sus años de crepúsculo.

—¿Y qué es lo que va a pasar ahora?

—Oficialmente no se ha tomado ninguna decisión todavía. —Paul echó agua caliente en la taza de té—. Tenemos la opción de seguir adelante con el auto de procesamiento como si todavía fuera 1983 o renunciar. Pero hay otra cosa que necesitaba hablar contigo.

—¿De qué se trata?

—La persona que representa a Julián es Debbie Aaron.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Ojalá. Julián debe de haber pasado por media abogacía de Nueva York para llegar hasta ella.

—Put a Debbie A.

Apartó sus huevos hediondos y contempló el anillo que el plato había dejado en la mesa.

—La conoces de cuando llevaba los casos de estupefacientes en nuestra oficina, ¿no?—Paul pescó la bolsita de té con una cuchara.

—Sí, la llamábamos «Put a A» porque siempre estaba intentando agujerear nuestro testimonio antes de ponernos en el estrado.

«¿Cómo sabía que llevaba una pistola, detective? ¿Vio cómo el dinero cambiaba de manos? ¿Por qué no recuperó un mayor número de las drogas que había en el apartamento?» Durante cerca de tres segundos, se había planteado la idea de tener algo con ella. Le gustaban las mujeres que daban lo mejor de sí mismas. Pero después se dio cuenta de que le agotaría con todas sus feroces exigencias de sinceridad y su desdén al compromiso. Habrían sido como dos motosierras dirigiéndose la una hacia la otra.

—Tenemos que andarnos con pies de plomo en esto. —Paul enrolló el cordelito alrededor de la bolsa de té—. No sé si estás al tanto de esto, pero Debbie ya ha demandado al distrito policial por enjuiciamiento malicioso con un proceso civil.

—¿Aquella cagada con Marty Delblanco en el Distrito 28?

Francis sabía algo del asunto por los cotilleos que le habían llegado del departamento. Un yonqui que habían encarcelado en Harlem por violar y matar a una anciana de ochenta años había quedado en libertad después de quince años por las pruebas del ADN y la retracta-

ción de un testigo. Y ahora Debbie A. nos demandaba en su nombre, alegando que el detective que lo interrogó lo había golpeado hasta sacarle toda la confesión. Lo que más había asombrado a todo el mundo era que no solo se nombraba al distrito policial y a la ciudad en la demanda de 3,2 millones de dólares, sino que se le reclamaba al detective la cantidad de 750.000 dólares.

—Cuentan que a Deb le pone cachonda demandar a polis porque ella estuvo casada con aquel detective del Distrito 90 que la zurraba de vez en cuando —explicó Paul—. Ahora están divorciados. Ella hizo que lo encerraran por violencia doméstica.

—Pero aquí nadie ha hablado de hacer que Marty pague, ¿no?

—Lo de la indemnización está aún en el aire. Se supone que le hizo al chaval una buena puesta a punto para sacarle la declaración. No está muy claro que todos debamos ser responsables de eso.

Francis se tocó con la lengua el paladar.

—Hijo de puta, eso no te preocupa demasiado en este caso, ¿verdad?

Paul apretó los restos de su bolsa de té en la taza.

—Tenemos que mantenernos unidos en esto, Francis.

—¿De qué estás hablando? Nunca le puse una mano a Julian. Él solito se puso en escena.

Paul bajó la voz.

—Venga, Francis. Todos sabemos que nunca fue la investigación perfecta.

—¿Y qué coño se supone que quiere decir eso?

Paul dejó la cuchara con la bolsa apretujada en un lado del platillo y dejó que el silencio hablase por sí solo.

Francis se dio cuenta de que todo lo que estaba en la mesa parecía alargarse y luego empequeñecerse.

—¿Sabes? Vosotros tampoco fuisteis muy perfectos que digamos, Su Señoría. Todavía no he oído que el Colegio de Abogados estadounidense os haya enviado alguna citación por la forma en que manejasteis algunas de las entrevistas iniciales.

Paul se llevó la mano a la parte posterior de su cabeza con timidez.

—Bueno. ¿Podríamos dejarlo en que hubo ciertas cosas que ambos pudimos hacer de otra forma?

Francis tiró su servilleta al suelo.

—Sí claro, ¿por qué no? Digamos que todo fue una carrera de prueba, para que así podamos hacerlo bien en la segunda vuelta.

—Me alegra que lo encuentres gracioso.

—¿Qué es lo que quieres hacer entonces?

—Creo que tenemos que adoptar la postura de que la acusación todavía existe y que esta investigación todavía sigue en pie —dijo Paul adoptando el gesto astuto y la barbilla señorial propios de una persona al mando de un cargo público—. Ningún punto de la moción 440 contradice los hechos subyacentes del caso. Si Debbie A. quiere ir tras nosotros, tendrá que demostrar que hubo un intento deliberado de ignorar pruebas concretas.

—Bien —dijo Francis. Los subtítulos y sus comentarios volvieron a aparecer en su cabeza.

—Y le va a costar mucho demostrarlo. Han pasado veinte años. No sé de dónde va a sacar algún testigo.

Arroyo, Hernández. Francis repasó mentalmente la lista intentando recordar los nombres que salieron en la investigación. Se preguntó si todavía guardaría alguna de sus libretas por casa.

—Francis... —le interrumpió Paul.

—¿Qué?

Paul se inclinó sobre la mesa y lo miró una última vez sin la máscara de la jurisprudencia puesta.

—Estamos seguros de que pillamos al tipo correcto, ¿no?

—Julian Vega la mató —dijo Francis con firmeza—. El portal del edificio se cerraba al llegar la medianoche. Nadie más pudo haber entrado en su apartamento salvo que tuviese una llave, como era su caso. Sus huellas dactilares estaban por todo el arma del homicidio. No se vio a ninguna persona más salir. La sangre de la víctima estaba en su toalla...

Sin embargo, se dio cuenta de que la letanía tenía cierta vacuidad después de todo ese tiempo, como la oración de un agnóstico.

—¿Se ha puesto alguien en contacto con la familia para ponerles al tanto de lo que está pasando? —preguntó.

—Hice algunas llamadas para intentar localizarlos por medio del Servicio de Víctimas —dijo Paul de manera imprecisa—. Pero el último número que tenía de ellos estaba desconectado. Han cambiado muchas veces de residencia desde el ochenta y tres.

—¿Me estás diciendo que Julián está fuera y ellos no lo saben aún? —Paul parecía avergonzado, lo que le hizo recordar a Francis que a veces las personas más calculadoras del mundo no saben resolver un sencillo ejercicio de matemáticas—. ¿Qué pasaría si lo leyesen antes en los periódicos?

—Esperaba que dejases tus diferencias a un lado e intentases contactar con ellos. —Levantó las cejas que se le erizaron—. Los queremos a nuestro

lado. Lo último que necesitamos es que vayan echando pestes de nosotros en la prensa mientras pasamos de nuevo por esto. No queremos parecer crueles.

—Entonces, ¿por qué no me avisaste antes de la vista?

—Pensé que no había forma alguna de que fuésemos a perder.

Francis observó cómo un gesto de asombro real se iba extendiendo por la cara de Paul; el mismo asombro que se produciría si una persona considerara todos los hechos que tiene a su disposición y llegase a una conclusión totalmente distinta. Y, en aquel instante, vio la debilidad y la fortaleza de un hombre en toda su expresión. La certeza absoluta de su propia rectitud, que había hecho de Paul un prestigioso fiscal y un fracaso casi absoluto en cualquier otro tipo de transacción humana.

—De acuerdo, intentaré contactar con ellos —dijo Francis—, pero me vas a deber tu ascenso, juez.

—Francis, deja que te cuente cómo lo haré.

—Tan solo ayúdame a encontrar a nuestra camarera —dijo finalmente tras comprobar que no había leche en la mesa—. Este café está demasiado fuerte.

Julián se restregó sus fatigados ojos y se puso a estudiar el mapa del metro hasta que finalmente dio con el camino para ir desde Coney Island hasta el despacho de su abogada. Se sentía como un perro sarnoso lleno de pulgas. Tocó la medalla de san Cristóbal de su padre. Ojalá pudiera darse una ducha antes de que lo cazaran. Tenía la sensación de que todavía podía oler la cárcel en su piel.

El tren pasó por un cementerio; filas de tumbas a ras del suelo que se oscurecían como los dientes de un fumador con la polución atmosférica. *La tierra de los muertos. Están saliendo de la tierra de los muertos. Se ruega tengan preparados sus pasaportes.*

El despacho de su abogada estaba encima de un Kinko's en Astor Place, Manhattan. Los coches circulaban alrededor de un cubo negro gigante que parecía sostenerse de manera precaria sobre una esquina. *¿Adónde demonios van con tanta prisa?* Su metabolismo todavía se regía por los horarios de prisión: cauteloso, contenido, extremadamente sensible al cambio.

En la sala de espera había un hombre con pinta de perturbado que llevaba un gorro de baño de plástico blanco de mujer. Asintió con la cabeza de manera cómplice, como si fuese un viejo amigo de Julian. A su lado, una diminuta y huesuda mujer asiática intentaba acorralar a tres niños díscolos que andaban como patos por la alfombra marrón y un tipo con los brazos del tamaño de muñecos de placaje de fútbol americano que hablaba consigo mismo acerca de grabar unos CD para una fiesta. Julian tardó un instante en darse cuenta de que debajo de su gorra de béisbol llevaba un auricular para el móvil.

La secretaria adoptaba una actitud de estudiada indiferencia hacia todos ellos. Era una chica blanca regordeta y lozana que llevaba el pelo a lo rastafari y las uñas pintadas de color azul y que se dedicaba a retener una llamada tras otra. Al lado del teclado del ordenador tenía un crucigrama a medio hacer del *New York Times*.

Julián se puso delante de ella para atraer su atención, pero se dio cuenta de que la estaba mirando demasiado (tal como le había ocurrido con la chica del alambre de espino). *¿Cuánto tiempo está permitido mirar?* Probablemente existiera una regla al respecto. Él mantuvo su mirada el tiempo equivalente a dos veces el Misisipi y después empezó a darse la vuelta.

—¿Si? —Ella levantó la vista.

—Soy Julian Vega. Venía a ver a la señora Aaron.

—Oh, Julian. Pasa. —Deborah Aaron se asomó tras la puerta aglomerada—. Te estaba esperando.

Volvió la vista hacia las otras personas que llevaban esperando más tiempo que él y hasta llegó a pensar que debería disculparse por haberse colado, pero luego pensó: *que les jodan*. Habrían hecho lo mismo en su lugar sin pensárselo.

Entró en el despacho y cerró la puerta tras de él mientras la señora A. le daba la mano.

—Felicidades. —Un ligero tirón de su muñeca le obligó a subir la parte anterior de las plantas de sus pies. Ella le ofreció su mejilla para que la besara, pero los dos se giraron hacia la misma parte y le rozó los labios sin querer.

—Ehh, gracias. —Captó el aroma de la lila en su piel.

—Toma asiento.

¿Un beso implica que le gustas a esa mujer o simplemente estaba siendo educada? Se sentó con cuidado en la silla que estaba delante de su escritorio; el petate balanceaba sin cesar sobre su regazo. Otros internos le habían hablado pestes de ella cuando había ido a verlo a la cárcel; esa neoyorquina dura de pelar con cara de muñeca de porcelana que hablaba demasiado rápido y que siempre parecía quedarse sin respiración. Le habían contado historias de otros presos que hacían de todo con las mujeres que los representaban en la sala de visitas mientras los guardias miraban hacia otro lado y los niños no paraban de echar monedas en las máquinas expendedoras.

Pero él no se habría arriesgado a nada parecido en prisión. Aquella mujer había conducido casi doscientos cincuenta kilómetros bajo tremendos temporales para verlo. Además había cogido su caso de forma gratuita, después de que cerca de media docena de abogados lo hubiesen rechazado en el curso de estos años. Había leído las cartas que él había redactado (en ocasiones cuatro o cinco cartas al día) sobre los temas arcanos de la Cuarta Enmienda y las manifiestas omisiones en el tribunal. Le tomó en serio cuando le dijo que había sido incriminado con pruebas falsas y le insistió en que había escrito una y otra vez al señor Raedo de la oficina del fiscal del

distrito pidiéndole que le realizaran las pruebas del ADN sin obtener respuesta alguna. Naturalmente, se había enamorado un poco de ella (le costaba dormir la noche antes de sus visitas programadas, buscaba citas y normas poco conocidas en la sección de derecho de la biblioteca para impresionarla, su corazón latía con fuerza cuando oía el ruido de sus tacones en el frío suelo de piedra).

Ahora, sin embargo, era distinto. No había funcionarios de prisiones mirándolos a través de la rejilla de la ventana de la puerta. Un leve dejo de humedad persistía en la comisura de su labio. Con la luz natural de su despacho (un poco más pequeño y más lleno de libros de lo que esperaba), podía ver que se aferraba a un atractivo marcado por las preocupaciones y agobios. Su cabello rubio ceniza tenía algunas canas, bajo sus ojos comenzaban a formarse bolsas y sus hoyuelos estaban empezando a convertirse en surcos más profundos y permanentes. En unos años acabaría convertida en una arpía prematura o en la típica tía buena de segunda que siempre tiene a hombres más jóvenes que ella ansiosos por llevarle el desayuno a la cama.

—Perdona que no pudiera quedarme y llevarte desde Rikers tras la vista —dijo con una sonrisa forzada—. Pero la canguro tenía que irse a casa antes porque sus hijos estaban enfermos y no tenía a nadie que la pudiera sustituir...

—No se preocupe. Me las apañé.

—Me alegra oírlo. —Paró y se recordó a sí misma que tenía que aspirar aire—. ¿Dormiste bien en casa de tu prima?

—Sí. Estuve a gusto. Ya sabe, la familia.

Sabía que no estaba muy bien empezar el día mintiendo a su abogada, pero ¿qué otra cosa iba a decir? Una parte de él seguía siendo un niño puertorriqueño en un colegio de blancos que solo quería impresionar a las chicas.

—Mmm. Eso es genial. —Asintió distraída—. ¿Cómo te sientes siendo un hombre libre?

—Está bien. —Miró a su alrededor y vio en la pared junto a su título de abogada un dibujo de un crío pintado con los dedos cuya esquina, pegada con cinta adhesiva, aleteaba por el aire que salía del respiradero—. Todavía pienso que todos van a decirme que es una broma y que tengo que darme la vuelta y volver.

—No, no es una broma. Pero tenemos cosas muy serias que tratar.

Apretó contra su pecho su petate al escuchar tan severa indirecta.

—¿Qué es lo que ha dicho el fiscal del distrito? ¿Van a retirar los cargos?

—Lamento decir que he mantenido una irritante conversación esta mañana con Paul Raedo. —Las palabras estallaban en sus oídos como si se

encontrara al lado de una ristra de petardos—. Sostienen que el juez anuló tu condena basándose en un «tecnicismo jurídico». —Hizo con los dedos el gesto de «entre comillas»—. Pero la acusación subyacente persiste.

Se desplomó sobre la silla. Era demasiado bueno para ser verdad.

—Asumámoslo. Ayer tuvimos suerte. —Se sentó hacia delante para hablarle con sinceridad—. En los últimos meses han anulado cuatro casos de tu anterior abogado. A veces ocurre, pero por lo general no a la primera. Esta vez teníamos el viento a favor.

¿Suerte? La rabia comenzó a gorgotear de nuevo dentro de él. Si hubiese tenido suerte, en primer lugar no le habrían tendido una trampa. Si hubiese tenido suerte, su padre no habría contratado los servicios de Ralph Figueroa. Ese hijo de puta drogadicto jamás le dijo que tenía derecho a testificar en su nombre o que el fiscal del distrito le había ofrecido un acuerdo para una condena de entre cinco a quince años. Resultó que llevaba años metiendo la pata en sus casos (se le traspapelaban las fechas límite, aparecía en la sala del tribunal con los casos sin preparar, rellenaba los papeles equivocados). Y además se llevó los ahorros de toda una vida de Papi, doce mil dólares. En la actualidad, el abogado vivía en una residencia de la tercera edad, probablemente bebiendo del retrete y felizmente ignorante del hecho de que cuatro jueces estatales diferentes se habían visto obligados a dejar a un lado los veredictos del jurado debido a sus graves negligencias.

—Lo siento, *Julian*. Así es la política.

De repente, estaba de nuevo en la sala, nadando en puro terror y adrenalina con el traje gris que su padre le había comprado y que tanto picaba. El presidente del jurado leía el veredicto mientras su cuerpo se quedaba frío. «Culpable», «culpable», «culpable...» Cada vez que preguntaban a un miembro del jurado, su temperatura corporal bajaba unos cuantos grados más. Sus dientes castañecaban cuando los guardias lo cogieron de los brazos y lo pusieron en pie. Mientras se lo llevaban de vuelta a su celda tenía la espalda tan arqueada que apenas pudo girarse para decir adiós a Papi.

—Vale, vale. Tranquilicémonos. —Vio como la cara de Julian se iba quedando sin sangre—. Todo esto son poses afectadas e intentos por mejorar su posición. Probablemente todo vaya a ir bien.

—¿«Probablemente»? —rugió—. Señora A., no me hable de «probablementes». Dígame lo que tengo que hacer y déjeme hacerlo.

—Mira, se trata de un caso excepcional.

Se fijó en cómo ella era consciente de que tenía que ir más despacio y hacer una pausa para tomar aire cada pocas frases, como si estuviera acostumbrada a tratar con gente dura de oído o deliberadamente torpe.

—Qué me va a contar. He estado veinte malditos años en prisión por algo que no hice...

—*Julian*, estoy de tu parte. —Alzó las manos—. ¿De acuerdo? Tan solo intento decirte cuáles son los hechos. La realidad es que este es un caso de gran repercusión. Lo recuerdo de cuando estaba en mi tercer año en la oficina del fiscal del distrito. Las mujeres allí presentes hablaban de eso porque todas teníamos la edad de la víctima. Y, por desgracia, la gente no ha olvidado. Además, Paul Raedo aspira a llegar a juez. No puede permitirse que crean que está dando marcha atrás.

—¡Jooooddddeerrr! —El aire fue saliendo de su cuerpo—. ¿Entonces puedo acabar de nuevo en prisión? ¿Es eso lo que me está diciendo?

—Mira, has sufrido mucho y puedo ver lo mucho que te está afectando, así que esto es lo que te propongo que hagamos. —Frotó sus perlas una a una con una ternura casi consciente—. Llamaré a Paul de nuevo y veré si puedo lograr un acuerdo para la lectura de las causas que tendrá lugar la semana que viene. Te declaras culpable y entonces el juez Bronstein dictaría una condena por tiempo cumplido y entonces...

—No.

Deborah Aaron soltó sus perlas y miró nerviosa a la puerta. Probablemente pensaba que estaba siendo muy sensata y razonable. Pero ella no había estado en casa de su prima esa mañana. No había escuchado a su último familiar vivo decir, «ni siquiera te conozco». No había visto la forma en que aquella niña lo había mirado desde detrás de la nevera. Aquella mirada seguiría con él toda la vida, como un cuchillo clavado en la espalda.

—No pienso declararme culpable, joder —empezó a decir y después se contuvo al comprobar cómo dos décadas en la cárcel habían logrado mermar su buena educación—. Discúlpeme. No pienso declararme culpable. Quiero que me devuelvan mi nombre.

Ella agachó la cabeza.

—*Julian*, seamos sinceros el uno con el otro —dijo—. Ya has pasado más de media vida en la cárcel. ¿No quieres que esto termine?

—Pues claro, joder.

—Entonces, ¿por qué no quieres retirarte a tiempo? Sé cuán vengativos pueden llegar a ser Paul Raedo y Francis Loughlin.

—Y si me declaro culpable, ¿en qué situación me coloca eso? ¿Cómo podría ir con la cabeza alta? ¿Podría llegar a ser abogado como usted con una condena por delito grave? ¿Me concederían una hipoteca para poder comprarme un lugar decente en el que vivir?

La expresión del rostro de Deborah había cambiado mientras él estaba hablando. Unas tijeras se abrían ahora mismo detrás de sus ojos.

—*Julian*, es hora de ser prácticos —dijo—. Sé lo duro que has trabajado para mantener abierto este caso, pero ¿crees que el hacerte ilusiones va a llevarte a alguna parte?

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que, con los años, puedes convencerte de que eres inocente y que el sistema te ha jodido. Pero si seguimos yendo en esa dirección, vamos a acabar volviendo al tribunal y los hechos van a volver a salir a la luz. Y no siempre resultan ser lo que uno desearía que fuesen.

La furia cegó su mente.

—¿Me está llamando mentiroso?

—Lo que digo es que no quiero que te hagan más daño del que ya te han hecho. —Se dio una palmadita en el pecho para enfatizar esta última frase—. Y, francamente, no puedo permitirme invertir más recursos en un pleito civil que no va a ninguna parte. —Se acercó y se sentó en una esquina del escritorio—. Un encarcelamiento injusto es muy difícil de probar. Tendrás que demostrar que la Policía y los fiscales hicieron caso omiso o corrompieron de forma deliberada pruebas que podrían haberte absuelto.

Permaneció en silencio durante unos instantes. El peso de su petate presionaba su regazo. Todas las cosas que había cogido y guardado mientras estuvo encarcelado. El cepillo de dientes con las cerdas gastadas que tenía que reemplazar; las latas de sopa que había comprado en el economato de la cárcel y que no era capaz de tirar; el reloj despertador que había arreglado cuando repararon un motor pequeño; los calcetines por las rodillas que había llevado doblados cuando la nieve le llegaba hasta los tobillos en el patio que daba a la frontera canadiense mientras intentaba ver los putos reportajes sobre agricultura en la televisión que había fuera; el ejemplar de *El fin de la infancia* que tenía en su mochila Jansport el día que el detective le dijo que parara en la estación de casa. El sobre al que se había aferrado. Los recuerdos de la vida que había pensado que tendría. Los «años». Se los habían robado, se los habían quitado como quita un atracador los billetteros, desvalijándolos y tirándolos en la cuneta. Eso era lo que le dolía. Que a nadie le importaba. Nadie llevaba la puntuación. Nadie intentaba jugar limpio. Le restregaron la cara por la tierra y disfrutaron haciéndolo. Intentaría seguir adelante y vivir con ello, sonriendo y encogiéndose de hombros, arreglándose e improvisando sobre la marcha, pero entonces algo se incubaría dentro de él parecido a la criatura de *Alien*. Hasta que un día esa criatura se abriese camino al exterior, con fauces crujiendo y dientes goteantes, y dejara tras de sí la inútil cáscara.

—Señora Aaron, esa gente mintió —dijo fríamente—. Mintieron y cogieron todo lo que tenía y todo lo que iba a tener. Pasé el día del funeral

de mi padre en una celda de aislamiento. ¿Y ahora está intentando decirme que nadie va a pagar por ello? No, no. No podría vivir con ello. Si no quiere pasar a la siguiente fase y seguir luchando por mí encontraré a otro abogado que lo haga.

Vio como ponía mala cara y mantenía su mano cerca de sus perlas. Oh sí, la tenía calada. En su estancia en prisión había aprendido a ver con rapidez el fondo de la gente, a juzgar su grado de necesidad y ansias en una mirada. Ya había visto el dibujo pintado con los dedos al lado del título de la carrera y ahora había visto que tenía fotos de dos niños en la *credenza*. Un niño y una niña pero ningún marido a la vista. Así que se trataba de una madre soltera que necesitaba sacar algo de este caso tanto como él.

—Sabes que este despacho se lleva con poquísimos dinero —le advirtió—. No tengo demasiados recursos a mi disposición para contratar a detectives privados o cosas por el estilo. Si quieres que siga con este caso, tendrás que ponerte a trabajar y hacer de vez en cuando trabajo de verdad.

—Por mí no hay problema —le dijo—. He estado veinte años en la cárcel. No me importa ensuciarme las manos.

—De acuerdo entonces —suspiró—. Prepararé los documentos y haré saber a la fiscalía del distrito que no nos vamos a declarar culpables.

Francis escuchó el crujir de las hojas muertas bajo sus zapatos mientras bajaba por la 89 de West Street en dirección a la casa de piedra marrón de los Wallis. Así era como el cambio de estaciones llegaría a ser para él en pocos años. El aire enfriándose durante un par de semanas, algunos copos de nieve derritiéndose en su cara y, ¡pum! una parcela de hielo en la acera para que se resbalara al pasar. ¿Qué tal ver cómo un arce azucarero volvía a la vida delante de un supermercado Pathmark en Rego Park, tan chillón y flamante como una bailarina de cancan del Moulin Rouge enseñando sus enaguas? ¿Y que me dices de los sicomoros de Riverside Park cambiando de color como si un dios del sol estuviese goteando fuego sobre sus hojas? Debería llevar en coche a Patti al campo esta noche para ver las estrellas antes de que desaparecieran.

Vio a Tom Wallis cuando llevaba media calle recorrida. Pelirrojo y de piel clara, estaba barriendo delante de la casa y llevaba unos pantalones con raya planchada y una camisa blanca con el cuello abrochado, como si acabara de llegar a casa del trabajo.

—Aquí estás.

—¿Cómo te va, Francis? —Tom dejó a un lado la escoba y le tendió la mano.

—Me alegro de verte. —Francis se saltó el apretón de manos y le dio un abrazo sincero—. Tienes buen aspecto.

Era verdad. La mayoría de las familias de víctimas de crímenes envejecían antes de tiempo. Podías ver cómo sus rostros envejecían diez años cuando hacías la notificación inicial, cómo sus ojos se hundían dentro del cráneo mientras les decías las palabras «lamento su pérdida». Y verlos en el juicio era incluso peor: el tono de su piel se volvía gris, su pelo se tornaba lacio y su compostura se desmoronaba cuando se daban cuenta de que todo aquello no iba sobre la justicia, sino sobre la integridad del proceso. Que aquellos acuerdos sordos entre abogados y las declaraciones confusas y débiles de los testigos eran todo lo que tenían para aliviar su dolor.

Pero Tom, que nació cinco años antes que Allison, no había cambiado mucho desde la última vez que Francis lo vio, en la taberna Landmark allá por el ochenta y seis, hablando tranquilamente, con un *ginger ale* y ese pan hecho con levadura química. Todavía tenía el aire aturdido de un joven agricultor cuando ve su primer tornado en la distancia; la mandíbula a punto de aflojarse, la frente surcada por un par de cejas apenas apreciables y el mismo contraste de la piel blanca como la leche y el pelo rojo de las mujeres de la familia.

—Me alegro de haberte pillado en casa cuando te llamé.

—Así es la vida de un comercial —Tom se tocó el espacio entre sus cejas de la misma forma tímida y afectada que Francis recordaba—. Fuera todo el tiempo y luego en casa un día entre semana por la tarde. Ha pasado mucho tiempo Francis.

—Sí. Os perdí la pista. Solía mandar a tu madre una tarjeta cada Navidad y Semana Santa.

—Sí, nos hemos mudado muchas veces —Tom asintió. Tan solo sus labios, tan finos, insinuaban que aquella visita le incomodaba—. Estuvimos en la casa de mi madre en Sag Harbor algún tiempo. Luego probamos con Connecticut. Pero ya sabes cómo es eso. Podrás estar donde quieras, pero nada es comparable a estar en casa.

—He oído eso muchas veces. Cuesta adaptarse.

—Esos somos nosotros. Los Wallis nómadas.

—¿Tu madre vive contigo ahora?

—Sí. El precio estaba bien, así que vendimos la casa que teníamos en Danbury y compramos esta. —Tom parpadeó y no hizo movimiento alguno para invitar a Francis a conocerla—. Ha resultado ser un lugar agradable. Hacemos frente a la hipoteca con el alquiler de la planta superior y mi madre tiene su habitación en la planta baja, al lado del jardín, por lo que puede ver a sus nietas y también tener su propio cuarto de baño.

—Ni siquiera sabía que te habías casado, Tom.

—Acabamos de celebrar nuestro décimo aniversario. —Mostró absorto su anillo de oro—. Una mujer increíble de Indiana. Tenemos dos niñas, de tres y seis años.

Se agachó para coger un envoltorio de gominolas Swedish Fish que había volado hasta el escalón de su entrada.

—¿Por qué querías verme, Francis? Dijiste por teléfono que tenías algo importante que tratar conmigo.

—No sé si ha llegado ya a tus oídos, pero han dejado salir a Julian Vega. Tom se levantó lentamente. Arrugó el envoltorio con la mano.

—¿De qué estás hablando?

—Créeme. Sé que es una cagada. Yo me acabo de enterar.

—¿Que lo han dejado salir? —Tom repasó de nuevo las palabras como si de un estudiante de una lengua extranjera se tratara—. ¿Cómo puede haber ocurrido?

—Por un tecnicismo. Revocaron la condena porque él alega que su abogado no le dijo que tenía derecho a testificar. Una puta gilipollez. No te preocupes. Vamos a devolverlo donde estaba.

Tom empezó a frotarse el terso espacio que había entre sus cejas como si estuviera intentando que la idea entrara en su cabeza.

—¿Quieres decir que vamos a tener que pasar por todo aquello otra vez?

—Tom, lo siento. Esto no debería haber pasado.

—Vaya... quiero decir, ¡vaya! —Un trasfondo rosa comenzó a bullir a través de su blanca tez—. ¿Por qué nadie nos dijo lo que estaba ocurriendo?

—Todo ha sucedido muy rápidamente. Nadie se lo esperaba.

Paul Raedo, las cosas que tengo que hacer por ti.

—Dios, no sé si mi madre podrá soportarlo.

—¿Quieres que se lo diga yo?

Tom negó con la cabeza. Empezó a recobrar su natural palidez de manera gradual.

—No creo que sea una buena idea.

—¿Por qué no?

Tom respiró profundamente, como si hubiese estado montando en bicicleta por las empinadas laderas de la montaña.

—Ya no es la misma. Desde hace mucho tiempo.

—¿No?

Francis se maldijo por no haber seguido en contacto con ellos. Mantener el contacto con las familias de las víctimas era tan parte de su trabajo como lo era rellenar impresos DD5 o tratar con informantes confidenciales. Claro que algunas llamadas eran una tortura: madres llorando, «¿adónde se ha llevado el Señor a mi hijito?», cuando uno sabe muy bien que su hijito era un gánster narcotraficante que llevaba una cuchilla en la boca cuando lo encontraron. Pero tenías que hacerlo. No solo porque consolar a los desconsolados era lo correcto, sino porque nunca se sabe. Puedes tirarte dos, tres años con un caso que parece llevar a un callejón sin salida, pensando que nunca se va a resolver y, cuando menos te lo esperas, llama la abuela diciendo que estaba viendo *As the World Turns* el otro día cuando miss Thing, con su gran culo y brillantes joyas, le recordó a la chica con la que el hijito se veía antes de ser asesinado y que al final resulta tener un marido celoso que acababa de llegar de Ecuador.

—Sé que en el juicio parecía muy fuerte. —Tom agarró la escoba—. Pero al final se quedó destrozada. ¿Sabes?, lleva veinte años intentando escribir el mismo libro.

—Vaya.

Es comprensible. Los que pueden mantenerse más tiempo en pie son a veces los que tienen la caída más dura. Recordaba a Eileen sentada en la segunda fila de la sala cada día. Una mujer de pelo rojo indomable que nunca llevaba maquillaje y que crió a dos hijos sola en la ciudad después de que su marido, un expresionista abstracto fracasado, se esfumara y acabara en París con una bailarina de dieciocho años de la compañía de Meredith Monk¹⁹.

—¿Qué ha pasado? La última vez que hablé con ella parecía estar bien.

—Es como si al principio hubiese ido cuesta abajo lentamente y luego hubiese cogido velocidad. —El ceño de Tom se endureció—. Justo después del juicio empezó a ir a las cenas de esos grupos de apoyo para padres cuyos hijos han fallecido. Eso le hizo bien. Pero entonces empezó a tener discusiones con ellos. Se quejaba de que la gente solo iba a las reuniones cuando el tipo que había matado a sus hijos estaba siendo juzgado y necesitaban a más gente para que fueran al tribunal.

—Entiendo —gruñó Francis de forma comprensiva, pues sabía que nunca se podían dar esas cosas por sentado.

—Así es que, después de un tiempo, empezó a quedar con esa otra gente. Rollo «New Age» y esas cosas. Gente que usa cristales curativos y aromaterapia, ya sabes, toda esa mierda.

—No pareces convencido.

—¿Y qué quieres? —Tom cogió una bola de papel de aluminio—. Yo vendo suministros médicos profesionales. Esa gente es el enemigo. Pero entonces se enganchó a los chiflados de verdad. Esos que piensan que pueden hablar con los muertos.

—Me estás tomando el pelo. ¿Tu madre?

Francis no podía creérselo. Estaban hablando de una mujer sabia y realista de Nueva York, una mujer de una pieza. Una chica que había conseguido el papel de Ofelia en el *Hamlet* de Richard Burton nada más salir de la escuela de arte dramático Julliard. Una actriz que había trabajado con Cassavetes y que después lo había dejado para criar a sus hijos. Una mujer que se había reinventado como una exitosa escritora de literatura infantil después de que su marido se marchara. Francis recordaba haberle leído uno de sus cuentos, *Hello, Walls*, a su hija Kayleigh algunos años después de que el caso se cerrara y le había impresionado lo divertido, duro y aterrador que era al mismo tiempo (como si la autora tuviese cierto

¹⁹ N. de la T. (1942). Artista multidisciplinar estadounidense.

entendimiento especial y subversivo con sus jóvenes lectores que excluyera de forma expresa a todos los padres).

—Bueno, siempre fue un poco... «maníaca». —Tom tiró la bola de papel de aluminio a la basura con cara de asco—. Pero después de que mi hermana muriera empezó a deprimirse más y más hasta que al final había días en que literalmente no se podía levantar de la cama. Pensaba que esa gente, esos vendedores de ungüentos inútiles, podrían ayudarla. Le dijeron que Allison no estaba muerta.

—¿Qué?! —Francis escuchó su mandíbula crujir detrás de su oreja.

—Uno de los «guías» le dijo que había otra chica enterrada en la tumba. —Tom bajó la mirada avergonzado—. Dijo que se había cometido un error. Se cambiaron los cuerpos. Asesinaron a otra chica y mutilaron su cara, por lo que nadie podía reconocerla...

—Escucha Tom, no te lo tomes a mal. Tu madre es una gran señora, pero era tu hermana. La vi con mis propios ojos. —Tuvo cuidado de decir «la vi» y no «vi su cuerpo».

—No hace falta que me lo digas. Yo también la vi en el depósito. Pero aun así hay gente que se niega a aceptar la verdad.

—Lo sé, lo sé.

Francis asintió con la cabeza y después se acordó de que todavía no había anotado la fecha de su próxima cita con el doctor Friedan.

—Y entonces pasó a los detectives privados, esos buitres que le decían que encontrarían a mi hermana. —Tom barrió un envoltorio de un chicle Wrigley que había en el escalón—. Ciento cincuenta dólares la hora para seguirle la pista a un puñado de declaraciones sin credibilidad alguna. Como si fuesen a encontrar a mi hermana sentada en un Taco Bell en Kenosha con Amelia Earhart²⁰.

—Nadie me dijo nada al respecto.

—La cosa es que estos últimos años parecía estar algo mejor. —Tom seguía barriendo el envoltorio de chicle, cada vez más y más frustrado porque se negaba a moverse—. Sobre todo desde que las niñas han crecido. En cierto sentido la sacaron de toda esa niebla. Sobre todo, Michelle, la pequeña. Mi madre y ella son como dos gotas de agua. Hasta se parece a Allison cuando tenía su edad.

Francis se giró hacia la ventana de la planta baja, pues le pareció haber visto a alguien por el rabillo del ojo.

²⁰ N. de la T.: Aviadora estadounidense (1897-1937). Intentó el primer viaje aéreo alrededor del mundo sobre la línea ecuatorial.

—Realmente llegué a pensar que el sol iba a volver a salir —dijo Tom—. El otro día estábamos en el parque con las niñas en la estatua de Alicia en el país de las maravillas y mi madre se giró de repente hacia mí y me dijo: «Siento como si me hubiesen dado una segunda oportunidad». Y, por un instante, volvió a ser ella misma. Sentí como que la tenía de vuelta. Pero ahora que me has dicho que todo va a empezar de nuevo... —Se hundió—. No lo sé.

—Mira, nadie quería que esto sucediera.

—¿Sabes qué es lo más increíble de todo? —dijo Tom de repente—. Le gustaba ese chico, Julian. ¿Puedes creerlo? Se lo encontraba cuando iba a visitar a Allison al edificio. Le parecía dulce la forma en que él siempre iba detrás de ella, como si realmente llegase a pensar que tenía alguna posibilidad con mi hermana.

—Probablemente en aquel tiempo pareciese lo suficientemente inocente.

—Ambas deberían haber sido menos confiadas.

Tom cogió el envoltorio del escalón y lo tiró a la basura. Sus ojos ardían ligeramente bajo sus pálidas cejas.

—Sí, vale. No lo discuto. —Francis levantó las manos—. Solo estoy diciendo que a cualquiera se le habrían pasado por alto las señales. Cuando lo detuvimos parecía tener solo doce años.

—Por supuesto, no quería desviarme del tema. Es solo que no puedo...

—Lo sé.

—No puedo pasar por toda esa tortura de nuevo. —Tom bajó la vista y vio que una mancha gris del chicle permanecía en el escalón—. Supongo que de un momento a otro empezaremos a recibir llamadas de los medios.

—No tienes que hablar con ellos. Dirige todas las llamadas al gabinete de prensa del fiscal del distrito.

—¿Sabes? Hay una parte de mí que piensa que deberíamos olvidarnos de todo esto —dijo pateando el resto de chicle.

—¿Qué quieres decir?

—Pues, que ya es suficiente. Solo... solo quiero... que se cierre.

—¿Qué?

Tom intentó meter la punta de su zapato bajo el chicle para despegarlo.

—Digo que llevamos veinte años con esto. Somos como víctimas expertas. Es la única cosa que nos define. Y estoy harto de ello.

Francis lo miró, aquella palabra lo había dejado inmóvil, «cierre». No era algo que un hombre que estaba perdiendo la vista quisiera contemplar.

—¿Y qué va a decir tu madre? —preguntó.

—¿Perdona?

—¿Cómo se sentiría si cogiese el periódico la semana que viene y viera que el caso ha sido desestimado?

Tom levantó el pie y vio que una hebra elástica se había pegado a la suela de su zapato.

—Si quieres que te diga la verdad, Francis, ya casi nunca lee el periódico. Está la mayor parte del tiempo en su mundo.

Francis sacudió la cabeza.

—Le hice una promesa, Tom. Le dije que alguien pagaría por lo que ocurrió.

—Lo entiendo pero, ¡uf, joder! —Tom intentó raspar su zapato contra el borde del escalón.

Francis lo vio y pensó en la manera en que algunas cosas se adherían a nosotros.

—Sabes que he hecho todo lo que estaba en mis manos en este caso —dijo—. Quiero decir que «realmente» he hecho todo lo que estaba en mis manos. Hay quien podrá decir que incluso he ido más allá. Y eso no lo haría por cualquiera. Pero os aprecio mucho.

—Lo sé, Francis. Sé que mi madre confiaba en ti.

—Sí, bueno, teníamos cosas en común.

—¿De veras?

—Sí, ya sabes, muertes en la familia. Mi madre murió atropellada por un coche cuando yo tenía nueve años.

—Dios santo. No lo sabía. —Tom parecía aturdido. Le estaba desapareciendo el tono rosado de la zona entre las cejas.

—Sí, estuvo en coma antes de morir, pero... —Francis se dio cuenta de que estaba jugando con la antena del móvil, metiéndola y sacándola—. El caso es que tu madre me recordaba un poco a ella. —Se paró—. Y cuando cogí este caso tu madre me hizo prometer que haría justicia por vosotros.

—Sí, lo recuerdo.

—Por eso no me sentiría bien olvidando aquella promesa. Me gustaría hablar con ella de lo que está pasando.

—Bueno, es que ahora mismo no está en casa.

Francis miró de nuevo a la ventana de la planta baja que daba a la ventana, pues estaba seguro de que hacía un minuto había alguien allí.

—Dile que me dé un toque cuando ella se sienta preparada para llamarme. Confiaba en mí para que las cosas siguieran como estaban. Teníamos la misma opinión al respecto.

—Eso está muy bien Francis, excepto por un pequeño detalle.

—¿De qué se trata?

Tom hizo una mueca al chicle pegado en su zapato y sacudió la cabeza.

—Mi madre ha perdido la cabeza.

Érase una vez una mujer que deseaba tanto tener un bebé..., pero su deseo no se hacía realidad. Eileen se alejó de las cortinas y volvió a su escritorio. La loca riéndose socarronamente en su casucha. O más bien «su planta baja que da al jardín» y por la que su hijo podría haber cobrado mil novecientos dólares al mes. Abrió de nuevo el cuento, removi6 su té y restreg6 sus pies con medias tupidas contra el suelo de madera noble.

Al final fue a ver a una bruja y le dijo: «Desearía tanto tener un bebé. ¿Podría decirme dónde puedo encontrar uno?».

Bueno, por supuesto, ahí empezaba el problema. Intercambio de bebés a través de una bruja.

«Oh, eso es muy fácil», dijo la bruja. «Aquí tienes unos granos de cebada distintos a los que crecen en los campos de los granjeros»...

Uso de drogas de fertilidad, y ¡por una mujer soltera! Su mente le dijo que escribiera con letras más grandes, pero las letras le salían pequeñas al escribirlas en su cuaderno. El último de los extraños efectos secundarios de las medicinas que estaba tomando.

¿Y ahora cómo sigue? Volvió a leer la antología de Hans Christian Andersen que había dejado abierta en el escritorio como fuente de inspiración. La mujer estéril paga su dinero y planta la semilla y, ¡quién lo iba a decir!, brota un bonito tulipán. *Mmm*. Entonces ella besa los pétalos dorados y rojos envueltos entre sí (*sí, es un cuento*) y estos se abren, y allí sobre los verdes estambres de terciopelo (*¿Podrían ser las imágenes todavía más descaradas?*) hay una diminuta y delicada doncella.

¿Pero es una joven ya formada, pero diminuta, o es una niña pequeña? Eileen miró al tulipán que tenía en su escritorio, como si el secreto se hallase dentro de sus rojas hojas. No, no se decidía. Estaba de nuevo bloqueada.

Arrancó del cuaderno la página en la que había estado trabajando, la estrujó y la tiró a la papelera, ya rebosante con los descartes de la mañana.

Puso en la mesa el bolígrafo. Sus dedos manchados de tinta estaban rígidos por la nueva medicación. Imposible concentrarse. Ni siquiera un poco. Se dirigió sin hacer ruido a la ventana y se escondió de nuevo tras las cortinas. Vio a dos hombres hablar en la acera. No era el obvio simbolismo sexual lo que la estaba frenando, concluyó. Todos los grandes cuentos tenían una poderosa resaca erótica: *Rapunzel*, *Rumpelstiltskin*, *La Bella Durmiente*. Era la ausencia de sentimientos. Tenía que ser una de las historias más tristes jamás contadas. Un enorme y repugnante sapo secuestra a Pulgarcita para casarla con su hijo y la lleva a una hoja de nenúfar en medio de una corriente. Nunca más volverá a ver a su madre.

Pero Andersen nunca menciona la tristeza de la madre. ¡Ni siquiera se lo plantea! Solo habla sin parar del sapo y del topo ciego y de la golondrina que parecía estar muerta.

Volvió al escritorio y se enfrentó a otra hoja en blanco. ¿Cómo se le podía haber pasado por la cabeza expresar lo que era perder un hijo? Ya debía de estar bajo los efectos de los medicamentos cuando se comprometió a este trabajo, allá por los inicios del gobierno de Reagan. Las rayas azules de la página parecían desaparecer ante sus ojos, dejándola sin nada sobre lo que poder escribir. ¿Cómo ilustras media vida de dolor? ¿Cómo se puede escribir sobre cuando el corazón se retira a una esquina oscura? La sangre que se seca por tus venas; las cenizas que no puedes escupir de la boca; la pérdida gradual de sensaciones; lo ofensivo de las risas de los demás.

La pobre mujer debe de haber estado en la ventana noche tras noche, los pétalos esparcidos a sus pies, esperando a que la criatura regresara, con un dolor enorme y sordo que la envolvía como una nube. Quizá engordó de tanto comer patatas fritas y helados y de ver la carta de ajuste de la tele. Quizá se emborrachaba cada noche y amanecía cada mañana rodeada de botellas vacías de pinot y chardonnay, preguntándose cómo habían ido a parar allí. Quizá lo que la mantenía con vida eran esos irregulares y pequeños fragmentos de esperanza que se le seguían clavando. Cosas pequeñas y apenas perceptibles. Un movimiento en la hierba, un cambio en la dirección del viento, una débil voz en la noche, un rumor que dice que alguien puede haber visto a Pulgarcita flotando sobre una hoja de nenúfar o sentada en una mesa de *craps* en las Vegas. Quizá incluso esos dos hombres que están al otro lado de la ventana diciendo su nombre en voz alta.

Cuando bajaba las escaleras del despacho de su abogada, Julián vio una elegante cafetería de color caramelo llamada Starbucks al lado de la boca del metro. Universitarias con los ojos somnolientos y el pelo despeinado estaban sentadas en mesas redondas, escribiendo en sus portátiles y leyendo novelas del siglo XIX al lado de las ventanas. Hambriento y cansado, entró y pidió una ensalada César, un trozo de pastel de patata dulce y un café con leche descafeinado con vainilla y mucha espuma, pues pensó que sonaba muy elegante cuando lo pidió la chica que estaba delante de él. Se sorprendió cuando levantó la tapa y vio que estaba medio vacío.

Aun así, se sintió como si hubiera logrado una participación menor en el orden social por haber pagado una comida. Comió rápida y sigilosamente rodeando la comida con su brazo. Una chica guapa que había en la mesa de al lado tiraba del cuello alto de su jersey hacia la barbilla y pasaba las hojas de *Los miserables*. Cuando salía la saludó con la cabeza y después se dio cuenta de que todavía llevaba el plato y los cubiertos, como si hubiera un guardia en la puerta esperando para cogérselos. No obstante, decidió que aquel era un sitio maravilloso y que volvería pronto con un libro suyo de algún autor clásico.

Unas cuantas calles después, sin embargo, vio otro sitio prácticamente igual en Union Square, también llamado Starbucks. Las mujeres que estaban dentro parecían más agobiadas e insistentes. Atravesó el parque en dirección oeste mientras se debatía entre el trabajo que tenía que hacer y las ganas de pararse y contemplar. Contemplar a los mexicanos que descargaban cajas de frutas delante de las bodegas coreanas, los números que aumentaban en los paneles digitales, los anuncios de *Sexo en Nueva York* de los autobuses. Mujeres con zapatos imposibles y hombres con móviles pegados a sus oídos lo miraban con mala cara, como si por el simple hecho de estar allí con sus viejas ropas mugrientas mirando el cielo estuviese perturbando la fantasía sobre las vidas glamorosas que llevaban.

—Deja de actuar como si estuvieras en una canción de Stevie Wonder, paleto—le dijo un mensajero que pasó en una bicicleta a gran velocidad con un maillot amarillo chillón reflectante y unas gafas protectoras, y que casi le pilló la punta de sus zapatos de trabajo al pasar.

Era así de obvio. Bien podía haber sido un *klíngon* o *El hombre que cayó a la tierra*. La cuestión era que no podía quedarse quieto mirando. La ciudad era la misma, pero era diferente. Ya no podías grabar tu nombre en su alma con un aerosol de pintura en una pared vacía. Los viejos hitos se habían ido y los nuevos habían ocupado su lugar. Las palabras «Met life»²¹ estaban en el edificio Pan Am. Aquello era como una pantalla Telesketch a medio terminar, algunas de las líneas estaban borradas y las débiles generaciones de billones de dibujos previos solo se veían si te acercabas mucho.

Entró en un Rite Aid para comprarse un cepillo de dientes y unas tijeras para cortar las uñas e ir así arreglado. Después fue a las oficinas de recursos humanos de la administración que estaban en la Calle 14 e intentó apuntarse para poder acceder a las ayudas estatales. La señora Morales, una mujer con mucho pelo que estaba detrás del mostrador, le dijo que podía solicitar un albergue o bien entrar interno en un programa de desintoxicación. Cuando intentó explicarle que jamás había tomado drogas, ella lo miró con escepticismo. Descubrió que era más sencillo mentir y decirle que era un yonqui que convencerla de que había estado encerrado sin motivo. Le dijo que volviera a llamar más tarde para ver si había sitio en un centro de reinserción social.

A la una estaba de vuelta en su viejo vecindario, preguntándose si no habría ido demasiado lejos al intentar venderle a la señora A. la idea de que aún había gente dispuesta a ayudarlo. Al menos algunos de los sitios seguían allí. La tienda de bicicletas de la Ochenta y ocho, las papelerías que vendían el *Irish Echo* y la lotería, la tienda de reparación de calzado de Gus, la peluquería de Romeo con el poste a rayas en el exterior. Se entretuvo unos instantes fuera del patio de recreo de St. Crispin viendo cómo las chicas con sus faldas cortas y lisas peleaban con los chicos con *blazers* granates y pantalones de *sport* grises. Las ventanas de la casa del párroco parecían estar llenas de polvo y se preguntó con una aguda punzada si el padre Flaherty seguiría vivo. El viejo sacerdote había escrito su recomendación para Columbia y le había dicho a Papi que su hijo llegaría lejos en la vida. Una

²¹ N. de la T.: Compañía aseguradora.

especie de vergüenza asfixiante se apoderó de Julián cuando se imaginó a sí mismo topándose con el sacerdote y presenciando su decepción.

En vez de quedarse, siguió en dirección a la zona residencial y pronto se vio a sí mismo mirando al otro lado del ritmo majestuoso de los coches, al lugar donde se encontraba el toldo verde claro con los números 1347 que le era tan familiar y que se ondulaba ligeramente con la brisa.

Se dijo que tenía tanto derecho como el que más a estar allí. Aquel era su hogar. Aquella era la zona en la que había crecido. Aquella era la parte de la ciudad que mejor conocía. Había aprendido a montar en bici en aquellas aceras. *Julian*, el hijo del portero. De nuevo sintió cómo sus ansias y anhelos lo atravesaban cuando recordó la Navidad en que la señora Lunning del 5E le había regalado un *GI Joe Combat*. Ahora entendía que su padre habría preferido cuatro billetes de veinte en un sobre blanco, pero en aquel momento Julian se sintió como si fuera el príncipe del edificio, el chaval que correteaba con una gorra de portero ladeada demasiado grande para su cabeza y un silbato para llamar a los taxis alrededor del cuello, mientras todo el mundo le sonreía y estaba pendiente de él.

Todo aquello se había esfumado. Tragó saliva y se preguntó qué estaría haciendo en ese instante su amigo T-Wolf. Probablemente estaría de vuelta en la Carpenter Avenue del Bronx, celebrando su segundo día de libertad, fumando porros y empinando el codo mientras sus familiares llevaban platos apilados de pollo frito y sus ex se acercaban para cotillear. Durante un instante una rabia hasta entonces desconocida se apoderó de él: ¿por qué Papi no lo había criado en la zona norte de la ciudad, cerca de familiares y amigos que le diesen la bienvenida? El hijo de un portero no era ni una cosa ni la otra. No pertenecías ni a la clase alta ni a la baja. No vivías ni en un ático ni en la calle, no eras ni estadounidense ni puertorriqueño. No eras ni champán ni Malta Goya. No vivías ni en la planta de arriba ni en la de abajo. Estabas atrapado en la entreplanta.

Con las manos dentro de sus bolsillos, Julian deambuló con indiferencia hacia el toldo. Pensó en echar un vistazo rápido para ver si alguien de mantenimiento seguía por la zona. Papi había trabajado en este edificio veintidós años. Uno de los pocos porteros puertorriqueños de esta parte de la ciudad. «Lo que significa que tienes que ser el doble de limpio y trabajar el doble de duro, hombrecito.» Siempre en el trabajo a las seis de la mañana, con camisa blanca y corbata, pantalones marengo y el pelo echado hacia atrás, pero no grasiento. Omnipresente pero invisible. Discreto pero digno de confianza. Llamando a taxis; cuidando que la arena estuviera limpia en los ceniceros del vestíbulo; puliendo el mármol de los vestíbulos; barriendo las aceras; desatascando los baños de la planta de arriba; verificando los

seguros de los contratistas; asegurándose de que el montacargas funcionara. «Sí, señora. No, señora. Mandaré arriba a los de la limpieza en seco. Ahora mismo le digo a la señora de la limpieza que baje. Llevaré esta receta a la farmacia que hay a la vuelta de la esquina. Yo le arranco el coche.»

Veintidós años con los ojos abiertos y la boca cerrada, dejando sus ambiciones en el almacén, al lado de los paquetes de UPS y de la tienda de vinos Sherry-Lehman. Y, cuando encerraron a su hijo, lo trataron como a un apuesto inmigrante ilegal que acabase de bajar del cayuco, obligándolo prácticamente a abandonar su puesto de trabajo. Por aquel entonces, Papi estaba tan consumido por el caso que había dejado de cambiar la arena en los ceniceros y de hacer las rondas de Valiums, para las matronas estresadas.

Los montantes de metal del toldo brillaban al sol. Un portero con cara de rata, de pequeña estatura y uniforme verde con galones dorados lo miró con recelo cuando Julian pasó a su lado. Así que los irlandeses se habían hecho de nuevo con el control de la zona.

Julián se dio cuenta, no sin gran satisfacción, de que el felpudo de caucho negro sobre el que estaba el portero estaba algo gastado y parte de la cifra 1347 impresa en blanco había sido borrada por el paso de suelas duras y tacones altos. Papi ya lo habría cambiado por otro.

Caminó hasta el final de la manzana y después dio media vuelta para volver a pasar por el edificio. Su corazón le palpitaba. *Venga, no seas un miedica. Sabes a lo que has venido. ¿Por qué debería ayudarte alguien si no eres capaz de ayudarte a ti mismo?* El portero lo miró con unos ojos que parecían hendiduras en la torrecilla de una pistola. *Sí, sabes que no vengo a hacer nada bueno aquí, ¿verdad? ¿Qué iba a hacer si no alguien con mi aspecto en este vecindario?*

O peor aun, quizá lo sabía. Quizá había llegado a sus oídos que habían soltado al hijo del antiguo portero y que probablemente regresaría a la escena del crimen. Uno de esos mitos de la Policía que en ocasiones era cierto. Julián debía de haber hablado en la cárcel con una docena de tipos a los que habían pillado por no dejar de revolotear alrededor de su propia mierda cual moscas.

—¿Oswaldo?

Se quedó helado al escuchar en voz alta el nombre de su padre por primera vez en muchos años. Siguió caminando, pues pensó que la voz debía de haber salido de su propia cabeza.

—Oswaldo, ¿eres tú?

Se trataba de una anciana que estaba tomando el sol en la boca de incendio al lado de la entrada. Por algún motivo le había pasado desapercibida la primera vez que había pasado, con su torera roja, su falda a juego y sus

tacones de charol reluciente. Llevaba el pelo teñido en un tono negro azulado y, cuando parpadeaba, sus pestañas se abrían sobre sus párpados como las baquetas de un percusionista sobre un tambor militar pequeño.

—Dios santo, ¿cuánto tiempo ha pasado?

La miró fijamente hasta que recordó el nombre y el número de apartamento. La señora Powell, 14A. La que tenía una lámina de Degas en el recibidor, un piano de cola de Steinway en el salón y un candelabro de cristal en el comedor. Su lavabo siempre goteaba.

—Acércate. Deja que te mire. —Levantó sus brazos delgados y temblorosos para indicarle que se acercara—. ¿Dónde demonios te habías metido?

Se agachó lentamente. No sabía qué decir. La vejez había caído sobre ella como una lluvia ácida, oscureciendo sus dientes y llenando sus manos de manchas. Pero todavía conservaba los ojos de una chica deseosa de que alguien la sacara a bailar.

Volvió su mejilla para que la besase. El olor a flores marchitas bajo su perfume le produjo algunas arcadas, pero algo le hizo contener la respiración instintivamente. *Quizá podría ayudarme*. Como mínimo, probablemente todavía conservase su dinero. Seguro que tenía joyas a juego con aquel Degas y el Steinway. Puso sus labios sobre sus mejillas y le pareció que aquello era como besar la Carta Magna.

Ella le rozó ambos hombros con las manos y luego lo echó hacia atrás para poder verlo bien.

—Tienes un aspecto envidiable —dijo—. No pareces ni un día mayor. ¿Cómo puede ser eso?

—De tanto levantar peso. —Flexionó sus brazos con timidez—. Hace que la sangre siga bombeando.

Siempre le había faltado un tornillo. El padre de Julian decía que era pariente lejano del famoso empresario Andrew Carnegie. Había vivido allí desde 1923, un alhelí tímido con rodillas huesudas y encías de caballo. Se contaba que sus padres le habían organizado una lujosa fiesta con motivo de su dieciséis cumpleaños con la esperanza de lograr sacarla de su caparazón: una orquesta en el salón, el mejor servicio de cáterinposible en la cocina, e invitaciones con relieves grabados para todas sus compañeras de Spence y para todos los chicos universitarios de la ciudad. Cuando llegaron las ocho, sin embargo, nadie apareció. Tan solo estaba un vestido rosa y nadie para admirarlo, fuentes de comida para tirar y músicos con esmóquines alquilados mirando una y otra vez sus relojes.

Y desde entonces, según Papi, la señora Powell apenas había salido de ese apartamento excepto para sentarse en la boca de incendio cerca de una hora cada tarde. Aunque una vez Julian la había vislumbrado en un columpio en

el patio de recreo del colegio Mariners mirando ensimismada al cielo como si estuviese esperando a que alguien llegara y la empujase.

—¿Qué tal está tu hijo? —preguntó.

—¿Mi hijo?

Tardó un instante en darse cuenta de que su padre tendría casi su edad la última vez que ella lo vio. Hasta ahora solo había sido consciente de su cada vez mayor parecido cuando se miraba en el espejo de la cárcel mientras se afeitaba y deseaba que este le devolviera la imagen de su rostro a los diecisiete años.

—Hace lo que puede —dijo siguiéndole la corriente, pues aclararle las cosas llegados a este punto podría asustarla—. Intenta ser fuerte.

—Era muy buen chico. —Asintió con la cabeza con los restallidos y suspiros de los coches que pasaban a su lado—. *Julian*. Qué nombre tan bonito.

—En el colegio todos se reían de él por llamarse así —murmuró con pesar.

—Solía subir y hacerme compañía.

—Sí, cierto.

Asintió con la cabeza mientras el portero lo miraba con cautela desde la sombra del toldo, como si alguien anduviera a la caza de su trabajo de pelele complaciente.

—Me inventaba cualquier excusa para que subiera a casa —dijo soñando despierta—. Metía granos de café en el fregadero y más papel de la cuenta en el inodoro solo para que tuviese que subir con el desatascador.

—¿Eso hacía?

Sacudió la cabeza. El hijo del portero. Siempre ansioso por subir con su caja de herramientas cuando Papi estaba demasiado ocupado. ¿También ella se había aprovechado de él? Empezó a darle vueltas a la cabeza intentando convencerse de que así había sido para poder justificar que subiera y exigiera una reparación por todo el tiempo que había pasado allí sin que le pagasen.

Pero entonces recordó cómo ella le dejaba sentarse en la gran mesa de roble que tenía en el comedor con su libro de cálculo para ponerse al día con los deberes y evitar el lúgubre lugar que era su apartamento huérfano de madre de la planta de abajo. La luz de la hora punta entraba a través de las viejas cortinas y creaba prismas en el cristal del candelabro y a su vez hacía un pequeño arco iris en la madera mientras ella andaba en la enorme cocina, con la puerta de los criados abierta para echarle un vistazo de vez en cuando. Habían pasado años hasta que se había permitido pensar en aquellas tranquilas y largas tardes en la que los dos aplazaban la soledad hasta las seis, cuando él se marchaba a cenar con Papi.

—Nunca creí... —Se dio cuenta de que estaba a punto de decir unas palabras incómodas—. Bueno, creo que fue una pena lo que pasó. Yo también conocía a la chica. Nos saludábamos en el ascensor. Tenía el piso en subarriendo. Era encantadora.

—¿La gente todavía habla de ella?

Levantó la vista y lo miró. La niebla empezaba a disiparse.

—No demasiado. Fue terrible.

—Sí. Fue el final de mi vida. —Vio que sus ojos con la montura rosada se abrían como platos—. Por lo que le ocurrió a mi hijo —corrigió.

—Claro.

El portero había desaparecido dentro del edificio, dejando la entrada sin vigilancia por un instante.

—Bueno... —dijo Julián al ver que tenía una oportunidad de ayudarse de otra manera—, ¿sigue por aquí alguno de los que trabajaban por aquel entonces en el edificio?

—¿A qué te refieres?

—Ya sabe, Willie, el del ascensor de la parte de atrás. Néstor, el mozo...

Pestañeó confundida.

—¡Oh! —dijo transcurridos unos segundos—, ¿el hombre mayor que trabajaba en el sótano?

—Ese mismo.

—*Julian* lo llevaba a veces con él para que le ayudara a cambiarme de sitio los muebles del salón. Pequeño, pero fuerte como un toro. No sabía mucho inglés.

—Exacto.

Asintió de nuevo con la cabeza y percibió su inquietud. Sabía que era demasiado pronto para volver. Qué esperaba, ¿una pancarta con un «bienvenido a casa»? Aquella gente quería olvidarse de él, hacer como si nunca hubiese existido. Había que mirarlo desde su punto de vista: lo habían visto crecer delante de sus ojos, le habían dejado entrar en sus casas, lo habían tratado casi como a un hijo. Él había sido la prueba de sus buenas y liberales intenciones, la muestra de su igualitarismo, el chaval puertorriqueño que podía estar en sus cocinas.

¿Y cómo se lo había agradecido él? Los había traicionado. Había hecho realidad sus peores miedos, había destrozado su paz y tranquilidad y lo sagrado de sus hogares. Había matado a alguien de los suyos, a un miembro de su clase, a lo mejor de lo mejor, a una chica excelente.

—Era músico, ¿verdad? —dijo la señora Powell, todavía aferrada al velo de sus recuerdos—. Tenía aquel rostro con rasgos femeninos, pero manos grandes y fuertes, con dedos largos. Tocaba el piano.

—Sí. Papi decía que tocaba en uno de los mejores grupos de Santo Domingo antes de venir aquí.

Si se enteró del desliz, ella no dijo nada.

—¿Recuerdas el viejo Steinway que tengo en mi salón? Probablemente no se había tocado desde mi dieciséis cumpleaños, pero él llegó una tarde con el chico y, Dios mío, fue como si George Gershwin apareciese de repente en mi apartamento.

Todavía podía ver al mozo agachándose sobre el teclado justo después de mover un sofá detrás de la mesa de centro. Tocaba las notas lentamente, como un hombre al subir una escalera de caracol a oscuras. Deambulaba por las teclas sin orden ni concierto, hasta que te dabas cuenta de que aquella sucesión de sonidos al azar era una melodía. La mano izquierda se movía con dificultad hasta quedar gradualmente atrapada en las mismas notas. Las notas pedales resonaban profundas en el techo y se reflejaban en las ventanas. Sus largos y torcidos dedos golpeaban y bailaban, jugueteaban y palpaban, aporreaban y tanguaban, se deslizaban y contoneaban.

—¿Recuerdas cuando bailamos? —dijo.

¿Cómo acabaron así? ¿Se lo había pedido ella a él o él a ella? Durante unos instantes volvió a ser un niño, bailando un vals en la vieja alfombra persa roja al anochecer mientras Néstor armaba un gran estruendo. Cole Porter por un lado, Thelonious Monk por el otro, la habitación amenazaba con volar por los aires. Al principio se movían alrededor del otro torpemente. Julian, que generalmente se mantenía en un discreto segundo plano en las fiestas debido a su timidez enfermiza, la había seguido, viendo cómo hacía piruetas y arabescos que probablemente habría aprendido en clases privadas de ballet en aquella misma habitación. Recordaba cómo sonreía, deseosa de deleitarlo y cómo después le había cogido el brazo y lo había puesto alrededor de su cintura. Él la sostenía con cuidado pues no quería hacerle daño y meterse en problemas. Pero ella seguía dejándose caer en sus brazos, enredándole los pies, engranándose con sus brazos y piernas, como si lo estuviera empujando hacia su propia memoria privada. Y, durante unos minutos, bailaron como si ella tuviese dieciséis años y él no fuera a crecer más, como si fueran la envidia de todo el East Side y como si del acontecimiento de la temporada se tratase.

—Creo que está pensando en mi hijo —dijo Julián con tacto, pues sabía que no sería capaz de suspender el tiempo mucho más.

—Sí, claro.

Dejó ver sus dientes estriados con una tímida y alegre sonrisa, y al momento entendió que sabía perfectamente quién era él.

—¿Entonces sigue trabajando aquí, el mozo? —preguntó algo ávido.

—No, creo que se fue después de vosotros. O quizá me equivoque. Perdona a esta anciana confusa.

Maldita sea. Sabía que no podía ser tan sencillo. Claro que no. ¿Por qué el resto del mundo iba a seguir igual? La gente se hacía mayor, cambiaba de trabajo, tenía hijos, se le caía el pelo, se inventaba nombres nuevos. Esas personas se habían convertido en manchas de luz arrojadas a su paso.

El portero había vuelto a salir del edificio.

—Eh, amigo —gritó—. Ven aquí un segundo, ¿quieres?

Julián se disculpó con una reverencia y fue hasta allí. Una vez más, respondió al uniforme en vez de al hombre.

—¿Qué ocurre?

—¿Por qué estás molestando a esa anciana?

—No la estoy molestando. La conozco.

—La conoces.

—Mi padre trabajaba aquí. Este era su edificio.

Sus ojos de rata se entrecerraron como si en aquel instante todas las piezas encajaran. Un hombre fibroso de uniforme que probablemente pensara que un galón sobre su hombro lo convertía en un Napoleón con silbato para llamar a los taxis.

—¿Eres el hijo del antiguo portero?

—Ajá —respondió Julián e inmediatamente se dio cuenta de que no debería haberlo hecho—. Vivía en la primera planta...

—Ya. Sé quién eres. —El portero asintió como si se creyera el amo del cotarro.

—Había parado un segundo para ver si alguno de los que trabajaban con mi padre seguía por aquí. ¿Sigue trabajando Willie Hernández aquí?

—No conozco a ningún Willie.

—¿Y Néstor, el mozo?

—Aquí nunca ha habido ningún Néstor.

—¿Qué me estás contando, tío? Trabajaba para mi padre.

—Eh, amigo. Deja que te pregunte algo.

—¿Qué?

El portero le sonrió burlonamente y bajó la voz para que no lo escuchara la señora Powell.

—¿Por qué no te vas de aquí de una puta vez?

—¿Qué has dicho?

—Ya me has oído.

—Escucha, hermano. No tienes que ponerte así. Solo me he acercado para ver qué tal iba todo por aquí.

—Pues, como podrás comprobar, ni yo soy tu hermano ni este es ya el edificio de tu padre.

—Sí, pero aún tiene que haber gente aquí que lo llegara a conocer. Estuvo trabajando aquí desde el 62 hasta el 84...

—Sí, me han hablado de ello. Entonces esto era un cuchitril.

—Oye, eso no es cierto —Julián sintió como si le hubiesen golpeado en el estómago—. Retíralo.

—Tu viejo casi deja este edificio para el arrastre. Ahora, ¿por qué no te largas de aquí antes de que llame a la Policía?

Julian se dio cuenta de que estaba agarrando las tijeras de las uñas que llevaba en su bolsillo mientras miraba la vena verde situada justo encima del cuello blanco del portero.

—¿Por qué tienes que tratarme así? Yo no te he hecho nada.

—Mira, no estoy discutiendo contigo. Te lo estoy diciendo. Fuera de mi zona.

—¿O sea que ahora es tu zona? Pensaba que tenía derecho a estar aquí.

—Tienes derecho a que te patee el culo. ¿Eres estúpido o qué?

—No, tío, no soy ningún estúpido. Fui a St. Crispin.

—Pues enhorabuena. —El portero le lanzó una mirada afilada aguzada por el resentimiento—. Y supongo que eso te convierte en el negrata más inteligente del grupo, ¿no?

Clávaselas. La mente de Julián se volvió roja. *Coge esas tijeras y clávaselas justo ahí, antes de que sepa con qué lo has hecho.* Se imaginó al portero cayendo de rodillas con su mano en el cuello y la sangre saliéndole a borbotones por la herida. Pero, entonces, el alarido de una sirena de Policía que pasaba por la zona le devolvió la cordura.

—Deja al menos que me despida de la señora —dijo luchando por controlarse.

—Despídete con la mano —le impidió el portero—. Lo captará.

Julián levantó la mano para decirle adiós, pero la señora Powell ya había cerrado los ojos y se había puesto de nuevo a tomar el sol, replegándose a sus sueños de los dulces dieciséis de esculturas de cisne de hielo, orquestas tocando la *Rapsodia en azul* en el salón y jóvenes con esmóquines blancos y pelo engominado que sabían apreciar un arabesco bien realizado.

«Son las diez. ¿Saben dónde están sus hijos?»

Justo cuando daban comienzo las noticias locales, Patti Loughlin (Patti D'Angelo de soltera), oriunda de Brooklyn, entró en el salón de su casa adosada de Carroll Gardens y encontró a su marido, Francis X., despatarrado en su Barcalounger con hielo en la rodilla.

—¿Qué te ha pasado?

—¡Maldita mesa! —gruñó—. Me he golpeado con ella al ir a contestar el teléfono.

—¿Quién era?

—Nadie. Lo he cogido y no han contestado.

—Mmm. Quizá una de tus antiguas novias acosándote.

Observó el hielo y se sentó en el brazo de su sillón. Probablemente ella pensaba que había vuelto a beber, por la forma en que de un tiempo a esta parte no dejaba de golpearse contra las cosas. Sabía que tarde o temprano iba a tener que decírselo. Pero cada vez que se imaginaba la conversación, su mente se paralizaba.

Se mostraría compasiva. Se preocuparía. Iría a la biblioteca e investigaría en Internet. Se registraría en todas las listas. Empezaría a hacer llamadas telefónicas para encontrar los programas y las clínicas adecuadas para la gente de su condición. Averiguaría cuál es el mejor bastón para invidentes y dónde se reúnen los grupos de apoyo. Y él lo odiaría. Porque eso sería el inicio de su lástima.

—¿Qué tal el día? —le preguntó mientras le masajeaba sus agarrotados músculos del cuello y la espalda.

—Complicado.

—¿Y eso?

Se sentía culpable, claro. De un tiempo a esta parte habían intentado hablar más. Ninguno de los dos quería tener más esas conversaciones del tipo «no preguntes, no digas nada» tan típicas entre matrimonios de

policías, conversaciones en las que se obviaba lo que el policía había hecho a lo largo del día. Ella también había estado un tiempo metida en ese mundo, cinco años como fiscal, así que no había razón para pensar que se fuese a asustar si él le hablaba de manchas y salpicaduras de sangre o de septicemia. Llevaban veintidós años juntos, dos hijos, con sus buenos y sus malos momentos, con sus altibajos y sus reconciliaciones, hasta alguna vez se habían ido de vacaciones a Cancún. Y ahí estaba él, sentado demasiado cerca de la pantalla de la televisión, con un bulto del tamaño de una pelota de *ping-pong* y un dolor punzante en la rodilla y sin decirle lo más importante que les había ocurrido desde el nacimiento de sus hijos.

—Un puto caso antiguo que ha vuelto a salir a la luz —dijo—. Han dejado salir a Julian Vega antes de tiempo.

—¿En serio?

—Escucha, verás que no miento.

Cogió el mando a distancia para subir el volumen. Roseanna Scotto estaba conectando en directo con Lisa Evers, que se encontraba en el 1347 de Lexington.

—Roseanna, dicen que el pasado siempre vuelve. Y aquí en Upper East Side vuelven a revivirse los recuerdos de un caso de asesinato muy conocido...

—Es ridículo —le dijo Francis—. Han anulado la condena porque su abogado no le dijo que tenía derecho a testificar. Como si eso fuera nuestro problema.

—Estás disgustado.

—Más bien. Trabajé mucho en ese caso.

Se produjo un corte rápido y el rostro demacrado y severo de Debbie Aaron llenó de repente la pantalla. Al fondo, un montón de libros de derecho ladeados sobre una estantería combada.

—Nos encontramos ante el típico ejemplo de abuso de autoridad policial —decía—. Los detectives al frente de la investigación trataron a mi cliente como sospechoso antes de seguir otras pistas...

—¿Ves? Eso es lo que me jode. —Francis agitó la mano, feliz de tener algo más a lo que dirigir toda su acidez de estómago—. Sabe que su causa carece de fundamentos legales, por eso se limita a largar por esa boquita...

—No está nada mal. —Patti le enderezó la espalda—. No parece que se haya operado.

—Tú estás mejor.

—Mmm. —Se pasó los dedos por las mechas y le lanzó una miradita.

—Hicieron que los hechos encajaran en su contra —decía Deb a la cámara.

—Vaya montón de gilipollices —dijo Francis.

—No puede oírte —Patti le apretó la nuca.

—Y en el transcurso de la investigación tuvieron lugar ciertas irregularidades que habría que estudiar. —Debbie terminó la frase cuando la pantalla cambió a una secuencia de veinte años atrás—. Se ha producido una gravísima injusticia.

Francis vio como las puertas del distrito 19 se abrían y ahí estaba él, a los veintinueve años, junto a Julian y compareciendo ante las cámaras y micrófonos allí congregados.

Parecía tan distinto desde esa perspectiva. En aquel momento fue un instante de triunfo inequívoco: salir de una extenuante maratón en el banquillo con una aseveración incriminatoria. Suplir su temporada en desintoxicación con la resolución del mayor caso del año. Hasta el viejo (años antes de que el Alzheimer se apoderase de él y que avanzaba a su lado entre el tumulto) le lanzaba al Turco una sonrisa burlona del tipo «ya te lo dije». *¿Entonces por qué parezco el puto malo de la película?*, se preguntó Francis. *Hice todo bien. Hice todo lo que estuvo en mi mano y resolví el caso. Hice mi trabajo. Hice que alguien pagara.* Pero ahí estaba él en la pantalla, la corbata torcida, las faldas de la camisa por fuera, con cara de pocos amigos y el pelo alborotado, como si él fuera el que ocultaba algo. *¿No había visto esa misma secuencia hace veinte años en una tele Sony más pequeña, con Patti embarazada de cuatro meses y Francis junior todavía en la cuna? ¿Y no se había acercado a él, le había besado y le había dicho lo orgullosa que estaba?*

Y ahí estaba Julian de nuevo, con las manos esposadas a la espalda y su *blazer* de St. Crispin por encima de los hombros. En su mente, Francis recordaba que el chico lanzaba sonrisitas de hurón, como si estuviese seguro de que de alguna forma iba a salir absuelto. Pero ahora Francis vio como su bigote ralo se movía y dejaba entrever dos paletos de gran tamaño, y entonces se dio cuenta de que el chico tan solo estaba asustado.

—Era tan joven —dijo Patti—. Lo había olvidado.

—Eso no le impidió destrozarle la cara a esa pobre chica.

—Tan solo digo que resulta sorprendente. Parece tan dulce.

Le acarició su muslo. A diferencia de Debbie A. y Paul Raedo, Patti no era buena en eso de odiar. Nunca tuvo el talento para ello como otros fiscales. Porque, en el fondo de su corazón, era una buena persona, una mujer con problemas de peso en su juventud que tan solo deseaba gustar a la gente. En vez de aguantar espeluznantes triples homicidios en la 125 de East Street a las cuatro de la mañana, ella había dedicado las dos últimas décadas a

perfeccionar el arte del perdón, a criar a sus hijos, a cultivar amistades, a seguir dietas saludables, a realizar mejoras en la casa y, finalmente, a labrarse una trayectoria profesional como entrenadora personal de consejeros delegados en Manhattan. En resumen, a vivir lo que la gente normal llamaba «una vida».

En la pantalla había una imagen de Paul Raedo, cuyo hirsuto cuero cabelludo se curvaba y reflejaba una preocupación real, dando la línea oficial de la Oficina del Fiscal del distrito.

—Lo único que tenemos que decir por ahora es que el jurado tomó su decisión basándose en las pruebas y estamos seguros de que estas se confirmarán.

—Entonces, ¿van a desestimar la acusación? —Patti habló por encima del fiscal. Nunca había sido muy aficionada a Raedo.

—De ningún puto modo. Tiene una condena de entre veinticinco años a cadena perpetua. Debería cumplirla entera.

—¿Y tú quién eres? ¿El ayatolá Jomeini? —Se echó para atrás—. Le has sacado veinte años a ese chico. ¿Acaso no es suficiente?

—Oye, yo no lo condené. El juez y el jurado estudiaron las mismas pruebas que yo estudié. Tan solo me aseguro de que nadie se olvide de quién fue la víctima aquí.

—¿Y entonces? ¿Vais a reabrir el caso otra vez?

—Bueno...

Estaba distraído viendo cómo Debbie A. decía su última palabra.

—La tragedia es que un hombre joven perdió su libertad por algo que no hizo.

Bajó el volumen de la tele con el mando.

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Quedarme aquí, sonriendo, mientras alguien me llama saco de mierda?

—¿Qué más te da? Creía que ibas a retirarte tan pronto como te ascendieran a primer grado en abril.

Dudó, pues no quería sacar todo aquel feo asunto de las responsabilidades del que le había hablado Paul por la mañana.

—Solo quiero asegurarme de no dejar ningún cabo suelto.

—¿Por qué? ¿Es que pensabas irte a algún lado sin decírmelo?

—No, solo... —empezó a frotarse los ojos y luego cortó la frase—. Olvídalo Patti, ¿vale? No importa.

Patti se levantó.

—Si vas a volver a trabajar en esto de nuevo, espero que no vaya a tener que cancelar lo de Acción de Gracias en Florida. Ya he pagado el depósito para el condominio y Kayleigh va a bajar con un amigo.

—Estoy seguro de que para entonces todo estará ya solucionado.

Salió del salón.

—Frankie llamó vía satélite antes de que llegaras.

—¿Si? —Se giró—. ¿Cómo le va?

—Habla de todo menos de lo que necesito saber. Como su padre. Por lo que sé, todavía no tienen pensado mandarlo de vuelta.

—Puto crío. Va a acabar conmigo. Espero que esté satisfecho.

—Me voy a la cama —suspiró. No quería empezar a discutir—. Quizá nos veamos allí. Llevaré un camisón fino.

—Vale, enseguida subiré.

La vio marchar y cambio de posición el hielo de la rodilla.

Bueno, bueno. Cogió el mando y cambió al partido de los Yankees. Mariano Rivera estaba barriendo a los Red Socks, otra antigua rivalidad que estaba de vuelta. La Maldición de Bambino. Vio media entrada y se dio cuenta de que no podía concentrarse de un lanzamiento a otro. Cambió de canal y en las noticias de la Fox estaban dando la cobertura sobre Irak. «EE. UU. en guerra» y la bandera en la esquina derecha inferior. Tanques en las calles de Bagdad, otro convoy atacado en el desierto y ni rastro de las armas de destrucción masiva. *Y ahí es donde quieren enviar a mi hijo.*

No era lo más indicado para distraer una mente preocupada. Cambió y vio un rato *Star Trek*. El capitán Kirk se pavoneaba con el estómago colgando en el mismo planeta sin atmósfera, ligoteando con mujeres de piel verde antes de hacer aquel papel de policía en *T. J. Hooker*. *The Cage*. ¿No era ese el capítulo del que habló con Julian? Salvo que el chico dijo que era Jeffrey Hunter el que hacía el papel del capitán de la *Enterprise*. ¿No era ese el mismo tipo de *Centauros del desierto* que ayudaba a John Wayne a encontrar a una chica que había sido secuestrada por los indios?

Estás yendo demasiado lejos con tus reservas, Loughlin. Apagó la tele y se quedó sentado, contemplando el silencio.

Sus ojos recorrieron las estanterías de libros que había montado hace un par de años. Escudriñó los lomos intactos de los libros que había estado comprando para leer cuando se retirara. Ahora caía en la cuenta de que un día, en un futuro no muy lejano, tendría que decidir qué libro iba a ser el último que leyera. Buscó un posible candidato. *El puente Pegasus: el primer combate del día D*, de Stephen Ambrose. Shelby Foote y su obra sobre la batalla de Gettysburg. O su nuevo descubrimiento, Ernest Shackleton y su expedición en el *Endurance*. Un hijo de puta testarudo en busca de su propio corazón. Intentó dirigir una

tripulación a la Antártida y acabó con un barco hecho añicos en el hielo. Menudas agallas tuvo. Se montó en un bote salvavidas con otros cinco tipos e intentó buscar ayuda en ochocientas millas de glaciares y aguas barridas por huracanes. Para Francis lo milagroso no era que hubiese logrado salvar a toda su tripulación, sino que logró atravesar todo aquel espacio en blanco sin volverse loco.

Dios, no le vendría mal un trago.

Escuchó el tictac del reloj de la cocina. Sus pensamientos se separaban y se reorganizaban solos. Debería ponerse con los papeles mañana. Debería seguir haciendo como si nada ocurriera. Debería ir a ver a otro doctor para tener una segunda opinión. El tictac se convirtió en los golpecitos de un bastón en el pavimento. Algún día, atravesar Union Street sería tan difícil como atravesar la Antártida. Solo que en vez de morir intentado llegar al Polo Sur, a él probablemente lo atropellaría un coche al igual que le ocurrió a su madre en Grand Concourse.

¡A eso se le llama pensar en cosas animadas!

¿Dónde había visto el otro día aquella botella de vodka medio vacía? ¿No estaba acumulando polvo cerca de la caldera, en el sótano, esperando a que la tiraran? No necesitaba bebérsela entera. Tan solo un par de dedos en su vieja taza de los Grateful Dead para calmarse un poco.

No, Francis. No seas un puto taciturno cabrón autocompasivo. El viejo siguió ese camino y mira adónde fue a parar. Él lo había hecho mejor, ¿verdad? Al menos la mayor parte de los veinte últimos años. Había dejado la bebida, se había dedicado a su familia, estaba por encima de cualquier reproche en el trabajo. Era el tipo de policía que querías que llevara el caso si tu mejor amigo fuese asesinado. Entonces, ¿por qué sus ojos se estaban volviendo inservibles? ¿Era el precio que tenía que pagar por algo en concreto o por el pecado original en general?

Siempre había tenido una especie de tira y afloja tempestuoso con la autoridad superior, que más o menos se resumía en una tunda cada vez que él se desviaba del camino. Cuando su madre murió, pensó que de algún modo había sido culpa suya, quizá porque no había rezado lo suficiente cuando ella le pidió que lo hiciera, así que intentó hacer penitencia. Cinco años como monaguillo mantuvieron la buena salud de su familia, eso pensaba él. Pero en décimo curso había vuelto a recaer. Decidió que todo aquello era un montón de gilipolleces, así que bien podía convertirse en un porrero tarado. Hasta que un accidente de coche en la autopista Major Deegan dejó a su hermana con collarín y a él con el miedo metido en el cuerpo de nuevo.

No es que hubiese sido un chiflado a tiempo completo. De vez en cuando algo ocurriría y él volvería por el buen camino. Que empezaba a engañar a Patti poco después de casarse, pues él terminaba a punto de recibir una bala en la cabeza en una redada de estupefacientes. Que empezaba a beber de nuevo, Kayleigh acababa en la unidad de cuidados intensivos neonatal con una infección renal.

Pero el tiempo pasa, nada malo ocurre, y piensas que estás fuera de peligro. Hasta que tu hijo se alista en el Ejército sin decírtelo y tus retinas comienzan a deteriorarse.

Apretó los brazos de su sillón y empezó a levantarse. Todavía se podía oír el tictac del reloj de la cocina. «Cierre.» La palabra que Tom Wallis había usado no le dejaba en paz. Como si fuera algo real, algo que pudieras consultar con la almohada. Intentaba mostrarse paciente cuando la gente usaba esa palabra porque, ¿qué sentido tiene? El «cierre» era lo que necesitaban para creer que era posible, como un dios benevolente o asistencia sanitaria universal. Pero entonces tenías a Eileen Wallis diciéndole a la gente que su hija estaba viva después de todos estos años. No parecía que estuviese ni mucho menos cerca de ese cierre, ¿no?

«Puede que no ocurra inmediatamente. Su visión periférica va a ir reduciéndose como un túnel.»

Quieto parado. Ya había decidido que no iba a pensar en eso. ¿Qué hay del caso? Pensó en doce cosas que debería haberle dicho a Paul Raedo esa mañana.

«Todos sabemos que nunca fue la investigación perfecta. Tenemos que mantenernos unidos en esto, Francis.»

Se dio cuenta de que siempre había tenido la sensación de que todo esto volvería de nuevo a salir. No porque tuviera alguna duda de que Julián fuese su hombre. El chico ya había comparecido en el tribunal, ¿no? La defensa había tenido su turno de contrainterrogatorio para preguntar a Francis, en el que habían señalado que Allison podía haber hecho copias de sus llaves y habérselas dado a otras personas. Pero las pruebas circunstanciales habían sepultado a Julián. Así que, ¿qué importaba que no hubiera testificado en su nombre? De cualquier modo, tan pronto como hubiese subido al estrado, todos los hechos se le habrían atragantado. ¿Se trataba de un caso perfecto? Por supuesto que no. Pero no había nada por lo que Francis tuviera que disculparse. El jurado había sido capaz de seguir la línea de puntos. Solo tardaron dos días y medio en encontrar a Julian culpable de homicidio en segundo grado. Y si el juez Robbins lo había trincado con una condena de entre

veinticinco años a cadena perpetua, bueno, pues mala suerte, ¿no? A Ralph Figueroa le ofrecieron una condena por homicidio de entre cinco y quince años, pero decidió jugársela. Así que QIJAT (que les jodan a todos), como rezaban sus felicitaciones de navidad antes de que Patti le hiciera cambiarlas. Caso cerrado.

Apagó la lámpara que estaba al lado de su Barcalounger y pensó en lo oscura que parecía la habitación de repente. La ausencia total de luz y de formas perceptibles le hacían ser más consciente de los sonidos asentados en la casa, del crujido sutil de la madera contrayéndose y dilatándose. ¿Cómo lo hizo Shackleton? Sin mapas ni pisadas que seguir. ¿Cómo logró orientarse en toda aquella ignota jungla?

«¿Es que pensabas irte a algún lado sin decírmelo?»

Francis encendió por acto reflejo la luz para poder llegar a las escaleras.

Unos minutos antes de dar las once Julián, hambriento y agotado, se dirigió a una vieja cafetería que estaba en Second Avenue y que anteriormente se llamaba Leon's. Allí trabajaba antes una camarera amiga de su padre que se llamaba Nita y que a veces le había dejado usar el baño. Era un sitio de esos, sin gracia, de hamburguesas y sopas, con un fluorescente de neón rojo, rancias pastillas de colores con sabor a menta en un cuenco color plata al lado de la caja registradora, y tazas baratas de color azul con dibujos de columnas griegas. El nuevo restaurante se llamaba Café Florence: tenía una lujosa alfombra verde, el interior revestido de madera de nogal y sándwiches de atún a 8,95 dólares. Echándole valor, entró por la puerta y vio que el cuenco color plata seguía estando al lado de la caja registradora.

Los empleados ya estaban recogiendo las mesas, pero no veía por ningún lado a Nita. Un cuchillo para cortar carne brillaba en la barra. Julian lo cogió y se dirigió rápidamente a los servicios de hombres. Independientemente de las reglas de supervivencia que hubiese en el exterior, tras su confrontación con el portero se había dado cuenta de que unas tijeras para cortar las uñas no eran protección suficiente.

Se lavó dos veces las manos con un jabón rosa que olía muy bien, se peinó el pelo (pensó que lo tenía demasiado largo) y salió del baño intentando parecer tranquilo. Una camarera con una cara que parecía una cortina caída pasaba el ketchup de los frascos medio vacíos a los frascos medio llenos.

—¿Julián? —Se giró—. ¿Eres tú?

Él sonrió y levantó la mano tapándose con timidez la cicatriz de su barbilla.

—¡Pero mírate! ¡Nino! —Lo abrazó—. Cómo has crecido. ¿Qué ha sido de mi pequeñín?

Ella también había cambiado. Antes era tersa y angulosa, como una bailarina de tango. Toda ella eran imperiosos ojos centelleantes y una boca que parecía pedir una rosa que morder. Pero los años la habían ablandado y amasado, su figura se había redondeado, había ganado algunos kilos y tenía algo de la Virgen en su sonrisa cansada. Le echó un vistazo.

—Pensaba que te habían caído entre veinticinco años y cadena perpetua.

—Bueno, ahora estoy fuera. Al menos por ahora.

—*¡Bueno! ¡Qué gusto!*²²

Julián vaciló, se le había olvidado casi por completo el español. La realidad era que su padre le había enseñado poco español y en la cárcel no había seguido con él, pues había preferido pasar su tiempo en la biblioteca de Derecho en vez de andar con los Latin Kings y Los Ñetas.

—Tu padre siempre supo que estarías bien. Siempre decía: «*¡Nos se ocupe!*²² El chico es más fuerte que yo».

Pensó en su anciano padre muriendo solo en el Metropolitan Hospital y sintió cómo empezaban a acumularse en su interior gases tóxicos.

—Bueno, siéntate. ¿Qué estás haciendo? —Le dio un codazo para que se sentara en un taburete vacío—. ¿Dónde estás?

—¿Que dónde estoy?

—¿Tienes un sitio adonde ir?

Se cruzó de brazos para contener una oleada de hambre y agotamiento.

—Estoy trabajando en algunas cosas.

—Pero no van a volver a meterte en la cárcel, ¿verdad?

—Bueno... —Hizo una mueca de dolor e intentó parecer optimista—. Todavía no han sobreseído los cargos. Pero se trata tan solo de una gilipollez técnica. No tuve nada que ver con lo que dijeron que había hecho. Aquella chica era amiga mía.

—Lo sé, cielo.

Miró por encima de su hombro para ver si alguien más estaba escuchando a hurtadillas.

—Mi abogada me ha dicho que tengo que ayudarme yo mismo si quiero limpiar mi nombre, pero no sé qué coño tengo que hacer.

Las comisuras de los labios de Nita se doblaron hacia abajo y Julian cayó en la cuenta de que el chico que ella había conocido veinte años atrás jamás decía palabrotas.

—Lo siento. He estado demasiado tiempo rodeado de gente poco recomendable.

—No te preocupes. Me alegro de verte.

Se humedeció los labios intentando ignorar los ruidos de su tripa. Al final de la barra había un billete de veinte dólares junto a una cuenta, debajo de un salero. Pensó en lo fácil que le resultaría cogerlo cuando Nita no estuviera mirando.

²² N. de la T.: En castellano en el original.

—Oye, ¿no cuidabas a niños en tu edificio? —Se forzó a centrarse de nuevo en la conversación.

—Sí, ahí fue donde conocí a tu padre. Trabajaba como canguro a tiempo parcial para la señora Foster, en el 9B.

—¿La mujer que se estaba divorciando? —Se imaginó a una mujer de mediana edad andando a zancadas por el vestíbulo con vaqueros y botas altas de ante, lista para disfrutar de la noche de la ciudad.

El gesto de Nita se endureció.

—Demasiado ocupada en discutir con su abogado sobre la pensión alimenticia y en salir con hombres casados como para ocuparse de su hija pequeña. Te juro que hubo días en que estuve a punto de coger a la cría y llevármela a casa conmigo.

—Entonces, conocías a la cuadrilla del edificio.

—Vaya si los conocía. Yo era la don Corleone de la mafia de niñeras. Y salía con Willie *el Manitas*.

—¿Ese tan mañoso que trabajaba en el ascensor de la parte trasera?

—Sí, me parecía tan atractivo.

Mi padre lo llamaba Willie *el Caprichoso*, porque nunca podías contactar con él por el *walkie-talkie* cuando lo necesitabas. Siempre andaba jugando con los otros tipos en el sótano o tardaba más de la cuenta en poner una lavadora en el fregadero de alguien cuando la nueva y atractiva empleada de la limpieza andaba cerca.

—Se llevaba bien con Néstor, ¿verdad?

—¿Con quién?

Julian se preguntó si debería atreverse a tener esperanzas. Estaba tan hambriento y tan cansado que no habría sido capaz de decir qué necesitaba más, si una buena comida o ayuda en su pleito.

—Néstor, el mozo. Trabajaba en la planta baja. Un tipo mayor que tocaba el piano. Creo que era de Santo Domingo. No muy alto, enjuto, fuerte y encorvado. Daba la sensación de que lo podías tumbar con una cerbatana hasta que lo veías con una nevera cargada a la espalda.

—Ah, Néstor. —Aplaudió—. *El hombre chachachá*.

—Justo.

—Sí, recuerdo a ese pequeño *bribón*²³. Sabía tocar, hermano. ¿Sabías que había estado en Cuba un par de años y había tocado en una de las mejores orquestas de la Habana antes de la Revolución?

—No, no lo sabía.

²³ N. de la T.: En castellano en el original.

Le avergonzaba admitir lo poco curioso que había sido. Por aquel entonces, Néstor era tan solo un hombre de avanzada edad que trabajaba para su padre y que a veces jugaba al dominó con él. A Julian nunca se le pasó por la cabeza preguntarle si tenía familia en alguna parte u otra vida. No solo porque el inglés de Néstor era muy malo. También existía otra barrera, aquel hombre se mostraba reacio a hablar, como si fuera un aristócrata caído en desgracia que se negaba a hablar de sus antiguos problemas.

—Oh, sí —dijo Nita—. A veces después del trabajo íbamos a La Fuego, en la 112. Tenían en una esquina un viejo Wurlitzer y después de doce tequilas podía tocar cualquier cosa: tango, mambo, bolero, puchanga, merengue, bugalú, cualquier cosa. Nos poníamos a bailar subidos en la barra. ¿Por qué quieres saber de él?

—Creo que podría ayudarme.

Un matrimonio mayor que permanecía en el banco corrido del fondo agitó con la mano la cuenta, como si quisieran que Nita adjudicara una insignificante disputa entre ellos.

—Mi padre me escribió una carta cuando estaba en la cárcel en la que me decía que se había encontrado a Willie una noche en un bar de Second Avenue —le explicó Julian—. Tras un par de copas, Willie le dijo que Néstor le medio insinuó que había algo que nunca había dicho a la Policía. Pero Papi nunca logró localizar a Néstor y averiguar de qué se trataba.

—¿Y crees que eso podría valer para algo ahora?

—Por ahora es lo mejor que tengo. —Una sensación de fracaso se apoderó de él, pero volvió a animarse—. Mira. Aquella noche Néstor estaba trabajando en el sótano. Y solo hay dos formas de salir del edificio, por la puerta principal y por detrás...

Cogió una servilleta y un boli que había en la barra y empezó a dibujar el escenario. Había estado tantos años contenido, intentando contarle su historia a alguien que lo escuchara (otros presos, guardias, letrados superiores) que ahora apenas podía mantener la mano quieta del nerviosismo que se había apoderado de él.

—Y la salida de emergencias del sótano lleva al callejón que está detrás del edificio. —Apretó fuerte para dibujar las líneas y flechas—. Una vez llegadas las doce, la puerta de la calle está cerrada. Necesitas una llave para abrirla, incluso desde dentro. —Alzó la vista para ver si ella le seguía—. Tendrías que despertar a Boodha, que estaba a cargo del vestíbulo, para que te abriera. O bien tendrías que tener una llave propia, como los inquilinos. Y la única forma de salir del edificio era por la salida de emergencias que estaba abajo al fondo, justo después de aquel enorme sillón en el que dormía Néstor.

Ella le tocó el hombro como si quisiera interrumpirlo, pero ahora que la válvula estaba abierta no había forma de cerrarla.

—Así que si él testifica que vio algo o a alguien entrar y salir del edificio entre aproximadamente la medianoche y las diez de la mañana cuando la encontraron, tendrían que admitir que me incriminaron erróneamente.

—¿La Policía no intentó hablar con él?

—Sí —dijo con una sonrisa sarcástica. Cogió velocidad para intentar sortear esa peligrosa curva cerrada—. Un poli y un fiscal que no hablaban español. Ya sabes lo que pasó. Le intentaron asustar. Aquel tipo apenas hablaba inglés, no pertenecía al sindicato. Ni siquiera tenía la tarjeta de residencia. Él sabía que ya me habían tendido una trampa. No iban a dejar que nada se interpusiera en su camino. Así que, por supuesto, les iba a decir todo lo que ellos querían oír. «No, no vi nada.» Así que él da esa gilipollez de declaración al ayudante del fiscal del distrito y se va volando de la ciudad antes de que se celebre el juicio, porque no quiere que lo lleven a testificar ante el tribunal y que luego lo deporten a Santo Domingo...

Cuanto más hablaba, más convincente sonaba, incluso para él. Sí, se había cometido una gran injusticia. Alguien tenía que pagar por lo que le hicieron. Todo lo que necesitaba era dar con el anciano y convencerlo para que el resto del mundo pudiera verlo también.

—Me apuesto a que aún anda por aquí —insistió. Dejó a un lado el bolígrafo y le enseñó su dibujo—. No podía ser tan mayor.

—Cariño, debía de tener sesenta años como poco.

Se tomó esa observación como un arañazo menor en su corazón.

—Si tan solo pudiera llegar hasta él...

—*Muchacho*²⁴...

—... estoy seguro de que me apoyaría. Se lo debe a mi padre...

—Cielo. —Le acarició la mano sin molestarse siquiera en mirar el dibujo—. Creo que está muerto.

—¿Qué?

—Lo último que sé es que estaba enfermo. Le dijo a Willie que tenía cáncer de hígado y que iba a volver a la República Dominicana para ver a su familia.

—Pero eso no quiere decir que esté muerto —dijo—. ¿Tiene Willie alguna dirección suya?

—¿Willie? —resopló—. No he visto a ese *bastardo*²⁴ en años. Resultó que tenía mujer e hijos en el Bronx y otra familia en San Juan. ¿Qué te parece? No lo descubrí hasta el ochenta y seis. Con algunas personas nunca se sabe.

²⁴N. de la T.: En castellano en el original.

—Cielo, para empezar, estaba medio zumbado.

—¿Estás segura?

—Cariño, tienes que comer algo. Estás pálido.

Notó cómo un sudor frío y húmedo rezumaba por sus poros, como si tuviera fiebre.

—*Na*, tengo el estómago cerrado.

—¿Cuánto tiempo dices que llevas fuera?

—Desde anoche —Se secó la frente—. Contaba con que ese puto viejo me apoyara.

Miró los frascos de ketchup medio vacíos alineados como si formaran parte de un banco de sangre. De repente fue como si cada cosa terrible que le había ocurrido ya no fueran cosas independientes. El funeral de su madre en St. Theresa. La sala de interrogatorios. El juzgado. El patio de la prisión en Dannemora. Su celda en Attica. Todos eran el mismo lugar. Incluso esta cafetería. Todo eran simples ilusiones. Nunca había salido de la jaula.

—Me crees, ¿verdad? Sabes que no ocurrió lo que ellos dicen.

—Escucha —le dijo acariciándole la mano—. Estás cansado. Intentas hacer demasiado. *Echa un trago. Echa una siesta.*²⁵

Levantó la vista lentamente. Una columna de vapor que salía del lavavajillas se elevaba cerca de la ventanilla de servir de la cocina. Parecía como si toda su lucha y sus esfuerzos por limpiar su nombre fueran una patética pérdida de tiempo. Una parte de él se preguntaba si no debería dejarlo y ver si la oferta del fiscal del distrito de declararse culpable seguía sobre la mesa. Al menos así todo habría acabado.

Pero cada vez que estaba a punto de tomar esa decisión recordaba de nuevo a la hija de su prima mirándolo de aquella forma desde detrás de la nevera. Esa niña pensaba que era algo parecido a una bestia asquerosa. Cuando pensara en él, no recordaría nada de la forma tan dulce en que le peinó su pelo. Confiaría en lo que dijo su madre, que había intentado hacerle algo horrible. Y eso no lo podía aceptar de ninguna de las maneras.

—No me siento muy bien. —Se agarró su delicado estómago.

—Puedo decirle al cocinero que te prepare unos *huevos rancheros*²⁵. Recuerdo cómo te gustaban.

Él comenzó a rebuscar en su bolsillo, pero ella le pegó en el brazo.

—*¡Largo de aquí!*²⁵ —dijo—. Como saques el maldito monedero, te patearé el culo.

²⁵ N. de la T: En castellano en el original.

Desistió, intimidado y tocado, y ella se fue a la cocina para decirle al cocinero que lo preparara.

—¿De verdad que no tienes un sitio donde dormir esta noche? —Se recostó sobre el taburete.

Negó con la cabeza. No quería hablar de lo que había sucedido en casa de su prima.

—¡Ay! —Nita vio su petate—. Me apuesto a que tampoco tienes ningún trabajo en perspectiva.

—Salí demasiado pronto como para que pusieran en marcha el dispositivo para estos casos. Se supone que debería estar aún allí.

—Bueno, aquí no hay ningún puesto libre —dijo, como si él fuera uno de la larga lista de hombres que habían intentado aprovecharse de ella.

Ya había abusado bastante de su amabilidad. Era una persona de buen corazón que probablemente había dado cobijo a más perros callejeros de los que le correspondía, perros que luego mordían la mano que les había dado de comer. Se comería sus huevos y se marcharía. Quizá todavía le diese tiempo a coger el tren A, y pudiese dormir en el largo camino de ida y vuelta a Far Rockaway hasta que el conductor lo echase.

—Abajo hay una pequeña habitación —dijo en voz baja.

—¿Qué?

—Un pequeño almacén. El chico que hace el reparto se queda a veces a dormir allí. No es el hotel Marriott Marquis. Tienes que tumbarte entre las estanterías, con los botes de sopa y la manteca de cerdo. Pero nadie te molestará.

Él la miró, intentando comprender. Nunca había visto tal consideración en la cárcel. A veces un funcionario de prisiones podía pasarte por alto alguna infracción menor; algún preso podía dejarte usar un hornillo en su celda de vez en cuando. Pero nunca podías darlo por descontado. La amabilidad equivalía a debilidad, una enfermedad que había que eliminar. Era mejor que pensarán que eras un ladrón, un violador o incluso un asesino que un hombre, digamos, como su padre.

—Pero tienes que ser discreto —le dijo poniéndose en pie—. No quiero que el propietario se entere de que estás ahí. Necesito este trabajo.

—Gracias.

Tuvo que reprimir sus deseos de abrazarla como señal de agradecimiento, pues aún no confiaba en el mundo lo suficiente como para que le vieran tocando a una mujer.

—Y deja donde estaba ese maldito cuchillo. —Le señaló a su bolsillo—. Me estoy jugando el cuello por ti.

Tom bajó al apartamento de la planta baja cuando terminaron las noticias y se encontró a su madre sosteniendo un vaso de vino tinto medio vacío y un filtro de cigarrillo flotando en él.

—Muy bonito —dijo—. ¿Me perdí la parte en que el doctor Spencer te dijo que deberías empezar a mezclar el pinot *noir* con los antipsicóticos y el Prozac?

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que odio estos fármacos?

—¿Y crees que va a ayudar el que empieces a beber mientras sigas con el tratamiento?

—No me gusta cómo me hacen sentir. —Apretó la mandíbula—. Me hacen sentir como si tuviera la cabeza llena de algodón. Me hacen escribir pequeño. Me hacen ver cosas que no existen. ¿Te he contado lo que ocurrió la otra noche?

—¿El qué?

—Me levanté muerta de sed y pensaba que me estaba bebiendo una botella de agua. A la mañana siguiente encontré una botella de aceite de oliva vacía en la encimera.

Tom frunció la boca con asco.

—¿Quieres volver a acabar en urgencias? ¿Es lo que pretendes?

—Prefiero sentirme mal a no sentir nada.

Tom miró el escritorio con tapa corrediza de roble que su madre había rescatado de Sag Harbour. Un tulipán, que estaba en un jarrón, comenzaba a ponerse mustio. Sus pétalos se estaban cayendo y los papeles de los borradores asomaban por fuera de la papelera como alas rotas.

—Lo mínimo que podrías hacer es salir al jardín si vas a fumar. —Cogió su vaso de vino y agitó los posos del culo del vaso—. Por si no te habías dado cuenta, Michelle tiene asma.

—Oh, ahora también soy una mala abuela.

Se frotó el entrecejo como si intentara apartar a un lado ese comentario. Pobre Tom. Cuánto había sufrido. El mismo que probablemente había pospuesto seis años su idea de casarse para cuidar de la loca de su madre. Con una punzada de vergüenza, recordó cuando vio a su hijo intentando jugar al rugby en Central Park de joven y descubrió que durante algunos segundos él no le gustaba. Su torpeza, su total falta de gracia atlética, la forma en que se las daba de conocer las reglas del juego cuando en realidad no era así. Cómo se ponía rojo al mínimo esfuerzo. No se adaptaba a las cosas con la facilidad de su hermana. Allison podía coger una raqueta de tenis y en cuestión de minutos ya era capaz de hacer voleas. Con Tom todo era potencialmente embarazoso. Sin darse cuenta ella lo comparaba constantemente con otros niños y después se sentía mal por ello. Sin embargo, al final se habían vuelto las tuercas. Él se había convertido en el hombre de la casa, se encargaba de las finanzas y le había dado no una, sino dos nietas para justificar su de otro modo injustificable existencia actual.

—Supongo que sabes que Francis Loughlin se ha pasado antes por aquí —dijo—. Traía ciertas noticias que no me ha alegrado escuchar.

—Estoy esperando. —Puso las manos sobre su regazo con un porte propio de una dama.

—Han dejado salir a *Julian Vega* antes de tiempo. Han anulado su condena. Está libre.

Asintió con la cabeza e intentó mantener un silencio digno.

—Le dije que pensaba que lo mejor era dejar las cosas como estaban. Ya hemos pasado suficiente. Pero él piensa que te debe el seguir adelante...

Ella siguió asintiendo. No era capaz de parar.

—Le dije que no estaba de acuerdo, pero que te haría llegar el mensaje. —Tom se ruborizó un poco—. Dice que os entendáis bien.

Finalmente irguió la cabeza y se dirigió a él, dejando que los datos se recabaran poco a poco. Esperas y esperas algo y al final cuando ocurre es como si nunca te lo hubieses esperado.

Había un pequeño sonido al final de su garganta. Era tan solo un murmullo, ni siquiera una palabra. Pero todo lo que había en el universo dependía de mantenerlo allí. Puso la espalda recta e intentó recordar aquellos ejercicios de su etapa de actriz. Relájate. Respira. Marca tú misma el tiempo. Echó los hombros hacia atrás y dejó salir el aire, que parecía portar muescas de metal.

—¿Sabes? He estado pensando —dijo finalmente.

—¿En qué?

—Quizá exista una razón por la que no haya sido capaz de terminar el libro. Quizá no sea el momento adecuado. Quiero decir, rescribir a Hans Christian Andersen es tan... «indulgente». ¿No te parece?

—No lo sé, mamá —dijo con voz débil—. No soy el creativo de la casa.

—He estado pensando en otro tipo de proyecto.

—¿De veras?

—Últimamente he estado más interesada en la ciencia. En cómo funciona el cuerpo. Cómo se regenera la mente...

—Mamá...

—¿Has pensado alguna vez en los sistemas de estrellas dobles, Tom?

—Mentiría si dijera que sí. —Suspiró.

—Casi todas las estrellas que vemos por la noche tienen una compañera. Pero por lo general una domina a la otra, por lo que apenas podemos verla. Lo interesante es que incluso si una se está muriendo, cuando se acerca lo suficiente a la otra puede extraerle hidrógeno hasta que vuelve a brillar. Pero entonces desencadena una explosión supernova y todo lo que queda es un agujero negro.

—Es tarde, mamá. Creía que ya habíamos hablado de esto.

—Ella era mi estrella brillante.

—Pensaba que mis hijas eran tus estrellas brillantes. —Miró al techo.

—Quiero que sepa que no he olvidado.

—Si realmente crees que sigue viva, ¿entonces por qué quieres que esto vuelva de nuevo a los tribunales? —Se levantó mordiéndose el labio—. ¿Me lo puedes explicar?

—Necesita una señal. Si ve que se vuelve a prestar atención al caso de nuevo, sabrá que todavía la estamos buscando. Incluso las estrellas que se apagan pueden volver a brillar.

—También dijiste que podían extraer la vida de la otra. —Fue al fregadero y vació el vaso de vino—. Tengo que hacer algunas llamadas de trabajo mañana, pero cuando acabe llamaré a Spencer para que te ajuste la medicación.

—Tom...

—¿Si?

—Es culpa mía, ¿verdad?

—Olvidalo mamá. —Sacó el filtro del cigarro del coladero y lo tiró a la basura—. Hiciste lo que pudiste.

A media tarde del día siguiente, Francis fue al almacén de pruebas del Departamento de Policía de Nueva York en Long Island City, un polvoriento edificio de cuatro plantas rodeado de andamios y situado en una zona industrial con garajes de camiones, fábricas, tiendas de alfombras y clubes de *striptease* desparramados por el lugar.

Su corazón dio un vuelco cuando entró en la jaula, cruzó el retal de alfombra oriental pegado al suelo de cemento y vio por el rabillo del ojo que el único que estaba de servicio era el sargento Brian Mullhearn.

—Gustav Mauler, ¿qué tal?

—Francis X., ¡dichosos los ojos!

El sargento se tomó su tiempo en apartar a un lado los fideos de sésamo fríos y en limpiarse la mano con una toalla de papel. Se levantó de su escritorio y se dieron el típico apretón de manos forzado de antiguos amigos que ya no pueden soportar la presencia del otro.

Francis sabía que tenía que haber llamado antes de ir para ver si estaba alguien de servicio.

La música de la cadena Hot 97 que sonaba en la radio de la oficina realzaba de alguna manera el humor de perros que reinaba en el lugar. La pintura desconchada dejaba ver las tuberías, había moho en los conductos del aire acondicionado y una señal de advertencia que rezaba: «Los casos de corrupción se remitirán al departamento de Asuntos Internos» permanecía medio oculta tras un frigorífico hecho polvo.

—Dicen que solo los buenos mueren jóvenes, sargento. —Francis esbozó una sonrisa forzada mientras intentaba liberar sus dedos de la mano del sargento—. Así que ninguno de los dos tenemos nada de qué preocuparnos, ¿no crees?

Lo cierto es que Mullhearn parecía uno de los trastos que se llevaban amontonando detrás de los bidones de aceite desde 1972. Cabello canoso y lacio, bigote que se asemejaba a una rata ahogada, hombros rígidos y la

compleción de una esponja. Tras sus cristales rayados, sus ojos eran del color de las gomas de borrar; encima, una maleza hacía las veces de cejas. Se movía despacio y con grandes esfuerzos, como si necesitara horas extra para poner cada uno de sus músculos en funcionamiento.

—Fueron tiempos salvajes los de Estupecientes, ¿verdad? —dijo.

—Todavía tengo achaques y dolores. —Francis se tocó la región baja de la espalda.

—¿Recuerdas cuando te caíste desde una tercera planta del complejo Baruch Houses en Houston Street?

—En realidad...

—Dios, pensábamos que te habías matado, Francis. Cinco de los nuestros estábamos a tu alrededor esperando a que llegara el capellán para darte la extremaunción. Ni siquiera respirabas. Y de repente te incorporaste. «¿Dónde coño está mi cartera?», como si simplemente te hubieses desmayado en la barra y alguno de nosotros te la hubiéramos cogido.

Francis esbozó una sonrisa burlona.

—Supongo que tenemos suerte de seguir de una pieza.

—Algunos más enteros que otros. —Mauler volvió a sentarse tras el escritorio—. Mírame y mírate. A veces pongo la tele por las noches y sales más que O. J. Simpson.

—Yo más bien diría como Homer Simpson.

—Bueno, en todo caso, no parece haberte ido nada mal. —Mullhearn cogió de nuevo su tenedor—. He oído que te retirabas después de que te ascendieran a primer grado en abril.

—Una retirada a tiempo es una victoria.

—Sí. Tengo que reconocer que siempre has sabido cómo salir vencedor.

—Cuestión de suerte, nada más.

—Yo más bien diría cuestión de genes. —Mauler dejó un fideo colgando de su tenedor—. Si yo tuviera a mi viejo en la oficina del Primer Departamento tú estarías en mi lado del escritorio y yo en el tuyo.

—Vamos, vamos...

Francis se mordió el interior de las mejillas. Aquella iba a ser una negociación larga. Mientras él había estado estos últimos veinte años en la cresta, Mauler había sido relegado al amargo purgatorio de la administración pública. Un policía con pistola de goma cuya misión era vigilar los libros de contabilidad antiguos y las mortíferas armas del siglo XX.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Estoy buscando todo lo que tengas del caso Allison Wallis. Tengo entendido que Paul Raedo ha enviado por fax la citación.

—Es la primera noticia que tengo.

—Pero sabes del caso del que te hablo. Tú eres el de la memoria institucional, Bri. Una doctora joven asesinada en su apartamento por el hijo del portero en el 83...

Mauler entrecerró ligeramente los ojos, como si estuviera viendo un coche acercarse a toda velocidad por su espejo retrovisor.

—¿Qué pasa con eso?

—Un puto recurso de apelación concedido, eso es lo que pasa —dijo Francis hablando en plata—. El caso se va a reabrir para asegurarnos de que todas las íes tienen punto y todas las tes un palito cruzado.

—¿De veras?

—Necesito todo lo que tengas en los archivos. Tarjetas con sangre, muestras de la autopsia, restos hallados en las uñas de la víctima, ropa que recogieramos...

Los ojos de Mauler comenzaron a dar vueltas tras sus cristales sucios.

—¿Me estás diciendo que es un homicidio del 83?

—¿Es eso un problema?

—Bueno, joder Francis, ¿no tienes casos «nuevos»? —Mauler tiró su servilleta, abrió uno de los cajones y le deslizó un impreso amarillo y un tampón de tinta a Francis—. Puedes empezar rellenando esto y dándome tus huellas.

—Bri, tengo cierta prisa. —Francis miró su reloj y vio que ya eran las tres menos cuarto—. Me preguntaba si podríamos acelerar el proceso.

—Tío, es el protocolo a seguir. Si el mismísimo inspector de policía estuviera aquí, tendría que pasar por lo mismo. No podemos permitir que la gente entre y salga de aquí con objetos sin llevar un registro.

Antes de que Francis pudiese rebatirlo, el teléfono que estaba al lado del muñeco de *El inspector ardilla* empezó a sonar, y Mullhearn aprovechó la oportunidad para librarse de él.

—Sí, ¿qué hay? —cantó suavemente. En menos de un segundo había pasado de ser un tosco taxista irlandés a ser un don Juan de voz dulce y calmada—. ¿Me echas de menos?

Francis rellenó las primeras líneas del formulario en un intento por preservar la fina membrana de la educación. Alzó la vista y vio un letrero que antes le había pasado desapercibido: «Represalias», con un corte rojo atravesándolo. De eso se trataba, naturalmente. Mauler y él habían sido dos sabuesos borrachos cuando ambos trabajaban en Estupefacientes. Apuraban Budweisers para ponerse a tono antes de las redadas y después se cepillaban una botella de güisqui para bajarse el

subidón. Hasta que un buen día pillaron a Francis durmiéndola en el despacho del juez de un juzgado de lo penal en Manhattan sin pantalones y con la pistola de fuera de servicio extraviada. Su padre consiguió salvarle el pellejo y que Francis saliera de todo aquello con un tirón de orejas. Treinta días de suspensión de sueldo y un mes en la granja tratando sus «asuntos».

Pero cuando pillaron a Mauler conduciendo en dirección contraria por el Astoria Boulevard seis meses después apestando a burbon Wild Turkey, él no tuvo ninguna autoridad superior a la que apelar. Así que acabó su trayectoria profesional contando lápices mientras que a Francis se le presentó su oportunidad de oro.

—¿Bri? —Francis habló en voz alta cuando termino de poner sus huellas en el impreso—. Creo que ya he terminado. ¿Me podrías abrochar el puño, quizá darme una toalla de papel?

—Espera un segundo. —Levantó un dedo—. Escucha cariño, llámame más tarde y lo hablamos. Tengo que tratar unos asuntos con este tipo. ¿De acuerdo? Quiero que los dos podamos hablarlo tranquilos.

Colgó el teléfono y se volvió hacia Francis. En un instante había recuperado las formas del «Burócrata que el tiempo olvidó».

—¿Decías?

—Los archivos y expedientes del caso Wallis del 83. —Francis miró a su alrededor para ver si había algo con lo que pudiera limpiarse las manos—. Debéis de tener un montón de material. Recogimos sábanas, huellas, fibras de la alfombra, sangre de las uñas de la víctima...

—Sí, sí, sí. —Mullhearn se quitó las gafas—. Creo que ya lo recuerdo. El tipo nos escribió unas cuantas veces.

—¿Qué tipo?

—El acusado. Tenía un nombre extraño.

—¿*Julian Vega*?

—El mismo. Debo de tener como veinte cartas tuyas. Uno de mis amigos por correspondencia. Sus abogados y él querían que se hicieran las pruebas de ADN para cotejar con las pruebas que recogisteis. Como todos y cada uno de los putos presos de hoy en día. Se deben de pensar que es como una prueba de embarazo. Meas en un palito y si te sale un signo «más» te sacamos de la cárcel. No, si lo que yo te diga...

Francis se frotó los restos de gasolina que se le habían quedado entre los dedos.

—Espera un segundo. ¿Me estás diciendo que *Julian Vega* te ha estado escribiendo para pedirnos una prueba de ADN que demuestre que la sangre que encontramos en las uñas de la víctima no es suya?

—Bueno, no solo a mí. También escribió al fiscal del distrito. Pero hace mucho que no sé de él. Creo que lo «nuestro» ha terminado.

A Francis le llevó unos segundos poner su mente en marcha. De repente se le aparecía una idea totalmente nueva, como un planeta desconocido en el borde del sistema solar.

—¿Y lo consiguió?

Mauler se limpió las gafas con el final de su corbata.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No. ¿Por qué?

—¿Has llegado a echar alguna vez un vistazo a este sitio? Esto es como los dominios de Indiana Jones. Todavía tenemos un montón de cosas atrasadas del 911 a las que ni siquiera hemos echado un vistazo.

Francis cogió la última de las servilletas del almuerzo de Mullhearn para quitarse la tinta de sus dedos y recordó el caos con el que se encontró la última vez que había visitado ese almacén en primavera para buscar los archivos de una antigua violación. Un gran hangar sin ningún tipo de control y lleno de pruebas potencialmente mal archivadas. Imponentes estanterías de acero llenas de barriles de cartón de 200 kilos. Cientos de bicicletas empleadas para huidas, apiladas en las estanterías auxiliares, como descartes del *Tour* de Francia. El operario de la carretilla elevadora dando marcha atrás y conduciendo sobre una alfombra enrollada que resultó tener restos de fibras de cabello cruciales para un caso de asesinato. Y lo más estrambótico, una colección de barbacoas y *hibachis*²⁶, con ese toque aburguesado de las afueras, apiladas en una pared. No era como el final de *En busca del arca perdida*, era como el garaje de tu casa en manos de unos colegas enganchados al crac. Al final tuvo que dejar de buscar los archivos y sacarle una nueva y llorosa declaración a la testigo.

—Pensaba que iban a ordenar y a limpiar esto —dijo tirando la servilleta llena de gasolina en la basura más cercana.

—¿Limpiarlo? ¿Limpiarlo? ¿Tú te drogas? Quiero decir, llevamos unos registros bastante buenos, pero no me jodas. La gente lleva poniendo las cosas en el lugar equivocado desde 1895. Podrías encontrar al juez Crater²⁷ en uno de los barriles. Así que la respuesta corta es «no». No consiguió lo que quería. Por las lluvias se vino abajo el tejado y se echaron

²⁶ N. de la T. Una especie de parrilla japonesa.

²⁷ N. de la T. Juez del tribunal supremo de Nueva York desaparecido. Fue visto por última vez el 6 de agosto de 1930 saliendo de un restaurante de Nueva York.

a perder cerca de cinco años de casos. No tengo ni idea de dónde están la mitad de las cosas. Así que le dijimos que las pruebas ya no estaban disponibles.

—Bueno, él está fuera ahora y se va a volver a tratar el caso en los tribunales, así que supongo que será mejor que empecemos a buscarlos.

—Ja, ja, ja, ja —Mullhearn sonrió mirando al reloj—. Mi turno acaba en diez minutos, amigo. Hay una joven y preocupada dama que necesita que le ayuden a entrar en razón.

Francis se imaginó perdido, deambulando entre interminables pasillos para intentar encontrar un par de archivos con su visión limitada. Tal como estaban las cosas, podía terminar encerrado allí toda la noche.

—Brian, necesito que me eches una mano. Este caso significa mucho.

—Sabes tan bien como yo que de aquí no se saca nada después de las tres —dijo Mauler.

—Te debería una, amigo.

—Oh, ¿así que ahora somos amigos?

—¿A qué te refieres? —Francis se miró las manos para asegurarse de que se había quitado toda la tinta de las manos—. No te sigo.

—Te he dicho, ¿ahora crees que somos amigos? ¿Tú y yo?

—Nos conocemos —dijo Francis—. Hay una relación.

—Tiene gracia, porque yo no pensaba que existiera una relación. Yo pensaba que éramos dos tipos que la cagamos hace algún tiempo. Y a uno de nosotros lo ficharon por ello y al otro no.

—Bueno, todo el mundo puede tener una opinión.

—No, una opinión se expresa en un editorial. —Mullhearn se puso las gafas—. Esto son hechos. Uno de nosotros tuvo un escudo protector porque alguien salió en su defensa. Y el otro terminó a merced del putito ozono. No te recuerdo coger el teléfono y ofrecerme que tu padre me sacara del apuro. Me voy de aquí en nueve minutos.

—Brian, me vas a ayudar a encontrar ese barril.

—¿Disculpa?

—He dicho que me vas a ayudar a encontrar lo que estoy buscando.

—Y una leche. —Mullhearn tiró su comida a la basura.

—Si quieres seguir el resto de tu vida compadeciéndote de ti mismo, ese es tu problema. No he venido aquí a darte lecciones de nada. —Francis habló de forma acompasada y con calma, como si se estuviera dirigiendo a un sospechoso. Nada de teatro. Tan solo mirarle a los ojos y utilizar el tono razonable que emplearías para decirle a alguien que

una bola de deribo está a punto de echar su casa abajo—. Pero tengo una condena por un homicidio que ocurrió hace veinte años que acaba de ser anulada. Tengo a un asesino en libertad bajo fianza. Tengo un auto de procesamiento que necesita nuevas pruebas para ser respaldado. Eso es lo que hago, Brian. La mitad de los jefes de mi departamento tienen mi número predeterminado en la marcación rápida de sus teléfonos y, créeme, no es por mi actitud sana y mi encanto juvenil. Es porque los hago parecer buenos. Y ellos vendrán y te aplastarán como el puto pie izquierdo de Godzilla si cojo el teléfono y les digo que no estás cooperando.

—Joder, Francis. ¿Por qué tienes que ser tan tocahuevos?

—Solo mi mujer lo sabe con certeza. —Se frotó las manos—. Y no lo dice, o al menos no me lo dice a mí. ¿Por dónde empezamos?

—¿Podría darme un *Toffee Nut latte* grande y un trozo de tarta de queso con caramelo?

Julian estaba en el mostrador del Starbucks de Astor Place satisfaciendo su necesidad de dulce. La chica de la caja, con su gorra de béisbol negra y su delantal verde se le quedó mirando como si acabara de pedir un paquete de heroína pura sin cortar.

—Me gusta el azúcar, ¿a ti no?

Se dio la vuelta para preparar su pedido y le dejó preguntándose si había dicho algo malo.

El día anterior, la señora A. le había dicho que se tomase un respiro en su investigación jurídica y que se distrajera un poco. «Disfruta de tu libertad.» Como si de alguna manera supiese que no fuera a durar más allá de la citación en el tribunal de mañana.

Había ingresado los trescientos dólares que había ganado haciendo algunos trabajillos en prisión y se había cortado el pelo muy corto en la peluquería de Astor Place. No le quedaba mal, pensó; con la barba que se estaba dejando crecer para tapar su cicatriz de la barbilla y el decente conjunto de chaqueta y corbata que se había comprado en la tienda de segunda mano pensó que le causaría buena impresión al juez.

Se estiró y bostezó después de haber conseguido dormir unas cuantas horas seguidas. Tras tener muchos problemas con su asistente social, había logrado colocarse en un centro de reinserción social en Bed-Stuy y compartía una habitación estrecha con literas con otros tres ex convictos. No era para tirar cohetes. Tenía que compartir el cajón de la cómoda con otro hombre y el baño con nueve más, pero el alquiler era de sesenta dólares semanales y el único inconveniente serio era tener que acudir a las sesiones de terapia en grupo para hablar de su «problema imaginario con las drogas». De un modo u otro, este mundo te acaba convirtiendo en un mentiroso (si es que no lo eras ya).

La chica le trajo su café con leche y su tarta, y él le pagó los siete dólares. Alisó cada billete en el mostrador y calculó que le quedaban cerca de cincuenta dólares en vales de comida que le debían durar toda la semana.

Sin embargo, en ese momento no podía pensar en aquello. Necesitaba alejarse un rato de abogados, salas y burócratas. Tan solo quería relajarse un poco con Miles Davis en el estéreo y las conversaciones de mujeres guapas de fondo. Después de todos esos años en una celda de seis por nueve, fría y húmeda, una parte de él se inclinaba por cualquier nimio placer al igual que una flor en busca de la luz del sol.

Con anuncios de trabajos bajo un brazo y su libro bajo el otro navegó entre las islas de mujeres sentadas en pequeñas mesas redondas. Mujeres hablando por el móvil, mujeres con collares de perro, mujeres leyendo libros sobre el marxismo y la física cuántica, mujeres con patines, mujeres mirando con tristeza las pantallas de sus portátiles como si todos sus problemas aparecieran allí enumerados, mujeres cogidas de las manos de otras mujeres, mujeres analizando las *minutiae* de sus vidas, mujeres con chales y pañuelos de sus abuelas, mujeres con camisetas de FCUK²⁸, mujeres con chaquetas de camuflaje y blusas campesinas. Mujeres libres para probar y descartar distintas versiones de sí mismas, mujeres que aún no tenían que cargar con pieles flácidas, articulaciones doloridas, matrimonios porosos y deudas acuciantes.

Divisó una mesa al lado de la ventana. Se sentó y abrió el libro que había llevado consigo, saboreando la mezcla de aromas de los perfumes, su café y su pelo recién lavado.

Por segunda vez en los últimos días, se preguntó si tan malo sería que intentase llegar a un acuerdo extrajudicial. Su caso había ocurrido hacía tanto tiempo. Probablemente la mitad de las mujeres que estaban allí no habían nacido cuando a él lo encerraron. ¿Por qué no podía ser como los demás?

La chica que había pagado antes que él había vuelto a su mesa. Tiraba del cuello vuelto de su jersey hacia su barbilla para, a continuación, soltarlo mientras leía su ejemplar de *Los miserables*. Sus finos tobillos se enroscaban en las patas de la silla y llevaba el pelo recogido: un nudo de desdicha que intentaba tentar a algún hombre para que tirara de él y la liberara. Abrió del todo el lomo de su libro y comenzó a leer sobre aquel hambriento viajero que en aquella noche gélida no tenía dónde cobijarse y al que los vientos alpinos le hacían trizas la piel. Buscando refugio en una casucha, subía por una cerca de madera, rasgándose su ropa en el intento, para luego encontrarse solo en un criadero de perros con un *bulldog* que le ladraba y gruñía.

²⁸ N. de la T. French Connection United Kingdom.

—¿Te está gustando? —dijo mirándola de reojo.

Ahora que el cuello vuelto no le tapaba la barbilla, lo miró como si de una dama a caballo se tratase. Una nariz larga y aguileña y pómulos de alta alcornia envueltos en una nube de rizos caobas. Se puso de nuevo a coger con el dedo las miguitas de su bollo con pasas.

—El libro. —Le enseñó su edición usada de *Los miserables* que había comprado a un vendedor ambulante el otro día—. Estamos leyendo lo mismo.

Ella se dio con la lengua en la parte interior del carrillo. Un bulto que descendía lentamente.

—Es largo, pero está bien. Estoy entrando en materia.

Bostezó hastiada y volvió a su bollo, colocándose unas migas microscópicas en la punta de la lengua. Le recordaba un poco a Allison: ponía unas pocas gotas en una cucharilla y la chupaba con delicadeza, y después ponía el tarro con forma de oso lejos de su vista para evitar tentaciones.

—¿Y qué te parece?

Sus dedos, inquietos, daban golpecitos en un lado de la taza. Se fijó en que estaban más rellenitos que el resto de su cuerpo, como si hubiera otra mujer con buen apetito atrapada dentro de ella.

—Está bien —dijo al final—. Quizá un poco sentimental.

Julian se preguntó si a ella también le gustaría la ciencia ficción como a Allison o si lo único que tenían en común era un trauma con la comida.

—Sí, sé lo que quieres decir. «Sentimental.» Como si el escritor hubiese cargado demasiado las tintas.

Ella se encogió de hombros sin rencor y retomó su libro.

—Pero, ¿sabes?, el tipo me da lástima —prosiguió intentando lograr llamar su atención. Ella se giró un poco y tiró del cuello de su jersey, aunque esta vez sin taparse la barbilla. No podría decir si ella quería que parase o que siguiera hablando. Nunca había tenido demasiadas aptitudes para leer el pensamiento de las mujeres, y lo que había ocurrido con Allison no ayudaba demasiado. En este punto, no estaba seguro de si sería capaz de saber si una mujer estaba interesada en él sin que ella no se sentara sobre su regazo y le metiera la lengua hasta la garganta—. Quiero decir, míralo. Muerto de cansancio y de hambre. Lleva caminando desde el amanecer, dispuesto a lo imposible por una cama y algo de comer. Y esa gente sigue poniéndolo de patitas en la calle. Y todo por una condena que no merecía tiempo atrás.

—¿Cómo lo sabes?

—¿El qué?

—Has dicho que acababas de empezar el libro. —Finalmente cogió un pedazo más grande—. ¿Cómo sabes que no es culpable si no has llegado aún a esa parte?

—Lo puedes deducir por la forma en que el autor escribe sobre él.

—Pero quizá te estás dejando llevar por la, digamos... *comprensividad*— dijo con un leve seseo.

Bajó la mirada hacia el denso matorral de palabras traducidas. Quizá se estaba perdiendo algo. Durante años lo único que había estado leyendo habían sido libros de ciencia ficción y fragmentos del Código Penal del estado de Nueva York.

—Supongo que llevas razón. —Levantó con torpeza su café a modo de brindis—. Supongo que no puedes dar nada por sentado de nadie.

Volvió a poner la taza sobre la mesa y se ajustó la corbata. Vio su reflejo en el espejo que estaba en la pared: un hombre con un destello color plata metálico en su cabello que intentaba hablar con una chica demasiado joven para él. De nuevo se crispó por no haberse reconocido enseguida.

—Está bien que haya un sitio así donde puedas estar sin tener a nadie encima —dijo imitando el tono coloquial despreocupado que había oído usar a otra gente—. ¿Hay muchos en la ciudad?

—¿Cómo? ¿Te estás quedando conmigo? —frunció el ceño.

—No. ¿Por qué?

—Me estás diciendo que no conoces los Starbucks. ¿Es que acabas de salir de la cárcel o qué?

—¿Cómo dices? —Debía de haber entendido mal.

—Hay prácticamente uno en cada esquina...

—Sí pero, ¿por qué has dicho lo que acabas de decir? No me conoces.

Se sentía como si ella le hubiese tirado un café hirviendo en la cara.

—Olvidalo, ¿vale?

—No entiendo por qué has dicho eso.

Se giró y se subió el cuello del jersey hasta la nariz como los atracadores de las películas de vaqueros de antaño.

—Señorita, estaba hablando con usted...

Cogió de nuevo el libro y empezó a leer como si simplemente se hubiese desvanecido en el aire.

—Disculpa —elevó el tono de voz—. ¿Sabes? Es de mala educación no mirar a una persona cuando te está hablando.

Varias de las mujeres que estaban en las mesas cercanas dejaron de hablar y se giraron, como si hubiese empezado a tocar a todo trapo el saxofón en medio de la delicada música de cámara que conformaban sus charlas.

—¿Te he ofendido yo? —Siguió mirándola, negándose a que lo ignoraran—. Si he dicho algo, te ruego que me lo digas...

Todo el mundo lo estaba mirando, preguntándose quién era ese loco. Probablemente pensarán que era un indigente de ojos desorbitados que había entrado para intentar llamar la atención. No sabían que él había recibido una

educación. No veían que él una vez había tenido un futuro casi tan brillante y prometedor como el suyo. No entendían cómo se le puede arrebatar todo eso a una persona; que alguien con delicadeza y un buen corazón pudiera convertirse en una bestia sin haber hecho nada malo; que llevase menos de una semana fuera de un lugar en el que mirar a alguien de una forma equivocada podía hacer que acabaras con un tenedor en el globo ocular.

—Estaba intentando tener una conversación contigo como una persona normal —insistió, intentando aún que le escucharan.

El encargado del turno de mañana se dirigió hacia él, un tipo blanco desgarrado, con un aro en la ceja que se suponía desviaba la atención del estado desastroso de su cara picada.

—Lo lamento caballero, pero he de pedirle que abandone el local.

—Sí, vale, solo un segundo...

Julian levantó la mano para pedir un poco de indulgencia, pero el tipo se echó para atrás como si le hubiese pegado.

—Venga hombre... No se ponga así...

Intentó hacer una broma de todo aquello y simuló un golpe de kárate, pero el tipo empezó a hacer gestos a la chica asiática de detrás del mostrador, poniendo el pulgar y el índice como si fueran un teléfono para que la chica llamara al 911.

—Eh, hermano, *tómalo con calma*²⁹. —Julián dejó caer las manos—. Tómalo con calma.

Pero el chico seguía retrocediendo, aterrorizado. Así que, ¿qué sentido tenía intentar hacerlos entrar en razón? Allá donde fuera siempre había alguien que se metía con él e intentaba que hiciera cosas que él no quería hacer. Era como si de alguna manera pudieran decirle que sabían que sus niveles de aguante estaban bajo mínimos y lo único que tenían que hacer era pincharlo un poco.

—Señor, le invito a tomar una taza de café en cualquiera de nuestros demás establecimientos. —El encargado señaló la puerta—. Pero necesito que se vaya...

—De acuerdo, de acuerdo. He captado el mensaje. —Julián se abrochó la chaqueta y cogió el libro—. No hace falta que me lo diga dos veces.

Empezó a abrirse camino entre las mesas y se giró para mirar una última vez a la chica del jersey de cuello vuelto negro.

—¿Sabes una cosa? *Comprensividad* ni siquiera es una palabra.

²⁹ N. de la T.: En castellano en el original.

Las puertas de la sala chirriaron al abrirse y Francis se giró para ver cuál era el origen de todo aquel alboroto.

Los reporteros que habían aparecido para ver si el auto de procesamiento de Julian era desestimado esa mañana no paraban de murmurar. Dov Ashman, ese fósil curtido que cubrió el juicio original para el *Daily News* en el 84 estaba poniendo su zarpa en la joven y regordeta rodilla de Judy Mandel, del *Trib*. Allen Rob, ese hijo de puta encorbatado del *Times*, empezó a hablarle al oído al vago del *Post* de cuyo nombre Francis nunca se acordaba. Las puertas golpearon al cerrarse y finalmente pudo ver cuál era el foco de su atención: Eileen Wallis estaba entrando en la sala aferrada al brazo de Tom.

Ni la mismísima Jackie Kennedy podía haber hecho una entrada más dramática. Un sobrio conjunto de Chanel apropiado para las circunstancias (de color aceituna en vez de negro luto), pintalabios rojo oscuro sobre un rostro pálido y sin maquillar y los ojos escondidos tras un par de gafas con los cristales oscurecidos. Su cabello todavía era más pelirrojo que canoso y conservaba su figura, pero caminaba un poco rígida. Francis no la habría culpado si hubiese ido a la vista puesta hasta las cejas. Él habría vaciado el botiquín si hubiese estado en su pellejo. Pero había algo majestuoso en ella, como si el dolor la hubiese colocado más allá de las preocupaciones de los mortales.

Su presencia ya era en sí toda una declaración de principios. Decía: «mantente firme». Decía que la tierra había sido perturbada. Decía que al menos una persona en esa sala no estaba dispuesta a «seguir adelante» como si nada hubiese sucedido. Sin embargo, cuando se paró en la primera fila y se sentó al lado de Francis no pareció reconocerlo. No parecía recordar el tiempo que habían pasado juntos comparando heridas comunes e intentando aceptar cosas inaceptables.

—Eileen. —Francis le tocó el brazo cuando ella se sentó con sigilo—. Soy Francis Loughlin. Estoy aquí por Allison.

Sus ojos apenas parpadearon tras los cristales oscuros.

—Gracias por venir, Francis. —Tom se inclinó encima de ella para estrecharle la mano a Francis.

—No hay de qué. No me habría perdonado no venir.

Si bien era verdad que técnicamente había un montón de sitios a los que podría haber ido esa mañana. Era su día libre y ya estaba a punto de llegar a su tope de horas extra extraoficiales. Por no hablar de la, al menos, media docena de investigaciones abiertas en las que podría estar trabajando.

Una puerta lateral se abrió y el zumbido de la camaradería informal cesó de repente. Paul Raedo dejó de revolver en los papeles que tenía encima de la mesa del fiscal y los viejos bancos de madera crujieron cuando todos los allí presentes se giraron para tener una buena perspectiva. Julian Vega acababa de entrar y estaba tomando asiento al lado de Debbie Aaron en la mesa de la defensa.

Al principio Francis casi no lo reconoció. Aquel enorme toro fornido con el pelo muy corto, barba corta y un poderoso cuello que sobresalía de un traje de lana gris con camisa granate y corbata negra. Con ese aspecto parecía que se iba a presentar a la Asamblea estatal en East Harlem o, en el peor de los casos, que lo fueran a procesar por fraude en la asistencia sanitaria.

—Silencio en la sala —dijo bruscamente Tony Barone, el oficial de la sala, cuyas cejas saltaban en su frente como dos mitades del bigote de Stalin.

Julian se giró para mirar por encima de su hombro y echar un vistazo a la gente allí reunida. Probablemente había ganado unos cinco kilos más, la mayoría de ellos músculo, desde que intentó ir tras Francis en el corredor de prisión. Ahora tenía esa rudeza de los ex presidiarios, los hombros rectos, la barbilla alta, la mirada tranquila. Pero cuando vio a Francis su rostro se rompió en un amago de sonrisa amarga, como si estuviera diciendo: «Aquí estamos de nuevo, amigo». Debbie A. vio qué era lo que estaba mirando Julian y empezó a decirle algo al oído. Sus talones se le salían un poco de los zapatos cuando se ponía de puntillas.

—Todo el mundo en pie.

La juez Miriam *¡Al grano!* Bronstein entró en la sala. Apenas se la podía discernir bajo tan voluminosa toga. Oscuros rizos enmarcaban el gesto fruncido de una abuela de setenta y dos años que aún iba todos los días en bicicleta hasta el tribunal desde el Upper West Side. Francis la

recordaba de cuando era abogada de oficio, malhumorada y combativa, jamás dispuesta a creer que un agente de policía pudiera sonsacarle una confesión legítima a un acusado sin el uso reiterado de las páginas amarillas de Manhattan sobre su cabeza. Tras ser nombrada juez (a través de las conexiones políticas habituales: los demócratas reformistas de la zona oeste, el club democrático de Manhattan, etcétera), se había esforzado mucho para ser todavía más imparcial, pero los periodos de tranquilidad autoritaria a menudo se veían interrumpidos por arrebatos irascibles, como si, de repente, todos los de la sala le recordasen a sus decepcionantes hijos.

—Procedan, letrados. —Hizo señas a Paul y a Debbie A. para que se acercaran—. ¿Qué tienen para mí? Mi lista de pleitos para hoy está completa.

—Su señoría, es relativo al pleito de «El Pueblo de Nueva York contra *Julian Vega*» —empezó Paul, que en el juicio original había sido el segundo a bordo de la fiscalía—. El juez Santiago concedió al acusado la moción 440 en Rikers Island hace unos días y...

—Vale, vale, ya. —Bronstein lo cortó—. ¡Al grano! ¿Está dispuesto a llevarlo a juicio?

Paul se balanceó un poco sobre sus talones. Ya le había advertido a Francis que Bronstein sabía que Paul aspiraba a ser nombrado juez, por lo que habría unas cuantas pullas aquella mañana.

—Llegados a este punto sí, señoría —dijo—. Nos reservamos el derecho a seguir adelante de una forma inmediata.

Debbie A. habló más fuerte.

—Su señoría, no deseo hacer perder el tiempo a este tribunal. Solicito el sobreseimiento de este auto de procesamiento.

—¿En qué se basa?

—Doble enjuiciamiento por los mismos hechos. Es totalmente inconstitucional que mi cliente sea juzgado por el mismo delito dos veces.

—Buen intento. —Los ojos de la juez se encogieron tras sus gafas con montura de concha, quizá porque la declamación mordaz y rápida de Debbie le había recordado a ella de joven—. Pero si la sentencia condenatoria original ha sido anulada, es como si el primer juicio no se hubiera celebrado. No pueden ser las dos cosas a la vez, letrada.

Francis vio que Deb se inclinaba hacia Julián para explicárselo, pero este negó con la cabeza, como queriendo decir que lo había entendido perfectamente.

—¿Cualquier otro asunto antes de que fijemos una fecha para el juicio?

—Sí, señorita. —Paul se acercó al estrado—. La fiscalía desearía elevar un recurso para suspender la libertad bajo fianza del señor Vega. Creemos que tras diecinueve años y medio en prisión hay un riesgo de fuga considerable. Asimismo, mientras estuvo encerrado continuó manifestando cierta propensión a la violencia. Estuvo treinta días en aislamiento por intentar agredir a un agente de policía. Y nuestra oficina dispone de documentos del departamento de servicios penitenciarios según los cuales el acusado fue enviado a una unidad habitacional especial en una ocasión por un episodio relativo a un apuñalamiento...

—Dios, esto es indignante. —Debbie A. se abalanzó sobre él con su traje color marrón chocolate ceñido en los hombros—. Esto no es relevante para este proceso y, desde luego, tampoco lo es para la libertad bajo fianza. Es un golpe de efecto barato del señor Raedo de cara a la prensa.

Y bastante efectivo, a juzgar por el murmullo de los reporteros. Francis, que el día anterior había estado cuatro horas husmeando en el informe de los servicios penitenciarios, se dio la vuelta y vio a Dov Ashman inclinarse hacia Judy Mandel para asegurarse de que había oído bien.

—Bueno, la señora Aaron debería ser ya casi una experta en el tema después de las entrevistas que ha concedido poniendo en tela de juicio la investigación inicial —Paul alentó los ánimos—. Sus comentarios buscaban claramente corromper la lista del jurado. Quisiera pedir un auto de reserva³⁰.

—Dejad de comportaros como críos. —La juez se quitó las gafas—. Ni siquiera hemos empezado y ya os estáis peleando en el cajón de arena.

Francis se recostó y puso los brazos sobre la parte superior del banco. Algunos de los recientes comentarios de Debbie le seguían mortificando. Había habido un par de momentos en los que casi había parecido que era a él al que estaban juzgando.

—No voy a revocar la libertad bajo fianza. —La juez miró hacia abajo—. El acusado no huyó antes de que se celebrara el primer juicio, por lo que no hay razón para sancionarlo. ¿Podemos entonces ir al grano y fijar una fecha para la vista si vamos a volver a hacer todo esto de nuevo?

Francis miró disimuladamente a Eileen Wallis para ver cómo lo estaba llevando. Pero estaba distraída toqueteando su bolso de mano. Con la luz despiadada de la sala su piel, que había permanecido tan blanca e impecable a los cuarenta, empezaba a mostrar las primeras grietas, como un jarrón al que habían dejado demasiado tiempo en el horno.

³⁰ N. de la T.: Resolución judicial que pone límites a la información que se puede dar sobre un proceso.

—Señoría, nos gustaría comenzar a seleccionar el jurado el dos de diciembre, dado que Acción de Gracias y el Jánuca³¹ coinciden este año. —Paul agachó la cabeza para intentar adoptar un tono más modesto.

—¡Eso son casi tres meses! —protestó Debbie A.—. Mi cliente lleva pendiente de este caso veinte años. Se merece una resolución rápida.

—Es mucho tiempo, señor Raedo. —La juez se mostró de acuerdo. Se puso de nuevo las gafas—. ¿A qué se debe esa demora?

—Señoría, creemos que hay pruebas en los archivos y expedientes de esta causa que nos permitirán probar la culpabilidad del señor Vega fuera de toda duda razonable. Los avances en la tecnología del ADN demostrarán que *Julian Vega* asesinó a Allison Wallis.

—¿Entonces dónde están? —Deb levantó los brazos en una especie de parodia exasperada que Francis conocía muy bien—. ¡Mi cliente lleva pidiendo esas pruebas desde 1995!

—Sí, ¿qué es lo que pasa? —La juez miró a Paul; su irritación se había reanudado—. ¿Por qué no se han realizado?

—Señoría, ninguno de los aquí presentes somos unos ingenuos. Todos sabemos que las instalaciones de los archivos están colapsadas y con una dotación de empleados insuficiente. Todo el mundo está trabajando a toda máquina, incluso aunque la señora Aaron quiera hacer ver lo contrario. Tenemos a gente desde hace cuatro días en el almacén de pruebas de Queens. Las pruebas están allí. Tan solo se han extraviado.

—¿Extraviado? —Deb rompió las dos sílabas en una aria diminuta—. ¿Extraviado? —Levantó todavía más las manos para asegurarse de que los bancos donde se encontraba situada la prensa lo captaran—. Señoría, ¿por qué debería mi cliente pagar por los errores administrativos de otros? Si es que se trata de errores administrativos. Me parece que vamos a tener que pedir un fiscal especial para que investigue lo que ha ocurrido aquí.

—Venga, por Dios. —La juez alcanzó su mazo, lista para llamar a todos para que se reunieran en su despacho—. ¿No podemos tratar estos asuntos incendiarios de uno en uno?

Francis asintió y pensó que eso era lo que admiraba de Deb. ¿Quién no querría ser representado por una abogada que podía hacer de cualquier

³¹ N. de la T. «Fiesta de las luminarias», festividad judía que se festeja durante ocho días y en la que se celebra la derrota de los helenos y la recuperación de la independencia judía a mano de los macabeos.

motivo un pretexto para una guerra santa? Era una del clan, de las que se jugaba el todo por el todo, una auténtica *Hellcat Maggie*³². Todo desaire tenía que tener respuesta. Toda sentencia de conformidad era un ataque personal a su integridad.

Entretanto, percibió que el ímpetu de la sección de la prensa estaba cambiando. Miró por encima de su hombro y vio a Dow Ashman retomar las primeras notas de su libreta y sacudir la cabeza, pues se daba cuenta de que Paul había sacado el tema del expediente disciplinario de Julián para distraerlos de la flagrante ausencia de pruebas de ADN.

—Mmm. —La juez Bronstein frunció el ceño (no necesariamente acostumbrada al hecho de ser la persona más razonable de su sala)—. No entiendo por qué no habéis solucionado esto antes de venir aquí. Señor Raedo, ¿no podía haberle dado al señor Vega una condena por tiempo cumplido y dejar las cosas estar tras veinte años?

—Su señoría, con el debido respeto. El señor Vega ha dejado muy claro que no está interesado en declararse culpable. Y, lo que es más importante, la familia de la señorita Wallis está hoy aquí. —Paul se giró y saludó a Tom y a Eileen asintiendo respetuosamente con la cabeza—. Independientemente del sufrimiento que el señor Vega sostenga haber pasado, él aún sigue con vida. Pero ellos no tienen un momento de paz desde 1983. Era una mujer joven con un potencial infinito. Y puede estar segura de que su madre no estaría hoy sentada en la primera fila si pensase que ya se ha hecho suficiente justicia.

Francis vio a Eileen buscar a tientas el cierre de su bolso y sacar un montón de hojas amarillas dobladas y cubiertas de garabatos de tinta en ambos lados.

—No, mamá. Ahora no —le murmuró Tom e intentó que no se pusiera en pie.

Julián se giró para mirarla. Su labio inferior le sobresalía un poco. Francis se dijo a sí mismo que eso no significaba nada, muchos sociópatas eran buenos fingiendo emociones humanas normales. Aun así, le preocupaba. ¿Cuántos de esos tipos miraban en el momento crucial? Por lo general, cuando la familia de la víctima aparecía en el juzgado, ellos lanzaban una mirada a media distancia y movían la boca como si dijeran alguna tontería piadosa acerca de encontrar a Dios y conocer el poder de su perdón eterno.

³² N. de la T.: Gánster de Nueva York.

—Señoría, también tendremos que localizar a los testigos. Han pasado casi veinte años.

—Si no tiene nada que presentarme el diecisiete el auto será sobreseído. ¿Algo más?

—No, señoría. —Debbie A. asintió con la cabeza. Sabía cuándo era el momento de parar.

—Siguiente causa. —La juez golpeó el mazo mientras otro acusado y su abogado avanzaban por la sala para ocupar el sitio de Deb y Julian en la mesa de la defensa, al igual que los suplentes en una partida de *hockey*.

¿*Qué vas a hacer ahora?* Paul levantó las palmas de las manos mientras Debbie A. le lanzaba a Francis una mirada hosca. Su boca era como un guión rojo. *Sé lo que hiciste bastardo.* ¿Pero ellos qué sabían? ¡Abogados! Se creen que están por encima de todo y que la sangre jamás les salpicará sus trajes de Armani y Donna Karan. Miraban con suficiencia a las gamberros de la clase trabajadora y gruñones de los barrios bajos que se suponía que eran los que hacían el trabajo duro.

¿Por qué debería seguir preocupándose? Él había hecho su trabajo, había desempeñado el papel que le correspondía. Si alguien quería esparcir la mierda a su alrededor y decir que había cruzado la línea, tendría que demostrarlo. Adelante. La próxima vez, que lo lleven a los tribunales. Se las arreglaría para subir al estrado él solo, sin ayuda. Asintió lacónicamente con la cabeza mientras Julian salía por la puerta lateral con Deb. Te atraparé, *compañero*³³.

El crujir de los papeles lo distrajo.

—Pero no he podido leer mi declaración —protestaba Eileen con aquellas hojas de color amarillo temblando en sus manos.

—No era el momento, mamá. —Tom se las quitó de la mano suavemente.

—Tendrás tu oportunidad para hacerlo, Eileen —intentó asegurarle Francis—. Nos encargaremos de ello.

—Oh Francis, estás aquí. —Se giró. Finalmente lo había reconocido. Lo miró desde su calva incipiente a su estómago—. ¡Cómo te has dejado!

—Qué se le va a hacer —rió.

Lo agarró de la muñeca con una fuerza que lo sorprendió.

—Recuerda lo que me prometiste...

—Créme. No lo he olvidado.

³³ N. de la T.: En castellano en el original.

—Dijiste que jamás olvidarías a mi pequeña. Tienes que encontrarla por mí.

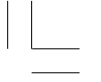
—Pero...

—Enterraron a la persona equivocada.

Antes de que Francis pudiera pensar en una respuesta sensata, Tom cogió a su madre del brazo.

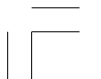
—Gracias, Francis —dijo y la ayudó a levantarse y a atravesar el pasillo mientras toda la prensa los rodeaba y los seguía fuera de la sala como a iconos religiosos en una procesión por alguna calle italiana—. Seguimos en contacto.

—Por favor, abandonen la sala en silencio —dijo el oficial del juzgado cuando Francis los perdió de vista—. La sesión aún no ha terminado.



Parte III

El silencio de una estrella fugaz





Un silencio incómodo flota en el aire en una casa donde duermen hombres que acaban de salir de la cárcel. Una inquietud que se respira a través de las paredes. La gente suele permanecer en el borde de los colchones, abultados por las preciadas posesiones que se esconden debajo de él. El mecanismo de relojería de cada cuerpo se amplifica y se convierte en algo digno de interés periodístico. Un eructo sonoro en mitad de la noche, un pedo sordo, un quejido reprimido tras una pesadilla... todo forma parte del volátil ambiente común; el uso del baño puede ser tan impugnado y politizado como los Altos del Golán³⁴.

El día 1 de octubre, Julian se despertó y permaneció en esa postura. Le daba miedo darse la vuelta, así que esperó a que la luz del sol irisada creciera por la esquina de la sucia ventana con rejas. A las seis menos cuarto, bajó con cuidado por la escalera de la litera y pasó sigilosamente al lado de sus compañeros de habitación con su ropa bajo el brazo. En unos minutos estarían alineados en el vestíbulo que daba al baño golpeando la puerta y quejándose de que había gastado toda el agua caliente.

Cerró la puerta tras de sí y encendió la luz. De nuevo la cara de su padre en el espejo de encima del lavabo reprendiéndolo. *¿Estás orgulloso de ti, bobo?* Se quitó su camiseta de manga larga y estudió las dimensiones de los arañosos que ya se habían hecho costra por toda la caja torácica. Su pecho parecía extrañamente desnudo y desprotegido ahora que la medalla de san Cristóbal ya no estaba allí, y todavía le ardía la zona de la nuca donde le habían arrancado la cadena.

La puerta empezó a abrirse y Julián la empujó bruscamente para cerrarla con su mano vendada.

³⁴ N. de la T.: Meseta en la frontera entre Israel, Líbano, Jordania y Siria.

—Eh, abre tío —protestó una voz apremiante desde el otro lado de la puerta.

—Un segundo.

—Venga, tío. No estoy bromeando. No aguanto más.

Se puso de nuevo la camiseta y abrió la puerta. Un gritón con rastas que respondía al nombre de Cow y que siempre andaba intentando convencer a todo el mundo de que él había sido el *Superfly*³⁵ de Mother Gaston Boulevard entró en el baño y ocupó en un instante casi todo el espacio de las baldosas.

Deshizo el cordón de su pantalón de chándal, rebuscó un poco y finalmente sacó una pequeña polla remilgada.

—¿Sabes? He estado investigándote, hijo. —Lo miró por encima de su hombro con toda tranquilidad mientras rociaba el inodoro. Su rostro henchido, casi femenino, era como el de una *geisha* demasiado vieja.

—¿Ah sí? ¿Y eso?

Cow sonrió al vendaje llevaba en la mano.

—Decía que sé lo que has estado haciendo, actuar de forma sospechosa.

—¿Qué es lo que dices, negro?

—No eres lo que dices ser.

—Mira tío, acaba de mear y sal de aquí. —Julián intentó bajarse la manga para tapan la venda—. Estoy vistiéndome para ir a trabajar.

Acababa de empezar a trabajar en el supermercado, pero se había propuesto ser el primero en llegar todos los días.

—El conocimiento es poder. —Cow se subió la cinturilla del pantalón y se dio la vuelta sin tirar de la cadena.

—Hijo de puta, no sabes nada sobre mí.

Cow se plantó delante de la puerta bloqueándole el paso.

—He buscado cosas sobre ti en los ordenadores de la biblioteca, chaval. Sé que no cumpliste veinte años por infringir la legislación Rockefeller sobre drogas.

—¿Por qué no te metes en tus asuntos?

—Has estado mintiendo en cada una de las terapias de grupo a las que has ido. No eres un yonqui. —Le agarró una manga—. Déjame ver tus brazos. Me apuesto a que no te has picado en tu vida.

—Tío, quítame las manos de encima. —Julián lo empujó—. ¿Te he dicho que me tocaras?

³⁵ N. de la T.: Película de 1972 dirigida por Gordon Parks Jr. *Superfly* es un traficante de cocaína que se da cuenta de que pronto terminará en prisión o muerto.

—Sí, supe que eras un puto mentiroso desde el primer instante en que te vi, tío.

—¿Ah sí? —De repente, Julian le agarró por la camiseta—. Yo también he estado investigando sobre ti, *pendejo*³⁶. Y he oído que no eras un traficante de heroína. He oído que estabas en la cárcel por sodomizar a una niña en el hueco de una escalera. ¿Quieres que lo saque a relucir en la siguiente reunión del grupo?

Cow intentó sonreír mientras su meada fermentaba de forma notoria en el inodoro.

—Quizá lo mejor sea que nos evitemos durante algún tiempo. —Tiró con cuidado de su camiseta para soltarla de la mano de Julian.

—Tienes toda la puta razón. —Julián lo golpeó en su pecho fofo para asegurarse de que había captado el mensaje—. Ahora, ¿por qué no te vas a meneártela a otro lado? Tengo que acabar de prepararme para ir a trabajar.

³⁶ N. de la T.: En castellano en el original.

—Buenos días. —Francis se sacudió la lluvia y enfocó su placa al uniforme del agente que custodiaba la puerta—. ¿Cómo va eso?

—Todavía está en la bañera. —El policía parecía tener doce años. Acné, de colegio privado, nariz respingona, los ojos nerviosos del chico de los periódicos al que han pillado mirando por las ventanas de los vecinos—. Espero que tenga un buen estómago.

Francis se dio unas palmaditas en la barriga mientras se acercaba con sigilo.

—Los inspectores la usan como cama elástica.

Anotó en su libreta la hora de su llegada y escudriñó la puerta para ver si había sido forzada.

—Supongo que le habrás echado un buen vistazo —dijo con brusquedad—. ¿El hada de la tiza también ha estado aquí?

—¿Quién?

—Uno de esos imbéciles que piensan que es una buena idea dibujar una línea alrededor del cuerpo.

—Yo no he tocado nada.

—Bien. No es aconsejable mezclar las bellas artes con la patrulla de la zona.

Asintió, se guardó la libreta en su bolsillo trasero y se metió las manos en los bolsillos delanteros para asegurarse de que no tocaría nada. En los tiempos que corrían había que ser doblemente precavido con las pruebas. *Calma. Tómate tu tiempo.* Entró por el reducido vestíbulo al salón como un elefante caminando por la cuerda floja.

Estudió la habitación. Todavía estaba acostumbrándose a tener que buscar cosas que el resto de la gente podía avistar a la primera.

El primer apartamento de adulto de alguien. Una de esas minúsculas cajas de zapatos del Upper East Side por dos mil doscientos dólares mensuales sin portero, con cañerías de hace setenta años y el agujero de

la ventilación parcialmente descubierto. Percibió el aceleramiento sutil de su pulso, el contador Geiger interno que se disparaba cuando entraba por primera vez a la casa de una víctima. Una maceta con un helecho bajo las persianas venecianas. Un mullidito sillón azul con un tapete detrás de una mesa de centro cubierta con un mantel y una lámpara halógena con un pie fino inclinada a un lado del sillón como una madre mirando por encima del hombro de su hija. Rodeó el sofá y vio un oso de peluche marrón apoyado en unos cojines con uno de los delantales que llevaban antiguamente las enfermeras y un sombrero de la Cruz Roja.

Un hombre grande que se movía por el apartamento de una mujer joven; era consciente de ello. Una presencia almizclada que no era bienvenida, como un vagabundo en un salón de belleza. Si estuviera en el piso de su hija, esta le habría dicho que saliera de allí inmediatamente.

Mientras movía su cabeza de forma decidida y resuelta (algo que se estaba convirtiendo en un acto reflejo), vio rápidamente las librerías de pino del Ikea en la parte derecha de la habitación, con las baldas llenas de CD y de libros colocados por tamaños. Nunca sabes cuándo alguien va a tener un ejemplar de *Salida final* (el manual de todo suicida) y ¡bingo!, ya tienes el motivo y cómo lo ha hecho, antes incluso de haber visto el cuerpo. En cambio, estaban *Las cenizas de Ángela*, *Orgullo y Prejuicio*, *La mancha humana*, *Expiación*, *Los desposeídos*. Cada uno de los títulos parecía tener un significado adicional estos días. *El Dios de las pequeñas cosas*. Se detuvo en el último, intrigado. Lo que todo detective de homicidios necesitaba. El Dios de los testigos poco fidedignos, de las pruebas de mitocondria, las muestras de manchas, los depósitos de móviles, las pruebas de tóxicos, las muestras de ADN, los polígrafos, los equipos para tomar huellas, los restos de metales, las marcas equimóticas y las fibras de alfombras. Debería haber un santuario para el Dios de las pequeñas cosas en Homicidios. Justo antes de girarse, vio que el libro que estaba al lado era el *Desk Reference* para médicos; en el otro lado había un libro de pasta blanda muy usado llamado *El hombre ilustrado*.

Miró de nuevo al osito con uniforme de enfermera y la luz de la habitación pareció atenuarse. Hizo caso omiso y siguió mirando. No había señales de lucha violenta. El descodificador todavía estaba colgando encima de una pequeña televisión Sony que había en la esquina, y un florero estrecho con un tulipán rojo permanecía tal cual al final de una mesa antigua.

Se giró a la izquierda. El contador Geiger hacía *clic* más rápido, pues sabía que se estaba acercando al cuerpo. De algún modo, supo antes de verlo que habría delante de él una ventanilla que comunicaba la cocina y el comedor.

¿Había estado antes en ese edificio? Por la ventanilla vio, primero, paquetes de cereales con alto contenido en fibra y después un tarro de miel con forma de oso. Eso no significa nada, pensó para sí. Mucha gente lo tiene. Sus ojos se desplazaron hasta un mosaico de Polaroids en la puerta de la nevera. Teniendo cuidado de dónde pisaba, se dirigió a la entrada lateral y se metió en la diminuta cocina para poder verlo mejor.

Niños. Cerca de tres docenas de putos críos. Con los dientes separados, costras en las bocas, vías en los brazos, paladares mellados, puntos y gasas en las orejas.

No, la víctima no podía ser ni enfermera ni doctora. Por supuesto que no. Tan solo tenía que ser alguien que trabajase con niños.

Un vuelco al corazón. Miró la llave del agua que estaba goteando y resistió sus ansias de cerrarla antes de que hubiesen buscado posibles huellas.

Oyó cerca el murmullo furtivo de voces masculinas; el sonido de hombres trabajando en el apartamento de una mujer. Podían haber estado instalando el aire acondicionado o cambiando un interruptor. Salió de la cocina y se dirigió a la habitación.

Las persianas estaban bajadas, pero la cama estaba hecha. Los cojines, mullidos y amontonados; el edredón, grueso y aterciopelado, doblado por la mitad. Se giró hacia el tocador de arce y notó cómo el corazón le daba un brinco cuando vio una foto de un jugador con bigote y una gorra de los Mets. Pero luego se dio cuenta de que era Mike Piazza, el *catcher* actual del equipo, no Keith Hernández, que jugaba de primera base hace veinte años. Aun así eso tampoco significaba nada, se advirtió a sí mismo. Hoy en día muchas chicas veían los deportes. Miró el resto de las fotos que había en el tocador. El elemento común en cada una de ellas era una chica más bien menuda, con mirada inocente y el pelo de color pajizo. Parecían gustarle los deportes. En una de las fotos estaba jugando al golf con una pareja mayor, quizá sus abuelos. En otra hacía piruetas sobre patines de hielo ante una multitud que la aplaudía. La víctima, por supuesto. Su rostro tenía un cierto aire victoriano y recatado que hizo pensar a Francis en un viejo relicario lleno de polvo, en el fondo de un cajón de un familiar muerto. Pero había algo pendenciero en ella que evitaba que pareciera demasiado pura y virginal; el gesto resuelto de su boca, la forma competitiva en que sacaba su barbilla.

La luz roja de un contestador parpadeaba frenéticamente en la mesilla de noche.

—¡Francis X.! —gritó una voz desde el baño—. ¡Sin justicia no hay paz!
—Jimmy Ryan, ¿cómo te va? —Se dirigió a la puerta del baño.

Su antiguo compañero, ahora en la policía científica, estaba arrodillado en el borde de una bañera con pies; un jerbo con la cabeza fría y una chaqueta de *tweed* que escarbaba en busca de pistas. Treinta y cinco años en ese trabajo, pero él no iba a bajar su ritmo por una maldita dolencia. Incluso después de ganar seis millones de dólares en la lotería hacía diez años, Ryan jamás permitiría que la palabra «jubilación» se mentara en su presencia. Estaba demasiado acostumbrado al incesante sonido de los teléfonos, la comida prefabricada a altas horas de la noche, los álbumes de identificación, el momento en la sala de la rueda de reconocimiento en el que el testigo comienza a morderse nervioso el labio, porque reconoce a alguno de los allí presentes. Sabía que no sería capaz de desconectar de aquello. Los hombres como él acababan su último caso un sábado y el jueves ya han olvidado los nombres de sus nietos.

A su lado estaba un hombre negro, con un traje azul marino y la corbata elegantemente metida por dentro de su camisa, que hacía fotos con una Polaroid.

—Rashid Ali, te presento a tu nuevo mejor amigo —dijo Jimmy—. Francis X. Loughlin. El segundo detective más avisado del equipo operativo del norte de Manhattan. Diría que es el número uno si no estuviera planteándome volver al tajo.

Bajó la cámara para echarle un vistazo de reojo; su desdén goteaba sobre Francis como musgo español. *Oh, ya estamos otra vez*, pensó Francis. *Ahora empezará a olisquearme el culo*. Los ojos de Rashid se entretuvieron un rato en el pin con la bandera americana y el Deadhead³⁷ que Francis llevaba en la solapa de su abrigo.

—¿Qué tal? —dijo Francis—. ¿Eres de la brigada 19?

—Así me gano la vida.

—En otros tiempos fueron mis dominios.

Ahora era su oportunidad para echarle un vistazo a su cita a ciegas. Un tipo de color en la treintena, músculos de gimnasio y rasgos duros. Una daga recortada a modo de barba, pómulos profundamente esculpidos y un torso en forma de V. Incluso su cabeza rapada tenía ángulos, ¿o eran simplemente abolladuras?

—¿Cómo te llevas con mi hombre, Gary Wahl? —Francis preguntó por su anterior sargento.

³⁷ N. de la T.: Símbolo y nombre con el que se conoce a los fans del grupo Grateful Dead. Se trata de un cráneo en cuya parte superior hay un círculo rojo y azul partido por una especie de rayo.

—¿El capitán? —Rashid arrugó la nariz, como si acabara de percibir un tufillo a arena de gatos—. Algunos roces de vez en cuando. Hemos limado asperezas.

Vaya, vaya. Francis sacudió la cabeza. Harry Hard-On³⁸. Y con nombre musulmán, ni más ni menos.

—¿Qué es lo que tenemos?

Rashid se echó a un lado para que Francis tuviera una mejor perspectiva.

—Dios.

Tuvo que dar un paso atrás para asimilar todo aquello. Una bola de fuego rojiza y furiosa había estallado en los azulejos que estaban encima de la bañera. Largas y delgadas venas de sangre goteaban por la lechada de los azulejos.

Incluso después de veinticinco años en aquel trabajo y de casi quinientos cuerpos, el asesinato no había perdido por completo su poder salvaje, su capacidad para hacerle sentir como si de una afrenta personal se tratara, afrenta que le decía que se implicara o se quitara de en medio. Se obligó de nuevo a ir despacio, a recomponerse, a aspirar y a espirar, a concentrarse.

Todo estaba dispuesto a su alrededor en forma circular. La chica que estaba en la bañera con el borde en relieve parecía un poco más pequeña y más morena que en las fotos. Brillantes mechchas teñidas con *henna* le daban a su pelo un toque rojizo. Un brazo colgaba lánguidamente fuera de la bañera. Sus yemas rozaban ligeramente las garras de los pies de la bañera. Podía haber estado relajándose tras un largo y duro día de trabajo, solo que la bañera estaba vacía y tan solo llevaba puesto un sujetador negro. Tenía la rodilla izquierda doblada, mostrando y prponiendo sus labios como si estuviera posando para un calendario subido de tono de un bar de carretera.

Silbó mientras se ponía de cuclillas para evaluar los daños con mayor detenimiento. La sangre aún húmeda en sus orificios nasales decían que no llevaba muerta mucho tiempo, y una brecha en su labio inferior revelaba que la habían golpeado en la boca al menos una vez. Le habían cortado la garganta dos veces. Una torpemente, como si el cuchillo se le hubiese atascado, y un corte más profundo en el segundo intento que había hecho que la sangre saltara al techo. En su clavícula había un charco de sangre más abundante.

³⁸ N. de la T.: Personaje de *Rebelión en las ondas* (1990), interpretado por Christian Slater, que tiene una radio pirata a través de la que incita a la juventud local con sus discursos incendiarios.

—¿Qué opinas? —preguntó Jimmy Ryan—. ¿Comenzó a golpearla en la cara y después le cortó el cuello?

—No lo sé. —Francis levantó lentamente los ojos y vio un montón de pelo ensangrentado y de sesos en el gancho de la toalla—. Estaba pensando que quizá la dejó primero sin sentido golpeándole la cabeza contra la pared. Si hubiese estado consciente mientras la pegaba, sus manos habrían estado más cerca de su cara. ¿Quién llamó?

—El responsable de su turno en el Monte Sinaí —dijo Rashid—. Tenía que haber sustituido a uno de los otros doctores a las seis de la noche anterior. Pero no apareció. Y ella no es de las que llegan tarde, por lo que enseguida supieron que algo no iba bien. Le dejaron docenas de mensajes en el contestador y la llamaron cientos de veces a su busca. Esta mañana llamaron al edificio y el dueño entró a ver qué pasaba.

Francis se puso lentamente en pie, como un submarinista para no coger la enfermedad del buzo.

—¿Cuál es su nombre?

—Christine Rogers —dijo Jimmy.

—De acuerdo —dijo Francis.

Decidió que por el momento había que tratar este caso como cualquier otro caso nuevo, sin precipitarse a ninguna conclusión. *Tabula rasa*. Solo sé que no sé nada.

Miró al nuevo de reajo.

—¿Has tenido algún caso que haya tenido repercusión en los medios?

—¿Por qué? —preguntó Rashid—. ¿Crees que esto va dar más juego que si hubiese ocurrido en las Edenwald houses³⁹ del Bronx?

—¿Noto cierto sarcasmo en tu tono?

Rashid le sonrió con suficiencia.

Sí, lo sabes bien, hermano. Da igual lo que digas, sí importa. Una chica negra probablemente no tendría al alcalde y al inspector de policía dando conferencias de prensa sobre su asesinato. Una chica negra no encabezaría los informativos locales de esa noche ni coparía los titulares de los tres tabloides mañana por la mañana. Una chica negra no tendría a seis detectives peleándose por su caso, en el que por una vez la víctima era una persona que podría haber vivido en su barrio, haber sido compañera de sus hijos en el colegio, haber ido incluso a su parroquia.

—Lo ascendieron a detective en enero —dijo Jimmy de manera significativa, mientras se escabullía de la conversación y entraba en el dormitorio.

³⁹ N. de la T.: Epicentro del tráfico de drogas en el Bronx.

—¿Y qué hacías antes?

—Estupefacientes. La brigada del norte de Brooklyn. —Rashid formó filas—. Hicimos muchas redadas. Algunos de nuestros casos salieron en los periódicos. Nos ocupamos de la banda Sangre Dinero Sexo, de Brownsville. Titular en las *Noticias de las cinco* con Sue Simmons, primera página en el *Daily News* del día siguiente. Así que, sí. Sé cómo tratar con los medios.

—Vale. Solo quiero asegurarme de que estamos en el mismo bando en lo que a filtraciones se refiere.

—No voy a hablar con nadie.

—Bien. —Francis miró de nuevo las manos de la chica. Llevaba las uñas cortas y sin pintar.

—¿Quieres ponerle unas bolsas?

—¿Cómo?

—He dicho que si quieres ponerle unas bolsas en las manos. Intercambio y traspaso. Puede tener sangre o restos de piel del autor del crimen bajo las uñas.

Rashid sacó un par de bolsas con cierre zip de su bolsillo.

—De plástico no, hombre. —Francis frunció el ceño—. De papel. Usa las bolsas de papel de estraza.

Rashid lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué tienes que hablarme así?

—¿Así cómo?

—Como si estuviera metiendo tu compra en las bolsas.

Francis alzó la vista y sus ojos descubrieron una grieta de tensión en el techo.

—Escucha —dijo—. No quise ofenderte. Pero tienes que dejar a la piel respirar. De lo contrario, las pruebas pueden degradarse.

—Lo sé. No tienes que soltarme un sermón.

—Discúlpame, pero solo porque tengas las pelotas del tamaño de un pomelo y seas capaz de entrar en una casa llena de traficantes armados hasta los dientes con Tec 9 y con joyas de oro por valor de cinco mil dólares no significa que sepas todo lo que hay que saber acerca de cómo llevar una investigación de un homicidio. ¿De acuerdo?

Rashid cruzó sus brazos como un rapero posando para la portada de una revista; a la defensiva e inaccesible.

—O sea, que me toca hacer de puta.

—¡Oh, por el amor de Dios...!

Francis suspiró y miró a la chica. La bañera parecía más grande con ella dentro. Ahora que estaba enfocando la vista, podía ver que sin duda había restos de sangre pegajosa en sus uñas y lo que parecía un cabello rojizo entre

dos dedos que probablemente le habría arrancado a su agresor. Así que, después de todo, se había defendido. *Bien*, pensó. *Ahora sí te tengo. Sé de dónde vienes.*

—¿Qué más queréis que haga? —dijo Rashid mientras jugueteaba con su cámara.

—Simplemente que sigas los pasos habituales. Comprueba los sumideros y los desagües de aquí y de la cocina para ver si hay sangre y cabello. Jimmy meterá la escobilla en el fregadero para ver qué podemos encontrar en las cerdas. Coge la cinta del contestador y llama a la unidad de asistencia técnica para que te ayude con el registro de llamadas. Averigua si tiene teléfono móvil. Lee sus correos electrónicos. Después mete esta dirección en el sistema para ver si hay alguien en libertad condicional en el edificio o quejas de cualquiera de los vecinos.

—¿Quieres que te recoja algo de la tintorería?

—¿Qué has dicho?

—Nada. Me preguntaba qué ibas a hacer mientras yo te hacía de sirvienta.

—Voy a llamar al jefe del departamento para que no empiece a marearnos y a pedirnos novedades cada cinco minutos, y después voy a ver si hay algún vídeo de la cámara de seguridad que vi en el ascensor.

—No hay. —Rashid negó con la cabeza—. Está vacía. Una cámara placebo. Ya lo había mirado. Habría sido demasiado fácil.

—Vaya, vaya, amigo Rashid: uno a cero.

Rashid se succionó los carrillos y levantó la cámara una vez más. No estaba dispuesto a aflojar la tensión tan fácilmente.

—Como tú digas, tío.

—De acuerdo, acabemos aquí y dejemos que los de la policía científica recojan las pruebas pertinentes para ver si ha sido violada. —Francis cogió su libreta para dibujar la disposición del baño—. Recordad, mantened los ojos muy abiertos. Nada es irrelevante. Todo el mundo ha podido hacer algo.

—Eh, Francis —lo llamó Jimmy desde la otra habitación—. ¿Quieres que te sorprenda?

Francis siguió el sonido de la voz de Jimmy, un pie tras otro. El breve recorrido que separaba las dos habitaciones era un campo de minas potencial.

—¿Qué ocurre?

Mantuvo la mirada firme. El no haber visto nada más entrar a Jimmy le había producido una opresión en el pecho. ¿Tan mal estaba ya? Sus ojos se fueron habituando poco a poco hasta que vio a Jimmy al otro lado de la habitación con un montón de papeles en las manos.

—Estaba echando un vistazo por aquí y veo que tiene una mesilla de noche con un cajón y pienso, ¡qué coño! —Jimmy se encogió de hombros—. Quizá tenga un diario o una agenda con nombres que nos puedan ser útiles.

—Una verdad como un templo —dijo Francis.

—Así que estoy rebuscando en el cajón y veo que tiene un montón de recortes de periódicos debajo de otros papelotes. Y pienso, qué raro. Para una mujer, me refiero. Yo dejo un periódico en el suelo del baño y a mi mujer solo le falta llamar a la poli...

—Jimmy, ¿me lo puedes acabar de explicar antes de que termine el año fiscal?

—Entonces lo miro más detenidamente y, ¿qué es lo que veo?

Levantó uno de los recortes y Francis dio un paso atrás. No confiaba demasiado en sus ojos.

—¿Me estás tomando el pelo, Ryan?

—Un *déjà vu*. ¿Estoy en lo cierto, Francis?

—¿De qué se trata? —Rashid siguió la pista hasta la habitación.

—La chica guardaba las noticias de los periódicos sobre ese chico que Francis enchironó en el 83. Acaba de salir porque han anulado su condena.

—¿Por qué lo encerraste? —preguntó Rashid.

Francis miró el titular de la quinta página del *Post* que Jimmy estaba balanceando delante de su cara.

—Mató a una doctora.

Sintió frío, como si le faltara de repente la parte superior de su cráneo.

¿Qué decían que era un *déjà vu*? Tan solo un fallo en la mente; un error en la secuencia; una desviación de la información en el almacenamiento de la memoria de corto a largo plazo, de forma que parecía como si algo ya hubiera ocurrido. Buscó en el bolsillo un boli para tomar algunas notas y al hacerlo se dio cuenta de que ya tenía uno en la mano.

—¿Estás bien, Francis? —Jimmy lo observó—. Pareces un poco paliducho.

—Estoy bien. —Hizo un *clic* con el boli—. Pero, Jimmy, hazme un favor.

—¿Cuál?

—La próxima vez que me preguntes que si quiero que me sorprendas, espera a que diga que sí. ¿Vale?

Eileen estaba intentando vestir a las niñas con un jersey y un pantalón de pana a juego para ir al colegio cuando Tom entró en la habitación.

—¿Qué ocurre?—Dejó su café en la mesa con el cansancio de un hombre que había esperado hasta los cuarenta y seis años para darle un nieto a su madre—. Ya les había dejado la ropa preparada.

—Quieren esto. Dicen que quieren ir vestidas igual hoy.

—*Oops, I did it again!*—Las niñas empezaron a saltar en sus camas mientras cantaban.

—¿Desde cuándo?

—Son etapas por las que pasan —dijo Eileen mientras intentaba que Stacy se estuviera quieta para peinarla—. Tu hermana era igual a esa edad. Siempre quería llevar la misma ropa que yo.

—Me alegra que pienses así, de todas formas —farfulló—. ¿Qué te ha pasado en el labio?

—Me golpeé con el espejo del baño. —Eileen se tocó la marca que le había quedado bajo la nariz—. Nunca te hagas viejo. No hay futuro en ello.

Todavía estaba mirándole el golpe cuando Stacey se tiró a su regazo y lo abrazó. Por supuesto, su hermana tenía que imitarla en el acto y competir por ver quién estaba más tiempo en su regazo. Rodeado por mujeres con necesidades. Su hijo ha tenido suerte. Es mucho más fácil para los padres, las hijas nunca aprecian a sus madres de la misma forma. Siempre hay una distancia, se cuece algún resentimiento, celos que hierven a fuego lento. Recordaba cómo le habían empezado a salir sarpullidos cuando estaba embarazada de Allison y su madre, que nunca había tenido mucho tacto, le anunció que iba a ser niña. «Las hijas siempre roban la belleza de sus madres.»

—¿Cuándo has subido?—le preguntó echando un vistazo al reloj de *La sirenita*—. No te he oído subir mientras estaba abajo en la cocina preparando el café.

—Ya estaba aquí. Stacy ha estado llamándonos por la noche. No sé cómo sois capaces de dormir.

—¿La oíste desde la planta de abajo?

—No podía dormir. Otro efecto encantador de la nueva combinación de medicamentos que estoy tomando.

Estaba asustándolo de nuevo. Podía verlo por la forma en que estaba ignorando a las niñas y se centraba en abrocharse los puños de la camisa.

—Quizá prefieras reducir un poco la dosis —dijo—. A veces hay que ir ajustándola hasta encontrar la adecuada.

—No me importa estar un poco más despierta.

Se tocó la ceja un poco desconcertado. No había duda. *Mamá volvía a las andadas. Habría que vigilarla más de cerca. Las cosas se nos están yendo de las manos. Que la loca no salga del sótano.*

—¿Dónde está Jen? —miró a su alrededor—. Pensaba que se iba a levantar pronto.

—Mi mujer está indispuesta. Vuelve a encontrarse mal.

Parecía aceptarlo con una estoica sonrisa a medias. Pobre Tom. Después de todo lo que le había ocurrido en su vida, probablemente pensó que iba a casarse con una mujer fuerte y fiel del centro-oeste que llevaría la casa sin ninguna dificultad, y no con otra mujer complicada con una instalación defectuosa.

—Tengo que acabar de vestirme. —Tiró de la parte fina de la corbata—. Tengo que llevar a las niñas al colegio antes de conducir hasta Morristown. Deja que se pongan lo que quieran.

Cuando las puertas automáticas se abrieron y Julián entró en Med Foods, sintió un frío murmullo de aprensión. Casi esperaba que Lydia, la guapa cajera que siempre lo sonreía, con aquellos aros del tamaño de una esposa que parpadeaban con la luz fluorescente de la tienda, lo señalara de repente con una de sus largas uñas plateadas horrorizada y comenzase a gritar: «¡asesino, asesino!».

Sin embargo, lo saludó con la mano y siguió ayudando a una mujer cargada de bolsas a contar su cambio, centavo a centavo.

Se dirigió al reloj de control de asistencia y fichó. Al lado de la tablilla del sujetapapeles, donde se apuntaban los accidentes laborales del departamento de personal, estaba el calendario que había estado mirando cada día desde que el encargado de la tienda lo contratara a tiempo parcial. Su vida era ahora toda números. Dieciséis días desde su última citación en el tribunal. Otros dieciséis hasta la próxima. Diez días desde que rellenó la solicitud aquí, poniendo un «no» en el espacio donde preguntaba si había sido condenado por un delito grave. No mentía, se había dicho a sí mismo. Su condena había sido anulada. Veinticuatro días más para entrar oficialmente en el sindicato. Así sería más difícil que lo despidieran.

Cada hora era una lucha. Sí, aquellos eran placeres efímeros. Se podía respirar en el aire el cambio de temporada; la yema del sol mermaba; los cuellos de los jerséis subían; los dobladillos de las faldas bajaban; las canciones del verano se amortiguaban tras las ventanillas cerradas de los coches; los perros pequeños salían con petos a la calles; tiras misteriosas y brillantes de cintas de casete pendían de las ramas de los árboles como espumillón de Navidad. Pero cada una de esas cosas eran señales mal leídas; fatales malentendidos; momentos de ira que salían a borbotones y consecuencias no intencionadas; profundos agujeros negros que amenazaban con tragárselo. Estar fuera no era ni mucho

menos como se había imaginado. Las hormigas no dejaban de trepar por su piel. Se tocó la nuca. Todavía sentía la marca que le dejó el cierre de la medalla cuando se la arrancaron.

—Eh, Juls, tengo que hablar contigo. Ahora mismo.

Se estremeció y se dio la vuelta. Ángel, el encargado de la tienda, lo miraba desde una cabina elevada, donde pasaba la mayor parte del día supervisando los diez pasillos de su reino al por menor, además de los productos alimentarios y la charcutería.

—¿Qué pasa? —Julian se preparó.

—Vamos a dar un paseo amigo. —Ángel bajó los peldaños—. Nadie tiene por qué oírnos hablar de esto.

Cogió el brazo de Julian y lo empujó hacia a un rincón tranquilo cerca de las escaleras que llevaban al sótano. Julian sintió el peso de su nueva navaja Leatherman que llevaba en el bolsillo, esperando que esta no fuera la patada en el trasero que se olía. Deseaba desesperadamente ganarse el respeto de ese meticuloso y maniático hombre que tanto le recordaba a su padre, con su camisa blanca ajustada y su corbata. Cuán culpable se había sentido tras su primera entrevista en la que le había dado la lata con que sus familias eran de ciudades vecinas de San Juan, pero no le había mencionado que acababa de salir de prisión.

Desde entonces, había estado esperando que llegara el momento de contárselo. ¡Claro que debería haber tomado él la iniciativa sabiendo como sabía que su nombre podría saltar de nuevo a los periódicos en cualquier momento! Todos los días se decía que iba a ir al despacho de Ángel a la hora del cierre y se lo confesaría, pero cada noche le surgía otra razón para posponerlo. No era culpa suya, se decía a sí mismo. Era responsabilidad de Ángel. Ángel tendría que haber sabido quién era él por la prensa. Tendría que haber cotejado las referencias con más cuidado.

—¿He hecho algo mal? —Frotaba nerviosamente con el pulgar la parte lisa de la funda de la navaja.

—¿*Qué mosca te ha picado?* ¿Acaso alguien ha dicho algo así?

—No, es que...

No podía quedarse quieto por los nervios. Era incapaz de juntar las rodillas, mirarlo a la cara o relajar sus hombros.

—Parece que vas a abrir el mostrador de la charcutería a partir de la semana que viene. —Ángel bajó el tono de su voz hasta convertirse en un murmullo conspiratorio—. ¿Todavía estás interesado en las horas extra?

—¡Oh! —Sacó la mano del bolsillo—. ¿Y Charlie?

—Lo pillé durmiendo en el almacén cuando se suponía que debía estar limpiando la máquina de cortar fiambre—. Creo que iba fumado.

—No estoy preparado para sustituirlo. Mejor sigo aquí.

—No, no me digas eso. —Le dio una palmadita a Julián en el hombro—. Te tengo echado el ojo, hombre. Veo que estás esperando en la puerta cuando yo llego cada mañana para abrir el supermercado. Veo que dejas los pasillos libres tal como te dije. Sigue haciéndolo así...

La voz de Ángel fue disminuyendo y Julian se dio cuenta de que el encargado estaba mirando la navaja, que se había sacado del bolsillo sin darse cuenta.

—¿Por qué llevas eso, hermano?

—Iba a bajar, a empezar a abrir algunas de las cajas.

—Ahí está. ¿Ves lo que te decía? No te entretengo más. —Ángel sonrió de oreja a oreja—. Eres un fiero, amigo. Ojalá tuviera cien como tú.

—¿Por qué tuvieron que hacerle eso? Era tan buena.

La enfermera del Monte Sinaí, una chica llamada Tracy Mercado con piel aceitunada, una sonrisa que parecía una salsera y trencitas teñidas de rubio, estaba llorando. Lágrimas gruesas y tibias iban dejando un surco bastante notable en su maquillaje, pues se habían estado acumulando un buen rato en los rabillos de sus ojos. Francis le lanzó a Rashid una mirada de cautela para advertirle de que no se acercara mucho a ella ni le diera falsos consuelos. Cuando el dolor se descorcha necesita poder respirar.

—Tracy, necesitamos preguntarle un par de cosas —dijo Francis tras esperar el tiempo que estimó adecuado—. ¿Cuándo fue la última vez que habló con Christine?

—No lo sé. —Casi se ahoga al intentar contener un sollozo—. Creo que anteayer. Llevaba tres días seguidos haciendo turnos de doce horas. Le advertí seriamente de que si seguía así iba a incumplir las leyes Libby Zion⁴⁰. Lo único que iba a hacer era ir a casa y dormir.

Francis sacudió sutilmente la cabeza. No iba a serles de ninguna ayuda para establecer la hora de la muerte.

—¿Le mencionó si esperaba alguna visita? ¿Su novio o similar?

—No, no estaba con nadie que yo sepa. —La enfermera se pasó un nudillo por el rabillo del ojo.

—¿Está segura?

—¿Que si estoy segura? Sí, lo estoy. Era su mejor amiga, joder.

⁴⁰ N. de la T.: Libby Lion era hija de un prestigioso periodista del *New York Times* que falleció en la década de los ochenta tras ingresar de urgencias en un hospital. Su muerte se achacó a la falta de sueño y al cansancio de los residentes que la atendieron. Tras este caso, se aprobaron en Nueva York y otros estados leyes que limitan el número de horas que pueden trabajar los residentes.

Sunset Park. Francis situó su acento. Era de su zona. Se la imaginó levantándose pronto para coger el tren N mientras el resto de la gente de la casa seguía durmiendo.

—Me ha sorprendido que dijera que era su mejor amiga. —Rashid ladeó la cabeza a un lado—. Pensaba que los médicos y el personal de enfermería no solían relacionarse en un hospital como este.

—A Christine no la habían educado así. —Tracy se sorbió las lágrimas—. Era de East Armpit, Winsconsin, pero parecía como si llevara aquí toda la vida. ¿Sabe a lo que me refiero? Le gustaba estar con el personal del hospital, veía los catálogos de los grandes almacenes Kohl en la sala de descanso y se echaba unas risas viendo *The Ricki Lake Show* junto con todos los demás.

—¿Ha tenido algún problema con alguien de aquí? —preguntó Francis—. ¿Seguridad del hospital, personal sanitario, pacientes?

—Bueno, ella era de la que decía las cosas a la cara. No tenía ningún problema en decirte que eras un mentiroso de mierda, perdone mi lenguaje. Compañías aseguradoras, administradores del hospital, cardiólogos. Echaba la bronca al personal más antiguo por no hacer suficientes pruebas. ¿Y la gente con hijos enfermos de sida? Ni le cuento. Que empezaban a faltar a las citas para recoger su medicación, ella no les dejaba en paz ni a sol ni a sombra. Los acribillaba a preguntas, los llamaba día y noche, los gritaba por teléfono, «¿Pero qué os pasa? ¿No sabéis lo que va a ocurrir?». La he visto ponerse el abrigo tras terminar su turno e ir directamente al apartamento de alguien en las Schomburg Houses. La campeona de patinaje artístico. Llamaba a sus puertas y se traía al niño al hospital para asegurarse de que tomaba los inhibidores de proteasa.

—¿Alguna consecuencia que lamentar de todo esto?

—No. Los padres sabían que tenía razón.

Le lanzó una mirada a Rashid. Necesitarían la ayuda de otros detectives para conseguir los registros y documentación de urgencias. Iba a llevarles días rebuscar por todos los archivos para hacerse con el nombre de cualquier padre que le hubiera hecho pasarlo mal.

—Tracy, hay otra cosa que tenemos que preguntarle. —Francis bajó la voz—. Y dependemos de su discreción porque si alguno de estos detalles salen a la luz en los medios, la investigación podría verse gravemente perjudicada.

—De acuerdo. Ustedes dirán. —Tracy se puso derecha. Sus ojos iban de Francis a Rashid y viceversa—. Disparen.

—Encontramos algunos recortes en el cajón del tocador de Christine sobre un caso antiguo...

Tracy asintió antes de que Francis terminara la frase.
—Sí, sí. Aquella chica que era doctora en el Bellevue, veinte años atrás.
—Un momento. ¿Ya lo sabías? —preguntó Rashid.
—¿Que si lo sabía? —Tracy se puso las manos en las caderas—. Christine no paraba de hablar de ello. Estaba obsesionada con esa mierda.

—Estamos hablando de Allison Wallis, ¿no? —preguntó Francis para asegurarse de que no estaba influyendo en sus afirmaciones.

—Sí, Allison. O como quiera que se llame. La chica sobre la que sacaron esos artículos hace un par de semanas. Con el tipo que acaba de salir de prisión y que dice que él no lo hizo.

Francis intentó mirar de reojo a Rashid, pero estaba fuera de su campo visual.

—¿Con qué estaba obsesionada? —Comenzó a tomar notas para quedarse con sus palabras exactas.

Ya se podía imaginar a Debbie A. criticándolo duramente por haber tomado tan pronto ese camino. «¿Llegó a considerar alguna otra posibilidad, detective?»

—Bueno, cuando salió el artículo en el periódico no hablábamos de otra cosa. Nos lo pasábamos los unos a los otros —dijo Tracy—. Ya sabe, era una chica de nuestra edad, trabajaba en urgencias con los niños. Incluso aunque aquello ocurriera hace veinte años, no podías evitar pensar, *Dios mío*, podría haber sido yo. Pero Christine fue más allá.

—¿A qué se refiere? —preguntó Francis.

—Habla a todas horas del tema. La vi recortando aquel artículo del periódico, ese acerca de si iban a dejar libre al tipo o si lo iban a juzgar de nuevo. Ella estaba todo el rato: «Joder, ¿y si no tuvo nada que ver con eso? ¿Y si ha estado veinte años en prisión y era inocente como aquel tipo?».

Francis escuchó un diminuto *pop* dentro de su tímpano cuando se giró hacia Rashid. El nuevo seguía detalle a detalle el transcurso de la conversación.

—¿Tiene alguna idea de por qué estaba tan interesada? —preguntó Francis con serenidad.

—No. Yo le pregunté: «¿Qué pasa amiga? ¿Estás saliendo con ese tipo o qué?».

—¿Lo estaba? —preguntó Rashid, anticipándose a la pregunta de Francis.

—No. —Empezó a borrar aquella idea de su mente y luego se contuvo.

—¿Qué ocurre? —dijo Francis.

—Nada. Estamos en las urgencias de una ciudad grande. La gente entra y sale constantemente. Es una locura. Atraviesan a rastras la frontera desde México o aterrizan en un avión desde África, con enfermedades de las que nunca antes habías oído hablar. Los ojos se vuelven verdes, les salen gusanos del culo. Algunos días esto parece *El exorcista*. Y luego están los tipos del centro de desintoxicación que hay a la vuelta de la esquina, que intentan entrar para robar drogas...

—¿Y?

—Pues que Christine era blanco fácil para los tipos del vecindario. Yo le decía: «Ya basta, Christine. Les estás dando pie a esos delincuentes para que vayan tras de ti».

—¿Le ocurrió alguna vez algo? —preguntó Rashid.

—No..., excepto el otro día. Me pidió que fuese con ella andando hasta su casa. Y no dejaba de mirar para atrás como si alguien la estuviera siguiendo.

—¿Dijo quién podía ser? —preguntó Francis. No quería lanzarse a conclusiones injustificadas.

—No, pero esto es Nueva York. Hay un montón de gente rara suelta por ahí.

A la mañana siguiente, el circo de los medios se había ido con la fiesta a otra parte, así que Eileen decidió que podía ir de nuevo al East Side.

Había una gran bolsa de basura negra sobre el cubo de basura abollado que había fuera del edificio de Christine. La cinta amarilla de la policía científica sobresalía por la parte superior. Había tazas de café dentro, probablemente de los periodistas y los cámaras que habían estado allí ayer.

Alguien había colocado un pequeño santuario en su memoria. Velas rojas derramaban lágrimas de cera por la verja negra que se había colocado para que los perros no entraran. Montones de narcisos, claveles y rosas yacían en la acera envueltos en el papel celofán del supermercado coreano que había al principio de la manzana con los precios todavía puestos. Había una polaroid desenfocada de Christine, del lado izquierdo. No era su mejor perfil, pensó Eileen. Se le veían demasiado los dientes y el chicle. Sonreía mientras sostenía a uno de sus pacientes, una niña negra con las mejillas sonrosadas, una enorme vía en el dorso de la mano y brillantes destellos rojizos en sus ojos.

«Para la Doctora C.», decía un garabato de niño en una tarjeta que estaba al lado—. «Sé que ahora estás con los *ánghles*. Pronto nos veremos. Adelina.»

Eileen miró a su alrededor y vio al menos dos docenas de fotos y cartas similares, quizá más de las que le pusieron a Allison. Parecía haber la misma cantidad de flores, pero de nuevo tampoco podías saberlo con certeza: había ido tarde y siempre había un par de canallas en el barrio que aprovechaban la mínima oportunidad para robarlas.

De todas formas, la mayoría de los dolientes lo olvidarían pronto. Volverían a sus pequeños dramas y crisis, a sus planes de dieta y décimos de lotería, a sus románticas falsas ilusiones y a sus vicios secretos. Hasta que

al final solo sería el luto de una madre por su hija. La gente dirá que la comprende, hará los gestos y dirá las palabras apropiadas en el funeral, puede que hasta se pase por casa unas cuantas veces y la escuche. Pero después sus ojos se irán adaptando. Las cálidas sonrisas desaparecerán demasiado rápido, la palmadita en la mano será demasiado apremiante, por no hablar de las miradas al reloj. Y, finalmente, la pregunta no formulada que está siempre en el aire: ¿todavía no has pasado página? No porque la gente fuese impaciente o cruel, sino porque les da miedo acercarse demasiado. No quieren que les pase lo mismo que a ti.

Sacó un pañuelo de su bolso y se secó los ojos, escondidos tras las gafas de sol. No dejes que lo sepan. No lo entenderían. No es de su incumbencia.

Pero entonces miró a Christine y a la niña con los ojos rojos mientras los pájaros cantaban en los árboles y se vino abajo. Los niños que pasaban a su lado camino de la escuela tiraban de las mangas de sus padres y les preguntaban: «¿Qué le pasa a esa señora?». Cogió aire. Esto no tenía que haber pasado de nuevo. La historia no puede repetirse. Esa horrible sensación no puede sufrirse dos veces en la vida. Era demasiado como para poder asimilarlo. No estaba hecha para superar esto. Ahora no estaba segura de si lo merecía.

Se dio cuenta de que la estaban observando. Un par de ojos le taladraban la columna. Se giró y enjugó sus lágrimas justo en el preciso instante en que pasaba un taxi amarillo con una chica pelirroja que la miraba desde la ventanilla.

Con la pérdida de la visión periférica, Francis estaba aprendiendo a deducir las cosas de forma indirecta. Así que cuando se dirigió al Distrito policial 19 supo antes de verlos que la familia de la víctima había llegado. Los otros detectives de la brigada se movían con demasiado brío para esas horas de la mañana, hablaban con demasiada cortesía por teléfono y estaban demasiado maniáticos con el papeleo.

Finalmente distinguió dos personas blancas, mayores, con aspecto de estar asustadas, sentadas al lado del escritorio de Rashid.

—Detective Loughlin, estos son el señor y la señora Rogers —anunció Rashid con una deliberada formalidad—. Acaban de llegar directamente desde La Guardia.

—Lamento su pérdida —asintió Francis, sorprendido al reconocerlos como la pareja septuagenaria de las fotos de golf que tenía Christine—. Yo también tengo una hija.

El hombre, desgarrado y con camisa de franela y gafas con cristales gruesos, se levantó del asiento como si estuviera saludando a un familiar que no veía desde hacía mucho tiempo.

—Roy Rogers. También fui policía. Treinta y tres años. Patrulla de carretera de Wisconsin.

Un apretón de manos fraternal y un nombre de vaquero famoso. Como si Francis necesitara más incentivos para tomarse en serio este caso. Había estado hasta la una de la mañana de aquí para allá, dirigiendo el equipo operativo de la oficina del distrito norte, coordinándose con los otros seis detectives que había hasta el momento en el caso, hablando por teléfono, cotejando datos con el forense, estudiando la agenda y el disco duro de Christine, entrevistando a cuantos compañeros de trabajo y pacientes había podido reunir e intentando ignorar las llamadas de los distintos

superiores cada hora para que les informasen de las novedades y hacérselas llegar así al jefe. Cuando llegó a casa, estaba tan inmerso en el caso que no pudo dormir y desquició a Patty (incluso a él) de las vueltas que dio en la cama. Y, cómo no, la llamada a las seis de la mañana de su viejo amigo Jerry Cronin, actual jefe de los detectives de Manhattan, para decirle que el homicidio había copado las primeras planas de los tabloides, que desde arriba había llegado la orden de que el ayuntamiento supervisaría paso a paso los progresos en la investigación y que el alcalde había sufragado personalmente los billetes de avión y el hotel para los padres.

—Me imagino que no esperaba que fuésemos tan mayores. —El padre volvió a tomar asiento y le lanzó a Rashid una mirada de preocupación, lo que le dijo a Francis que esos tres no habían tenido una grata y afectiva experiencia antes de que él llegara.

—Ni lo había pensado.

Francis vio a la madre, que estaba fumando como un carretero en la ventana. Tenía el rostro alargado y ojeroso de una mujer que llevaba toda la vida esperando una desilusión. Sin necesidad de mirar supo que la carpeta de color manila que estaba sobre su regazo estaría llena de cosas que se había pasado todo la noche recopilando: dibujos de la guardería, las notas de cuarto, certificados nacionales de menciones especiales, instantáneas de su graduación en el instituto, cartas desde la universidad, menciones cívicas, copias de su título de medicina, tarjetas enviadas en vacaciones... En resumen, todo lo que diera fe de que se trataba de alguien que importaba, de que el mal estaba hecho, de que había quedado un agujero en el universo.

Francis estaba conmovido, siempre lo estaba con los padres cuyos hijos habían muerto, pero también se dio cuenta de que la señora Rogers no se parecía en nada a su hija.

—Christine fue nuestro bebé milagro —dijo el padre en alto, como si se hubiese dado cuenta de su confusión—. Rezamos por ella. Llevábamos años intentándolo, antes de que existieran todos esos fármacos y tratamientos contra la infertilidad. Ya habíamos perdido la esperanza y entonces Dios nos bendijo y permitió que la agencia de adopción hiciera la vista gorda cuando ya habíamos pasado de los cuarenta.

—Nuestros amigos nos llamaban Abraham y Sara. —La mujer usó lo que le quedaba del cigarrillo para encenderse otro—. Y ahora ya no tenemos nada.

Su marido la cogió del brazo y se aferró a él como si algo lo hubiera atravesado.

—¿No tienen más hijos? —dijo Francis mientras miraba a Rashid para asegurarse de que estaba tomando notas.

—No, no hay nadie más. —La mujer apagó el cigarrillo en el alféizar de la ventana—. Dos sobrinas en California que apenas nos conocen. Y ya está. Cuando nos vayamos, no quedará nada nuestro aquí.

—Es muy, muy duro —Roy Rogers sacudió la cabeza—. Esta mañana en el avión me he girado a Ruthie y le he dicho: «Cielo, espero que cuando empecemos a ir cuesta abajo el final sea rápido, porque no habrá nadie que nos ayude a cruzar por entre los coches».

Francis agitó la mano para que no le diera el humo que volvía a entrar en la habitación y se sintió un poco apesadumbrado ante la perspectiva de tener que cruzar por entre los coches con su enfermedad.

—Escuchen, sé lo duro que es esto...

—Pero necesita actuar rápido —asintió el padre un tanto enérgico de más, como en un intento por aferrarse a la ilusión de la profesionalidad masculina—. Por supuesto.

—Le suplicamos que no se viniera aquí —interrumpió la madre—. Pero tenía que ir buscándose problemas.

—No entiendo muy bien qué es lo que quiere decir —dijo Francis.

—Era una chica a la que le encantaba implicarse —explicó Roy Rogers—. Siempre fue así. Cuando era pequeña le encantaba montar en mi coche patrulla y hacer sonar la sirena.

Le enseñó a Francis una foto de Christine con cerca de ocho años. Llevaba un sombrero de agente estatal que le quedaba a la altura de los ojos y luchaba por llegar al volante.

—Tú la animaste —dijo Ruth bruscamente—. Era una chica que podía haber hecho cualquier cosa. Llegó a la final del campeonato estatal de patinaje artístico, por Dios santo. Consiguió una beca completa para la universidad de Wisconsin. Podía haberse especializado en medicina deportiva o haber sido pediatra en Green Bay. Pero no, tuviste que animarla a que viniera a buscar cosas que tenían que haberse quedado como estaban.

—Sigo sin seguirles. —Francis miró al marido y a la mujer.

—Mi mujer cree que la animé a venir a buscar a su madre biológica —Roy miró con tristeza el titular del *Daily News* que estaba en el escritorio de al lado—. Pero ella siempre quiso trabajar en las urgencias de una ciudad grande. Decía: «Papá, cada semana es como estar en medio de un programa de televisión».

—Espere un segundo. —Francis levantó la mano—. Repítanme esto de nuevo. ¿Vino a Nueva York porque estaba buscando a su madre biológica?

—No, no fue así —Roy le frunció el ceño a su mujer—. Fue algo en lo que empezó a interesarse una vez llegó aquí. Ella era así. Cuando se le metía algo en la cabeza, no cejaba hasta lograrlo.

Francis dibujó mentalmente cómo se iba secando la sangre que estaba bajo las uñas de la chica.

—Por curiosidad, ¿quién era su madre?

—Creo que pudo haber sido una estudiante o profesora, algo así. —Roy miró a su mujer vacilante—. Realizamos los trámites de adopción a través de una agencia de Milwaukee que ya no existe. No es como ahora, que puedes conocer dónde obtuvo la madre biológica su licenciatura antes de decidir seguir adelante. Nos dijeron que su nombre era Phelps, pero, ¿quién sabe? Christy intentó hacer averiguaciones cuando llegó aquí, pero no sé lo lejos que llegó.

—Me gustaría ver documentos o cartas que aún conservéis de la agencia de adopción. —Francis se rascó la parte trasera de la oreja.

—No estoy muy seguro de lo que tenemos —dijo el padre—. De todas formas, ¿por qué lo necesita?

—Nunca se sabe qué va a resultar importante.

—Nosotros fuimos los únicos padres que conoció. —La madre se aferró a los recuerdos que tenía sobre su regazo, como si alguien estuviera intentando quitárselos.

—Lo sé, señora. —Francis asintió con un gesto de deferencia—. Nadie está diciendo lo contrario. Pero creo que todos estamos aquí para lo mismo. Tenemos que buscar desde todas las perspectivas y los puntos de vista posibles. Vamos a necesitar todas las cartas o correos electrónicos que recibieran de Christine los últimos meses. Los nombres y teléfonos de cualquier amigo suyo que conozcan...

—Lo que necesiten —dijo el padre.

—¿Les habló Christine alguna vez de alguien llamado Julian Vega?

—No —dijo la madre bruscamente—. ¿De quién demonios se trata?

—Algunos de sus compañeros de trabajo dijeron que llevaba un tiempo hablando de él sin parar. Y descubrimos que había estado recopilando artículos de periódico sobre él. —Francis miró al padre, siguiéndole la corriente—. Obviamente no queremos que esto se filtre.

—Oh, por supuesto, entiendo —dijo el padre—. ¿Pero quién era ese Julian? No recuerdo haber oído hablar de él.

—Señor, lamento decirle que es un hombre que acaba de salir de prisión por homicidio —dijo Francis.

Las arrugas que la madre tenía alrededor de la boca se hundieron tanto, de repente, que parecía que tuviera la mandíbula de una marioneta.

—¿Pero cómo ha podido ocurrir eso?

—Por desgracia, estos casos no siempre acaban como nos gustaría —dijo Francis.

—Y, ¿qué le hace pensar que Christine lo conocía? —Roy se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—Puede que no lo conociera. Estamos intentando no precipitarnos en las conclusiones.

—Esos balas perdidas de nuevo —murmuró la madre que, ofendida, tiraba las cenizas fuera de la ventana.

—¿Cómo ha dicho? —Rashid levantó una ceja.

Los padres se lanzaron una mirada recriminatoria.

—Tenía un corazón compasivo —dijo Roy—. Cuando trabajaba en una clínica de un barrio urbano de Chicago siempre estaba invitando a niños pobres a su apartamento o visitando a alguna familia en las viviendas de protección oficial. Supongo que no era capaz de mantener la distancia entre el médico y el paciente.

—Más bien era una estúpida. —La madre abrió su boca de marioneta y luego la cerró, cansada de guardarse para sí las opiniones más severas—. Podía haberse quedado en Madison y casarse con ese chico que iba a ser cardiólogo...

Francis hizo un mal movimiento con el cuello y alcanzó a mirar a Rashid durante medio segundo para asegurarse de que habían oído lo mismo. Las cosas empezaban a aclararse. *Acogía a vagabundos. No era capaz de mantener la distancia entre médico y paciente. Un corazón compasivo.* Acababan de establecer con certeza que Julian trabajaba en un supermercado del barrio. ¿Era demasiado suponer que Julian se las hubiese arreglado para conseguir entrar en el apartamento de Christine en una entrega a domicilio o similar y venderle un cuento inútil sobre la trágica historia de su inocencia?

—Señora Rogers, vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos para atrapar al tipo que le hizo esto a su hija —dijo Francis.

—Bien —dijo la madre mientras apagaba el cigarrillo en el alféizar—. ¿Ahora puede decirme qué se supone que voy a hacer con el resto de mi vida?

Aquella mañana Julián estaba esperando en la puerta de entrada del Met Foods cuando Ángel llegó para abrir el local.

—Eres un fiero, compañero. —El encargado lo sonrió con admiración mientras rebuscaba en su bolsillo—. Será mejor que vigile mis espaldas contigo.

—Dijiste que querías que llegara pronto, ¿no?

—*Tanto majo*⁴¹. —Ángel le tiró las llaves—. Hoy levantas el cierre. A este paso, pronto será tu tienda.

Minutos antes de las diez, Francis aparcó al otro lado de la calle del supermercado y dejó en el salpicadero el letrero amarillo que la policía dejaba cuando estaba de servicio. Había decidido no mostrar aún sus cartas, que pareciera como si solo estuviese investigando el caso de Allison. Ni una palabra sobre Christine Rogers. Apagó su móvil y cerró el coche. No quería escuchar a ninguno de sus jefes en ese momento. Hoy en día todo el mundo sabía cómo llevar una investigación, desde el policía de menor rango hasta el ayudante del alcalde encargado de coordinar los cáterin.

Cruzó la calle, mirando con detenimiento a ambos lados. Se dio cuenta de que tardaba una fracción de segundo más en ver a los coches que venían por los lados.

Pisotear o cortar. Ángel no era exigente al respecto, siempre y cuando el cartón ocupara menos. A las cajas que eran de cartón grueso y llevaban mucha cola les tenía que cortar los lados. Pero para las más finas bastaba con saltar sobre ellas, prensarlas con los pies y dar rienda suelta a tus impulsos.

⁴¹ N. de la T.: En castellano en el original.

A Julian siempre le había gustado trabajar en el sótano, estar cerca del cálido esqueleto bombeante del edificio, sentirse como el ingeniero secreto que velaba para que todos los sistemas funcionaran correctamente. Recordaba las largas horas jugando al escondite entre cajas y la sala de la caldera con Néstor, persiguiéndose por entre los oscuros y estrechos pasillos, las pilas y los barriles de basura de su laberinto cuando Néstor no estaba trabajando en la incineradora o en el montacargas.

Terminó de aplanar las cajas y luego las fue poniendo una a una en el triturador, disfrutando de unos minutos de esfuerzo mecánico en un trabajo tan físico. Empujó una palanca y una placa de hierro muy ancha comenzó a bajar y a aplastar los cartones con una serie de gratificantes y pequeñas explosiones. Después solo quedaba un pedazo sólido de color marrón, como si un niño hubiese amasado un trozo de pan integral de centeno en un cubo. Luego se dirigía a la bobina gigante que había en la esquina y desenrollaba cerca de un metro y medio de bramante que se ensartaba a través de la máquina para atar los trozos y así manejarlos más fácilmente.

Francis permaneció en la entrada hasta que sus ojos se habituaron. Las paredes, las estanterías y el suelo de la despensa eran grises, por lo que los objetos emergían de la oscuridad lentamente, como las formas y contornos en una polaroid. Allí estaba Julián, que cortaba trozos de bramante con las tijeras y hacía montones con los cartones aplastados. Poco a poco, Francis comenzó a distinguir cómo se movían los músculos bajo la delicada bata de la tienda cuando Julián tiraba los cartones al suelo como cuerpos a un foso de arena. Sin el traje que había llevado en la vista, tenía más pinta de lo que era, un ex convicto.

—Bueno —dijo Francis—, veo que alguien ha tomado sus cereales Wheaties.

El detective parecía mayor y, por alguna razón, más pequeño mientras permanecía allí de pie, con su tres cuartos de cuero y la bandera americana en la solapa. En sus recuerdos, Loughlin siempre había sido un bloque altísimo de hormigón a punto de caer sobre él. Ahora tan solo era un hombre de mediana edad con una calvicie incipiente que dejaba ver su rosada frente y los feos picos de sus cejas.

—¿Qué le ha pasado a tu mano?

Julián retrocedió un poco al recordar que la última vez que había estado tan cerca de Loughlin fue en el pasillo de prisión.

—Me la pillé con una puerta del metro.

—¿De veras? ¿Con una puerta del metro? Me cuesta imaginármelo. Tienen goma por todas partes.

—Tenía la mano apoyada en la puerta cuando esta se abrió de repente y se me quedó atrapada. La goma estaría desgastada por esa parte.

—Es la primera noticia que tengo de algo así.

Julián contuvo su impulso de esconder la mano detrás de la espalda.

—¿Qué haces aquí, tío? ¿Cómo me has encontrado?

—Estás en libertad bajo fianza, ¿recuerdas? Tu abogada tiene que mantener al tribunal informado de todos tus movimientos por si no te presentaras a la próxima vista.

—Eso es una sarta de gilipolleces.

Loughlin seguía mirando el vendaje como si pudiera ver la sangre extenderse por la gasa.

—Debió de dolerte horrores. ¿Dónde te lo curaron?

—En las urgencias de St. Vincent. ¿Por qué lo preguntas?

—Estaba pensado que podías haber ido al Monte Sinaí o al Metropolitan. Te pillan bastante más cerca, ¿no?

—Me dirigía al centro de la ciudad. —Julián dobló sus dedos intentando no parecer desconcertado—. Escucha, creo que no deberías estar aquí. Si tienes algo que decirme, deberías hacerlo a través de mi abogada. De lo contrario, sería una petición de parte interesada.

—¿Petición de parte interesada? —Loughlin sacó su labio hacia fuera, haciéndose el impresionado. Una forma de poner nerviosa a la gente que empleaba muy a menudo—. Veo que te has cepillado todos los libros de derecho de la biblioteca de la prisión.

—No debes hablar conmigo fuera del tribunal. ¿A qué se debe?

—Bueno, yo te cogí la primera vez. Pero la investigación sigue abierta y yo sigo siendo el detective principal.

—Muy bien. ¿Qué es lo que quieres entonces? —Julian puso firmes los hombros y sacudió los brazos—. ¿Quieres acabar la rencilla que empezamos en la cárcel?

—No. Estoy dispuesto a dejarlo pasar. —Loughlin se metió la mano dentro de la chaqueta y sacó un bastoncillo largo en un envoltorio de plástico transparente—. No puedo seguir lamiéndome las heridas antiguas.

—¿Qué coño es eso?

—Es un bastoncillo para coger muestras de ADN.

—Tío, vete de aquí con esa mierda. —Julián dio un manotazo al aire que había entre ellos—. Podías haber llamado al despacho de mi abogada y habríamos fijado una fecha para ir al laboratorio y darte una muestra.

Loughlin se encogió de hombros.

—Escucha, no sé cómo manipulan las muestras aquí. La gente intenta todo tipo de cosas. He visto a tipos pegarse debajo de la polla con cinta adhesiva una de esas bolsitas con pitorro para usar la orina de otro en los análisis. Pero bajo mi vigilancia me aseguraré de que todo se haga correctamente.

—No pienso hacer una mierda hasta que llames a mi abogada.

—Oye, hermano. Pensaba que querías esas pruebas. ¿De qué tienes miedo?

—No tengo miedo a nada. Tan solo no me fío de ti. Eres el chupapollas que me tendió la trampa en primer lugar. ¿Por qué no pudieron mandar a otro detective?

Se dirigió a una oscura habitación contigua para coger más cajas y se dio cuenta de que Loughlin tropezaba mientras intentaba seguirlo.

—Sigue siendo mi caso —dijo.

—Con todo el tiempo que tienes para joderme, me imagino que no deben de haberte dado ningún caso en el que trabajar.

Durante un instante Loughlin parecía distraído, como si estuviera escuchando a hurtadillas un fragmento de conversación en la otra habitación.

—Deja que te pregunte algo, *Julian*.

—Julián. Llámame por mi nombre.

—De acuerdo, *Juu-lián*. —Un gesto de desprecio se dibujó en sus labios—. El juez te concedió la moción 440 porque tu abogado supuestamente jamás te dijo que tuvieras derecho a testificar en tu caso.

—Sí, era un crío. ¿Cómo iba a saberlo?

—Tengo curiosidad. ¿Qué habrías dicho exactamente si hubieras subido al estrado?

Julian puso una caja en el suelo y la pisó. Sabía que no debía dejar que el poli acelerara su motor de nuevo.

—No voy a entrar en eso contigo. Para eso tengo una abogada.

—Vamos, *amigo*⁴². Tan solo estamos tú y yo charlando, de manera extraoficial.

⁴² N. de la T.: En castellano en el original.

Loughlin casi se tropieza con una bolsa para reciclar llena de botellas de agua Poland Spring vacías. Julián se preguntó si habría estado bebiendo.

—Que te jodan. Ya no soy ningún crío. —Julián pisó otra caja. La bobina de encendido de su cabeza empezaba a estar al rojo vivo—. Esta vez no vas a jugar conmigo.

—¿Quién está jugando? Estoy hablando de cuál habría sido tu declaración jurada pública. Si lo querías decir en el tribunal, ¿por qué tanto secretismo?

—¿Quieres saber qué es lo que habría dicho?

Oyó un pitido en sus oídos que fue en aumento cuando bajó la vista y vio que el cartón no se había plegado bien.

—Sí.

—¿De veras quieres saberlo? —Sacó su navaja y empezó a rasgar los lados.

—No puedo esperar.

—Le habría contado a todo el mundo cómo me engañaste, cabrón.

Esa habitación era más oscura si cabe. Francis intentó adaptarse a la oscuridad y estar atento a cómo la voz de Julián se movía por el lugar y le llegaba desde distintos ángulos.

—¿Todavía sigues con eso? —Movió las cejas. El alegre irlandés que hacía ver como si no hubiera ningún problema.

—Los dos sabemos lo que hiciste.

Francis vio un destello plateado y se dio cuenta de que Julián blandía una hoja.

—¿Y acaso puse yo tus huellas en el arma homicida? —dijo con calma—. ¿Te golpeé para que confesaras que usaste tu llave para entrar y salir de su apartamento cuando ella no estaba?

—Me tuviste todo el día en aquella sala y no dejaste que mi padre me viera. Pedí un puto abogado.

—Así que, ¿esa habría sido tu declaración testimonial? ¿Que yo te tendí una trampa? —Francis sonrió como si un perro le estuviera lamiendo la cara—. Pero hombre, ¿quién crees que le va a resultar más creíble a un jurado de Manhattan? ¿Yo, con mis más de veinticinco años de servicio y media docena de menciones de honor, o tú con tus veinte años en el trullo?

—¿Por qué coño sonríes? ¿Te parece gracioso?

El metal parpadeó a menos de medio metro de los ojos de Francis.

—Creo seriamente que deberías tener más cuidado al mover esa hoja—dijo mientras intentaba seguir sus movimientos a través de la luz grisácea.

—¿Qué? —Julián sostuvo la navaja delante de su cara—. Oh, ¿acaso te da miedo? ¿A esto lo llamas un arma mortífera?

—A mí no me parece una esponja, desde luego.

—¿Eh? —Julián parecía confundido—. Y qué, ¿vas a dispararme porque estoy cortando cajas?

Francis intentó calcular la distancia entre los dos.

—No creo que quieras que te vean amenazando a un agente.

—Sí, claro, como si te estuviera amenazando. —El reflejo de la hoja cegó momentáneamente a Francis.

Tiró de un lado de su chaqueta. Así podría coger su Glock más fácilmente.

—Me estás poniendo un poco nervioso, Julián. No seas absurdo. Sé lo que hiciste en Attica.

—¿Ah sí? ¿Qué coño sabes sobre eso? —Julián, inquieto, hizo un corte rápido en la oscuridad.

—Sé que Fat Raymond perdió un riñón por aquella arma punzante que le clavaste —dijo Francis negándose a que Julián lo intimidara.

—Porque ese *hijo de gran puta*⁴³ no impedía que su novia le echara el humo a la cara de mi padre en la sala de visitas. Y mi padre llevaba una puta bombona de oxígeno por su enfisema.

—¿Cuánto tiempo te pusieron en aislamiento por eso?

—Un mes. No pude acudir al funeral de mi padre.

—Pobre Julián. Siempre la víctima.

—Murió solo, tío. Ni siquiera pude despedirme de él.

—¿Y quién se supone que tuvo la culpa?

—Por lo que a mí respecta, la tuviste tú. —La navaja temblaba en la mano de Julian—. Trata a un hombre como a un animal y acabará convirtiéndose en uno.

—Te estoy diciendo que bajes la navaja, Julián. No te quito el ojo de encima.

—Yo a ti tampoco. —Julián se obligó a cerrar la navaja antes de que hiciera alguna tontería.

—¿Ah sí? ¿Cómo es eso?

⁴³ N. de la T.: En castellano en el original.

—He hecho los deberes. —Julián lo señaló con el dedo. El pitido seguía aumentando en su cabeza—. Lo sé todo sobre ti.

—Seguro. —Loughlin sonrió burlonamente para provocarlo.

—Sé que tuviste que comparecer por cargos disciplinarios en el 81.

—¿Cómo?

—Estaba en el expediente del caso, gilipollas.

—¿De qué estás hablando? —Loughlin entrecerró los ojos.

—El expediente del caso. No solo tenían mis antecedentes, también estaban los tuyos.

—Sí, claro.

—Es cierto. ¿De qué otro modo iba a saberlo? —Una voz dentro de su cabeza le decía a Julian que parara, que aquello no le hacía ningún favor, pero hizo caso omiso de ella—. Mi abogada usó la ley de libertad de información para ver qué más podíamos obtener de tu bonito culo. Ella cree que te expedientaron por falso testimonio.

—Habéis perdido la cabeza. —Loughlin se encogió de hombros—. No estamos hablando de mí.

Pero Julian andaba tras él. Había estado en las mejores universidades del miedo (Elmira, Auburn, Attica, Clinton) y había estudiado con los maestros. Había aprendido el lenguaje y las costumbres, los símbolos y los significados. Podía distinguir entre un simple ladrido y un gruñido peligroso, y en ese momento sabía que tenía a ese hombre asustado.

—Y ella se va a enterar de que te has presentado aquí con un bastoncillo de algodón —dijo mientras el pitido de sus oídos empezaba a ahogar su calmada advertencia—. Eso no está bien, tío. Se trata de una coacción pura y dura.

—¿Eso es lo que piensas? —preguntó Loughlin—. Yo solo veo a un agente hacer su trabajo. Que no quieres darme una muestra de ADN para limpiar tu nombre, de acuerdo. Seguiremos llevándote a juicio.

—¿Quieres mi ADN?

—Para eso he venido.

El ver a aquel hombre allí intentando tirarse un farol y hacer como que no estaba asustado hizo que la bilis se acumulara en la garganta de Julian.

—¿De veras quieres una muestra? —le preguntó, consciente de que estaba empezando a perder los estribos.

—Por supuesto. —Loughlin giró el bastoncillo de algodón—. Cuando quieras...

—Vale, de acuerdo...

No lo hagas, solo te perjudicas a ti mismo. Julian ignoró la voz, succionó sus jugos y dejó volar el más denso y ácido escupitajo de saliva que pudo reunir en toda la cara del detective.

—Ahí la tienes. ¿Te vale con eso?

—Ahora recuerdo por qué te llamábamos «Putá A.». —Francis cruzó la calle para ir hasta donde estaba su coche. Aún se estaba limpiando la cara con un pañuelo mientras hablaba por el móvil.

—¿Y tú qué tal estas, Francis? —La voz de Debbie A. crepitaba por las interferencias—. Qué sorpresa oír tu voz. Fuera del tribunal.

—Tu cliente me ha dicho que estás hurgando en mi expediente. ¿De qué coño va todo esto?

—Necesito más contexto, Francis. Tengo un cliente en el despacho.

—Mi puto juicio departamental en el 81. —Gritó para que le pudiera oír con el tráfico—. Menuda gilipollez, Deb. Te he perdido todo el respecto.

—No me eches la culpa. Aquella carta estaba en la carpeta de la oficina del fiscal del distrito. Resulta obvio que tu amigo Paul Raedo la debió de meter allí en 1983.

—¿Por qué demonios iba a hacer una cosa así?

—Quizá pensó que el abogado de Julian lo descubriría. Probablemente pensara que debía presentárselo con antelación al juez e intentar mitigar las consecuencias que aquello podría tener.

—De ningún modo —insistió—. Tienes alguien dentro que te está ayudando por algún favor que te debe.

—Si quieres engañarte, tú mismo —dijo. El volumen de su voz aumentaba a pesar de que la señal era cada vez más débil—. Pero dime una cosa. ¿Qué hacías hablando con mi cliente? No quiero que te acerques a él...

Apretó el teléfono rojo justo cuando un monovolumen pasó volando por el lado de su punto ciego. El claxon aulló. El reluciente parachoques avanzó rápidamente hacia él.

Al final del turno, Angel llamó a Julian a su oficina y le enseñó la tarjeta que Loughlin le había dejado con las palabras «Equipo operativo de homicidios. Distrito norte de Manhattan» impresas en negrita sobre un fondo semimate.

—¿Qué hubo?⁴⁴ ¿Quieres explicarme de qué va todo esto?

⁴⁴ N. de la T.: En castellano en el original.

Julian notó cómo se le reseca la boca, como si hubiera gastado toda su saliva con el detective.

—Lo siento, tío. Lo siento. Pensé que quizá lo sabías.

—¿Y cómo iba a saberlo si tú no me lo habías contado?

—Antes de que me contrataras ya había salido el caso en las noticias —dijo Julian sin convicción. Sabía que estaba empeorando las cosas.

—¿Y por eso me has mentido? ¿Porque sabes que lo único que leo son los deportes y las páginas sepia? —Angel abofeteó su escritorio con un periódico del *Post* de hace tres semanas que Loughlin también había dejado, obviamente—. Odio esta mierda de tabloides.

—Preguntaste si había sido condenado. Y mi condena ha sido anulada.

—Esa es una excusa muy pobre, *compañero*⁴⁴. Sabías perfectamente lo que se te preguntaba. La solicitud dice «¿te han condenado alguna vez?».

Julian bajó la cabeza avergonzado. Se había dado cuenta de que era la voz de Papi la que había ignorado antes de escupirle a Loughlin en la cara.

—Iba a contártelo. Solo quería demostrarte antes que podía hacer el trabajo...

—¡Tengo las manos atadas, *hermano*⁴⁵! Te di una oportunidad al contratarte. ¿Y así es como me lo pagas? El policía me ha dicho que tenía un orden judicial para que le entregara tu ficha y los recibos de todos los edificios donde has realizado entregas a domicilio. ¿Te importaría decirme de qué va todo esto?

—No tengo ni idea. —Julián intentó tragarse su mentira.

—*Mierda*.⁴⁵ —Ángel se tapó los ojos con las palmas de las manos—. ¿Sabes lo que van a decir en la empresa cuando se enteren de esto?

Julian miró de reojo la pantalla del ordenador de Ángel. El salvapantallas era un ladrillo rojo que se acercaba más y más, como si la persona que estaba delante del ordenador fuera en un coche a punto de chocarse contra el ladrillo.

—Sé que he cometido un error. Deja que te lo compense.

—¿Cómo? —preguntó Ángel—. ¿Qué me vas a dar? ¿Tu palabra?

Julián veía el salvapantallas chocar una y otra vez con el mismo muro. ¿Cuántas veces? ¿Cuándo iba a dejar de chocar él contra el mismo muro?

—Ten. Te pago toda la semana. —Ángel abrió el primer cajón de su escritorio y sacó un talón en un tono verde como la espuma del mar para

⁴⁵ N. de la T.: En castellano en el original.

él—. No te preocupes por no venir el jueves y el viernes. Ya tengo quien te cubra esos días.

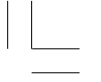
Julián estudió el talón con pesar, pues en efecto Ángel había añadido cien dólares más a su sueldo de esos dos días.

—Me siento mal por todo esto, tío —dijo—. Todo ha sido un gran error. No es lo que piensas.

El salvapantallas chocó contra el muro de nuevo y una red de cristales virtuales hechos añicos se esparcieron por toda la pantalla.

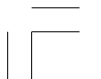
—*Claro que sí*⁴⁵ —dijo Ángel—. Ahora me lo dices.

⁴⁵ N. de la T.: En castellano en el original.



Parte IV

Escucho su llamada





Tres días después de haberse quitado de su cara un generoso pegote del ADN de Julian, Francis volvió al hospital Bellevue, un lugar que siempre lo llenaba de temor, no solo porque Allison Wallis había trabajado en las urgencias de ese hospital, sino porque había estado dos veces allí como paciente. Una, después de que una bala le rozara un lado de la cabeza durante una redada antidroga (Patti apareció en el hospital pálida; habían pasado tres meses desde su luna de miel). Y doce años después cuando un ataque repentino de neumonía lo mandó a una tienda de oxígeno y Francis hijo le decía desde la entrada: «Por favor, papá. No te mueras».

Hoy tenía que ir a la novena planta, donde la oficina del forense disponía de un laboratorio para procesar las pruebas de violaciones y homicidios halladas en la escena del crimen.

Las puertas del ascensor se abrieron y David Abramovitz salió a su encuentro para saludarlo.

—Eh, Francis. ¿Cómo va eso?

—Dave, ¿has estado haciendo ejercicio? —Francis apretó el bíceps del forense por encima de su bata de laboratorio y se quedó sorprendido al notar un músculo del tamaño de un balón de reglamento de *softball* bajo la manga.

—He estado yendo al gimnasio un poco más. Y tu amigo Paul me ha llevado un par de veces este verano a jugar al *paintball*.

Cómo cambian las cosas. La primera vez que se topó con Abramovitz hace algunos años, mientras trabajaba en un homicidio triple acaecido en Inwood, parecía la típica rata de laboratorio: todo él ojos saltones, brazos largos, garganta a lo Ichabod Crane⁴⁶, cráneo con aspecto hinchado bajo pobres rizos oscuros... Pero desde el 11-S y el accidente de avión del vuelo 587 un par de

⁴⁶ N. de la T.: Personaje del libro de Washington Irving, *La leyenda de Sleepy Hollow*.

meses después (cuando la oficina del forense aumentó su plantilla y desarrolló técnicas revolucionarias para procesar de una sola vez los restos de más de tres mil víctimas), la ciencia se había vuelto más poderosa que nunca. El doctor Abramovitz, con su doctorado en investigación, se había convertido en el Hombre. Se había operado de la vista y se había deshecho de sus gafas con montura de carey. Había echado espaldas y su cuello era del tamaño de un muslo. Se había dejado crecer una barbita tipo faraón que, por alguna inexplicable razón, le quedaba bien. Había aprendido a pavonearse y a hablar en voz alta cuando se le preguntaba su opinión sobre algún caso. «Me da igual que ella le dijera que solo mantuvo relaciones sexuales con un hombre aquella noche, detective. Está mintiendo...»

—Escucha, quiero prepararte para algo —bajó su voz hasta convertirse en un gruñido masculino mientras conducía a Francis a la zona del laboratorio—. Los resultados que hemos obtenido no han sido los que esperabas.

—¿Qué quieres decir?

El doctor Dave se puso un dedo en los labios, advirtiéndole de que hablara más bajo, cuando pasaron al lado de los jóvenes técnicos, que iban a la última y trabajaban en cabinas de seguridad biológica haciendo girar centrifugadores y pipetas Pipetman del tamaño de un destornillador. Incluso las máquinas, que giraban y vibraban, parecían *rocanrolear*. Las muestras de ADN se iluminaban con tonos rojos, azules y amarillos fluorescentes sobre pantallas de gel ennegrecido, como si fueran llamativas obras de arte contemporáneo. Cada superficie brillaba, lo que le recordó a Francis cuán antiguos y desgastados parecían el resto de los distritos policiales en comparación.

Siguió al doctor Dave a su despacho y cerró la puerta tras de sí, algo molesto por los muebles de madera clara y las fotos de bomberos en las paredes abrazando a Dave en agradecimiento por ayudar con su buen hacer a que sus hermanos fallecidos pudieran descansar.

—Ha ocurrido algo muy extraño —Dave se sentó tras su escritorio—. Y tenemos que hablar de ello.

—Dispara.

—Y quiero ser muy claro respecto a la sucesión de acontecimientos que han tenido lugar aquí. —Dave cogió un fajo de papeles—. Para que no haya ningún malentendido.

Un sentimiento de inquietud se apoderó de Francis, como si acabara de oír al piloto de un avión anunciar que la señal de «Abróchense los cinturones» se acababa de encender.

—¿Y bien?

—El lunes por la mañana tomamos muestras de la autopsia de una víctima completamente nueva llamada Christine Rogers, entre las que se incluían frotis de las uñas y fibras de cabellos que tenía en la mano.

—Bien.

—Al día siguiente, entregaste una muestra de saliva de Julian Vega para ser analizada y me pediste que la comparara. Tengo una fotocopia del comprobante aquí mismo.

—Sí, lo recuerdo. —Con recelo, Francis se sentó y cogió la fotocopia que le estaba ofreciendo Dave—. ¿Me has llamado para algo?

—Solo intento ser lo más claro y conciso posible sobre la cadena de custodia porque reviste especial importancia para el caso. —Dave revolvió por entre los papeles restantes, esmerándose por evitar la mirada de Francis—. Dos días después, el detective Ali del distrito policial 19 vino con restos hallados bajo las uñas y un trozo de funda de almohada ensangrentado que por lo visto se había perdido o traspapelado en el almacén de pruebas de una víctima de 1983 llamada Allison Wallis. ¿Quieres ver una copia de este comprobante?

—No, no es necesario —dijo Francis—. Sé que lo hizo.

En su momento se había alegrado tanto de haberse ofrecido a sacar a Rashid del restaurante Coogan's en Broadway y decirle «¡vamos!» delante de media brigada. Pero Rashid le había pedido que no lo hiciera porque tenía que estudiar para la escuela nocturna y ahora Francis se preguntaba si algo habría salido terriblemente mal en el almacén de pruebas.

—Entonces me pediste que hiciera otra comparación entre la sangre que hallasteis bajo las uñas de la víctima Allison Wallis en el 83 y la que encontrasteis bajo las uñas de la víctima de 2003, Christine Rogers. Tu teoría, por supuesto, era que encontraríamos el ADN de Julian Vega en ambas chicas, puesto que las dos parecían haber arañado a sus agresores.

Francis puso la fotocopia que le había dado mirando boca abajo en el escritorio.

—David, me siento como si estuvieras intentando cercarme con un muro, ladrillo a ladrillo. Dime qué demonios está pasando.

—Sé cuánto te gusta ser metódico a la hora de plantear un caso. —Dave se tiró de la barba. Se negaba a apresurarse—. Y eso es lo que estoy haciendo.

—¿Por qué? ¿Estoy bajo sospecha o algo así?

—No, pero no te va a gustar lo que te voy a decir: el ADN de Julian Vega no coincide con los restos que se hallaron en las uñas de Christine Rogers. Es más, ninguno de los restos tiene un cromosoma Y.

—¡Mierda!

La decepción se le manifestó en forma de dolor agudo bajo la caja torácica. Inmediatamente comenzó a hurgar en su mente para encontrar una explicación. Julian había sido más cuidadoso esta vez. Quizá usó guantes y un condón la noche del domingo. Quizá limpió todo el apartamento para borrar sus huellas y tiró todo aquello en lo que podía haber restos de su saliva.

—Pero su ADN sí encajó con los restos que encontramos bajo las uñas de Allison Wallis en el 83 —dijo esperanzado.

—No.

—¿Qué? —De repente, su vista se redujo con el torrente de sangre que le había subido a la cabeza—. Comprobamos que la sangre que encontraron bajo las uñas de la víctima era de su mismo grupo sanguíneo. Y tenía marcas de arañazos en la cara.

—El ABO es muy común hoy en día —explicó Dave—. Una de cada tres personas son del grupo O, que es lo que encontraron. Podía haber coincidido fácilmente con la tuya o la mía. Con el ADN, las posibilidades de encontrar un donante con un perfil coincidente son de una entre un billón, a menos que se trate de gemelos idénticos.

Francis sintió de repente como si cayera al vacío.

—Entonces, ¿de quién era la sangre que hallamos en las uñas de Allison Wallis? —preguntó con toda la calma que pudo reunir.

—Buena pregunta —dijo Dave asintiendo con la cabeza—. Porque, de nuevo, tampoco hallé el cromosoma Y.

—Me estás tomando el pelo. La sangre encontrada, ¿ni siquiera era de un hombre?

—Esto es lo extraño. —Dave revolvió en sus papeles—. Te he dicho antes que tu amigo, el detective Ali, trajo un trozo de una funda de almohada en cuya etiqueta figuraba que había sangre de la víctima.

—Sí.

—Así que para seguir con el protocolo de nuestro sistema de archivos, comparé la muestra hallada bajo las uñas de Allison con la sangre de la funda de la almohada, pensando que una sería del agresor y la otra de la víctima.

—¿Y?

—Eran la misma.

—¿Cómo?

—Eran idénticas. Pero eso no es lo raro. Todo apunta a que en la escena del crimen todo estaba patas arriba. Había sangre por todas partes. Es muy probable que Allison se tocara sus propias heridas y que la sangre se metiera bajo las cutículas. Se ha dado en algunos casos.

—¿Pero?

Francis se sentía como si se estuviera acercando a una advertencia científica.

—Pero entonces me di cuenta de que había algo familiar en los electroferogramas que estaba observando.

—¿En los qué?

Dave le mostró unos papeles grapados con tres gráficos. Francis pasó las páginas. Los picos de los gráficos sobresalían aquí y allá como estalagmitas.

—Doc, no tengo ni puta idea de qué es lo que estoy mirando —le confesó mientras miraba una serie de recuadros pequeños con números que había bajo los picos.

—Cómo sois los expertos en ciencias humanas. —Dave se permitió una breve sonrisa mientras alcanzaba un bolígrafo que estaba sobre el escritorio.

—De acuerdo, lo admito. En Regis no pasé del aprobado en biología.

Pero ya me gustaría verte a ti pateándote West Harlem a las cuatro de la mañana buscando a un psicópata enganchado al polvo de ángel que acaba de rajar a su mujer y de disparar a tres policías, pensó Francis.

—Es un informe en el que se ha convertido el ADN en números y se han colocado en un gráfico. Para sacar un perfil, buscamos variaciones en trece localizaciones distintas sobre doce cromosomas diferentes. Básicamente una persona obtiene un conjunto de genes de su madre y otro de su padre. Los números que ves en el gráfico representan cuántas veces se repiten los segmentos de ADN en cada localización. Y todas las variaciones, por mínimas que sean, explican el hecho de que ahora mismo no esté aquí sentado hablando con un calco de tu padre.

¿Y a eso lo llaman evolución? Francis se preguntó qué número de su gráfico era el que le estaba haciendo quedarse ciego.

—Después miramos una cosa que se llama amelogenina, que nos proporciona la identificación del sexo. —Dave dibujó un círculo en uno de los gráficos con el bolígrafo—. Si se ve un único pico como este, es una mujer. —Trazó un segundo círculo en otro gráfico—. Cuando hay dos picos, es un hombre.

—Vale.

Francis empezó a hojear una y otra vez las tres páginas. La primera página, que ponía claramente «Christine Rogers, 2003», tenía un gráfico con un único pico cerca de la parte superior y el número 103.01 debajo. Pasó a la siguiente hoja, con una etiqueta que rezaba «Allison Wallis, 1983», y vio un gráfico idéntico con el mismo pico y el mismo 103.01 debajo. La tercera página era exactamente igual.

—No lo entiendo —dijo—. No veo ninguna diferencia entre ellas.

—Exacto. —Dave volvió a sentarse, satisfecho por haber hecho bien su trabajo.

—¿Me estás diciendo que estas dos víctimas, con veinte años de diferencia, tenían el mismo ADN femenino bajo sus uñas?

—Y encaja con la sangre encontrada en la funda de la almohada de Allison.

Francis miró el último gráfico. Conforme lo miraba, el pico-estalagmita se iba convirtiendo en un pincho irregular que le presionaba la parte superior de su cráneo.

—La has cagado.

—No la he cagado. —La silla de Dave chirrió al inclinarse—. Somos muy serios y profesionales. Esta es una de las oficinas más avanzadas y con los mejores expertos en la materia del mundo. Yo mismo verifiqué las muestras cuando las trajiste. La de Christine Rogers aún estaba casi húmeda al tacto. Las dos del 83 estaban secas y agrietadas. No se ha cometido ninguna equivocación. En ningún momento se ha roto la cadena de custodia.

—¿Y me estás diciendo en serio que encontraste sangre de Allison Wallis bajo las uñas de Christine Rogers? —Francis se dio cuenta de que su cabeza estaba haciendo algo similar a un movimiento de cámara de lado a lado de la oficina, como si hubiera alguien más que pudiera explicárselo todo a los dos.

—¿Qué puedo decir? —Dave levantó las palmas de la mano. Francis vio lo suaves y blancas que estaban de estar todo el día metidas en guantes de goma—. Me pediste que encontrara una coincidencia y te he encontrado una. Ha resultado ser de una mujer. Más allá de eso, no te puedo decir...

—Pero, ¿por qué no puedes decirme con total certeza si esa sangre es de Allison Wallis o no? Tendría que ser la cosa más sencilla del mundo.

—Lo sería si tu detective Ali me hubiese traído una muestra más grande con la que trabajar. —David se encogió de hombros—. Pero todo lo que tenía era los restos hallados en las uñas de la víctima y la funda de almohada con su nombre del año 1983. No pudo encontrar el tampón con sangre que figuraba en el expediente del caso original, así que no tengo nada con lo que compararla.

Otro subidón de adrenalina hizo que la visión de Francis se redujera unos cuantos grados más. Cada vez iba a peor. Se imaginó ese pequeño tampón ensangrentado junto con otros objetos de gente muerta en un barril de la estantería superior, con todas aquellas secreciones goteando por el calor y contaminándose entre sí.

—¡Maldita sea! —Torció el cuello—. ¿Qué hay del pelo que encontramos entre sus dedos?

—No tiene raíz, así que no podemos sacar ADN nuclear de esa muestra, y tampoco es lo suficientemente largo como para enviarlo a que le hagan una prueba mitocondrial. Tendremos que hacer una prueba de consumo. Lo que significa que necesitaremos el permiso de la acusación y de la defensa, porque después ya no quedará ninguna prueba.

—Joder.

Se sentía como si tuviera anguilas luchando dentro de su tripa. Había visto cosas raras en sus veinticinco años como policía. Había visto a un gánster de 160 kilos sacarse una chuleta de cerdo de la chaqueta en medio de un juicio; había visto a un chihuahua colgado de la barra de la cortina de la ducha en el baño de una casa de vecinos como si se hubiese suicidado; había visto a un tío que iba hasta arriba de polvo de ángel arrancarse su propia cara y dársela de comer a su pastor alemán; había visto a un hombre caer desde la planta veintidós, aterrizar con la espalda en el techo de un coche e, inexplicablemente, acabar con el paladar bajo su culo. Pero nunca se había encontrado con un asesino que hubiese guardado el ADN de su víctima durante su estancia en prisión para poder dejarlo en el sitio de otro crimen.

Pero, ¿cuáles eran las otras opciones si no? Las anguilas le estaban destrozando el estómago y los picos dentados se afilaban cada vez más en su cabeza. ¿Que Allison Wallis estaba todavía viva, como pensaba su madre, y andaba por ahí asesinando a otras chicas? ¿Que tenía una gemela idéntica que nadie se había molestado en mencionar? Cada posibilidad era más ridícula si cabe que la anterior, pero el elemento común de todas ellas era que había mandado veinte años a la cárcel al hombre equivocado.

Pero eso era imposible. Eso era la Antártida, una tormenta de nieve, un lugar del que no se puede volver. Era como si el sol se atenuara y el mar se helara. Se imaginó en el borde de un precipicio mientras una grieta se abría en el hielo bajo sus pies. Copos de nieve bajaban en espiral al vacío infinito. Y, una vez empezabas a caer, no tenías salvación, no había forma de volver. Ninguna cuerda podría llegar hasta allí. Los muros se cerrarían y te dejarían allí atrapado; para siempre.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —dijo.

—¿«Hacemos»? —La barba se le bajó por el movimiento de su mandíbula.

—Sí, «hacemos». Tú también tendrás que testificar por lo que ha ocurrido en este caso.

—Bueno... —Dave empezó a mover un boli por entre sus dedos—. Obviamente, querrás empezar primero por buscar sospechosas...

—Sigo sin creérmelo —dijo Francis—. Tiene que ser un error.

—Entonces la otra cosa que tenemos que hacer, si estás tan seguro de que ha habido un error, es eliminar a tu víctima de 1983, Allison, como la persona cuya sangre encontramos bajo las uñas de Christine Rogers.

—¿Y cómo hacemos eso?

—A menos que quieras empezar a desenterrar cuerpos, yo te sugeriría que intentaras lograr una muestra de ADN de alguien de su familia para compararlas. ¿Todavía vive alguno?

—Tiene una madre y un hermano —dijo Francis.

Recordaba haber oído, allá por el 84, que a su padre lo había fulminado un ataque al corazón a los cincuenta y siete mientras intentaba jugar al fútbol con la hija de once años que tenía de su segundo matrimonio. Otro hombre de mediana edad que moría en París por culpa de las mujeres jóvenes y de las salsas fuertes.

—La madre mejor —Dave hizo un círculo en su gráfico—. Así podremos ver qué número del perfil genético viene directamente de ella.

—Me temía que ibas a decir eso.

—¿Por qué? ¿Es eso un problema?

—La madre no es que viva muy aferrada a la realidad que digamos —dijo Francis—. Cree que Allison sigue viva.

—Interesante. ¿Alguna posibilidad de que sea cierto?

—Por Dios santo, Dave, vi el cuerpo con mis propios ojos. —Se los frotó y se dio cuenta de los sensibles que eran al tacto—. No sé muy bien cómo me las voy a apañar para obtener una muestra de ella.

—Cuanto antes mejor —le avisó Dave—. Esta mañana he recibido una llamada de Deb. A. preguntándome por los resultados de las pruebas de ADN de su cliente. Le di largas, pero sabes que tarde o temprano todo acabará figurando en el expediente del caso.

—Sí, lo sé.

Francis se amargó al pensar en cómo iba a lograr sacar siquiera el tema. «Sí, pasa constantemente. Siempre pedimos a la familia de la víctima que nos dé muestras veinte años después de cerrarse el caso. No hay por qué alarmarse.»

—Me estaba preguntando una cosa. —Cerró los ojos y vio lucecitas—. ¿Qué pasará si resulta que sí encontramos el ADN de Allison bajo las uñas de Christine Rogers?

—Entonces será el momento de olvidarnos de los análisis genéticos —dijo Dave—. E invertir en una buena tabla de Ouija.

Lo estaba dibujando. La chica del vagón lo estaba dibujando.

Julián sintió que algo atraía su atención cuando el tren de la 1:56 salió de Syosset por la mañana temprano, justo después de terminar su primera noche de trabajo lavando platos en el Centro Judío de West Side. Pero entonces se distrajo al buscar la mitad de su billete de ida y vuelta. El conductor, una cuba mohosa con forma humana y uniforme azul, le perforó el billete mientras el tren avanzaba y luego miró al pasillo, donde la chica estaba sentada.

—No puede poner los pies en el asiento —dijo.

El bloc de dibujo siguió, desafiante, encima de sus rodillas dobladas, lo que le impedía a Julian ver su cara. El fiero sonido del bolígrafo garabateando sobre el papel daba fe de que la hazaña de una imprudencia artística estaba en proceso.

—¿Señora? —El conductor se inclinó solícitamente.

Ella lo ignoró con una especie de burbujeante impaciencia. Más líneas dibujadas, un ángulo cambiado de sitio. Los pequeños pies con calcetines rojos de deportes se doblaban con impertinencia y permanecían firmemente asidos al asiento. Tan solo después de haber quedado momentáneamente satisfecha con el dibujo le entregó su billete, poniéndolo encima de su bloc de dibujo.

—Gracias. —El conductor se inclinó y siguió adelante, consciente de su derrota.

Pero ella ya estaba dibujando de nuevo. Sus hombros se tensaban en una especie de férrea concentración. El siseo esporádico de la punta de fieltro sobre el bloc de dibujo le decía a Julián que había dibujado una larga línea arqueada.

Retomó el *Neuromante*, que había comenzado tras dejar de leer *Los miserables* hacía un par de semanas. El bolígrafo paró. Levantó la vista y unos ojos marrones se movieron rápidamente por encima del bloc de dibujo y volvieron a desaparecer de su campo de visión.

Una poli. Quizá estaba trabajando para la policía como secreta, camuflada tras su apariencia de dibujante. Lo seguía para intentar pillarlo con las

manos en la masa. El conductor se marchó, con su gorra azul inclinada de forma desenfadada, y cerró la puerta tras de sí, dejándolos solos en el vagón.

La atención de esa chica sobre él le hacía sentir como si el aire se comprimiera. Miró hacía abajo nervioso mientras oía cómo la punta de filtro giraba y chirriaba.

No debería estar a solas con una mujer. Recordó que cuando miró el mapa había mucha distancia entre las estaciones, por lo que el revisor de los billetes tardaría en volver.

El ruido de las ruedas al girar se hizo más fuerte. Empezó a meter sus cosas en el petate. Esta chica le podría buscar problemas; podía sentirlo. Esta vez ni siquiera tendría que hacer algo mal. Ella podía simplemente ponerse a señalarlo y a gritar y lo sacarían de allí a rastras y esposado en la siguiente parada.

Pero entonces, el bloc de dibujo se inclinó un poco y la vio mordisqueando el boli mientras lo sostenía en la boca como si fuera un cigarrillo. Aquello le resultaba familiar. Era la camarera del *bat mitzvá*.

Se había fijado en ella mientras estaba en la puerta de la cocina algunas horas atrás, maravillándose de las dimensiones de la fiesta. Ciento cincuenta invitados con trajes de noche que pasaban por entre las mesas que humeaban y gruñían por el peso de la falda de carne, el pollo cocido y las patatas asadas del tamaño de una cobaya. Tenía suerte de estar allí. Después de que lo despidieran del supermercado, la señora A. le había conseguido una prueba en una empresa de cáterin; un amigo de su prima accedió a darle al pobre chico una oportunidad con la condición de que ocupase un puesto inferior.

El *dj* estaba pinchando canciones del musical *El violinista en el tejado* para los abuelos y éxitos actuales para los críos, mientras pelotones de amigas de trece años giraban como lolitas con sus impresionantes conjuntos, contoneando sus caderas y moviendo descaradamente sus traseros como si tuvieran a algún animal travieso atrapado en la parte trasera de sus vestidos. Los chicos, sin embargo, se movían como si estuvieran hechos de piezas de recambio; pequeños frankensteins negados para el baile con americanas una talla más pequeña que apenas si lograban mantenerse a flote en el mar embravecido de sus hormonas.

Sus padres estaban sentados alrededor de mesas con manteles de lino, poniéndose hasta arriba de Moët y Cristal, y totalmente ajenos a la bacanal adolescente que había a sus espaldas.

Julian había abierto la puerta un poco más para ver al padre de la niña del *bat mitzvá*, un promotor inmobiliario, bajito y orgulloso, con pecho fuerte y una frente prominente que reafirmaba su eminente dominio sobre el nacimiento del pelo (que comenzaba a batirse en retirada). Abrazaba a sus familiares, repartía tostadas y aceptaba sobres blancos, presumiblemente

llenos de dinero, y cheques para su hija. La madre, una especie de acorazado pechugón con un vestido tubo, tomaba como botín bolsos de Macy y de Gucci.

Y después, tras unos cuantos discursos de más, los dos salieron a la pista de baile, corriendo el riesgo de dislocarse una vértebra y moviendo sus músculos como si tuvieran espasmos cuando el *pincha* puso *I Want You Back*. El padre dobló su chaqueta y la dejó sobre el dorso de la silla, con los sobres con el dinero escondidos en los bolsillos, casi como sacas de un botín a menos de cinco metros de donde Julián estaba.

Las mangas, colgantes, parecían bambolear al ritmo de la música. *Oh nena, dame otra oportunidad. ¿Acaso Dios estaba intentando decirle algo? «Escucha Julián. No me cuentes lo dolido que estás. No me hables de tu dolor. Esta es la persona a la que busco. Solo los fuertes sobreviven, así que sírvete, amigo. Para eso los he puesto delante de ti.»*

Pero entonces ella se puso al lado de la silla. Aquella chica con ojos grandes como panderetas y pelo negro como el carbón. Lo miró como si supiera exactamente qué es lo que iba a hacer, llevándose consigo las diminutas medidas de su alma justo antes de salir pitando para darle a la mujer del rabino su Coca-Cola *light*.

—¿Qué tal los platos calientes? —le preguntó por encima del bloc de dibujo.

—¿Cómo dices?

—Antes oí a Marco gritar algo sobre los platos calientes.

—Ah, sí.

Puso una mueca de dolor al recordar la fusión del núcleo del reactor en el que se había convertido la cocina antes de la cena. El capitán de la tripulación gritaba en medio de la cocina que necesitaba que tuvieran listos trescientos platos calientes para el banquete de bodas ortodoxo que se iba a celebrar en dos horas. Los centros de las mesas tenían nombres de colonias de Gaza. «¡Quiero que esos platos salgan bien calientes!»

—¿Qué hiciste?

—No había sitio suficiente en el lavaplatos, así que tuve que lavar el resto a mano. —Dobló la mano izquierda y se dio cuenta de que se le había mojado el vendaje, a pesar de haberse puesto guantes de plástico—. Después los amontoné en uno de esos carritos de acero y lo envolví todo con cerca de diez metros de papel de plata para que se mantuviera el calor.

—Muy inteligente.

Asintió. Si doce años trabajando en la cocina de las cárceles rodeado de psicópatas y cuchillos afilados no agudizaban el ingenio de una persona, nada lo haría.

Los frenos dieron un chillido fatigado y el tren se escoró un poco.

—Zana. —Se inclinó hacia el pasillo para estrecharle la mano y casi se cae de su asiento.

—Christopher —dijo usando su segundo nombre.

Le estrechó la mano con cuidado, como si estuviera cogiendo a un pájaro frágil, y después la soltó rápidamente, pues no estaba seguro de si tenía controlada su función de encendido.

—¿Qué estás dibujando? —dijo intentando mirar por encima de su bloc.

—Tu cara.

—¡Ah!

Tenía uno de esos acentos europeos peliagudos que se desinflaban y bajaban la entonación cuando menos te lo esperabas, lo que hacía imposible saber si te estaba tomando el pelo o no.

—¿Nadie te ha pedido nunca que posaras?

Se apartó. Concluyó que sí, se estaba burlando de él. Algunos segundos después, sin embargo, oyó el bolígrafo girar y deslizarse. Cada marca hacía un sonido distinto.

—Mantén la cabeza erguida —le mandó—. Es mejor cuando no sabes que estoy mirando.

—¿De verdad que me estás dibujando?

—No poses. —Le hizo pucheros—. Estás demasiado inhibido.

—No estaba posando.

—¿No? —Su voz volvió a caer de nuevo, como si estuviera por debajo de su camiseta y amenazara con hacerle cosquillas.

—No, es la cara que tengo.

—No te creo. Esa es la cara de un caimán. No eres tú.

—¿Cómo lo sabes? Quizá tan solo soy un cocodrilo que sabe lo suficiente como para mantener su boca cerrada.

Se encogió de hombros. Sus ojos se posaban sobre sus rasgos como si estuvieran en una barra de flexiones.

—Cocodrilos, caimanes. No es lo mismo.

—Los dos tienen la sangre fría.

—Los cocodrilos tienen el morro más largo.

—¿Por qué me estás dibujando? ¿No tienes nada mejor que hacer?

—Tienes una cara interesante.

Se rascó la nariz y se apartó. Pensó que a lo mejor lo reconocía de alguna de esas fotos antiguas. La señora A. le había dicho que mantuviera la cabeza baja y se subiera el cuello del jersey cuando hubiera fotografías alrededor para que así no hubiera muchas fotos con su apariencia actual. Pero alguien con una vista perspicaz podría fácilmente quitar la pelusilla del bigote y añadirle una barba a las fotos antiguas, como un niño jugando a hacer un retrato robot con su Identikit.

—¿Eres pintora o algo así?

—Voy a la escuela de diseño Parsons. —Dejó a un lado su bloc y lo miró con franqueza—. Cuando no trabajo de camarera en un *bat mitzvá*.

A decir verdad, no era del todo guapa. Era demasiado pálida y tenía los pómulos muy marcados. Casi parecía estar tísica. Su cuello estaba demasiado delgado como para sostener su cabeza, y sus ojos marrones eran demasiado grandes en comparación con el resto de su cara. Pero había algo en ella de lo que no podías hacer caso omiso. Una especie de fatalismo despreocupado que le hacía parecer casi atractiva. Te la podías imaginar encendiéndose un cigarrillo y tomándose su tiempo para apagar la cerilla mientras tú conducías hacia un acantilado.

—Me sorprende el hecho de que uses bolígrafo. Pensaba que la mayoría de los artistas usaban primero el lápiz para poder borrar sus errores.

—¿Por qué debería borrar mis errores? —Sus ojos volvieron al bloc—. En la vida uno no borra.

—Pero, ¿qué pasa si te equivocas?

Se encogió de hombros.

—Dibujas alrededor. O lo haces de nuevo, para que parezca que lo has hecho aposta. A veces el dibujo sale mejor así.

—De cualquier forma, siempre en papel. —Se tocó la barbilla para taparse su cicatriz.

—Sí. —Le dio la razón—. A veces es mejor hacerlo sobre papel.

—Entonces, ¿en qué andas metida?

Su boca se encogió hasta formar una «O» despreocupada, como si le hubiese pedido que se quitara la ropa.

Me refiero a que si te gustan los cómics y cosas así —dijo.

—Por supuesto —Le puso el capuchón al bolígrafo con indiferencia.

—¿Como, por ejemplo?

—Art Spiegelman. Un genio.

Él asintió, si bien no estaba muy seguro de quién era.

—R. Crumb. Un genio. Joe Sacco. *Gorazde: zona protegida*. Un auténtico genio.

—Ajá.

Le soltó una retahíla de nombres con un tono de voz aburrido, como una anfitriona en una marisquería que va colocando a los invitados que han llegado tarde. Jaime Hernández y Gilbert Hernández. *Love & Rockets*. Un genio. Eric Drooker. *Flood!* Un genio. *eyeball Kid*. Un genio...

Estaba perdido, no conocía a ninguna de esas personas. O habían empezado a publicar cómics cuando él ya estaba en la cárcel o era demasiado pequeño para leerlos antes de que lo detuvieran.

—¿Qué hay de los superhéroes de la Marvel? —preguntó para volver a una turba más familiar.

—Oh, sí. Frank Miller, *Batman: el señor de la noche*. Un genio. Stan Lee y Jack Kirby. Unos genios totales. Tendría los hijos de sus hijos solo para que se transmitiera el germen de su genio.

—¿En serio?

—¿Qué te parece? —Dejó que sus hombros se desplomaran de una forma que lo dejó totalmente desconcertado.

—No he conocido a muchas chicas a las que les guste lo mismo que a mí.

—¿Ah sí? ¿Y dónde has estado?

Se pellizcó la parte inferior de la barbilla.

—Ya sabes. Distintos sitios. En distintos momentos.

—Mmm, qué misterioso.

Cada vez que pensaba que iba a ser capaz de descubrir si le estaba tomando el pelo o no, el tono de su voz bajaba un poco.

—¿También dibujas? —le preguntó. Casi se vuelve a salir del asiento cuando el tren pasó por una curva.

—¿Yo? —alargó la mano para sujetarla—. No, tan solo me gustan. ¿Sabes a lo que me refiero? Aunque a veces pienso que tengo historias. Más bien ideas locas. Nunca he escrito sobre ellas.

—Pues cuéntame.

—No, me da vergüenza. Pensarás que soy un idiota.

—Continúa—le exigió, como si fuera una burócrata impaciente—. Los errores no existen.

Eso es fácil para ella. Tenía pinta de tener veinticuatro años. ¿Qué sabía ella de la pérdida de la libertad, del aburrimiento y la desesperación aplastante, de inventarse historias cuando no puedes dormir porque los hombres de las celdas de arriba no dejan de gritar, del olor de la piedra húmeda y de la diarrea, del revolotear de las palomas del miedo y la ansiedad que pasa de celda a celda cuando se corre la voz de que otro hombre se ha colgado o se ha rajado?

—Vale... —Carraspeó un poco—. Bueno, digamos que la humanidad ha curado casi todas las enfermedades, ¿vale? No hay cáncer, ni sida, ni diabetes. Nada. La gente ya ni siquiera se queda calva. Lo único que queda es el miedo.

—Mmm.

—Entonces intentan crear una vacuna para inocular a la gente contra esta enfermedad. Algo parecido a la vacuna de la polio. Te inyectan un poco de algo a lo que tú tengas miedo para que no vuelvas a tenerlo. Lo que pasa es que la vacuna fracasa y se desata una epidemia. Todo el mundo se vuelve loco y paranoico y empieza a matarse entre sí.

Ella suspiró.

—De donde yo vengo, llamamos a esto realismo.

Paró para intentar comprender a qué se refería. Pero lgrandes ojos temblaban por encima de los huesudos pómulos, sin revelarle ningún dato.

—Pero hay un chico al que nunca han vacunado, porque cuando era pequeño pensaron que iba a morir...

—Pensaba que curaban todo.

—No sé, quizá había nacido con un corazón enfermo o algo así —dijo algo irritado por la interrupción—. Da igual. Él sobrevive mientras todo el mundo está volviéndose loco y matándose los unos a los otros en la calle. Durante el día, hurga en la basura para conseguir comida y, por la noche, cuando todos los zombis salen, se esconde en el museo Metropolitán con todas esas armaduras y espadas de samurái para protegerlo...

—¿Y entonces qué?

—No estoy seguro. —Se tocó un lado de la cara—. Nunca he pasado de esta parte de la historia.

—Quizá conoce a una chica —dijo.

—¿Y cómo? Todos los demás son zombis.

—Quizá ha estado escondida en otra parte del museo, observándolo todo ese tiempo... Quizá se enamoran e intentan que la raza humana vuelva a empezar.

La estudió un instante. Cada estela de luz que entraba por la ventanilla hacía que su cara cambiara un poco.

—No la había concebido como una historia de amor.

—¿Quién dice que sea una historia de amor? Quizá al final mueran todos.

—¡Vaya! —Casi se echa a reír—. Eso es muy fuerte, ¿no te parece?

—Para mí, es lo más plausible. —Se encogió de hombros de nuevo—. Pero es que yo soy de Prishtinë.

Sabía que le estaba contando algo importante. Había una ligera diferencia en la entonación. El tono de su voz se había elevado un poco al decir el nombre del lugar. El problema era que no sabía a qué se estaba refiriendo. Ni idea de dónde podía estar Prishtinë.

—Supongo que allí las cosas son muy duras —farfulló entre dientes.

—Cuando volví el año pasado a casa de mi padre, lo único que quedaba eran las abejas en el patio trasero, zumbando alrededor de donde teníamos los panales.

Él asintió fingiendo entender. Hacía veinte años que no leía el periódico con regularidad. Durante largos periodos de tiempo, se había cerrado en banda y había hecho como si el mundo exterior ya no existiera para poder concentrarse en sobrevivir. No había vivido la eclosión del sida y del crac, se había perdido cinco elecciones presidenciales y tan solo había oído de

refilón lo de la caída del muro de Berlín. ¿Habría ocurrido una tercera guerra mundial mientras él estuvo en la cárcel? El peso acumulado de lo que no sabía comenzaba a agarrarse a él como un orangután.

—Bueno, ¿qué tal ha salido el dibujo? —preguntó avergonzado y deseoso de que lo dejara de escudriñar.

Le pasó el bloc de dibujo sin demasiada ceremonia.

—Compruébalo tú mismo.

Lo había dibujado un poco más joven de lo que era, con el pelo más largo y las pestañas largas, como si hubiese intuido cuál era su anterior aspecto. Le había otorgado una barba más pequeña que habría dejado visible su cicatriz y una nariz sin romper que le hizo sonreír un poco, consciente de que era probable que su cara verdadera no estuviera a la altura del dibujo.

Pero lo que más le llamó la atención fueron algunos de los detalles más sutiles. Las arrugas de su frente, los pliegues de su cuello, la triangulación de su nariz y su boca. Debía de haber estado mirándolo más tiempo del que creía, observándolo íntimamente.

Quizá debería pedirle su número de teléfono. Quizá debería dejarla en paz. Quizá debería preguntarle dónde se tenía que bajar. Quizá debería cambiarse de vagón antes de que algo malo ocurriera.

—Eh, ¿qué es esto? —preguntó al ver una serie de arcos y rayitas que había dibujado alrededor de su cabeza como fragmentos de una explosión.

—Límites.

—¿Límites de qué?

—Los límites desde donde uno puede empezar y terminar, pero no estoy segura. No lo puedes decir con seguridad la primera vez que ves a una persona. Un hombre grande resulta ser pequeño, un hombre débil termina siendo fuerte.

—Pero, ¿vas a dejar todas esas marcas en el dibujo o vas a arreglarlo después?

—Las voy a dejar, claro. Así podré recordarlo. Porque cuando mejor queda un dibujo es cuando nada es definitivo. Todo brilla. Ojalá pudiera ser así siempre.

El tren emitió un pitido de advertencia que decía a los trabajadores nocturnos que se alejaran de las vías.

—Eres un poco rara —dijo mientras le devolvía el bloc—. ¿Lo sabías?

—¿Y tú no?

—No sé lo que soy —dijo—. ¿Te apetece comer algo cuando regresemos a la ciudad?

El lunes por la mañana Francis se encontraba en la entrada del equipo operativo de homicidios del norte de Manhattan, observando por las ventanas el balanceo del tren en dirección a Broadway. El retumbar de las vías elevadas a veces le llevaba a pensar en almas de muertos que pasaban al lado del edificio y echaban un vistazo dentro para ver si alguien trabajaba en sus casos.

El lugar en sí no era nada del otro mundo. Una habitación en color verde claro con el suelo a cuadros, nueve escritorios curradísimos, un par de fotos firmadas del reparto de la serie *Policías de Nueva York* y un corcho con una colección de emblemas y placas de policía que iban desde Culpepper hasta N. J. Nutley. El inspector y sus segundos dominaban una obra hecha de bloques de madera que deletreaba el nombre de una de las principales brigadas de detectives de la ciudad y, por tanto, del mundo. Cualquier asesinato que haya tenido lugar entre la 59 y la punta de la isla (independientemente de si ha sido en un ático de la Quinta Avenida o en una galería de tiro en Washington Heights) estaba dentro de su jurisdicción y, a pesar de haber transcurrido diez años, Francis todavía se sentía un poco abrumado por tener un asiento de primera fila en aquel circo diario.

Ese era el lugar donde siempre había querido estar. Bien sabe Dios que habría tenido problemas para encajar en cualquier otro sitio. ¿Cómo podría haber encontrado otra tribu a la que pertenecer, gente que hablara su mismo lenguaje? Las historias y el humor no precisaban de traducción alguna aquí. La gente normal no lo encontraba divertido; un esqueleto quejándose de que alguien casi le corta su vena «gigoló» en una pelea o sicarios estúpidos que usan patatas de Idaho como silenciadores. Vio como los vagones plateados del metro se convertían en hilos de mercurio bajo el sol; un momento de reflexión lúgubre tan solo interrumpido cuando se giró y vio a un joven detective llamado Steve Barbaro toqueteando la caja de los registros telefónicos que había sobre su mesa.

—¿Pero qué demonios crees que estás haciendo, Yunior? —dijo mientras ponía su taza con los labios de los Rolling en un lugar seguro.

—Skumpy quería que me asegurase de que no habías hecho todavía ninguna de esas llamadas —dijo Yunior mientras asentía con la cabeza a otro detective que estaba dos escritorios más allá—. No tiene sentido ser superfluos.

Francis miró a los otros cuatro detectives que habían llegado temprano para trabajar en el caso de Christine Rogers y se preguntó por qué ninguno de ellos se había molestado en defender sus dominios por él.

—¿No podías haber preguntado?

El chico se encogió de hombros. Probablemente sería uno de estos días un detective decente, pero necesitaba un poco de condimento. Un italiano flacucho que fue a Dartmouth y que creía que iba a tener que demostrar que podía ladrar y morder como los perros grandes.

—Es lo que quería el jefe —dijo Yunior.

—¿Desde cuándo?

—Pregúntale tú.

Yunior sacudió su pulgar en dirección al despacho del teniente de policía donde el mismísimo Jerry Cronin, actual jefe de los detectives de Manhattan, se había hecho con el escritorio y había empezado a hacer llamadas. Francis pensó que no debía de haberlo visto entrar en la sala de la brigada.

—¿Qué coño pasa, JC? —Entró en la habitación, llena de humo, sin golpearse.

—Tengo que colgar. —El jefe colgó el teléfono y alzó la vista—. Buenos días, detective.

—¿Acaso te parezco «superfluo»?

JC lo miró con los ojos entornados. Los años le habían vuelto más pequeño y delgado. Su cabello se había convertido en una oblea que coronaba su cabeza y su piel en una soga quemada, lo que le convertía en candidato idóneo para la presión arterial alta. Parecía pasarse los días inquieto por los cambios de humor del inspector. Su sueño de ser el centro de atención desde una de las mesas esquineras del bar P. J. Clarke y que Sinatra le enviara una botella de coñac Hennessy lo había olvidado hacía tiempo.

—Pensamos que tal como habían ido las cosas no vendría mal un cambio de aires para el caso de Christine Rogers.

Francis cerró la puerta tras de sí, consciente de que todos los presentes en la sala los estaban observando a través del cristal.

—¿Algún problema, JC?

—Ese informe de la oficina del forense. —El jefe sacudió la cabeza—. ¿La misma mujer?

—Tiene que haber un error. —Francis se giró y vio a Rashid Ali entrar en la sala con una caja nueva de fichas e historiales médicos—. Parece que las tres muestras podrían ser de Allison Wallis y sabemos que eso no puede ser. Tan pronto como tenga una muestra de la madre para poder compararla, resolveré todo esto. Ya la he llamado.

—Esto... —El jefe torció el gesto.

—¿Qué ocurre?

—He recibido esta mañana una llamada telefónica de Judy Mandel del *Trib.* Quería saber por qué teníamos a la misma persona trabajando en los dos casos.

—No he hablado con ella —dijo Francis—. Esa es la que bombardeó a Dick Noonan del distrito 60 con aquello de la profesora y la bomba en el autobús escolar.

—Estábamos pensando en que quizá querrías dar un paso atrás.

—¿Un paso atrás?

—Algunas personas están un poco preocupadas por cómo se está desarrollando este caso —dijo JC—. Piensan que estás demasiado implicado emocionalmente.

—¿Esa frase es tuya, Jerry, o de alguien que está un poco más arriba en la cadena alimentaria?

—Tú eres el detective. Adivínalo tú. Tan solo quieren asegurarse de que nadie pueda acusarnos de estrechez de miras.

—¿Cómo has dicho? —Francis se llevó la mano a la oreja para oír mejor.

—No quieren que parezca una venganza. Suena raro. Revocan la condena a Julian y, ¡zas!, ya le consideras sospechoso de otro asesinato.

—Perdona, Jerry. Yo no soy el que ha establecido la conexión. —Francis abrió la mano y la puso sobre su corazón—. La amiga de Christine del hospital dijo que estaba «obsesionada» con Julián. Esas fueron sus palabras, no las mías. ¿Acaso alguien piensa que yo coloqué esos recortes de periódico en su cajón? ¡Por Dios santo! La policía científica encontró una cinta de vídeo con noticias sobre Julián grabadas de los telediarios locales. Y Rashid le enseñó al portero una Polaroid y el tipo dijo que había visto a Julián por la zona las últimas semanas. Así que no me digas que tengo los tapajos puestos.

—Bueno, si el ADN nos dice que se trata de una mujer, ¿por qué no estamos considerando esta vía?

—Lo estamos haciendo —insistió Francis con cierta estridencia—. Estamos remitiendo los listados de personal de ambos hospitales para ver si

alguna mujer trabajó tanto con Allison, como con Christine. Hemos retomado los registros telefónicos, hemos vuelto a preguntar a la gente de los dos edificios por separado, hemos entrevistado de nuevo a las dos familias para averiguar si alguna de las víctimas tuvo algún problema con una mujer.

Se giró y miró hacia la sala. Sintió un dolor punzante en sus sienes cuando vio que Yunion seguía en su escritorio.

—Lo único que digo es que separar un poco la paja del fuego no tiene por qué venirnos mal —dijo JC.

—Así que, ¿eso es todo? ¿Me dejas al margen? Jerry, nos conocemos desde hace veintidós años.

—Entonces podemos permitirnos ser sinceros el uno con el otro. —El jefe bajó la voz—. Si al final resulta que la cagaste en el caso del 83, créeme, no vas a estar el primero de la lista del distrito para ascender a primer grado en abril.

Francis giró la cabeza de nuevo. Era consciente de que hasta hacía medio segundo toda la habitación los había estado observando a los dos. Daba igual que hubiese perdido algo de visión periférica. Si metes a cinco de los mejores detectives de la ciudad juntos en una habitación y ninguno te está mirando a la cara, puedes estar totalmente seguro de que estás bajo sospecha.

—¡Vaya! Menudos huevos tienes —dijo.

—Venga...

—No, venga tú. ¿Acaso crees que tendrías un chófer y una pensión de ayudante jefe si yo no hubiese entrado en esa habitación y le hubiese sacado una declaración a *Julian Vega*?

—¡Eh! ¿Quién fue el que hizo que entraras en esa habitación? —Las orejas de JC se pusieron rojas—. Tal como yo lo recuerdo, el Turco te quería poniendo multas en Staten Island tras tu periodo de desintoxicación en la granja. Yo te di esa oportunidad, muchacho. Así que no me hables de gratitud.

—De acuerdo. Entonces estamos juntos en esto. Así que no intentes pasar por encima de mí, cabrón miserable.

Por encima del hombro del jefe, Francis vio como un tren hacía volar a su paso un velo de papel encerado que luego se amontonaba perezosamente sobre los arcos de la carretera elevada del West Side. El velo desapareció de su línea de visión un segundo antes de lo que debería.

—¿Sabes? No deberías llamar al ayudante jefe cabrón miserable —dijo con calma JC.

—De acuerdo, no me he expresado bien. Eres un cabrón desagradecido.

JC se cruzó de brazos.

—Jimmy Ryan vuelve al equipo operativo. Será el que dirigirá el caso de Christine Rogers. Steve Barbaro le echará una mano. Y no hay más que hablar.

—Bueno, entonces supongo que Oz ha hablado. —Francis respiró profundamente para llenar sus pulmones—. Pero tienes que dejarme seguir con lo de Eileen Wallis.

—¿Y eso por qué?

—Para matar dos pájaros de un tiro. Tendremos que preguntarle si había alguna mujer con la que Allison hubiese tenido algún problema, y tendremos que coger una muestra de su ADN para eliminar a Allison como donante. Yo soy el que tiene trato con la familia. Si mandas a Ryan o a Yunion, ella se tirará por la puta ventana. Entonces sabrás lo que es tener mala prensa.

JC se cse quedó pensándoselo.

—¿Ya la has llamado?

—Pensaba ir hasta allí dando un paseo. Si quieres acompañarme...

—Joder, Francis. Eres como uno de esos promotores inmobiliarios que piden tanto dinero a los bancos que estos no pueden permitirse dejar que se arruine. ¿Cómo he llegado a estar tan ligado a ti?

—Supongo que estaba escrito, amigo.

En el exterior un tren en dirección sur pasó en ese momento, lloviznando polvo de las vías sobre los coches de los detectives que estaban aparcados bajo las vías elevadas.

—Hazme un favor. Mantén una actitud abierta —dijo JC.

—Estoy abierto de par en par, nena. Estoy contemplando todo el maldito cuadro. Capto todas las señales. Vivo en un IMAX Dolby Surround de setenta milímetros. Contengo a multitudes. Mi nombre es legión.

—Bien. —JC volvió a sentarse, satisfecho por el momento.

—Pero te digo una cosa —le dijo Francis al oído—. A esas chicas las mató el mismo tipo.

¿Cómo te fue con lo del cáterin anoche?

Julián alzó la vista cuando la señora A. entró a la hora del almuerzo y lo vio en la sala de conferencias diminuta y carente de estilo, con paneles de madera, del final del pasillo que compartía con los abogados de inmigración, rodeado de cajas de cartón con las transcripciones del juicio y los registros telefónicos de 1983 de la compañía telefónica de Nueva York que ella finalmente había obtenido de la oficina del fiscal del distrito.

—Bien —dijo—. Conocí a una chica.

—Mmm.

—Estuvo bien. Trabajaba de camarera en el *bat mitzvá*. Hablamos mucho tiempo en el tren y después fuimos a tomar algo al restaurante Sbarro, en la 34.

—¿Se lo contaste? —Se sentó en el borde de la mesa de conferencias.

—No. ¿Crees que debería?

—No sabría responderte —le dijo con evasivas. Una experta en citas vestida con el traje de raya diplomática de la sala del tribunal—. Es complicado.

—Qué me vas a contar. «Oye, acabo de salir de la cárcel después de veinte años y todavía no me han absuelto de los cargos. ¿Quieres salir conmigo?»

—La verdad es que me daría que pensar —admitió. Su pierna derecha se balanceaba ligeramente.

Se dio cuenta de que estaba más atractiva hoy. No era solo la raya diplomática, los zapatos de salón y la falda que se le subía por encima de la rodilla cuando cruzaba las piernas, también llevaba algo más de maquillaje y rímel. Vestía una blusa de seda blanca con el botón superior discretamente desabrochado, lo que dejaba entrever un collar de plata sobre su clavícula desnuda. Su pelo tenía unas mechas rubias más vivas. ¿Por qué no tenía tan buen aspecto cuando se celebró su juicio?

—Entonces, ¿qué crees que debería hacer? ¿Debería decírselo?

—Dios, *Julian*, no lo sé. Si le dices de buenas a primeras que has estado en la cárcel por matar a una mujer, seguro que la asustas. Pero si esperas, va a parecer que estás ocultando algo.

—Sí. Yo también había pensado eso.

—Supongo que tendré que meditarlo un poco. No esperaba que esto fuera a presentarse tan pronto. —Se puso las gafas y vio que había estado tomando notas en una libreta—. ¿Qué estás buscando?

—Me pediste que arrimase un poco el hombro. Así que estaba probando con alguno de estos antiguos números de teléfono a los que Allison llamó después de que me fuera del apartamento aquella noche.

Se dio cuenta de que las gafas eran como un segundo par de ojos. Por primera vez, ella lo estaba mirando no como abogada, sino como mujer, intentando averiguar qué podía ver alguien en él.

—Oh, debería haberte dicho que no te molestaras —dijo—. La mayoría de esos números están desconectados. Ya lo comprobé. Han pasado veinte años. No todo el mundo ha estado con las constantes vitales reducidas al mínimo.

¿Estaba intentando decir que él sí? Su indiferencia lo hería, hasta que cayó en la cuenta de que Brooklyn ni siquiera tenía un prefijo antes de que él ingresara en prisión.

—Ya, me lo figuraba. Simplemente pensé en intentarlo de todas formas... —hojeó las páginas para evitar momentáneamente su mirada—. ¿Te has fijado en que Allison estuvo llamando a estos dos números después de que me marchara del apartamento aquella noche?

—Sí, ya me había dado cuenta —asintió la señora A.—. Debería habértelo dicho. Llamó a su hermano, que vivía en Manhattan, dos veces y a su madre a Sag Harbor otras tantas.

Puso los papeles en la mesa algo desconcertado.

—Pero eso es bueno, ¿no? Demuestra que aún estaba viva cuando me fui.

—También indica que podía estar disgustada por algo que ocurrió mientras estuviste allí y quizá quería hablar con alguien de eso. —Se colocó las gafas.

—Ya.

Se echó para atrás con una incómoda sensación de dolor en un lado del cuello.

—La acusación todavía podría decir que bajaste, cogiste las llaves de su casa y entraste cuando ella estaba durmiendo —dijo—. Lo mismo que hiciste cuando entraste para robar su álbum de fotos.

—¿Qué tiene eso que ver? No me condenaron a veinte años por coger un álbum.

—Oye, estoy de tu lado. —Se agachó y le dio unas palmaditas en el brazo—. ¿Lo recuerdas?

Julian la miró con aire vacilante. Mi abogada. La que me sacó de mi celda. *No estarías aquí si no fuese por ella, tío.* Por otro lado, ella había sido fiscal. Y para él eso era como ser un vampiro o pertenecer a la mafia. Puedes hacer como que has cambiado, pero nunca dejarás de buscar sangre.

—Hay otra cosa en la que nos tenemos que centrar —dijo cambiando de táctica.

—¿De qué se trata?

—Quién más pudo haber cometido ese asesinato. Tu primer abogado intentó levantar algunas cortinas de humo, pero nunca llegó a conseguir una alternativa real que vender al jurado.

—Porque era un borracho mentiroso al que yo le importaba una mierda.

—Puede ser, pero si vamos a juicio de nuevo, será mejor que tengas otra respuesta. —Le lanzó una mirada inquietante—. Venga. Has tenido veinte años para pensarlo.

—Eso no me correspondía a mí. —Sonrió abiertamente, como si estuviera intentando hechizarla con su mirada a medio camino entre niño y hombre.

El rostro de Debbie A. se ajó como un vestido sin planchar.

—¿Por qué debería hacer el trabajo de la policía? —dijo—. He estado en una celda desde 1983. ¿Cómo podría saber con quién se veía o hablaba?

—¿Quién más tenía las llaves de su apartamento?

—¿Del edificio? Ya te lo he dicho cientos de veces. Solo el encargado y el portero.

—¿Interrogaron a tu padre para averiguar dónde estaba esa noche?

Aquella pregunta casi lo golpea de lleno en el costado.

—¿Por qué quieres hablar sobre eso? —dijo herido.

—Vi que el detective tenía en sus notas que tu padre dijo que había tenido aquella noche una cita con una mujer llamada Susan Armenio —le pinchó—. ¿Llegaste a conocerla?

—No. —Cruzó y descruzó los brazos—. No creo que volviese a quedar con ella. Jamás estuvo con nadie más que mi madre.

—¿A qué hora llegó esa noche a casa? Dijo a la policía que no fue hasta las cuatro y media de la mañana. ¿Es eso cierto?

—Si él lo dijo, es cierto. Jamás dijo una mentira.

Vio que sus rasgos se afilaron. Ahora se parecía menos a una muñeca de porcelana y más a un halcón.

—¿Pero lo viste u oíste entrar?

—¿Qué intentas decir? —Su mano se cerró formando un puño.

—Solo preguntaba. Supongo que estaría continuamente entrando y saliendo de los apartamentos de los inquilinos con su llave.

—No. —Sacudió la cabeza como un niño que se resiste a la cuchara que se va acercando a su boca—. No hables así.

—¿Por qué no?

—No tuvo nada que ver con lo que le pasó a esa chica.

—¿Cómo lo sabes? —Ladeó la cabeza con recelo—. ¿No te contó nada de lo que hizo aquella noche?

—No tenía nada que hablar conmigo de aquello, ¿vale? —Apretó más el puño y se clavó las uñas en la palma—. Ese hombre era un puto santo. Siempre se aseguraba de que yo tuviera dinero en la cuenta del economato de prisión. Cogía el autobús en Columbus Circle cada fin de semana para ir a verme a prisión, con todas esas zorras fumando sus cigarrillos. Así que no digas nada malo de él.

—De acuerdo, cálmate. —Dio palmaditas al aire para intentar tranquilizarlo—. Solo estaba considerando las posibilidades que no habías contemplado.

—Pues ya las he considerado ahora, y no hay nada. Asunto cerrado. A menos que quieras buscarme otro abogado.

—Bueno, entonces no nos dejas con mucho más con lo que trabajar. —Sus hombros se desplomaron—. No podemos encontrar al mozo. Todavía no están los resultados de las pruebas de ADN. Y sigues sin tener testigos para tu coartada. Tengo que decírtelo, me estoy poniendo un poco nerviosa. Nos hemos arriesgado demasiado al negarnos a llegar a un acuerdo cuando tuvimos la oportunidad. No va a ser fácil retroceder ahora.

El hecho de que ella retomara su viejo hábito de hablar demasiado rápido le hizo retroceder un poco.

—¿Pero qué noticias te han llegado de la oficina del fiscal del distrito?

—No gran cosa. Pero supongo que estarán preocupados por ese otro asesinato que ha salido en los periódicos.

—No sabía nada.

Lo miró con extrañeza.

—La chica del Monte Sinaí. —Se calló para ver si percibía en él un atisbo de reconocimiento—. No sé cómo no has podido enterarte. No ha dejado de salir en las noticias de los últimos días.

—¿Qué puedo decir? —Bostezó dentro de su puño—. He estado ocupado intentando trabajar en mi caso y en ganar algo de dinero.

—Vale. —Sus ojos se posaron sobre su puño. Todavía tenía la venda puesta—. ¿Has vuelto a considerar lo de denunciar al supermercado?

—¿Cómo?

—Dijiste que te cortaste la mano mientras trabajabas en el almacén. Habíamos considerado la posibilidad de demandarlos.

—No, déjalo estar. —Dejó caer su mano en el costado—. Lo estuve pensando. El encargado me dio un trabajo y yo no fui honrado con él. Tengo lo que me merezco.

Sus ojos seguían posados en su vendaje, como una marca de pintalabios en el cuello de una camisa. Se dio cuenta de que aquella conversación había sido como una segunda cita. Todavía estaba tanteándolo, poniéndolo a prueba y decidiendo si era digno de confianza. Sabía que había cosas que Julian todavía no le había contado y llegaría un momento en que ya no podría seguir ignorándolas más.

—¿Sabes? He estado pensando en lo que me dijiste antes. —Se quitó las gafas—. Creo que quizá sea demasiado pronto para que te impliques con alguien.

—¿Por qué?

—Todavía te queda mucho por pasar. Aún tenemos un montón de trabajo pendiente y tu vida ahora mismo es demasiado inestable. No es el mejor momento.

—¿Cuánto tiempo crees que debería esperar?

—No lo sé. —Levantó pensativa la barbilla—. Quizá hasta que desestimen tu acusación.

—Que puede ser dentro de meses o incluso nunca, ¿verdad? —Bajó la voz—. Señora Aaron, ¿puedo contarle una cosa? Jamás he tenido una relación con una mujer. ¿Lo sabía?

—Bueno, yo...

—Tengo treinta y siete años. ¿Le parece eso normal?

—No.

—Entonces dígame qué debería hacer. —Le alcanzó la manga con su mano vendada.

Ella retiró el brazo por acto reflejo. Y después sonrió a modo de disculpa, avergonzada por su propia reacción.

—Con calma, Julian —dijo—. Es mejor que vayas despacio con ella. Una chica puede tener ya suficiente con sus problemas.

—¡La Duquesa! ¡La Duquesa! ¡Oh mis queridas patas! ¡Oh mi pelo y mis bigotes! ¡Va a ejecutarme! ¡Tan cierto como que los hurones son hurones!

La niña de seis años huyó de Eileen mientras gritaba de diversión. Era una pequeña dinamo pelirroja, escondida en cuclillas tras el enorme conejo de bronce con chaleco y reloj de bolsillo.

—«¡Que le corten la cabeza!» dijo la reina. —Eileen se acercó sigilosamente hacia ella—. «¡Que le corten la cabeza!»

La hermana pequeña, que tenía tres años (otra pelirroja con piel de alabastro), anduvo con paso inseguro tras Eileen mientras tiraba de su blusa.

—¡Ajá! —Se giró—. ¡Decapítad a ese lirón! ¡Echadlo de la corte! ¡Suprimidlo! ¡Pellizcadlo! ¡Que le quiten los bigotes!

¿Podía tratarse de la misma mujer que entró tambaleándose en la sala hace menos de un mes con una mirada casi catatónica y agarrándose a su hijo?

Francis permaneció detrás de los setos recortados mientras veía como Eileen daba saltitos por entre los niños gritones que pululaban alrededor de la escultura de *Alicia en el país de las maravillas* que había en Central Park.

—¡Clemencia! —La niña de seis años, muerta de risa, salió corriendo de debajo de una seta de bronce que se estaba volviendo del color de un centavo viejo y vagabundo bajo la luz de media tarde.

—«¡No! ¡No!», dijo la reina. —Eileen rechinó los dientes e intentó agarrarla—. ¡No hay clemencia! ¡Primero el castigo, luego el veredicto!

La niña echó a correr y pasó por delante del Sombrerero Loco. Su abuela brincaba detrás de ella con sus zapatillas de deporte. Se detuvo en seco cuando vio a Francis salir desde detrás de los setos.

—Te veo llena de vida, Eileen.

Se fue enderezando lentamente e hizo que las niñas fueran con su niñera, una muchacha corpulenta con una camiseta con el mensaje «Legalización» que estaba contactando con otras niñeras en la zona de los setos.

—Tengo días buenos y días malos —dijo con cautela—. Este había sido un buen día.

—¿Ya no?

—Sabes que siempre me alegra verte, Francis, pero no siempre me traes buenas noticias.

Todavía tenía esa voz ronca de gran dama que hacía que resultara fácil imaginársela en la barra del Farrell's con un grupo de bomberos o arrastrando un visón por el suelo marmóreo tras un estreno en Broadway.

—¿Me has seguido Francis?

—Sí —admitió—. Pero solo porque no has contestado a los mensajes que te he dejado en el contestador.

—Entonces debería darme vergüenza. Los maniacodepresivos no tenemos unos modales exquisitos que digamos, ¿verdad?

La miró de reojo, sorprendido al oírle hacer un comentario así a su costa. Después de escuchar a Tom describirle lo poco aferrada que estaba a la realidad, a Francis se le antojaba que hoy tenía los pies bien puestos en la tierra.

—¿Un café? —Metió la mano en la bolsa para sacar el café extra que había traído consigo—. Recuerdo que lo tomabas solo, como yo.

—No gracias. —Miró a las niñas—. No necesito más cosas que me mantengan despierta por la noche.

—¿Sigues sin dormir bien?

—Dicen que es un efecto secundario de alguno de esos antidepresivos. Sensación de sequedad en la boca, estreñimiento, pérdida del apetito sexual, micrografía, alucinaciones... Como si uno solo de estos efectos no bastara para hacerte caer en la depresión de nuevo. Pero no, creo que llevo veinte años sin dormir bien.

Vio a sus nietas encaramarse a la parte superior de la seta y acurrucarse en el regazo de Alicia. La estatua tenía una expresión serena y los ojos entrecerrados, como si la modelo hubiese decidido descansar un momento en la cúspide antes de hacerse adulta.

—¿Sabes? Siempre traía aquí a Allison. —Vio como la luz del velero que estaba en el estanque se iba debilitando—. Cómo pasa el tiempo.

—Qué me vas a contar. —Francis empezó a beber su café—. Tengo a uno en el Ejército y a otra en segundo de carrera en la Universidad Smith que andaba todo el rato detrás de mí para que le leyera *Alicia en el país de las maravillas* en la cama.

—Kayleigh, ¿verdad?

Bebió el café demasiado rápido y se quemó el paladar.

—No me puedo creer que todavía te acuerdes.

Patti acababa de quedarse embarazada cuando empezó el caso. Le cohibía el simple hecho de decirle a una madre que esperaba una hija cuando ella acababa de perder a la suya.

—¡Ah! —Se dio unos golpecitos en la sien—. Todavía quedan algunas bolas de chicle en la máquina expendedora. No se las han tomado todas en el bar.

Se tocó con la punta de la lengua en su paladar abrasado mientras miraba a un pato en el estanque. Inconscientemente, estaba contando los segundos que pasarían hasta que dejara de verlo. ¿Cómo podía recordar un nombre que no había oído en veinte años y sin embargo andar por ahí diciendo que su hija seguía viva y que estaba sana y salva?

—Aquellos fueron unos momentos muy especiales, cuando solo éramos Allison y yo —dijo—. Dábamos de comer a los patos. Íbamos al museo a ver a las momias. No quieres que crezcan.

—¿Dónde estaba Tom?

—Oh, pues estaría en el internado o coincidiría con los veranos, que los pasaba con su padre. Es terrible lo que les pasa a los chicos cuando una familia se rompe.

—Cierto. —Asintió, recordando las quejas de su padre por la carga que había sido para él tras la muerte de su madre.

—Jugábamos al escondite alrededor de esta estatua. —Eileen observó a sus nietas deslizarse y agacharse bajo la seta mientras esperaban a que el juego empezara de nuevo—. Era su juego favorito. Incluso cuando vivíamos en un diminuto apartamento sin ascensor en Broadway y en la 98, podía tirarme hasta veinte minutos para encontrarla. Y entonces ella aparecía en el cesto de la ropa. O detrás de una cortina o bajo la cama. En algún lugar que estaba segura de haber mirado antes. Como si pudiera desaparecer y luego reaparecer. Como el gato de Cheshire, pero sin su sonrisa.

Sintió que el vello de sus muñecas comenzaba a erizársele.

—¿Eileen?

—Ella lo era todo para mí, Francis. Todo. Teníamos una relación tan estrecha que hablábamos por teléfono tres veces al día. Hasta llevábamos la misma ropa. Pero ella era mejor que yo. Mucho mejor. A veces hasta llegaba a sentir envidia. Un escritor es algo tan baladí al lado de un doctor. Después de que ella se marchara, ¿sabes cuánta gente me escribió?

—No lo sé.

—Casi cien personas. Y solo había estado en el hospital Bellevue un año y medio. Vinieron en masa, con todas aquellas cartas increíbles acerca de cómo Allison había salvado la vida o el trabajo de alguien. ¿Pero sabes qué es lo peor?

—¿Qué?

—Que, en cierta forma, odiaba a toda esa gente. Estaba celosa de ellos porque cada minuto que pasaron con ella era un minuto que yo había perdido. —Intentó sonreír, pero sus labios no lograban sostenerse—. Sé que parece un disparate.

—Tranquila —dijo siguiéndole la corriente—. Por casualidad no habrás guardado alguna de esas cartas, ¿verdad?

—No. ¿Por qué?

—Por nada importante. Estamos intentando atar un par de cabos sueltos.

—¿Podrías ser un poco más claro?

—Allison no te mencionó que tuviera problemas con alguna de las mujeres con las que trabajaba, ¿verdad?

—Tenéis problemas con el caso, ¿no es cierto?

De repente el azul de sus ojos brilló tan intensamente que fue como si Francis pudiera ver a través de su rostro el cielo que había tras ella.

—No, no son problemas. Estamos investigando algunas contradicciones...

—Porque no está muerta —dijo—. Es lo que llevo diciendo todo este tiempo...

—¡Por Dios santo! —Se subió el cinturón; sabía lo que se le venía encima—. Eileen, sé cuánto deseas que eso sea cierto.

—Nadie quiere escucharme. —Le señaló con el dedo—. Pero ella está aquí. Siempre lo he sabido...

El Sombrerero Loco estaba detrás de ella. El rictus de su amplia sonrisa dejaba ver sus dientes. Tom tenía razón. Vivía en una ilusión. Probablemente no resultaría fácil conseguir que acudiera a una entrevista más formal o que les diera una muestra de ADN.

—Verás, la primera vez que me dijeron que había muerto, no pude soportarlo. —Una ráfaga frenética de palabras se derramaban por su boca—. Fui a su apartamento y dormí en su cama. Me ponía sus pijamas para poder olerla. Pasé por las cinco fases (negación, ira, regateo emocional, depresión y aceptación) y después volví a pasar por ellas de nuevo. El dolor puede contigo. De veras que sí. Tener que llevar todo el rato la máscara de «normalidad» es agotador. Tienes que pararte a pensar cada vez que la gente te pregunta cuántos hijos tienes. El único momento del día que tenía ganas de que llegara era cuando estaba sola en la ducha, para poder gritar mientras corría el agua.

Francis asintió con la cabeza. La máscara de la normalidad. No se trataba precisamente de un concepto desconocido para un niño que perdió a su madre a los nueve años o para un hombre que va a perder la vista.

—¿Sabes qué es lo extraño, Francis?

—¿Qué?

—La ansiedad. Durante años tuve ataques de pánico cada vez que pasaba delante de una cafetería o de un cine en el que había estado con ella. Pero, ¿por qué? Lo peor ya había pasado. ¿No te parece? He enterrado a mi propia hija. ¿Qué puede haber peor que eso?

Francis no dijo nada. Pensó en Shackleton frente al mar blanco.

—Y, por supuesto, al final está la culpabilidad.

—¿La culpabilidad?

—No dejas de preguntarte, ¿qué es eso tan terrible que he hecho? ¿Por qué me estás castigando? Debe de ser por algo que hice.

—No creo que las cosas sean así.

—No me digas eso, Francis. —Lo miró—. No puedes engañarme. Recuerdo que tú también pensabas que lo que le ocurrió a tu madre era por algo que habías hecho...

—¿Yo te dije eso? —Sintió vergüenza. Debía de haber vuelto a beber por aquel entonces. Compadeciéndose de sí mismo con ella y una botella de Jameson. Pensó que nunca había llegado a esos niveles con nadie, exceptuando quizá cuando estuvo en desintoxicación.

—Fuiste muy amable —dijo—. No lo he olvidado. Pero la mayoría de la gente sigue con sus vidas, ¿no?

—Supongo que sí.

Vio a una anciana con una especie de abrigo acolchado viejo que tiraba de un carrito de la compra en el que llevaba una pila de latas y una *baguette* con aspecto de estar dura.

—Yo no lo hice —dijo Eileen—. Seguí levantándome en mitad de la noche, cada vez con más botellas vacías a mi alrededor. Pensaba que me iba a volver loca. Llegado a un punto decidí que iba a pedir que me internaran en algún sitio, pero me di cuenta de que para ello tenía que ir primero a Bellevue, a la vuelta de la esquina de donde ella trabajaba.

—Me imagino lo duro que tuvo que ser para ti.

—Así que en vez de eso me tomé todas esas pastillas y acabé en urgencias.

La mujer del abrigo acolchado empezó a arrancar trozos de pan y a lanzárselos a las ennegrecidas palomas que pululaban por los peldaños.

—Dios mío, Eileen. No lo sabía —dijo Francis—. ¿No pudiste haber cogido el teléfono y haber llamado a alguien?

—¿Y decirles qué? ¿Que estaba con una sobredosis de Valium y vino merlot por tercera o cuarta vez? —Sonrió, cansada de su propio drama—. Tom siempre acababa encontrándome y llevándome a rastro al hospital para que me hicieran un lavado de estómago. A veces bromeaba y le decía que así era como se había empezado a interesar por el mundo de los suministros médicos.

Los pájaros se empujaban los unos a los otros para coger los pedacitos de pan, como un grupo de adictos luchando por unas migajas de crac.

—Y entonces una tarde estaba en el supermercado Fairway y la oí.

—¿Te habló?

—Estaba justo delante de las granadas y dijo: «Todo va bien, mamá». Debía de estar detrás de mí. Pero cuando me giré ya se había ido.

Francis empezó a sacudir la cabeza.

—Eileen, vamos...

—Era ella, Francis. Tan cierto como que estoy aquí hablando contigo.

Su cuero cabelludo comenzó a contraerse.

—Y volvió a ocurrir de nuevo, como un mes después. Cuando salía de la farmacia Apthorp en Broadway. En aquella ocasión me estaba observando desde la marquesina del otro lado de la calle. Estaba lloviendo. Para cuando logré llegar a la marquesina, el autobús ya se había ido. Me dejó allí, empapada, viéndola por la ventana trasera del autobús.

—¿Y estás segura de que era Allison?

—Bueno, no tengo más hijas por ahí sueltas, que yo sepa —dijo con voz áspera y terrenal, como si ella fuera la sensata de la conversación.

Francis se abstuvo de responder. Si algo había aprendido de ser un detective era a mantener la boca cerrada y la mente abierta. Podías pasarte siete horas en la sala de interrogatorios escuchando a algún lunático baboso hablar sin cesar de microondas enviadas desde Urano y de como había visto a Jennifer López sostener entre sus brazos a un niño de dos cabezas y, entonces, casualmente, te mencionaba cómo se había deshecho de la pistola con la que había rematado a su primo en el puente de Willis Avenue.

Por otro lado, esa mujer le había importado. Era alguien que le recordaba lo que él había perdido en su vida. El hecho de oírle decir esas cosas le hacía imaginársela como a la mujer de las palomas, con la *baguette* y el relleno saliéndose de su abrigo acolchado.

—Precisamente el otro día la vi en un taxi. A veces me llama por teléfono también. Para oír mi voz... Pero nunca dice nada...

—Deja que te pregunte algo, Eileen —la interrumpió con delicadeza—. Si Allison estuviera realmente viva, ¿por qué se haría pasar por muerta?

Parecía asustada, como si jamás se le hubiera pasado por la cabeza esa pregunta.

—Por algunas cosas que pasaron entre nosotras —dijo en voz baja.

—¿Como por ejemplo?

—Tú también tienes hijos, Francis. ¿No te han dado nunca la espalda?

Pensó en Francis *junior* al otro lado del mundo, en una base militar en Corea. Se alistó cuatro meses después del 11-S y no le mencionó una palabra antes de hacerlo.

—Estábamos hablando de Allison —le recordó.

—Había algunas cosas en su vida que sabía que yo no las aprobaba.

—¿A qué te refieres? —preguntó Francis—. ¿Un novio? ¿Drogas?

—Lo siento, Francis. —Sus ojos comenzaron a ponerse vidriosos—. No puedo hablarte de eso. Posiblemente no lo entenderías.

—Oh, no te preocupes por mí. Estoy de vuelta de todo.

El vidrio de sus ojos comenzó a derretirse y empezó a derramarse.

—Tienen secretos.

—¿Quiénes?

—Los hijos. —Las lágrimas cayeron por ambos lados de su cara—. Cuando son jóvenes parece que te cuentan todo. Pero siempre hay cosas que se guardan para sí.

—Eileen. —Sacó del bolsillo del pecho un pañuelo y se lo dio—. Tengo que decirte que lo que estás diciendo no tiene ningún sentido. Allison se ha ido. No nos queda otra opción que aceptarlo. Lo mejor que podemos hacer es asegurarnos de que lo que le ocurrió no le vuelva a pasar a nadie más.

Le llevó un tiempo digerir lo que le estaba diciendo, pues se estaba sonando la nariz y, mientras, observaba a sus nietas, que se estaban bajando de la seta. Estaban cansadas de esperarla para volver a jugar.

—No volverá a ocurrir —dijo repentinamente.

—¿Cómo?

—Decía que tienes razón. No volveré a dejar que vuelva a ocurrir.

—¿Eileen?

Nubes de nimboestratos parecían marchar lentamente por sus ojos azul cielo. Se dio cuenta de que era inútil. Estaba demasiado lejos de allí como para serle de ayuda. Las palomas se fueron tras dejar los adoquines limpios de comida. Lo mejor que podía hacer era tomar una muestra de su ADN sin ser intrusivo, para al menos poder esclarecer la confusión que se había producido en el laboratorio.

—En ocasiones uno tiene que actuar. —Apretó la mandíbula—. Las cosas no terminan porque hagas como que no están pasando.

—¿Qué es lo que no está pasando? Me he perdido, Eileen.

Eileen levantó la vista. Las nubes clarearon un instante, hasta que recobró sus sentidos con el reproche de Francis.

—Lo siento Francis, pero tengo a mis nietas desatendidas. —Tembló, le dedicó una sonrisa fugaz y dobló su pañuelo—. ¿Qué era lo que querías que hiciera con esto?

El zumbido en la mente de Julián, que había comenzado a mitad de la conversación con la señora A., empezaba a remitir cuando se dio la vuelta en el mostrador del Starbucks y vio a la misma chica de pelo rizado con el libro de *Los miserables* sentada en una mesa del centro del local, con sus tobillos enroscados como los de una bailarina de *ballet* en la pata de la silla.

Mantuvo las distancias con ella mientras se dirigía a la mesa de al lado de la ventana, donde se encontraba Zana, haciendo malabares para que no se le cayera la bandeja con los dos cafés con leche y un trozo de tarta de queso con caramelo.

—¡Ah! El Hombre Misterioso ha vuelto. —Zana puso en la mesa su bloc de dibujo—. Tú lo que quieres es que me ponga como una vaca.

—Espero que te apetezca algo dulce.

Se giró y miró a la chica del pelo rizado, pero cambió de opinión. Ojalá viera que estaba con otra mujer.

—Mi *meme* me mataría si me viera comer eso. Ella me diría: «Zana, *ndale! ndale!*» En Estados Unidos todo el mundo quiere ser una supermodelo esquelética. Pero yo le digo lo que dice el rapero Sir Mix-A-Lot.

La miró sin comprender.

—«Me gustan los culos grandes y no puedo mentir...» —cantó.

Sonrió, haciendo como que conocía la canción a la que se estaba refiriendo. Se había perdido veinte años de música popular, exceptuando los fragmentos que salían de otras celdas. Tendencias que habían nacido y habían pasado de moda sin dejar huella en él. Todavía estaba intentando acostumbrarse al hecho de que ya no vendían vinilos en la mayoría de las tiendas de discos.

—Adelante. Me gustan las mujeres con un poco de carne sobre los huesos.

posó el tenedor y dejó que su mirada recorriera libremente el rostro de él una vez más.

—¿Puedo preguntarte algo?
—Claro.
—¿Por qué no me diste antes tu número de teléfono?
—No lo sé. —Se encogió de hombros—. ¿No suele ser el hombre el que llama?

Ya se había imaginado el panorama: ella llamando al centro de reinserción local y que le contestara Cow o alguno de los delincuentes con los que vivía.

—Me preguntaba si no habría alguien de quien no me quieres hablar.

—Sí, mi compañero de habitación. No coge mis mensajes.

Sus ojos parecieron agrandarse, como si el resto de su cara hubiese empequeñecido.

—No sé nada de ti.

—¿Qué es lo que no sabes? —dijo poniendo el tono pícaro y socarrón que había oído a otros hombres utilizar cuando hablaban con mujeres.

—¿Cómo un hombre de tu edad tiene un compañero de habitación y no está casado?

—Supongo que no he encontrado a la mujer adecuada.

Resopló y se enfurruñó.

—¿Seguro que no eres un soberano mentiroso con mujer y siete hijos por ahí?

—No hay nadie más, que yo sepa. ¿Me ves algún anillo?

Levantó la mano que no llevaba vendada y puso cara de inocente. Pero sabía muy bien que si no fuera porque era extranjera, ya le habría hecho esas preguntas mucho antes.

—Pero, ¿dónde has estado metido todo este tiempo que no tienes un trabajo normal o una amiga especial? —preguntó. Evidentemente, había estado revisando algunas de sus conversaciones iniciales—. ¿Por qué no has visto *Pesadilla en Elm Street 1, 2, 3, 4, 5 o 6*?

—Te lo dije. Mi padre murió y yo me fui al norte⁴⁷, a estudiar derecho —le contestó, refiriendo estrictamente los hechos—. No salí a ver muchas películas.

—Hay algo más que no me has contado. —Le dio la vuelta al tenedor—. Lo siento en mi *zemer*.

Puso una mano sobre la otra tapándose la gasa que había empezado a sentir húmeda cuando hablaba con la señora A.

⁴⁷ N. de la T.: El término que emplea en inglés, «upstate», significa tanto «al norte del estado» como «estar en prisión».

—Bueno, ¿y qué hay de ti?—dijo intentando redirigirla—. Siempre eres tú la que me hace preguntas. ¿Cómo es que no tienes novio?

—Oh, no empieces conmigo, por favor —dijo—. Soy como un imán de nevera para los hombres que no me convienen.

—Mmm, ¿eso va por mí?

—No lo sé. —Se pellizó el labio inferior—. Aún está por determinar.

—No dejaste a nadie en, esto...

—Kosovo. —Puso los ojos en blanco.

—¿Qué es lo que pasó allí?

—Ugh, estadounidenses. Para vosotros el resto del mundo no existe hasta que un avión se estrella en uno de vuestros edificios.

—Vale, soy un imbécil. Cuéntame.

—Nadie que no haya estado allí podría entenderlo —dijo.

Se masajeó la cicatriz bajo su barba. Había pensado unas 150.000 veces lo mismo mientras estuvo en prisión.

—Prueba.

—¿Has oído hablar de la limpieza étnica?

—Sí, claro. —Se dio cuenta una vez más de que intentaba mantenerse a flote en las profundidades más recónditas de su ignorancia.

—Resulta difícil de creer que un ser humano pueda actuar de esa forma, excepto en los libros de historia. Y entonces, un día llegas a tu casa y tus vecinos están allí, robando las joyas de tu madre. Mataron a nuestro gato y mancharon las paredes con su sangre para ahuyentarnos. Fue algo animal.

—Todos somos animales —dijo. Dejó caer tímidamente su mano vendada en el costado.

—Sí, vale. Por supuesto. Esa es otra banalidad. Pero una cosa es saberlo y otra verlo con tus propios ojos.

Le gustaba la forma en que lo hablaba, con un tono intenso y los ojos brillantes, como si ambos fuesen estudiantes de alguna universidad de intelectuales a la que él nunca llegó a ir.

—Oh, lo he visto. —Levantó su café—. De vez en cuando.

—¿Cómo? ¿Eres kosovar y no me lo habías dicho?

—No, pero he estado... por ahí. —Le dio un sorbo—. Ya sabes.

Ella estudió su rostro por encima del borde de la taza. Examinó sus rasgos uno a uno para ver si la primera vez que lo pintó se le había pasado algo por alto.

—Supongo que la gente es capaz de cualquier cosa. —Se limpió la boca con una servilleta—. En las circunstancias apropiadas.

—No, yo no pienso así.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿No crees que sea posible que una persona buena se vea entre la espada y la pared, y haga algo que normalmente no haría?

Sus ojos se movieron medio centímetro, como si estuviese observando algo detrás de él.

—A veces —reconoció—. Pero hay gente que no merece pertenecer a la raza humana por las cosas que hace.

—¿Como, por ejemplo?

Se dio cuenta de que la estaba poniendo a prueba para ver dónde estaban sus límites. El tiempo indefinido se estaba acabando. Las líneas duras empezaban a formarse.

—Los soldados que le hicieron eso a mis primos —dijo—. No eran humanos.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que hicieron?

Su voz ligeramente temblorosa le hizo incorporarse un poco, como un perro al oír la palabra «hueso».

—Pararon el coche, llevaron a mi prima Edona al granero y dos de ellos la violaron. La abofeteaban mientras uno de ellos decía: «¿Por qué tratas a esa zorra tan bien?». Luego salieron y dispararon a su hermano pequeño en la cabeza, para que cuando creciera no se vengara de ellos.

—¿Qué horror!

—Alguien que haga eso no merece que lo llamen ser humano —dijo. El color de su piel iba palideciendo a pesar de que ella hacía que pareciera como si estuviese hablando de alguien a quien hubiesen expulsado de un partido de fútbol—. Ni siquiera que lo llamen animal.

Sintió que se estaba acercando a uno de sus límites.

—¿Te ocurrió a ti también? —le preguntó, empujándola hacia ese límite.

—No, por supuesto que no. —Negó con la cabeza con demasiada rotundidad—. Solo quemaron nuestra casa y nos hicieron caminar cinco días bajo la lluvia hasta llegar a la frontera. Nosotros fuimos los afortunados.

—¿A eso lo llamas ser afortunado?

—La mujer de la tienda de campaña de al lado murió y dejó tres huérfanos—dijo—. Nosotros solo perdimos nuestra casa. Si lo comparas, no está tan mal.

No la creía. Podía casi oler que había algo más que no le había contado. Se respiraba en el aire, como el ozono tras un rayo.

—¿Pero el resto de tu familia está bien?

—Sí. Están sanos y salvos. ¿Por qué sigues preguntándolo?

—No lo sé. Parece como si hubieses omitido algo.

Todavía conservaba ese instinto de la cárcel. Cuando te han dado por todos los lados, puedes distinguir a las personas que han sido traicionadas. Estaba empezando a abrirse a él sin ni siquiera conocerlo. Su corazón estaba medio expuesto; tan cálido y frágil que se podía aplastar fácilmente, como a un gorrión tembloroso. El mero pensamiento de que poseía ese poder, ese dominio sobre ella, le excitaba y a la vez le molestaba. Tenía que parar y preguntarse si eso era lo que quería de ella.

—Quizá sea mejor que no hablemos de esas cosas. —Empezó a romper la servilleta y a hacer bolitas que parecían balas de cañón.

—Lo siento. ¿Te he molestado?

—No. Es solo que siempre surgen complicaciones. Como te dije, los errores no se borran. Dibujas alrededor de ellos.

—Sigo sin entenderlo.

—¿Por qué deberías? —Extendió los dedos por todo el bloc, como si estuviesen cubriendo la parte delantera de un vestido—. Nadie más puede. Es imposible.

—¿Cómo lo sabes?

—¿El qué?

—No dejas de decirlo, pero, ¿cómo lo sabes? —Puso la mano que tenía sin vendaje sobre la suya—. Quizá yo sea la persona que pueda entenderte.

Detectó el pulso de ella bajo la palma de su mano y el destello de anhelo en su rostro. Quería creer en él, quería pensar que él era mejor persona de lo que realmente era.

—Si te cierras en banda —dijo—, nunca lo sabrás.

La chica del pelo rizado puso el libro mirando boca abajo sobre la mesa; estaba escuchando a hurtadillas. Julián le lanzó una mirada de advertencia para que se metiera en sus malditos asuntos.

—Eres un hombre dulce. —Zana retiró rápidamente la mano, barrió las tiras que había hecho con la servilleta y ahuecó la mano para echarlas dentro—. Me preocupas.

—¿Por qué?

—Porque el mundo es un lugar muy malo para los hombres dulces.

Negación, ira, regateo emocional

Vale, para. Hablemos claro. Todavía no está tan oscuro. Retén la noche un poco más. Un par de horas más de luz. No tardaré más.

Francis entregó el ADN de Eileen al doctor Dave, le dejó un mensaje a Tom Wallis para que averiguara las amistades femeninas y demás mujeres que conociera su hermana, pasó a máquina sus notas y después se dirigió a su casa. Rayos color ámbar atravesaban las cuerdas del arpa que era el puente de Brooklyn, y hacían que luces estroboscópicas se reflejaran en su parabrisas. Bajo las nubes grises asomaba una extensión rosada, como cuando se vislumbra el estómago de una niña bajo un jersey fino. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba continuamente ajustando los espejos para compensar los puntos ciegos y asegurarse así de que no le dieran un golpe de refilón. Estos últimos días se había perdido el centelleo de diamante desconchado del East River porque no podía permitirse el lujo de quitar los ojos de la carretera.

Por favor, Dios de las pequeñas cosas, deja que llegue a casa sano y salvo. Del resto ya me ocuparé yo.

Todavía se te sigue dando bien este juego, ¿verdad, Loughlin? Solo una copa más y lo dejo. Permite que resuelva este caso y no te daré más por culo en los tres siguientes. Deja que atraviere esa puerta con vida. Te prometo que creeré en ti hasta la próxima crisis.

Retomó su camino por Sackett Street. El sol comenzaba su lento descenso sobre los viejos y putrefactos embarcaderos de Red Hook. Los gruñidos humeantes del tráfico se extendían por la autopista de Brooklyn Queens. Si bien no lo reconocía del todo, era consciente de que últimamente se alteraba ante la llegada de la noche; prestaba más atención para seguir el mismo camino a casa, estaba más pendiente de los coches aparcados en doble fila, de los niños que salían corriendo tras la pelota en las calles, del tiempo que le llevaba a la ciudad reparar la luz rota que había delante de su casa. Cerró el coche y vio las cortinas de la ventana de la fachada de la vecina

moverse. La mujer que vivía allí era la viuda de un bombero que falleció en el Trade Center. Tenía una imagen de Jesús dentro de una mitad de concha cerca de los escalones de la entrada y su manera de honrar la memoria de su marido era apenas dirigiéndole la palabra a Francis. Si ello se debía a que continuaba con la tradición de la rivalidad entre cuerpos o a que preguntaba a Dios en silencio por qué se había llevado a su buen marido mientras Francis seguía con vida, no sabría decirlo.

Cogió el correo y subió los escalones encorvado. Fue pasando rápidamente las cartas para ver qué empeoramiento le esperaba. Una factura del gasóleo de la caldera, la factura de la electricidad de Con Edison, catálogos de semillas y folletos de yoga para Patti, otra factura de la residencia de su padre en el norte del estado y algo de la *Jewish Guild for the Blind*⁴⁸. Probablemente para recaudar fondos. Comenzó a meter la llave en la cerradura mientras se preguntaba ocioso cómo habrían dado con su nombre. ¿A quién se habrían dirigido? ¿Al departamento de vehículos motorizados? ¿A la asociación de dotaciones para detectives? ¿A las consultas de los médicos? El llavero se le escurrió de los dedos cuando recordó haber visto folletos de la *Jewish Guild* y de *Lighthouse International*⁴⁹ en la sala de espera del doctor Friedan.

¿Necesito esto? Rompió por la mitad la carta y se la metió en el bolsillo. Después se agachó para buscar las llaves, esperando que la enojada viuda no lo viera buscando a tientas como si ya estuviera ciego.

Al entrar, la casa estaba tan silenciosa y oscura que parecía un mausoleo. Echaba de menos a los chicos, arremeter el uno contra el otro con sus músicas (Slayer contra Indigo Girls) y a Patti trasteando en la cocina, hablando con sus amigas por teléfono y preparando la cena. Se acordó de que no llegaría hasta las nueve porque se quedaba hasta tarde con unos clientes en el gimnasio.

Comenzó a encender las luces y a hacer el mayor ruido que podía. Tenía esa costumbre desde los diez años, cuando llegaba del cole y se encontraba con una casa vacía. El mando a distancia estaba en el salón. Lo cogió y puso la CNN. Justo a tiempo para escuchar que la explosión de una bomba colocada en el borde de la carretera había matado a tres soldados a las afueras de Mosul. ¡Dios santo! Escuchó atentamente, con un garfio en

⁴⁸ N. de la T.: Organización sin ánimo de lucro que presta ayuda a personas con problemas de vista, ciegos y discapacitados.

⁴⁹ N. de la T.: Organización mundial que intenta remediar los problemas de visión. Eso incluye programas de rehabilitación y educación, así como investigaciones y defensa de personas afectadas por estas enfermedades.

mitad del pecho, para ver si decían algo sobre las tropas destinadas en Corea. Puto crío. Tenía que demostrarle al viejo que ya no iba a poder abusar de su autoridad nunca más. «Ahí te he pillado, papá. Tú nunca has luchado en una guerra de verdad, ¿cierto?» El chico había luchado por encontrarse a sí mismo. A diferencia de su hermana pequeña, él nunca había sido buen estudiante, y tampoco es que tuviera mucho futuro en el equipo de béisbol de Bishop Ford. Había sido una presa fácil para el oficial de reclutamiento local, que le había dicho que podía ser alguien, defender su país y ligarse a más chochitos que Snoop Dog, al mismo tiempo. ¿Pero para qué? ¿Armas de destrucción masiva? Venga, hombre. Aquella era la historia de otro hombre que no daba la talla e intentaba quedar por encima de su viejo.

Pero, ¿qué se podía hacer ahora? Si empiezas un combate, tienes que terminarlo. Y si lo que estaba detrás había resultado ser poco consistente, pues eso solo significaba que tendrías que luchar más duro. Además, el tipo tras el que andaban era un gilipollas. Gaseó a cientos de miles de sus compatriotas. ¿Que la causa contra él necesitaba un pequeño empujón? ¿Y qué? Sabías que tarde o temprano iba a caer. Todos lo harían. A veces solo hay que encontrar las piezas que faltan para que los demás puedan ver la imagen en su totalidad. Y eso no significa estar equivocado, ¿no?

Apagó el televisor, pues no era capaz de calmarse, y subió a la planta de arriba. Estaba planteándose reabrir las negociaciones de peticiones con la autoridad superior. *De acuerdo, esto es lo que pongo sobre la mesa. Dejas a mi chico al margen de esta guerra y entregaré mi carné de conducir en los próximos seis meses. Y después me podrás quitar cinco grados de mi visión y regalarme dolores crónicos. Incluso volveré a confesarme. Perdóneme, Padre, porque he pecado. Hace treinta y tres años que no me confieso...*

Tú, sórdido hijo de puta. ¿Qué derecho tienes a conseguir un trato mejor? ¿Qué tal si muestras un poco más de gratitud? *Has podido morir en media docena de ocasiones en los últimos años. Cuando te caíste desde esa altura en Baruch Houses. El chaval que salió desde detrás de un Datsun en Lenox Avenue y apretó sin éxito tres veces el gatillo con una Browning (el cañón a no más de metro y medio de tu cara). O cuando casi te caes por un conducto de aire en la 132 mientras perseguías a un violador por el tejado.*

En ocasiones, esos momentos parecían más reales que el hecho de estar allí, en esa casa imperturbable, con una mujer espectacular que le había perdonado por todas las cosas espectacularmente estúpidas que había hecho. Más reales que el hecho de que tenía dos hijos que se sentaban en su

regazo y veían entre semana películas de John Wayne a unas horas en las que ya deberían estar en la cama. Quizá yacía tendido en el fondo de ese conducto, y todo esto no era más que el sueño de un hombre moribundo.

Se paró en el rellano para descansar un rato. Se preguntó si dentro de unos años esa casa seguiría siendo apropiada para él. Sí, había unos cuantos escalones. ¿Y qué? Iba a perder la vista, no las piernas. El problema más inminente serían las pequeñas marcas y cosas que no vería hasta que Patti se las señalase. Era lo que tenían las casas antiguas. Tenías que estar pendiente de que el revestimiento de madera no se astillara, de que los clavos no se salieran de las tablas del suelo, de que los toalleros no se desprendieran de las paredes. ¿Cómo iba a poder usar una sierra o un soplete oxiacetilénico si iba a necesitar un perro guía hasta para ir a comprar una botella de leche en la tienda de la esquina?

Colgó su chaqueta en una percha del armario de la habitación y se dirigió al baño para lavarse. Un chorro de agua sonó sobre su cuero cabelludo cuando se puso delante del grifo. Un golpe directo en su punto ciego, lo que le hizo acordarse de que esa noche se iban a producir de nuevo lluvias intermitentes y aún no había dado con la gotera del tejado. Llevaba así desde abril. ¿Por dónde entraba el agua? Calculó que tendría unos cuarenta y cinco minutos para subir al tejado y echar un vistazo antes de que oscureciera demasiado.

«No dejas de preguntarte, ¿qué es eso tan terrible que he hecho?» Se secó la cabeza con una toalla, meditando lo que le había dicho Eileen. «Debe de ser por algo que hice.»

Yo no. No tenía nada en su historial de lo que no pudiera defenderse. Bueno, nada con lo que no pudiera vivir. Repasó de nuevo la letanía para asegurarse. Has sido un buen marido (tras un par de traspies), un buen sostén económico para la familia, un buen padre, un buen policía.

No es que lo de Julian se le hubiese alojado en la memoria durante todos estos años como una esquirra. Todo el mundo ha tomado algunas decisiones que con el paso del tiempo se han vuelto cuestionables. Pero las cosas eran como eran. Vives la vida que vives. Luego todo depende de que alguien lleve la cuenta de todo lo que has hecho y te presente la factura al final.

Aquellos eran tiempos violentos y él era el hombre para hacerlos frente. Dos mil asesinatos al año en la ciudad: bebés muertos a disparos en sus cunas, abogados apuñalados en el metro, médicos asesinados en los salones de su casa. No mandas llamar a los jesuitas. Envías a alguien que esté dispuesto a ocuparse de las barreras. La vida y la muerte no son para los quisquillosos y los minuciosos. El Código Penal del Estado jamás ha servido de ayuda a los corazones desconsolados. La Cuarta Enmienda

jamás ha reconfortado a una familia que ha perdido a un ser querido. A veces tienes que dejar a un lado tu preciada guía y actuar en el umbral de la zona gris.

«¿Vio usted cómo se metía la pistola en el bolsillo, agente?» No, el contorno se marcaba en la chaqueta. «¿Vio usted a esa persona cambiar dinero por drogas?» Bueno, ¿cómo demonios fue a parar a su bolsillo si no?

Cada vez que esto ocurría se decía a sí mismo que no lo volvería a hacer, consciente de que cada vez estaba más cerca de cruzar la línea y, una vez cruzada, ya no habría marcha atrás. Era un buen hombre, un buen policía. Entonces, ¿por qué demonios lo había hecho? Probablemente con lo que tenían ya había suficientes fundamentos legales para abrir el caso. Las huellas de Julian en el arma homicida, las llaves del apartamento de la víctima en su bolsillo. Pero en el momento crucial, cuando nadie estaba mirando, cogió aquel tampón ensangrentado que por algún motivo había acabado en el suelo junto a la manguera de incendios, como si hubiese sido arrastrado hasta allí tras haberse quedado pegado en la suela del zapato del asesino, y lo puso en la papelera del baño del apartamento de Julian, a menos de cuatrocientos metros de allí.

A lo largo de estos años, se había repetido esa escena en su cabeza cerca de media docena de veces, preguntándose por qué había ocurrido. Cada vez que lo hacía lo único que podía recordar era lo asustado que estaba. Por supuesto que le asustaba el hecho de que lo pudieran pillar, pero era algo más que eso. Ahora se daba cuenta que lo que le asustaba era el no ser capaz de hacerlo. Le asustaba la posibilidad de fallar, que todo el mundo viera que no era al hombre adecuado a quien confiar ese trabajo.

Abrió el botiquín y lo cerró. Qué coño. Al igual que ocurría en la guerra, no siempre podías esperar hallar pruebas irrefutables. Y además, todo el mundo era culpable de algo, ¿verdad?

Pero en veinte años, desde que aquello ocurrió, no había vuelto a cruzar la línea. Cuando oyó al padre gritar después de que el juez dijera «entre veinticinco años y cadena perpetua», el miedo se apoderó de él. Lo habían puesto en aviso.

Lo admitiera o no, había cambiado tras aquello. No de repente, sino de forma gradual. Había dejado de beber y de hacer gilipollices. Había empezado a pasar más tiempo con los niños y a desagraciar a Patti. Y a asegurarse de que nunca jamás encerraría a otro hombre sin darle un trato justo. En cierto modo, ya había hecho su penitencia. Entonces, ¿por qué seguía sintiendo esa mano fría sobre su corazón?

Salió del baño y vio que el contestador parpadeaba sobre la mesilla de noche. Demasiado pronto como para tener noticias de Dave y la oficina del

forense, así que sus pensamientos deambularon hasta llegar de nuevo a Eileen. «Los hijos tienen secretos.» Ni idea de a qué se refería. Se preguntó si de nuevo se le estaba pasando algo por alto. La misma sangre veinte años después. *Venga, Dios de las pequeñas cosas, danos una pista.* Una huella parcial en un vaso de agua. Una mancha de sangre en la fibra de la alfombra. Una pizca del ADN de Julian en una de las toallas de Christine. No es que estuviese buscando un resultado concreto esta vez. *Ya no voy a jugar a ser Dios,* se dijo para sí. No era una buena hora para ello y los resultados eran pésimos. *Tan solo ayúdame a acertar esta vez.*

El teléfono sonó antes de que pudiese darle al botón para oír los mensajes. Lo cogió de la horquilla con la esperanza de que fuera Rashid, desde el almacén, con buenas noticias y masculló:

—¿Dígame?

Pero al otro lado solo había un silbido que subía y bajaba en intensidad, como la nieve que cae cuando hace mucho viento.

—¿Hay alguien ahí?

Miró a ver el número que salía en el teléfono, pero ponía «no disponible».

—Quienquiera que seas, no necesito tu mierda ahora mismo. No estoy de servicio. Si tienes alguna queja, llámame al trabajo como el resto de gilipollas.

Oyó a través de la línea la presión de un leve aliento y notó como si de repente la habitación se enfriara.

—Muy bien. Que te jodan, pues.

Colgó y tiró el teléfono en la cama. Después lo pensó mejor y marcó el *69⁵⁰ sin éxito. *No hay problema. No me asustan los fantasmas.* Se acercó a la ventana para ver cuánta luz del día le había dejado. El cristal en el que apoyaba las yemas de sus dedos estaba frío y ligeramente empañado, como si alguien hubiese estado respirando sobre él desde el otro lado. Las nubes estaban casi sobre el río, pedacitos de materia gris que cubrían parcialmente los edificios de oficinas de Manhattan. Y, desde la otra habitación, escuchó cómo el agua goteaba desde el techo y salpicaba sobre el lavabo a intervalos irregulares.

⁵⁰ N. de la T.: Número de información telefónica.

Julián vio la lluvia caer como cien mil sedales y después se puso en cuclillas delante de la puerta del baño de Zana para ver si se la podía colocar.

—Quienquiera que hizo esto debía de estar bajo los efectos del polvo de ángel —dijo—. Mira lo mal alineadas que están las bisagras.

—Mmm. —Ella permanecía unos metros detrás, con las manos bajo las axilas, observándolo con aquellos enormes ojos marrones, y probablemente rogando para que no lo dejara peor de lo que ya de por sí estaba.

Vivía en la segunda planta de un edificio antiguo sin rehabilitar en Red Hook, un barrio al lado de los muelles que se comunicaba con el resto de Brooklyn mediante la autopista. Las grúas y los cargueros surgían imponentes, como dinosaurios, sobre el embarcadero. Las calles tenían adoquines y nombres como Pioneer, Verona, King, Beard, Coffey y Visitation Place, y cada pocas calles veías a una persona que se quedaba en la puerta de un almacén, como si estuviese haciendo algo que no fuera a beneficiarle demasiado.

A pesar de la lluvia, por su ventana se podía ver una parte de la Estatua de la Libertad, y de vez en cuando un remolcador hacía sonar su sirena cuando pasaba por el canal Buttermilk.

Zana había hecho lo que había podido con aquel lugar. Había colgado pañuelos de colores brillantes en las entradas a los pasillos, y había velas por todas partes. Había tapado los agujeros de las paredes con dibujos en blanco y negro que ella había dibujado, con figuritas desnudas que recorrían intrépidamente callejones similares a cañones y dibujos de bebés en tarros que, si los mirabas detenidamente, resultaban ser la misma mujer en las distintas etapas de la vida, siempre suspendida en formaldehído.

—Por casualidad no tendrás un taladro, ¿verdad?

Zana fue a la otra habitación y volvió con una Black & Decker eléctrica que tenía ya puesta una broca de centímetro y medio.

—¿Cómo es que tienes todas estas herramientas si no sabes usarlas?
—le preguntó mientras la enchufaba y observaba cuidadosamente la toma de corriente para ver si saltaban chispas.

—Era carpintero.

—¿Quién?

—La persona con la que estaba. Mi marido.

—¿Tu marido? —Casi se le cae el taladro—. ¿Y eso? ¿Cómo es que nunca me lo habías dicho?

—No viene al caso. Ya no estamos casados.

—Mmm.

Pulsó dos veces el taladro y la miró mientras pensaba qué decirle. Se sentía como si hubiese pillado a otra persona en su celda hurgando en sus cosas. Se giró e hizo un agujero nuevo en la jamba para entretener su mente con algo antes de cometer alguna estupidez.

—Era de mi ciudad —explicó—. Mis padres conocían a los suyos. Ya sabes cómo son estas cosas. Pensaron que podría cuidarme después de lo que pasó cuando regresamos a casa. Pero entonces nos vinimos a Estados Unidos y él no era capaz ni de cuidarse a sí mismo.

Dejó el taladro en el suelo y sopló para quitar el serrín y ver la profundidad del agujero.

—¿A qué te refieres?

—Es un gilipollas integral —suspiró—. No hay nada más que comentar al respecto.

Drogas, pensó para intentar mantener la calma. Esa parecía ser la respuesta a una de cada tres preguntas que surgían tanto fuera como dentro de la cárcel.

—Al menos te dejó sus herramientas. —Cogió el metro que le había dado haciendo como que no le preocupaba.

—Entre otras cosas...

Zana miró por la ventana, más interesada en el tiempo que hacía que en ese tema de conversación.

—¿Estás divorciada?

—Claro. —Saludó a alguien de fuera—. Lo veo con la menor frecuencia posible.

—Serías muy joven.

Colocó una bisagra en la jamba y puso una marca donde iría el segundo tornillo mientras se decía a sí mismo que así era como la gente madura abordaba esos temas.

—Todo el mundo es joven. No vale como excusa.

Cogió el taladro y empezó a hacer otro agujero. Pensó en todas las demás cosas que debería estar haciendo en ese preciso instante para ayudarse a sí mismo. Debería estar investigando más. Debería estar buscando a más testigos para su coartada. Al menos debería estar buscando otro trabajo o escribir más cartas al sindicato de su padre para ver si tenía derecho a alguna prestación. Pero helo ahí, Julián *el Imbécil*, incapaz de resistirse a una mujer necesitada.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí? —dijo. Soltó el gatillo y dejó que el silbido estridente se fuera apagando—. No parece que tengas a muchos amigos o familiares por aquí.

—Un par de meses —dijo—. Antes estaba en Pelma Parkway, en el Bronx, pero era casi como estar de vuelta en casa. Toda aquella gente que conocía a mi familia. No podía soportarlo. Tenía que irme a otro lado. Mi madre lloraba y lloraba, pero yo le dije: «*Meme*, ¿por qué te enfadas? Estamos en Estados Unidos. *Shtendosem*. ¡Cálmate!».

—Sí. No puedes culpar a alguien por querer hacer borrón y cuenta nueva.

—¿Crees que puedes arreglar la puerta? Estaría bien tener un poco de privacidad.

—Sí, creo que sí. —Midió la distancia entre la bisagra superior e inferior, contento de poder tener las manos ocupadas—. ¿Pero quién ha hecho esto? Veo que alguien intentó poner masilla. Todavía no se ha secado.

—Mi marido. Todo lo que hace lo hace mal.

Se giró lentamente.

—Creía que no lo habías vuelto a ver desde que te mudaste del Bronx.

—Viene a veces. Pero solo por necesidad.

—Ya veo. —Dejó que el metro se enrollara bruscamente y lo dejó caer en el suelo.

Cayó en la cuenta de que había un par de habitaciones que todavía no le había enseñado. Olisqueó y miró dentro del baño, como si pudiera percibir el olor de otro hombre. Sus músculos se tensaron al pensar en qué es lo que haría si resultaba que le estaban tomando de nuevo por tonto.

—Bueno, la próxima vez que lo veas dile que no debería coger una herramienta si no sabe cómo usarla.

Pero, en vez de escucharlo, se marchó repentinamente de la habitación, alertada por el sonido de unas llaves en la puerta de la entrada.

Cuando la puerta se cerró, aquel sonido fue directo a sus terminaciones nerviosas. Oyó cómo se reía tontamente y hablaba con alguien en un tono juguetón que jamás había usado con él.

Se apoyó sobre una rodilla e intentó alinear la bisagra inferior. Lo habían utilizado de nuevo. Debería irse de allí y dejarla sin su puerta del baño, se dijo para sí. Que otro idiota se ocupe de sus problemas. O podía empezar a comportarse como un bocazas y a sacar pecho cuando su rival entrara en la casa, pues él tenía un taladro como arma. Pero, en vez de todo esto, decidió terminar el trabajo, tal como Papi lo habría hecho, para poner en evidencia a su rival. Así es como un hombre lo habría hecho. Y después se daría la vuelta y saldría, como Gunfighter desde lo alto de su caballo.

—Oye, ¿me puedes dar un destornillador para que pueda acabar esta mierda? —gritó, dejando caer su voz media octava para que el intruso supiera de su presencia.

—Un momento, por favor —respondió Zana antes de comenzar a hablar en voz baja de manera cómplice con su invitado.

Era demasiado, concluyó. No podía permanecer allí. No había sobrevivido a cosas que podrían haber matado a hombres diez veces superiores a él para que lo trataran con semejante falta de respeto. Comenzó a ponerse en pie para prepararse ante el inminente choque frontal.

Pero entonces, la cortina que separaba las dos habitaciones se movió y, en vez del tarugo borracho que se esperaba, surgió un niño pequeño, de no más de cuatro o cinco años. Caminaba ansioso, dando bandazos desafortunados, como si los arcos de sus pies no estuvieran del todo formados. El tamaño de su cabeza se le acercaba cada vez más. Sus ojos eran demasiado grandes para su cara y su piel tenía ese color cetrino que le era tan familiar. Julián se giró para mirar a Zana, que estaba detrás de él, y confirmó el parecido madre-hijo. Fue entonces cuando vio que el niño le estaba llevando un destornillador de cabeza plana con la punta mirando al suelo.

La luna estaba envuelta en nubes pesadas cuando Patti subió por la trampilla y encontró a Francis subido al tejado casi a oscuras, exceptuando su linterna, que se movía lentamente por las juntas alquitranadas.

—¿Policía científica? —preguntó.

—La gotera que está encima del lavabo del baño. Me está volviendo loco. Fue hasta donde estaba y se acurrucó a su lado.

—Estás helado. No estarías aquí cuando ha empezado a llover antes, ¿verdad?

—Me cayó un poco. Pensé que empezaría a llover algo más tarde.

Se giró en dirección a Manhattan. Las luces eran tan tenues y borrosas a su vista como lámparas bajo el agua. Recordó lo mucho que le gustaba subir al tejado y admirarlas, consciente de que cada ventana iluminada era parte del enorme código genético de la ciudad, un patrón que solo los dioses y los urbanistas comprendían.

—¿No crees que es un poco difícil encontrar una gotera en la oscuridad?

—El momento idóneo para buscarlas es cuando acaba de dejar de llover.

—La luz de su linterna vagaba sin rumbo—. El agua podría estar entrando por cualquier lugar.

Un autobús pasó suspirando, combado por la soledad de los pasajeros nocturnos.

—Entonces, ¿qué es lo que pasa?

—Sabes que esa cosa tan extraña que ha ocurrido en el laboratorio me ha tenido estos días fuera de mis casillas, ¿verdad?

—Sí, estabas buscando el ADN de *Julian Vega* y en vez de eso encontraron muestras de la misma mujer en ambas víctimas.

—Exacto. Así que tomé una muestra de Eileen Wallis para poder eliminar a su hija, Allison, como la fuente del ADN. —Se saltó todo el subterfugio del pañuelo, consciente de que una ex fiscal le rompería los huevos por haber hecho eso.

—Pero, ¿por qué tenías que hacer eso? Está muerta, ¿no?
—Sí, pero tenemos que seguir todos los pasos para asegurarnos de que nadie la fastidió y etiquetó mal la sangre de la víctima.

—¿Y?

—Acabo de recibir una llamada de David Abramovitz, de la oficina del forense, a mi móvil. —Respiró profundamente. Todavía necesitaba asimilar lo que le había dicho—. Ya tenía los resultados. Eileen Wallis es la madre de la mujer cuya sangre fue encontrada en las dos escenas del crimen.

—¿Qué!

—Lo que has oído. Es su hija.

—Espera un segundo. —Patti le tocó el hombro—. Explícamelo.

—Vale. En el homicidio del 83 había sangre bajo las uñas de la víctima, como si hubiera arañado a su agresor. Así que primero pensamos que podríamos hallar el ADN de Julián. Pero, entonces, lo comparamos con los restos de sangre de Allison que había en una funda de almohada y los resultados mostraron una coincidencia, ambos restos de sangre eran de ella.

—Por ahora te sigo —dijo Patti—. Había sangre suya por todas partes.

—Cierto. Suele pasar. El problema es que Dave ya había realizado una comparación con el ADN hallado bajo las uñas de Christine, justo el otro día. Le pedí que lo hiciera pensando que resultaría ser el de Julián en ambos casos y así lo podríamos pillar por ahí. Sin embargo, los restos de las uñas de Christine coincidían con el ADN femenino de la funda de almohada de Allison.

—¿Eh?

—Sí. Entonces nos dimos cuenta de que debíamos retroceder sobre nuestros pasos y asegurarnos de que la sangre de la funda de almohada que se etiquetó como si fuera de Allison era realmente suya. De lo contrario, estaríamos partiendo de una falsa premisa. Así que tomamos una muestra de la madre. Y, ¿qué es lo que encontramos? No solo que la sangre de la funda de la almohada es de su hija, sino que también es la sangre de su hija la que encontramos bajo las uñas de Christine Rogers.

—Espera un segundo. —Patti agitó las manos—. Pensaba que solo tenía una hija. No sabía que tuviera más.

—No me dijo que las tuviera.

—Mierda.

Se produjo una pequeña explosión y los dos dieron un brinco. Las risas de unos chavales resonaron desde la tienda de comestibles de la esquina y Francis se dio cuenta de que alguien había encendido unos petardos en la tapa metálica de un contenedor de basura.

—Estoy desorientado, Patti —admitió—. Estoy totalmente desorientado, joder.

—Pero, ¿cómo es posible? ¿Me estás diciendo que encontrasteis células de la piel de Allison bajo las uñas de Christine Rogers? ¿Veinte años después de su funeral?

—Eso parece.

—¿Y cuál es el margen de error? —dijo. Tras años alejada de la oficina del fiscal del distrito comenzaba a volver a pensar de una forma analítica.

—Ninguno. A menos que se trate de gemelos idénticos.

—Alguien la está tomando contigo —dijo.

—Eso por descontado.

—Quiero decir que hay alguien que la está tomando contigo de veras. Jamás había oído algo así.

Asintió con tristeza.

—Tengo al chico del distrito 19 con el que estoy trabajando, Rashid, en el almacén, para ver si da con algo más que tenga la sangre de Allison. Su hermana es amiga de una chica que trabaja en el turno de noche. Pero, sinceramente, no sé qué voy a hacer si encuentra otra prueba que demuestre la coincidencia del ADN de Allison que encontramos bajo las uñas de Christine.

—¿Estás seguro de que la chica que enterrasteis en el 83 era Allison?

—Oh, por Dios santo, Patti, hablas como Eileen Wallis...

—¿Por qué? ¿Qué es lo que dice?

—Que Allison no está muerta. Que hay otra persona enterrada en Criklewood.

Movió la linterna, que dejó una estela en la oscuridad como una trucha moviéndose entre aguas residuales.

—Tiene que haber otra hija. —Patti negó con la cabeza—. A menos que el hermano sea una mujer travestida o algo así.

—He meado al lado suyo en el baño. Tiene lo mismo que yo.

—Entonces Eileen te está mintiendo.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—¿Quién sabe? Me dijiste que estaba loca.

—Sí pero, ¿qué voy a hacer? ¿Cómo encuentras a alguien que se supone que no existe? Si Eileen tiene otra hija de la que nunca ha hablado a nadie, es probable que la chica tenga otro nombre, una identidad completamente distinta. Encontrarla va a ser como encontrar a alguien allí fuera.

Señaló con su linterna al lugar donde el contorno de Manhattan solía estar. El patrón codificado cambiaba y evolucionaba constantemente.

—¿Eres detective o qué? —Patti le dio un codazo—. Estás buscando a un sospechoso y ya tienes el ADN de la madre. ¿Qué crees que vas a hacer? Pues introducirlo en los sistemas federales y estatales, y ver si logras dar con algo. Si estás hablando de alguien que ha matado a dos personas en los últimos veinte años, hay bastantes probabilidades de que lo hayan arrestado alguna vez por algo más.

Puso la linterna bajo la barbilla de Patti, iluminándola desde abajo como si fuera el Lincoln Memorial.

—Muy astuta —dijo.

—En este mundo hay un montón de cosas que resultan mucho más obvias cuando tienes vagina.

Asintió con la cabeza. Reconocía esa verdad universal a pesar de que la desesperación comenzaba a hacer mella en él de nuevo.

—El problema es que no sé qué vamos a hacer si salimos con las manos vacías de esto. Supongo que podremos ampliar esta búsqueda a licencias de matrimonios y registros de nacimientos para ver si Eileen había estado casada con anterioridad o si ha dado un niño en adopción sin decírselo a nadie. Pero la cuestión es que si miente ahora con lo del otro hijo, probablemente también lo hiciera entonces y diese un nombre distinto.

—Entonces no sé cómo vas a poder explicarlo.

Recorrió el aire con la linterna. Ya no era capaz de ver más allá de medio metro de su cara. La oscuridad se había apoderado de él. Había subido al tejado pensando que quizá pudiera pillar los últimos minutos de luz del día, pero la noche se había desplomado de repente sobre él.

—Francis —le dijo en voz baja—. Quiero preguntarte una cosa.

—¿Qué?

—¿Eso significa que encarcelaste a la persona equivocada?

La luz parpadeaba un poco, así que agitó la linterna y rogó por que las pilas no se estuvieran gastando.

—Ni tú ni yo lo sabemos —dijo con demasiada rapidez—. Todavía creo que Julián tuvo algo que ver en ello. Son demasiadas coincidencias: Christine hablando continuamente de él y guardando recortes de periódico de su caso...

—¿Qué estás diciendo entonces? ¿Que es... una conspiración? —preguntó, como si estuviera a punto de mandar a dormir la borrachera.

—No sé lo que es. Lo único que digo es que no mandé veinte años a la cárcel a un inocente.

—Pareces terriblemente seguro de ti mismo, teniendo en cuenta que aún no tienes todos los hechos.

—Eh, yo hice mi trabajo —insistió—. Le di el sumario al fiscal del distrito, quien a su vez se lo dio al jurado y fueron ellos los que decidieron después en función de las pruebas aportadas. Y eso es todo. Yo solo fui parte de todo ese proceso.

Patti le cogió la mano y se la apretó más fuerte de lo que a él le habría gustado.

—Cuando llegue el momento todo se verá —dijo—. Puedo con ello.

—Eso espero, Francis.

Soltó su mano.

—Cuando todo esto acabe voy a dormir bien.

—De acuerdo. Te tomo la palabra.

La oyó alejarse de él, se dirigía a la trampilla y a la escalera.

—¿Vienes a la cama? —le gritó.

Dio un paso y casi se tropieza con el cubo de alquitrán que pretendía bajar cuando todavía había luz.

La oscuridad no le daba cuartel. Ni una pista sobre hacia dónde tenía que girar. Había borrado del mapa Manhattan, había ocultado las estrellas y se había tragado las ventanas de los vecinos. La oscuridad estaba viva, junto con la amenaza que suponía las cosas que no podía ver: aviones que volaban bajo, frenos chirriantes, marginados que no paran de sermonear, cristales hechos añicos.

—No puedo.

—¿Cómo?

—He dicho que no puedo. No puedo moverme de donde estoy.

—¿Por qué no?

—Porque no sé cómo bajar de aquí —dijo—. No puedo ver nada.

—Mira, aquí lo tenemos.

Julian extendió el plano de metro en el suelo de madera noble. Eddie, el hijo de Zana, que seguía jugueteando con el destornillador, se sentó en su regazo.

—Cada sábado por la mañana, cuando los demás niños aún estaban durmiendo, mi *papí*⁵¹ me levantaba muy, muy temprano con un café con leche y panecillos con mantequilla y me llevaba a montar en los trenes.

La pequeña y pesada cabeza del niño descansaba en su pecho. Julián empezó a trazar con su dedo las largas líneas coloreadas.

—Intentábamos tomar una línea distinta cada vez, para que fuera como una aventura. A veces buscábamos estaciones fantasma.

El niño lo miró por encima de su hombro. Su nariz se arrugó.

—¿No las conoces? —le preguntó Julian—. Son esas estaciones abandonadas de las que todo el mundo se ha olvidado. Si giras la cabeza muy rápido cuando el tren de la línea seis que va al centro pasa por la curva, podrás ver que construyeron una bonita gruta bajo el City Hall, con arañas de latón y elegante ladrillo visto en las paredes. Mi padre decía que si montabas en el tren a altas horas de la noche, a veces podías ver a los fantasmas con sus trajes de noche, bailando y bebiendo champán.

El niño gesticuló de nuevo, intentando parecer cínico, pero sus ojos brillaban de la emoción.

—Pero mi favorito siempre fue el día de San Juan Bautista —Julian siguió. Sabía que tenía al niño encandilado—. Cada verano, mi padre me llevaba en el tren F hasta Coney Island para dar nuestros paseos. Pero, al final del día, bajábamos a la playa y nos uníamos a toda esa gente que se reunía en la orilla para adentrarse de espaldas en el océano. Era como un ritual de limpieza, para quitarse la mala suerte.

⁵¹ N. de la T.: En castellano en el original.

Se quedó callado un instante, recordando. Su viejo no era de seguir mucho las tradiciones, pero le había partido el corazón que no le dejaran adentrarse de espaldas en el agua con su hijo una última vez. El Estado hizo que Julian comenzara su condena el día antes de San Juan Bautista de aquel año.

—Eddie. —Zana salió de la cocina y entró a la habitación con un estropajo en la mano—. *Ba*.

—No, *Meme* —dijo para que le dejara estar más tiempo.

—Vamos —su madre insistió—. En marcha.

Se giró y abrazó a Julián, como si aquello fuera parte de una rutina diaria que los dos llevaban años haciendo. Luego se puso en pie y se fue correteando al baño, sin imaginarse siquiera que acababa de arrancar un trozo del aislante del corazón de un hombre adulto.

—¿Cómo no me dijiste que tenías un hijo? —Julian ya empezaba a preocuparse por él. Se preguntaba cómo había podido ocurrir tan rápido.

—Es un asunto que no le concierne a ningún hombre.

Julián oyó el grifo de la bañera y se dirigió a la cocina para ayudarla a terminar de fregar los platos.

—Te agradezco que le hayas dejado que te ayudara —dijo Zana—. Es bueno para él ver a un hombre trabajar. No como su padre, que es un vago integral. Le gustas.

Eso es poco, pensó Julián. El niño había saltado sobre él, le había llevado las herramientas y agua, le había hecho sugerencias sin que se lo pidiera sobre cómo cepillar las esquinas y sacar brillo a los lados de las bisagras y se había sobrecogido al ver como la puerta se abría limpiamente por vez primera.

—¿Quién lo cuida durante el día?

—Mi vecina Ysabel tiene una niña pequeña, casi de la misma edad, así que nos ayudamos la una a la otra. Siempre puedo contar con ella.

Ella le sonrió con timidez, dejando entrever un pequeño espacio entre sus dos paletos. Sin embargo, era como si su cara se hubiese llenado de vida y eso le emocionó un poco, pues sabía que le acababa de enseñar algo que no mostraba a la mayoría de la gente.

—Sí, cuando yo tenía su edad ayudaba a mi padre. Así fue como aprendí a usar las manos.

—¿Nunca has querido tener hijos?

—Oh, sí. —Cogió un trapo y empezó a secar los platos—. Creo que sería un buen padre. Dicen que transmites todo lo que has recibido a la siguiente generación.

—Entonces, ¿por qué no lo has hecho? —Le pasó un plato.

—¿El qué?

—Tener hijos. Con tu edad, ¿qué es lo que te echa para atrás?
—No lo sé. Nunca ha surgido.
—No me lo creo. —Cerró el agua caliente y lo miró—. O eres gay o estás enamorado de otra mujer. Tiene que haber una razón.
—No soy gay —dijo cruzando los brazos primero y luego descruzándolos, no fuera a parecer afeminado.
—¿Entonces qué eres? ¿Me estás diciendo que nunca ha habido alguna persona?
—No quiero hablar de eso.
—Lo sabía —dijo.
—Fue hace mucho tiempo.
—¿Te hizo daño?
—No sé por qué todo siempre tiene que ser culpa de alguien. A veces las cosas simplemente ocurren.
Cogió un estropajo y atacó la mesa de la cena en busca de manchas de tomate y restos de espaguetis secos.
—No opino así —dijo ella—. Siempre hay alguien que es la víctima.
—Bueno, estoy intentando aprender a no ver las cosas de esa forma.
Terminó de limpiar la mesa y fue a la otra habitación. Oyó que Eddie ya estaba fuera del baño y veía un capítulo de *Barrio Sésamo* en el que visitaban a los bomberos.
La pálida luz amarilla de media docena de velas votivas se movía y replegaba en las sombras, lo que le confería al salón una especie de misteriosa aura cálida y subterránea, tan solo estropeada por el sonido del bombero Bob al cantar «Esperando a que suene la campana».
—¿Todavía piensas en ella? —Zana estaba en la puerta.
—A veces. —Se sentó en la cama plegable mientras buscaba sus botas de trabajo y decidía si ya era hora de marcharse—. Y a veces no quiero pensar en ella nunca más.
—¿Todavía estás enamorado de ella?
—¿Qué te hace pensar eso?
—Es la sensación que me da.
La vela que estaba delante de él tembló. Una hoja naranja de acero clavándose en la oscuridad.
—Está muerta.
Ella echó a andar y se paró a mitad de camino.
—¿En serio?
—Sí, en serio. Hace mucho tiempo. Aquello me destrozó.
—Pero, ¿qué ocurrió?
—Algo terrible. ¿Te importa si no hablamos de ello?

La llama que estaba ante él se agitó. Estaba seguro de que ahora ella lo presionaría. Y entonces él tendría que mentir o decirle la verdad y echarlo todo a perder. La cera de la vela ardía con luz parpadeante en el platillo. Una parte de él deseaba que todo acabara para retomar de nuevo su vida. Su corazón iba a terminar perforado y hecho pedazos de todas formas. Pero su otra parte ansiaba soñar un poco más de tiempo.

—¿Pero me lo dirás algún día?

Julian hizo un sonido profundo con la garganta; no era ni un sí ni un no. Tenía la esperanza de que captaría la advertencia que aquel sonido conllevaba y entendería que era mejor dejarlo así.

—Creo que es triste —dijo.

—¿El qué?

—Tener un corazón tan bueno y nadie a quien dárselo.

—¿Quién dijo que yo tenga un buen corazón?

Escuchó las plantas desnudas de sus pies despegándose de las baldosas, una y luego la otra. Ahora iría hasta la puerta y la abriría para que él se fuera. En aquel instante y en aquel lugar podía percibirse el instinto que la sacó de como quiera que se llamase ese sitio. Ella sabía la verdad sin haber escuchado todos los detalles: él estaba demasiado herido como para ser bueno con alguien. Se calzó las botas y se puso en pie, listo para esgrimir alguna excusa y marcharse.

Pero, en vez de eso, ella se puso delante de él, bloqueándolo y mirándolo fijamente a la cara. Sintió la calidez de su cuerpo casi rozándolo y un deseo casi doloroso amenazó con hacerlo pedazos. Intentó controlarse, se decía a sí mismo que no podía ser. Debía de ser una trampa, otro montaje. ¿Qué podría ver en él? Se suponía que tenía que estar solo. Se suponía que era intocable. Se suponía que el amor le pasaría de largo. Las velas crepitaron y el Señor Monstruo en la habitación contigua gritó que la casa estaba en llamas. El resto de su aislante se estaba derritiendo.

Puso sus brazos alrededor de ella con cuidado; estaba seguro de que ella se las retiraría. Sin embargo, su rodilla surgió por entre sus muslos y él sintió una mezcla de alegría y terror crecer dentro de él. La mano de Zana se posó sobre su nuca y su cuerpo se apretó contra el suyo, grabándole su deseo en el cuerpo. Veinte años manteniendo la guardia sin permitirse bajarla un instante, desconfiando de todo placer y esperando siempre lo peor, luchando y esforzándose por mantener sus impulsos más imperiosos a raya.

Y entonces, ella le pasó la lengua por entre los labios y lo deshizo con la misma facilidad que un niño deshace un lazo.

Francis miró el techo. Un hombre hecho y derecho a punto de cumplir los cincuenta. Casi un detective de primer grado con veinticinco años en el Cuerpo y media docena de distinciones. Herido tres veces en acto de servicio. Nunca había faltado al trabajo más de un mes. Incluso había matado a un tipo una vez. Un condenado bajo libertad vigilada, llamado Arturo Cruz que iba hasta arriba de coca y de tequila José Cuervo, que lo atacó con una navaja Stanley, justo después de haber apuñalado hasta la muerte a su mujer. Francis, que había terminado la academia hacía catorce meses, apretó el gatillo dos veces y lo derribó en el vestíbulo de una casa de vecinos de la Avenida C. No era desde luego su recuerdo más feliz, pero haces lo que tienes que hacer y que les jodan a los envidiosos y a los listillos. Desde entonces, había encerrado a psicópatas, rebanacuellos, agresores sexuales de menores, capos, miembros de bandas violentas, aspirantes a delincuentes y asesinos a sueldo de medio pelo. Había llevado a cabo una operación secreta de tres meses para dar con uno de los principales traficantes de heroína de Luisiana, al que había oído jurar en una conversación telefónica pinchada que haría que le cortaran la cabeza a Francis por testificar contra él. En vez de pedir protección, apareció en el tribunal el día siguiente y se rió en la cara de aquel idiota. Pero ahora estaba allí, en su casa, en su cama, al lado de la madre de sus hijos, asustado por la oscuridad.

—Debes de pensar que eres muy hábil —dijo Patti.

—¿Qué quieres decir?

—La forma en que lo has disimulado. Cambiando los muebles de sitio. Dejando la luz encendida en el pasillo. Diciéndome que condujera yo cuando no había mucha luz. Llegué a pensar que habías vuelto a beber.

Intentó abrazarla.

—No tenía intención de mentirte, cariño.

—No, claro que no. Tan solo evitaste mencionar que te estabas quedando ciego.

Se incorporó y encendió la lámpara de la mesilla.
—¿Cuánto tiempo? —dijo mirándole a los ojos y haciéndole el tercer grado.
—No lo sé. Supongo que llevaba un tiempo notándolo antes de ir al médico...
—No, Francis. ¿Cuánto tiempo hasta que ya no puedas ver?
Vio que estaba estudiando detenidamente sus ojos, como si realmente pudiera ver cómo se acumulaban las espículas esqueléticas.
—Probablemente no mucho tiempo. No es como el estreptococo ni nada similar.
—Pero, tenías un tío que padecía eso, ¿no? Me contabas que siempre te andaba gritando por haberle robado el mechero cuando lo tenía justo delante.
—Sí, pero él era una mosca cojonera. Yo no voy a ser así. Me conoces. Puedo cuidar de mí mismo.
—¿Y eso es todo? —dijo—. ¿Hay algo más que no me hayas dicho y quieras contarme? ¿Cáncer cerebral? ¿Fallo hepático?
—No, tan solo vas a estar casada con un hombre ciego. Como Ray Charles, pero sin la música. Supongo que por el momento es suficiente.
—Que te jodan, Francis. ¿Te parece gracioso? ¿Qué pensabas hacer, contárselo antes a tus colegas del Coogan antes que a mí?
—No se lo he dicho a nadie. Supongo que pensé que si no decía nada, sería como si no estuviese ocurriendo.
—Soy tu mujer. —Le levantó la colcha—. Soy la que va a tener que rellenar los impresos y partes de los seguros y la que va a tener que llevarte a los médicos. ¿No crees que tenía derecho a saberlo?
Oyó la lluvia golpeando las ventanas y escuchó la gotera del baño, temiendo cada *paf!* que caía en el lavabo.
—¿Vas a dejarme? —preguntó.
—¿Cómo?
—Tan solo te digo que es una opción. No firmaste los papeles del matrimonio para ser la abnegada esposa de un discapacitado.
Se apoyó en un codo.
—¿De verdad crees que haría eso?
—Te bajas con antelación. Nadie podrá acusarte de abandonar el barco. Bien sabe Dios que podías haberlo hecho cientos de veces y nadie te habría culpado por ello.
—Por Dios santo, Francis. No soy tu madre.
Hizo una mueca de dolor como si le hubiese clavado las uñas por toda la cara.

—Me esperaba esa salida.

—Lo siento. —Se pellizcó el puente de la nariz—. No venía a cuento. Lo que quería decir es que no vas a perderme.

La abrazó con calma gratitud. Pero, al mismo tiempo, se preguntó cuánto tiempo iba a soportarlo. Puedes decir las palabras adecuadas, hacer todos los gestos cariñosos que quieras, pero, al final del día evolutivo, el macho de las especies es el que se supone que tiene que cuidar de la hembra. En breve empezaría a ver como hasta las cosas más sencillas que hacían juntos acabarían por convertirse en un calvario. Una noche en el cine. Una cena romántica en un restaurante en penumbra. Un paseo por el parque al atardecer. La lástima los ataría un tiempo, pero al final la cuerda terminaría por deshilacharse. Perdería la paciencia. Le sacaría de quicio tener que conducir siempre, tener que fijarse continuamente en si hay algo quemándose en la estufa, tener que inventarse excusas cuando pase al lado de viejos amigos por la calle y no los reconozca. Poco a poco comenzarían a separarse, a convertirse en extraños en espacios contiguos, uno con luz y otro a oscuras.

—¿No le has hablado a nadie del trabajo de lo tuyo?

—No.

—Entonces, ¿qué va a pasar la próxima vez que tengas que conducir por la noche?

—Todavía me las apañó bastante bien —dijo—. De hecho, tú no lo habías notado hasta hoy.

—¿Y qué pasa si tienes que sacar tu arma?

—Ni recuerdo la última vez que tuve que hacerlo...

Alzó la vista de nuevo y pensó en cuando era capaz de ver las cuatro esquinas del techo mientras estaba tumbado boca arriba; cómo el cambio de siglo había dejado su marca en los bordes; el respiradero que estaba encima del armario; ese extraño vestigio para el conducto del gas situado junto a la ventana... Pero ahora todo estaba oscuro, exceptuando el pequeño círculo de luz que la lámpara de la mesilla hacía sobre su cabeza.

—No soy tan irresponsable —dijo.

—¿Y cuándo piensas decírselo?

Intentó tomar aire, pero parecía como si sus pulmones se hubiesen arrugado hasta quedarse del tamaño de albaricoques secos.

—Siempre dije que iba a colgar las botas cuando me dieran el empujón en abril. —Acarició su pelo—. Cinco mil más al año y será la última vez que tenga que oír decir a los de las universidades de Nueva Inglaterra que no bajan el precio de la matrícula.

Todo lo que viniese después estaba fuera de los bordes del mapa. ¿Qué iba a hacer exactamente con su vida después de retirarse? Lo había estado pensando estas últimas semanas. Esos trabajos de seguridad corporativa a los que iba a mandar su currículum en Wall Street estaban fuera de su alcance: no hay muchas posibilidades para un experto en vigilancia con una enfermedad de la vista progresiva. Ni siquiera podría conseguir el típico trabajo de esos que van en *blazer* y pantalón de *sport* y piden el carné de identidad en los vestíbulos. El círculo de luz sobre su cabeza disminuyó un poco. Estaba claro que no iba a dedicar mucho tiempo a jugar al golf con otros ex policías. Por no hablar del velero que había dicho de comprar unos cuantos años atrás. Probablemente ni siquiera le sería de mucha ayuda a Patti con el jardín trasero.

—¿No crees que deberías decírselo antes?

—Rotundamente no.

—¿Por qué no?

—Estoy metido en dos casos, Patti. ¿Qué quieres que haga, que me desentienda?

—Pues sí. Hay más gente en la brigada que puede ocuparse de ellos.

—No. Son míos. Son mis casos. Soy el responsable.

—El que acaba de hablar es tu ego.

—Lo dices como si fuera algo malo. —Se puso una mano en el pecho como si estuviera ofendido—. Me ha ido muy bien con este ego.

—No seas estúpido.

—De acuerdo. —Levantó las manos como si fuese a volver a empezar de nuevo en serio—. Antes me has preguntado que cómo me sentiría si resultase que encerré al tipo equivocado, ¿cierto?

Ella asintió con cautela, resistiéndose a incitarlo para que siguiera.

—Tan solo intento asegurarme de que todo se haga bien. No voy a dejar que nadie coja los archivos y expedientes de mi escritorio y empiece a criticar la forma en que llevé esas investigaciones.

Patti se incorporó bruscamente y se abrazó las rodillas.

—Francis, ¿hay algo que no me hayas contado?

—No. ¿Como qué?

—Te conozco. Sé cuándo me estás ocultando algo. Al menos creía saberlo. ¿Ocurrió algo entre ese chico, Julián Vega, y tú que no me hayas contado?

Miró hacia arriba y vio que el círculo de luz sobre su cabeza parecía haber encogido un poco más.

—¿Qué estás intentando preguntarme, Patti?

Dejó reposar la pregunta un rato. Oyó de nuevo la gotera del baño. Esto es lo que te pasa por dormir con una ex fiscal.

—Lo que te pregunto es, ¿hiciste algo que no debiste hacer entonces?
—dijo en un tono deliberadamente bajo.

Se obligó a mirarla, consciente de que la estaba asustando un poco. En veintidós años, él le había pedido que tragase con demasiadas cosas. Él había hecho que aceptara ciertas cosas en su vida a las que ella debería haberse negado y quizá haberle dejado por ello. Y cada vez que esto pasaba, ella de algún modo había hecho retroceder las paredes y había encontrado un hueco en su corazón en el que acomodarlo. Como hacer rampas y accesos especiales para los discapacitados. Pero esto era demasiado. No podría oír lo que le tenía que decir y aun así seguir amándolo. Si esta vez intentaba agrandarse lo suficiente como para dar cabida a este hecho, se rompería. Así que decidió que esto no se lo pediría.

—Nena, lo único que digo es que me dejes terminar lo que he empezado, ¿vale? No me dejes fuera de la contienda. Si algo no ha ido bien en esta causa judicial, deja que sea yo el que lo arregle. Sabes que, de lo contrario, no habrá forma posible de vivir conmigo.

—Ya no hay forma posible de vivir contigo.

Se dio la vuelta y apagó la luz. Estaban tumbados el uno al lado del otro en la oscuridad. La lluvia caía con tal fuerza que era como si el premio de una máquina tragaperras golpeará las contraventanas.

—¿Francis? —Tiró de él suavemente por debajo de las sábanas.

—¿Sí?

—Intenta ser una buena persona, ¿quieres?

Veinticinco años en una prisión estatal no resultaban de mucha ayuda para las habilidades sexuales de casi ningún hombre. La mayoría de los actos que Julián había visto habían sido en revistas porno o en la sala de visitas, donde los guardias tenían que interrumpir rutinariamente pajas y polvos furtivos bajo la mesa. Al no tener lazos con ninguna mujer viva fuera, Julian nunca pudo pedir un vis a vis. En vez de eso, durante su primer mes en Attica, se quedó de repente a solas en las duchas con un negro enorme llamado Dirty D. que lo miraba bajo la ducha mientras se enjabonaba la polla una y otra vez hasta que Julian le preguntó: «¿Qué pasa, tío?». Y entonces ese violador pervertido se agachó para meter el jabón en una grieta y le respondió: «¿Qué crees que es lo que pasa?».

A duras penas logró salir de aquello con tan solo una nariz rota y un diente desportillado. Después de eso, afortunadamente, logró estar bajo la protección de un narcotraficante de los gordos llamado Ronnie Raygun y de otros tipos más de la banda a los que daba asesoramiento legal. Mientras tanto, aquella necesidad jamás se disipó. Y parecía presentarse en los peores momentos. Lo primero por la mañana y lo último por la noche; fantaseaba en la cocina, veía formas de pechos y nalgas en las nubes cuando hacía ejercicio en el patio... ¿Cuántas veces había estado a punto de cortarse un dedo o clavarse un clavo en el nudillo en el taller de carpintería porque estaba distraído? Parecía como si años enteros hubiesen pasado cuando lo único que él había hecho era fantasear sobre mujeres, y la única fuente de información fidedigna que tenía para complacerlas era un libro que pululaba por las celdas llamado *Secretos sexuales de lesbianas para hombres*.

Así que la primera vez que Zana lo tocó tuvo un gatillazo. No tenía ningún sentido del ritmo ni de control; hizo un completo ridículo.

—¿Estás bien? —La forma en que le tocó su hombro después y en que le sonrió con simpatía subversiva tan solo empeoró las cosas.

—Sí. Hacía tiempo.

—No lo jures. —Esbozó una media sonrisa y comenzó a apartarse. Sus hombros vibraron un poco—. No te preocupes...

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó.

—No, claro que no.

—Sí, sí lo estás haciendo. —Se sentía como si se estuviera disolviendo en un baño ácido de humillación—. ¿Por qué no me miras?

—Estoy buscando mi camiseta.

—Te he dicho que me mires.

De repente la agarró y la empujó al sofá cama sin pensar en su niño, que dormía en la habitación contigua. Ella se resistió e intentó quitárselo de encima.

—¿Qué estás haciendo?

Tenía algo que demostrar. La agarró de los tobillos y enterró su cara entre sus piernas. Su espalda se arqueó como si tuviera un grito agarrado en medio de su pecho.

—No, así no... —jadeó.

Sintió que se retorció y que le cogía un puñado de pelo. Se puso en guardia. Estaba seguro de que iba a empezar a gritar para que alguien llamara a la policía. Pero antes de que le pudiera tapar la boca con la mano, ella se giró un poco y se puso un cojín debajo del culo.

—Así —dijo presentándose desde la tribuna—. Mucho mejor.

Vacilante, comenzó a asomarse poco a poco, como un explorador que intenta orientarse. Todo parecía y olía distinto a lo que se esperaba. No mal, sino más... humano. De forma instintiva comprendió que no debía moverse bruscamente o demasiado rápido. Si algo le caracterizaba era la paciencia, y poco a poco comenzó a saber cómo hacerlo. Su lengua salía para tocar y probar. Las yemas de sus dedos iban aprendiendo la dinámica de su cuerpo. Había más música en ella de la que se esperaba. Oyó que respiraba de forma brusca y pensó que quizá le había hecho daño. Pero entonces ella cerró sus muslos alrededor de sus orejas y puso una mano en su nuca.

Intentó concentrarse en los lugares que parecían divertirle y que incluso le resultaban placenteros. Poco a poco fue inscribiendo un alfabeto secreto con la punta de su lengua. Algunos minutos después, notó que se ponía más húmeda. El arco de su pie tocaba la parte baja de su espalda. Decía cosas que no entendía. «*Shume mire.*» Comenzó a jadear desde el final de su garganta.

Se centró en sus muslos, insistiendo en la letra *o*, que gradualmente iba agrandando hasta formar círculos más amplios. Ella le agarró el pelo con mayor urgencia esta vez mientras enroscaba sus piernas en sus hombros y levantaba sus caderas para recibirlo una y otra vez, dejándose llevar por las

olas, hasta que finalmente arqueó la espalda todo lo que pudo. El grito atrapado en su pecho pareció alzarla hasta el techo.

Cuando al fin ella llegó, él estaba listo. Besó su cuello, sus hombros, su boca, su clavícula... hasta que ella lo agarró firmemente y lo puso donde él siempre había deseado estar.

Y, de repente, estaba dentro del misterio. Ya no era un hombre que estaba fuera inventándose mitos. Empezaron a follar. Primero follaron para que les follasen a todas aquellas cosas que aún no se habían dicho y a las manecillas del reloj. Follaron como si el dinero, la religión y las fronteras no importaran. Follaron para olvidar el resentimiento y el cansancio. Follaron como si fueran dos estrellas del celuloide y no dos personas solitarias en un apartamento de Coffey Street. Follaron como si ninguno de ellos fuese a follar más.

Después se separaron el uno del otro y escucharon cómo caía la lluvia a las tuberías de desagüe de debajo de las ventanas. La ciudad dormía. La ciudad roncaba. La ciudad se tumbaba sobre su costado.

—¿Estás bien? —le preguntó Julian después de un rato.

—Sí. Estoy... bien.

Se tumbó boca arriba y escuchó el sonido de una sirena en la distancia.

—¿Cuánto tiempo? —dijo finalmente.

—¿Cuánto tiempo qué?

—¿Cuánto tiempo desde que estuviste con la otra chica?

—*Sshh*. —Se puso el antebrazo en la frente—. ¿Tan mal ha estado?

—Mal no. Tan solo muy... agresivo.

—¿Y eso es bueno?

—Por lo general no me gusta que me follen con tanta vehemencia, pero... ha estado bien.

Escuchó como las ruedas de los camiones achicaban el agua hacia las alcantarillas.

—Veinte años —dijo.

—¿Perdón? —Se dio cuenta de que estaba medio dormida.

—Veinte años desde que intenté hacerlo...

Podría despertarla ahora mismo y contarle todo. Podría hablarle de las armas punzantes y las duchas, de las bandadas de gansos cuando sobrevolaban las torres de vigilancia, de cómo olían los furgones que te transportaban de un centro a otro, de cómo cada vez que entrabas por una nueva puerta, eras vagamente consciente de que empezabas a parecerle más a aquellos hombres con los que convivías y menos a la gente de fuera.

Pero entonces ella se acurrucó a su lado y recostó su cabeza sobre la suya. Podía sentir el roce de su mejilla en su oreja y su cálido aliento en ese lado de la cara. No podía hacerlo. Había algo dulce y esperanzador en ese momento que no podía soportar que fuera interrumpido.

No deseo más, ni tampoco menos. Tan solo deja que dure un poco más.

Una vez que se lo contara, nunca más volvería a yacer tan desnuda a su lado bajo la luz de la luna, con el niño durmiendo en la habitación de al lado, como si el fin de la soledad estuviera casi cerca. Nunca más le diría que fuera a cenar ni se lo imaginaría como un segundo padre para el hijo que ahora sabía que siempre había deseado tener.

Escucharía toda la historia y fingiría que lo creía, pero luego le haría preguntas y se preguntaría a sí misma qué más no le había contado. Se estremecería cuando la volviera a tocar y pensaría en lo que había oído sobre los hombres que habían estado en la cárcel. Y entonces dejaría de devolverle los mensajes. Y pronto descubriría que su número de teléfono había dejado de estar operativo.

El agua chorreaba por las tuberías. La sirena del remolcador era ahora más débil. Mañana volvería a ser lo que era. El sol saldría y revelaría todo con un resplandor crudo e implacable. Lo único que deseaba en ese momento era permanecer así un poco más, soñar un rato, al menos hasta que la lluvia amainara.



Parte V

Sombras complicadas





Un grupo de hombres holgazaneaba en su oficina en el distrito norte del estado. Sus corbatas les colgaban como si fueran las lenguas de sabuesos jadeantes.

—Tenemos que poner en marcha estos ordenadores y teléfonos —les dijo Francis a Yunior Barbaro, Rashid y al canoso de Jimmy Ryan—. Aseguraos de cotejar la muestra de ADN hallada bajo las uñas de Christine en todos los bancos de datos estatales y federales que podamos encontrar para ver si damos con alguna pista.

—Llevamos desde anoche haciéndolo. —Yunior giró su silla a la defensiva—. ¿Piensas que no vamos a comprobar si esa persona ha sido detenida alguna vez?

—Lo único que digo es que no nos limitemos a métodos ortodoxos, que miréis más allá. Empezad a llamar a otros estados para que también os den partidas de nacimiento. Comprobad si Eileen tuvo otra hija de la que no nos haya hablado.

—Sí, buena suerte —dijo Yunior echándole un vistazo a su móvil.

Era uno de esos Nokia modernos con todos aquellos sonidos y pitidos que podían darte la hora, la fecha, mensajería instantánea, fotos de gran calidad y el tiempo que hacía en Indonesia, pero con los que era imposible hablar desde algunas partes de la ciudad. Al igual que Yunior, era un nuevo y flamante modelo que se esforzaba mucho, pero que, sin embargo, no lograba terminar el trabajo.

—Escuchad, sabemos que estamos buscando a una mujer —dijo Francis—. Sabemos que también dejó una muestra de su ADN en el asesinato de 1983. Y sabemos que está relacionada con Eileen Wallis.

El teniente al cargo de la investigación, Joe *Café Bodega* Martínez, entró con toda tranquilidad en la sala. Era un hombre pálido y afable al que Francis conocía de su etapa en Estupefacientes, cuando Joe siempre se esfumaba justo antes de una redada y decía: «Voy a traerlos a todos un café

de la tienda de la esquina». En aquellos momentos, sus dos aspiraciones eran que la brigada marchara sobre ruedas y comer en todos los asadores de calidad de un lado a otro del país (algo parecido a Burt Lancaster en la película *El nadador*, pero con solomillos en vez de piscinas).

—¿Algo acerca de la excavación arqueológica? —Rashid alzó la vista.

—Denegada —dijo el teniente, dándose palmaditas en el estómago—. Nadie quiere exhumar el cadáver de Allison a menos que sea realmente necesario. ¿Os imagináis el juego que les daría a los del *Post*?

—Bueno, si Loughlin se hubiera molestado en cotejar la etiqueta del dedo del pie antes de plantar a la chica equivocada, ahora no estaríamos dando tumbos. —Yunior cerró la tapa de su móvil.

—Que te jodan, Yunior. Necesitarías una escalera para poder llegar a besarme el culo.

—Ya es suficiente. —Jimmy Ryan dio una palmada—. Katie, que nadie entre en la sala.

—Toda una leyenda... en su casa —murmuró Yunior.

—Chochito pijo de universidad elitista. —Francis sonrió de oreja a oreja.

—Venga, chicos —dijo el teniente—. ¿Podemos llevarnos bien?

Rashid le lanzó una mirada.

—Escuchad —dijo Francis, dejando momentáneamente su reacción negativa a un lado—. JC me estaba diciendo antes que tenía que tener la mente abierta, que no me obcecara con ese tipo. Así que, improvisemos un poco.

—¿Qué quieres decir? —dijo el teniente.

—Ayer, en mitad de la noche, me puse a pensar. —No era necesario que supieran lo del tejado y el posterior tercer grado de su mujer—. Tan solo intento ser ingenioso, ¿de acuerdo?

Le alegró comprobar que todos se inclinaban sutilmente hacia él, como los actores en uno de esos anuncios antiguos de E. F. Hutton. «Cuando Francis X. habla, todos escuchan⁵².»

—No estoy descartando a Julián. Tan solo me pregunto: los padres de Christine dijeron que era adoptada, ¿me seguís?

Rashid asintió con cautela, confirmando así que Jimmy, Yunior y el teniente también lo sabían.

—¿Alguien ha intentado averiguar quién era su madre biológica?

⁵² N. de la T.: Anuncio publicitario emitido en Norteamérica en el que dos personas estaban hablando sobre sus finanzas en un restaurante concurrido cuando uno de ellos decía: «Mi corredor de bolsa es E. F. Hutton, y E. F. Hutton dice...», y el restaurante enmudecía para escuchar lo que E. F. Hutton decía al respecto.

—Mierda. —La cara de Yunion se hinchó como un globo de chicle bajo su corte de pelo de noventa dólares—. No estarás hablando en serio.

—Por supuesto que sí —dijo Francis—. Sabemos que hay una conexión sanguínea entre los dos casos y no tenemos ni idea de quién era su madre biológica. Así que tenemos que estudiar todos los detalles.

—Pero la gente se tira años para dar con esa información. ¿Has oído hablar de las leyes sobre confidencialidad que protegen las adopciones?

—Entonces será mejor que dejes de perder el tiempo y empieces a hablar con los de Asuntos Legales para ver cómo podemos eludirlas —dijo Francis moviendo las cejas cuando el teléfono de su escritorio empezó a sonar—. No es que pretenda decirnos qué es lo que tenéis que hacer. Que Dios me libre.

—¿Y por qué no lo hace este? —Yunion miró a Rashid—. Él es el del distrito policial.

—*Allahu akbar*, hermano. —Rashid alzó el puño haciéndole a Yunion el saludo del Black Power—. Somos sirvientes del mismo amo.

—Aun así no tiene ningún puto sentido. —Yunion se volvió a Francis—. Allison tenía veintisiete años cuando murió, en 1983. Christine los hizo en febrero de este año. Eso significa que cuando asesinaron a Allison ella tenía siete años.

—«Ya que esos misterios escapan a nosotros, finjamos que los organizamos». —Francis fue a alcanzar el teléfono—. Me apuesto a que en Dartmouth no te enseñaron quién dijo eso... ¿Dígame?

—¿Francis Loughlin?

—Ese es mi nombre. ¿En que puedo ayudarle, señorita?

—Soy Judy Mandel del *Trib*.

—Ajá.

El resto del grupo de trabajo salió disparado como si le hubieran colgado alrededor del cuello una señal con la palabra «Radioactivo»; percibieron que o bien se trataba de la prensa o de uno de los mandamases.

—¿Le pilló en mal momento?

—Pues lo cierto es que...

—Entonces seré breve. —Parecía la típica chica con los nervios a flor de piel que tenía que recordarse continuamente que debía decir «por favor» y «gracias»—. Estoy trabajando en un reportaje sobre la conexión entre los casos de Allison Wallis y Christine Rogers.

—¿De veras? —Francis se pasó el teléfono de una oreja a la otra para no caer en la trampa de confirmar una historia contestando afirmativamente las premisas. *¿Y cuándo dejó de pegar a sus hijos?*—. *¿Y quién ha dicho que estuvieran relacionadas?* —intentó torearla.

—Vamos, somos personas adultas.

—Bueno, me parece que es mucho suponer que usted y yo vayamos a tener una «conversación».

«Alguien» había hablado. Sus ojos recorrieron la habitación en busca de posibles sospechosos. Ryan no podía haber sido. Los únicos reporteros con los que trataba era con los irlandeses, tipos que parecían ir a la caza de coches aparcados que se habían rozado con la acera. El teniente era una posibilidad, puesto que era una puta que se vendía al mejor postor, es decir, a la mejor carne. Un medallón de solomillo en Sparks podía suponer el equivalente a las columnas de una semana para un escritor con iniciativa. Era poco probable que hubiese sido Rashid, pues era relativamente nuevo en el juego. Pero Yunior era una posibilidad, ya que siempre parecía sacarse de la manga a algún grácil trabajador por cuenta propia.

—De acuerdo. Si no quiere hablar conmigo, publicaré lo que sé—dijo—. No me voy a sentir demasiado bien, sin embargo, sacando a la luz una noticia según la cual ustedes han echado al traste dos casos sin incluir ningún comentario suyo al respecto.

El tren pasó de nuevo por la ventana, haciendo que la sala de la brigada se estremeciera.

—¿Los de Información Pública le han dado permiso para hablar conmigo? —preguntó Francis con cuidado de no levantar la voz.

—Pensé que podríamos mantenerlo en secreto.

Se pasó discretamente un dedo por el cuello de la camisa. Sabía que no tenía elección.

—¿Qué era lo que quería saber?

—Cómo habían encontrado el ADN de alguien que lleva muerto veinte años en el cuerpo de una persona asesinada la semana pasada.

Otro tren pasó en dirección contraria. Una Coca-Cola *light* que estaba en la repisa de la ventana vibró a su paso.

—Eso es una sandez —rió—. Alguien le está tomando el pelo.

—¿Y por qué iban a inventarse algo así?

—No sé qué es lo que pasa por la mente de un abogado defensor —dijo, para intentar poner al descubierto a su fuente—. Lo único que digo es que su pelota está fuera del campo. ¿Qué más tiene?

—Sé que habéis comenzado a investigar a *Julian Vega* por el homicidio de Christine Rogers.

Empezó a ponerse nervioso, como un adicto al crack. Sacó un clip y comenzó a enderezarlo. El portero del edificio de Christine podía haberse dicho tras haberle enseñado alguna foto de Julián. O alguien de la policía científica podía haber dado un soplo telefónico. Hasta el propio Julián podía haberse figurado que algo pasaba después de que Francis intentara obligarlo

a que le diera su ADN en el supermercado. Aunque desconocía por qué iba a haberlo contado a la prensa.

—Estamos investigando a muchas personas —dijo mientras unía los finales del clip—. Eso no quiere decir nada.

—¿Por qué entonces sus hombres han estado a caballo entre la oficina del forense y el inmueble cerca de una docena de veces, para intentar demostrar que su ADN estaba en los lugares de los dos crímenes?

¿Podría haberlo desvelado el doctor Dave? No, era improbable. No sueles dar con muchos científicos forenses que viertan sus tripas a la prensa después de tirarse horas en los bares locales.

—No se lo tome a mal, pero creo que alguien le está mintiendo, señorita. Una de las cosas que se aprenden en este trabajo es que todo el mundo habla por algún motivo.

—Discúlpeme, ¿está usted entrevistándome o soy yo la que le está entrevistando a usted?

—Lo que digo es que todo el mundo tiene sus prioridades. Hasta dos corderitos inocentes como usted y yo.

Dos escritorios más allá, Yunió lo miraba mientras enrollaba el final de su corbata de Hermès en su dedo.

—Entonces, ¿cuál es su explicación de por qué no pudieron encontrar en 1983 el ADN de *Julian Vega* en los restos hallados bajo las uñas de Allison Wallis en el lugar del crimen?

—Lo único que puedo decirle es que esto es una investigación en curso.

—Francis empezó a ordenar los papeles que tenía sobre su escritorio para tener las manos ocupadas en algo—. No vamos a dar a conocer ningún dato que vaya a poner en peligro el caso.

—Comprendo —dijo—. ¿Cómo explica entonces que fuera el ADN de la misma mujer el que encontraron en los dos crímenes con veinte años de diferencia? ¿Han tenido algún percance con las pruebas?

—Eso es totalmente incierto. —Podía sentir cómo la tensión comenzaba a extenderse por la parte trasera de sus piernas—. Eso es ficción pura y dura. Perdón, quería decir ciencia ficción.

Lo estaba acorralando y ella lo sabía. Le estaba cortando todas las salidas. Se mordió la parte interior de la mejilla. Sabía que tenía que desviar su atención. Tan pronto como esa información irrumpiera en los periódicos, comenzarían a salir los bichos raros de hasta debajo de las piedras, con sus sombreros de papel albal y sus zapatillas de *ballet*, dispuestos a colaborar en la investigación.

—Escuche, me disgusta oír que tiene toda esa información incorrecta cuando estamos a punto de efectuar una detención.

Rashid, que pasaba en ese momento con una caja de archivos, lo miró extrañado.

—¿Cuándo va a ocurrir eso? —dijo deseosa de que el tema saliera a relucir.

—En cualquier momento. —Se encorvó en su silla como un astuto jugador de póquer cuando se tira un farol—. Solo tenemos que atar un par de cabos sueltos. Ya sabe cómo son estas cosas. Nadie quiere actuar precipitadamente.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? ¿Una semana? ¿Un mes?

—Si quiere, yo podría avisarla antes de que ocurra. Lo justo es justo.

Jimmy Ryan lo sonrió con complicidad cuando pasó a su lado, asimilando todo aquel cuento chino con tan solo una mirada.

—No me la está jugando, ¿verdad? —le dijo Judy Mandel con un tono de preocupación, como si se encontrara en medio de un cruce y alguien la estuviera pitando—. Si no hago pública esta información y resulta ser cierta, me pegaré un tiro.

No es capaz. Le dio a Jimmy la señal de luz verde. Por el momento estaban a salvo.

—Y si la publica y resulta ser un montón de gilipolleces, también se encontrará en el borde del alféizar. Tiene un cincuenta por ciento de posibilidades.

—Maldición.

Casi podía oírla mordisquear un lápiz del número dos al otro lado de la línea. Se imaginó el final del lápiz mordisqueado entre sus diminutos dientes.

—Si no tengo noticias tuyas antes del fin de semana, sacaré la historia —le advirtió.

—Si quiere acabar con usted, eso es cosa suya.

Tan pronto como le colgó, Yunion se giró hacia Francis con las manos apoyadas sobre su teclado como si fuera el campeón del club de debates de Dartmouth.

—San Agustín —dijo.

—¿Qué?

Motitas negras comenzaron a flotar delante de sus ojos. Pestañeó para que desaparecieran.

—El que dijo: «Ya que esos misterios escapan a nosotros, finjamos que los organizamos».

—Jean Cocteau, el surrealista. —Francis cogió su ejemplar de *Citas familiares* de John Bartlett y se lo tiró—. Conoce tus fuentes, gilipollas.

Esa mañana, Julian salió sigilosamente del dormitorio de Zana y vio a Eddie sentado con las piernas cruzadas en el suelo de tablas de madera. Estaba viendo *Los Superamigos* con una cara de asombro que ningún niño nacido en Estados Unidos pondría ante semejantes dibujos tan malos.

—¡Gracias por salvarme, Aquaman! —Una criatura grisácea y viscosa salía nadando de una almeja gigante justo cuando se cerraba de golpe, dejando atrapado al rubio Protector de los Mares y su camiseta naranja—. ¡Siento no haber podido hacer lo mismo por ti!

Se sentó al lado del niño.

—No puede estar mucho tiempo fuera del agua, ¿verdad? —Intentó recordar las características de los personajes—. Pero tiene esa telepatía que le permite hablar con los peces.

Sin mediar palabra, el niño reptó hasta sentarse de nuevo sobre su regazo y se acurrucó para que le diera calor.

—Va a escapar. —Julian lo rodeó con sus brazos, como si llevaran años haciéndolo—. No puedes retener mucho tiempo a un hombre escurridizo.

Cuando los dibujos terminaron se dirigió a la cocina, examinó las sartenes y las ollas y preparó copos de avena para los tres con mucho azúcar moreno y sirope Long Cabin por encima y se lo llevó a Zana a la cama. Ella se incorporó y lo miró seria.

—No vas a hacer esto todo el tiempo, ¿no?

¿Quería eso decir que tenía miedo de que lo hiciera otra vez, o de que no lo hiciera? Se encogió de hombros, se dio una ducha con cuidado de que no se le mojara el vendaje y después se volvió a poner la ropa que llevaba. Paseó con madre e hijo hasta el programa de cuidado de día de Eddie en Van Brunt Street y después acompañó a Zana a la estación elevada de Smith y Ninth Street. ¿Cuánto tiempo podía permanecer Aquaman fuera del agua? ¿Una hora, un día? Transcurrido un tiempo, todo tenía que volver a su hábitat natural.

Se dirigió con ella en tren a la ciudad, los dos agarrados a la misma barra de metal, rodeados por una aglomeración de cuerpos, mirándose a los ojos de vez en cuando, recordando cosas de la noche pasada mientras las luces parpadeaban a su paso, compartiendo un secreto mientras el resto de la muchedumbre leía sus periódicos, se abrochaba sus abrigos de cuero y escuchaba música con sus cascos.

Así era, entonces, como lo hacía la gente normal. Se tocaban, se ponían de nuevo la ropa y se mezclaban con el resto del mundo. Pero en sus cabezas ellos mantenían ese zumbido y se sonreían de vez en cuando. En algún lugar bajo el río, se dio cuenta de cuánto había deseado eso.

¿Cuánto tiempo más iba a poder fingir que podía respirar fuera del agua? Ella averiguaría pronto quién era realmente, su identidad secreta. Querría escaparse y proteger a su niño de él. Y eso lo mataría. No sería capaz de soportarlo. Algo había cambiado desde que arregló la pasada noche la puerta del baño y esa mañana cuando vio a Aquaman, y aquello lo asustaba muchísimo, porque significaba que ahora tenía mucho más que perder. Había empezado a enamorarse no solo de ella sino de los dos, del pensamiento de que podía ser alguien que se levantase a la cocina por las noches, alguien que supiera dónde estaban las bombillas, alguien que pudiera hacer funcionar la calefacción en una tarde de febrero gélida y que le comprara al niño su primera bicicleta. Alguien que los llevara a Orchard Beach el cuatro de julio y preparara una barbacoa. Quería todo eso y más. Quería sexo y gratitud, y ver reposiciones juntos a altas horas de la noche. Quería todo lo que se había perdido. Y tenía miedo de lo que sería capaz de hacer si no lo lograba.

Se bajaron en Union Square y se pararon en lo alto de las escaleras. Zana levantó su barbilla y se puso de puntillas, de forma que sus frentes se tocaron.

—¿Cómo es que no he conocido a alguien como tú antes? —le dijo.

—No lo sé. Supongo que ha sido cuestión de suerte.

La radio del almacén de pruebas retumbaba y Brian Mullhearn estaba cantando a pleno pulmón «Algún estúpido con una pistola de bengalas...⁵³» cuando Francis hizo su aparición junto con Rashid, Yuniór y Jimmy Ryan a la zaga.

Francis se acercó al escritorio de Mauler y puso una mano en ambos lados de la mesa, como si fuera a voltearla.

—¿Eres perspicaz, Brian? —preguntó Francis.

—¿Cómo?

—Te preguntaba si te consideras un observador perspicaz de la naturaleza humana.

—No te sigo. —Sus ojos del color de gomas de borrar se movían bajo una envoltura acuosa.

—Me explico. Cuando ambos estábamos en Estupefacientes, pudimos observar mucho, ¿no? Todas esas horas en la furgoneta de vigilancia con los prismáticos. Aprendes mucho sobre la gente. Ves cómo se comportan. Cómo fingen ser amigos cuando en realidad se guardan rencor y están deseando que se presente la oportunidad para devolvérsela...

—¿Adónde quieres llegar, Francis? —Mauler apagó la radio.

—Ayer recibí una llamada de una periodista. Tenía un reportaje sobre nuestros casos cuya información provenía de ti.

—Qué gilipollez. —Mauler intentó evitar su mirada—. Jimmy, ¿podrías decirle a este gilipollas que vuelva a tomar su medicación?

Pero Ryan negó con la cabeza. No estaba dispuesto a entrometerse entre ellos dos. Los dos empleados civiles de la oficina, un tipo hindú con una luna

⁵³ N. de la T.: *Some stupid with a flare gun*. Disco de los Ass Ponys.

creciente de plata alrededor del cuello y una mujer negra embarazada, se entretuvieron en el armario del archivo.

—Tú sabías que estábamos intentando sacar todas las pruebas del caso de Allison Wallis.

—¿Y qué? Tu amigo el detective Ali lleva una semana y media presentándose por aquí. ¿Por qué no lo acribillas a preguntas a él?

Rashid le sonrió sosegadamente. Sus palabras se habían desviado metro y medio de su objetivo.

—No, Brian. Él tiene una carrera por la que velar —explicó Francis—. Tú, sin embargo, eres el que tienes tu culo en esta silla, tú eres el que custodias los recortes que encontramos en la escena del crimen de Christine Rogers y tú eres el que has dejado preñada a tu novia, que trabaja de archivera en el laboratorio de la oficina del forense.

Mauler se quitó las gafas y bajó la mirada mientras las limpiaba con el final grueso de su corbata. No tenía una respuesta preparada para eso.

—Te comportas como una puta resentida porque tú y yo tenemos algunos trapos sucios en nuestro pasado. O hablas alto y claro como un hombre o mantienes la puta boca cerrada, ¿vale? No se va filtrando información a la prensa para poner a alguien en su lugar. ¿Así es como muestras tu respeto a la gente con la que trabajas?

—No sé de que me hablas.

—Mírame, Brian. —La silla de Mauler crujió cuando se recostó sobre ella—. He dicho que me mires.

Francis tiró un juego de *Rock'em Sock'em Robots*⁵⁴ que se encontraba en el escritorio entre los dos.

—¿Acaso me ves que mire a la izquierda o a la derecha? ¿Ves que haga algo más que mirar a lo que tengo justo delante?

—Yo no tengo nada que ver con esto.

—Dices eso una y otra vez, Brian, porque sabes que me pone de mala leche. Porque ahora mismo no me importa nada más. No como. No duermo. No paso tiempo con mi mujer. Y quiero muchísimo a mi mujer. Y cuando pongo tanto esfuerzo, trabajo en mis casos y alguien los echa al traste suelo volverme un poco intolerante.

—Tus palabras están fuera de lugar. —Mauler lo miró no sin cierto esfuerzo—. Esto es una caza de brujas.

⁵⁴ N. de la T.: Juguete de Mattel. Se trata de un cuadrilátero con dos robots boxeadores, uno rojo y otro azul, que se golpean entre sí hasta que uno de ellos pierda la cabeza.

—No, pero ya que te veo tan preocupado con las definiciones, una «caza de brujas» sería cuando Asuntos Internos te investigase por esas lavadoras-secadoras que se habían extraviado el mes pasado en el almacén y después sacasen el listado de tus llamadas telefónicas desde el móvil para demostrar que llamaste a esa chica del periódico. —Francis deslizó por el escritorio un impreso—. Un «castigo» sería cuando tratarasen de ir a por tu pensión. Hay una gran diferencia.

—Voy a llamar a mi abogado —dijo Mauler.

—Hazlo desde la cabina pública que hay en la esquina. —Francis lo miró mientras pasaba a su lado e hizo señas a los civiles para que se acercaran y se hicieran cargo del archivo—. Fuera de mi vista.

En su sueño, estaba en la playa con Zana y Eddie, que se habían convertido en dos cometas de colores vistosos que sobrevolaban unos postes de teléfono. Miró por encima de su hombro y corrió hacia el mar. Intentaba mantenerlos en el aire y que no se enredaran entre sí mientras sostenía en su mano un carrete de cordel. Pero entonces se daba cuenta de que había olvidado cómo nadar. Se abalanzó igualmente contra las olas, pues sabía que era la única forma de que las cometas siguieran volando. Y, cuando el agua comenzó a subir más allá de su barbilla y empezó a ahogarlo, soltó la cuerda y los vio volar hacia el sol.

El portero, un tipo huesudo con pelo afro canoso y una camiseta que ponía «En vivo en el Lincoln Center», salió al rellano y vio con los ojos entrecerrados como Francis, Rashid y otros cinco tipos de la brigada encargada de los registros judiciales subían las escaleras.

—¿Puedo ayudarles en algo, caballeros?

—Estamos buscando a *Julian Vega*. —Francis esperó a recobrar el aliento y le enseñó los documentos que Paul había logrado hacer firmar al juez a medianoche.

—Jamás lo había visto antes. —El portero hizo una mueca cuando le enfocaron la linterna en su cara—. ¿Es un cantante?

—El director de su centro de reinserción social dice que tiene una novia llamada Zana que vive en este edificio. Tenemos motivos fundados para entrar a buscar todas las cosas que tenga aquí.

—Oh, esa chica ucraniana. Me hizo un retrato.

—La misma. —Francis ajustó la radio y la pistola en el cinturón del equipo—. Él debe de estar con ella.

—Al final de la tercera planta. —El portero bostezó—. Si lo encerráis, hacédmelo saber. Me gusta esa chica.

El sonido de la puerta de la entrada al abrirse sacó a Julián de su sueño. Retiró la colcha, desorientado, y vio que Eddie se había subido a la cama por la noche y se había metido entre los dos.

—Venga Julián, no nos lo pongas difícil. —Reconoció la voz de Francis Loughlin y por un momento pensó que podía estar dentro de su pesadilla. Pero entonces el poli apareció por la puerta del dormitorio y le dirigió la linterna a la cara.

Su primera reacción fue coger un libro que yacía en la cama y lanzarlo al otro lado de la habitación.

Parecía volar a cámara lenta, con sus páginas batiéndose como las alas de una gaviota, lo que le dio el tiempo justo no solo para darse cuenta de su mayúsculo error, sino también de que Francis no se apartaba.

El libro golpeó al detective en un lado de la cabeza y cayó abierto al suelo. Fue como si no lo hubiera visto venir.

—Me ha golpeado —gritó Loughlin mientras él se escabullía de su vista—. ¡Cuidado!

Su grito desencadenó una histeria inmediata. Julián oyó una estampida de botas en el suelo de tablas de madera y a otro agente gritar: «¡Tiene una pistola!».

—¡No disparen!

Pero no podían oírle entre los gritos de «¡Diez-trece!» y las interferencias de sus radios mientras pedían refuerzos.

El niño estaba sentado a su lado, confundido y muerto de miedo. Presa del pánico, lo empujó fuera del colchón y después lo metió debajo de la cama para protegerlo. Cogió su ropa y su talego y se lanzó por la ventana entreabierta.

Era una noche fría y las barras de metal de la escalera de incendios parecían trozos de hielo que se le pegaban en las plantas de los pies. Ahora que había echado a correr no había marcha atrás. Si paraba, probablemente Loughlin lo dispararía por la espalda y le pondría una pistola para decir que fue en defensa propia.

—¿Me estás diciendo que no conoces a ningún Julián? —Francis tocó su cabeza y vio que no estaba sangrando. A sus pies tenía abierto un libro infantil con ilustraciones sobre locomotoras.

—¿*Kush eschte*? —La novia de Julián tiró de su camiseta para taparse y después rodeó con su brazo al niño de ojos saltones que acababa de salir disparado del dormitorio—. Solo conozco a Christopher.

—De acuerdo. —Se acercó a la ventana por la que Julian acababa de salir—. Usted misma lo ha visto con sus propios ojos. Tiene muchas cosas que explicar.

La luna, envuelta en nubes grises, estaba oscura como el ojo de un pez muerto. Julián se adentró en la maleza hasta la cintura; aún iba descalzo. Escuchó a los policías, por encima de él y a su espalda, mientras bajaban por la escalera de incendios y hablaban por las radios. La estación de metro más cercana estaba a casi un kilómetro. Le llegó un viento gélido desde las aguas que transportaba consigo el débil aroma de las barcas viejas, los residuos industriales y las algas marinas. Giró a la derecha con el talego y su ropa bajo el brazo y vio las luces de Red Hook, esos famosos complejos de viviendas subvencionadas, en la distancia. Brillaba como una ciudad prohibida, con leyes propias. Si pudiera llegar allí antes que la Policía, jamás lo atraparían.

Para Francis todo estaba sumergido en la oscuridad de una niebla espesa. Podría estar en medio de la jungla a medianoche y no darse ni cuenta.

—¿Estás bien? —Rashid salió para bajar con él por la escalera de incendios.

—Sí, estoy bien. —Francis levantó la mirada para establecer la posición de las cosas—. ¿Viene algún refuerzo?

—Van a tardar un poco. Andan buscando por el complejo de viviendas Red Hook a un violador que lleva encima un hacha. —Rashid señaló en dirección al complejo—. ¿Quieres esperar?

—¿Y perderlo ahora que lo teníamos? Una mierda. —Francis logró encontrar la escalera—. Que dos de los chicos regresen aquí y contacta conmigo por la radio. Estoy en la frecuencia tres.

Tan pronto como puso su peso en el primer travesaño, la escalera se desplegó del todo y sintió cómo se le salían los pulmones del pecho mientras intentaba sujetarse fuerte.

—¿Seguro que estás bien? —Le preguntó Rashid desde arriba.

—Estoy bien —dijo bruscamente Francis—. ¿Por qué me lo preguntas tantas veces?

Bajó los travesaños y saltó la distancia que restaba entre la escalera y el suelo. Casi se tuerce un tobillo al hacerlo.

—¡Joder!

Estaba en medio de un matorral de hierbajos húmedos. ¿En qué estaba pensando? Cuarenta y nueve años, a punto de quedarse ciego, y andando

a trompicones en la oscuridad. Intentó ponerse de pie y encontrar de nuevo la escalera de incendios, pero se había fundido con la noche y había desaparecido. Tampoco estaba seguro de que fuera a poder alcanzarla.

Oyó que algo se movía delante de él por entre la maleza y deslizó con cautela su linterna por el solar. El campo de las cosas olvidadas. Sus ojos se fueron adaptando poco a poco, reconociendo neumáticos gastados, cascotes centelleantes de botellas rotas, latas de Budweiser vacías, ladrillos esparcidos, un televisor hundido, cajas de cereales, una pajarera plegada y un enorme frigorífico de GE tipo años cincuenta con la puerta descolgada. La maleza volvió a estremecerse y notó una presencia cercana que jadeaba.

—¿Julián?

Julián reconoció la voz de Loughlin cuando se agachó tras el frigorífico para esconderse de la luz de la linterna. El policía probablemente estaba allí para terminar lo que había empezado. Probablemente su brigada también estaba en ello e iban a encubrirlo. En los periódicos de la mañana rezaría el titular «Peligroso ex convicto abatido».

—Julián, sal de ahí. No estoy enfadado contigo, tío. —Francis se dio en el costado con su Glock mientras sujetaba la linterna con su otra mano—. Podemos hablarlo. Antes de que tengas más problemas.

Nada. No podía ver nada más allá del halo borroso de luz de su linterna. El resto era tinta añil sobre papel negro.

—Sé que estabas asustado. No querías hacer daño a nadie.

Un metro. Loughlin estaba a menos de un metro de distancia de él. Había pasado al lado del frigorífico. La luz de la linterna volvió, bombardeó la maleza y reveló un trozo de hormigón del tamaño de una mano. Julian miró la piedra y luego la nuca del policía. La calva de Loughlin brillaba bajo la luz de la luna.

¿Quién se iba a enterar? Jamás podrían demostrar nada. No había testigos. Podría abrirle la cabeza. Entonces cogería su pistola y acabaría con él, tal como se merecía.

De repente, el policía se giró. Durante un segundo pareció detenerse y mirar directamente a Julián quien, aterrorizado, se quedó inmóvil en mitad del camino, con sus pulmones presionándole la espina dorsal. Contuvo el

aliento, aterrorizado porque el fuerte latido de su corazón pudiera desvelar dónde se encontraba. Pero el policía seguía allí, con la mirada perdida y la luz de su linterna a tan solo tres centímetros de la cara de Julián.

—Eh, Rashid. —Accionó el micro de la radio que llevaba en el hombro—. ¿Puede venir alguno a ayudarme a rastrear el terreno?

Poco a poco Julián fue cayendo en la cuenta de que aquel hombre no podía verlo. Era como si se hubiese vuelto invisible. Se dio cuenta de que tenía que ser así. Los habían congregado al abrigo de la noche por una razón. Era su oportunidad para hacer justicia, para vengar su vida. El ladrillo estaba justo allí. El poli se giró de nuevo, dejando de nuevo su calva como objetivo desprotegido.

Entonces, ¿por qué no era capaz de hacerlo? Su orden se quedó a medio camino de su brazo. *¿Qué es lo que te pasa?* Intentó mandar de nuevo el impulso a su brazo, pero no hubo manera. *¿Qué pasó?*⁵⁵ *Este hombre te ha quitado todo. Y está a punto de hacerlo de nuevo. Ábrele la cabeza.*

Francis comprendió que tendría que haberse dado cuenta antes. Esa presencia acechante. El calor que se respiraba en el aire. El jadeo que no había sido capaz de diferenciar del chorro de agua de los pilotes cercanos, o el dolor punzante y la sangre en sus orejas. Se había acercado sigilosamente y lo había pillado desprevenido. Sintió el olor de la piel mojada cuando se volvió.

El perro gruñía. Cuando salió de la maleza llevaba en sus fauces todo lo que se había interpuesto en su camino. Miró a Loughlin primero, después a Julián y luego volvió a mirarlos otra vez, como si fuera algo que ellos dos hubiesen invocado con su enemistad. Después enseñó los dientes y soltó un bufido. Era uno de esos *pitbulls* musculosos de los que había oído hablar alguna vez en la cárcel; el tipo de perro que los narcotraficantes entrenaban para que se convirtieran en perros de ataque. Julián había visto a un par de ellos deambulando por las calles y escarbando los solares de la zona a la luz del día, abandonados por dueños que ya no eran capaces de controlarlos.

Más de una vez había tenido que parar a Eddie porque quería acariciarlos. Le había advertido de que cuando esos animales cerraban sus fauces, ya no te dejaban ir. Si intentabas soltarte podían arrancarte los músculos de la

⁵⁵ N. de la T.: En castellano en el original.

pierna. Soltó su talego y echó a correr hacia el complejo de viviendas subvencionadas.

Francis casi se cae al tropezar con un colchón empapado de agua. El perro estaba justo delante de él. Dios intentaba hacer que renunciara a una de las bazas de su negociación. *No, no me ayudes. Puedo hacerlo yo solo.* Se tropezó con una bombilla rota que yacía en la maleza y casi se raja el tobillo. *Deja que logre salir de aquí. Sin ayuda.*

Sintió el aliento del perro en la parte trasera de su pierna. Imposible dejarlo atrás. Empuñó su arma y se giró, dispuesto a volar los sesos del animal y rogando por que no diera a ninguno de los compañeros que se encontraban rastreando la zona. Sostuvo firmemente el gatillo y apuntó a la nada. No tenía la más remota idea de donde provenía el ataque. Se dio cuenta de que el perro había virado; había perdido su rastro. Salió a la calle y se encorvó para tomar aire; después de tanto esfuerzo le sobrevenían las arcadas. El ritmo de su aliento se alineaba con un *sup, sup, sup* cada vez más cercano. Alzó la vista y vio una luz bajar del cielo, la Estrella de Belén que rastreaba los patios de Red Hook. De forma gradual comenzó a seguir la trayectoria del helicóptero que se cernía sobre el complejo de viviendas.

¿Qué ocurría? El pecho de Julián estaba a punto de estallar y sus pies descalzos estaban doloridos de golpearse contra los adoquines. Se dirigió a la entrada y vio que ya había agentes de policía inundando la zona. En lo alto, el helicóptero sobrevolaba el lugar en círculos. Se acurrucó contra la verja de hierro forjado. Sabía que era cuestión de tiempo que lo atraparan. Echó la vista atrás hacia Coffey Street. A esas alturas ya le habrían dicho a Zana quién era. Le habrían enseñado una orden de registro e incluso fotos antiguas. Le habrían hecho creer que era un mentiroso, un delincuente, un peligro para ella y su hijo. *«Tiene suerte de haber escapado de él sana y salva, señorita.»* Cuando se puso a pensar en cómo podría explicárselo, en cómo podría hacerle ver que jamás le haría daño, un dolor terrible brotó dentro de él. Era inútil seguir corriendo. No se puede estar fuera del agua tanto tiempo. El ruido de las hélices al batirse se volvió más fuerte y el faro del cielo finalmente lo encontró apoyado contra la verja, mirando al cielo con los brazos abiertos.

—Francis, eres un hijo de la gran puta. —Deborah Aaron, con vaqueros y un jersey de cuello vuelto de canalé, lo encontró hablando con el sargento que estaba de servicio tras lograr abrirse camino entre los reporteros apostados en el exterior y entrar por la puerta principal del distrito policial 19—. No puedes coger el teléfono como haría una persona normal, no. Podría haberlo traído a declarar el día que hubieses querido. Lunes, martes, miércoles. Pero *noo*. El señor Loughlin siempre tiene que hacer su demostración de fuerza.

—Me alegro de verla, letrada. —Francis firmó el libro de registros y se lo devolvió al sargento—. La veo muy tranquila.

—Claro, pensaste que me ibas a pillar pasando el fin de semana del Día de la Hispanidad fuera, así tendrías a *Julian* para ti solo. Desgraciadamente, esta mañana tenía que dejar unos papeles y la clase de mi hijo pequeño tenía una representación que me has hecho perder. Me he pasado toda la noche cosiéndole su disfraz de tortuga e intentando redactar un informe de la causa para el juez Del Toro. Muchísimas gracias.

—¿Qué quieres que haga, Deb? ¿Que me coordine con sus profesores?

—Tú eres el que siempre está criticando a los que no envían notificaciones por adelantado.

Le dio la espalda y se dirigió a las escaleras, sin molestarse siquiera en comprobar si ella lo seguía. Aunque llevaban reconstruyendo el edificio desde 1983, el lugar había vuelto a adquirir rápidamente esa sensación de escuela antigua, como si el campo de energía de algunos crímenes olvidados tiempo ha se hubiesen abierto camino y hubieran subido por los cimientos.

—Debes de estar realmente desesperado —dijo—. Irrumpiendo en la casa de la novia de mi cliente con una chapuza de orden de registro.

Al final de las escaleras, abrió una puerta e hizo que pareciera fortuito que la estaba sujetando para ella.

—Tras usted, letrada.

En el pasillo que llevaba al departamento de detectives, había un póster con la frase «Se busca» y la fantasmal imagen en blanco y negro de un pasajero sin nombre en el asiento trasero de un taxi con sus colores distintivos. La foto, tomada con una cámara oculta, era de un joven con los ojos pequeños y un canguro Timberland con la capucha puesta que en breve sacaría una pistola del calibre 22 y dispararía al conductor, un tal Sandeep Singh de Jackson Heights (Queens), en la nuca, con todos aquellos fragmentos de cráneo esparcidos por el parabrisas. Hasta la fecha no había testigos que lo pudieran identificar, ni se había ofrecido una recompensa. Un recordatorio desalentador de que Francis todavía tenía otros casos por resolver.

—Y no te agradezco que hayas llamado a Judy Mandel y al resto de la prensa y me hayas hecho tener que aguantar su acoso.

Deb lo siguió hasta la sala de la brigada y por entre la maraña de escritorios. Las suelas de goma chirriaban en el suelo de madera, una característica un tanto extraña de ese distrito, cortesía de sus adinerados y agradecidos ciudadanos.

—Oye, no sé quién les ha dado el chivatazo de que Julian estaba aquí. —Francis se encogió de hombros—. No soy su publicista.

Un búho de plástico se erguía sobre el armario de los archivos, desde donde vigilaba de cerca a una figura dormida en la celda de detención, al otro lado de la sala, y le recordaba a Francis que este distrito siempre había sido un tanto lento para su gusto. Media docena de chicas un poco más jóvenes que Christine y Allison miraban fijamente desde el cartel de personas desaparecidas de la pared. *Highwall to Hell* atronaba en la radio y una copia de la *South Beach diet* yacía en el escritorio de un detective al lado de un envase de ensalada abierto.

—Al menos le habréis dado algo de comer, ¿no? —preguntó Deb.

—¿Tú lo harías? —Francis le lanzó una mirada atrás.

—Esa es una táctica de intimidación sórdida.

—Eh, no es que fuese precisamente como *Sonrisas y Lágrimas* cuando tú eras fiscal.

Se reservó la respuesta. Sabía tan bien como él que ella había sido implacable, dejando a los acusados sin comer y a sus abogados chupando horas en pasillos gélidos que eran como salas de tuberculosis.

—Mientras fui fiscal tú nunca detuviste dos veces a un tipo en la calle sin motivos fundados.

—¿Cómo sabes que es sin motivos fundados? ¿Pillas la frecuencia de la radio de la poli acaso? Pensaba que ya no tenías esa afición.

Notó que el insulto había tenido un mayor efecto que el que pretendía. Al instante recordó que ella había hecho que encerraran a su marido, un detective del distrito 90, por pegarla.

—Escucha, teníamos una orden firmada para registrar su casa —explicó para intentar recobrar una base más profesional—. Fue decisión suya agredir a un agente y darse a la fuga.

—Sí, agresión con un libro de la editorial Dorling Kindersley —bufó Deb—. Como si un tribunal no fuera a desestimarlos si presentases cargos contra él. ¿Qué era lo que estabais buscando?

—Pues, como podrás suponer, pensábamos que podía tener material relevante para el caso en el que estamos trabajando.

—¿Como por ejemplo? ¿Crees que ha estado guardando la sangre de una chica muerta veinte años para luego poder esparcirla en la escena del crimen?

—Vale, está bien. Lo hemos traído aquí para jugar a «ponerle la cola al burro».

—No me resultaría más extraño que algunos de los rumores que han llegado a mis oídos sobre esta investigación. —Se detuvieron en la puerta de la sala de interrogatorios—. Espero que estés orgulloso, Francis.

—*Zuum*. —Julián dio una palmada de alivio cuando vio entrar finalmente a su abogada—. «Teletraspórtame, Scotty»⁵⁶. Lo tengo.

Llevaba en esa sala desde las seis de la mañana, intentando no romper a llorar o venirse abajo mientras la señora A. había estado ocupada con otros asuntos. Todo lo físico de aquel lugar había cambiado; solo el miedo permanecía igual, aquellos cientos de arrendajos azules gritando en tu cabeza y esa sensación que hacía que te mearas encima del miedo y que tan nítidamente recordaba.

—¿Estás bien? —La señora A. le apretó el hombro.

—Sí, pero creo que ya he dicho todo lo que tenía que decir en este lugar.

Comenzó a incorporarse con gesto cansado cuando el detective negro, que había estado con él todo el tiempo, apareció por la puerta.

—Buenas tardes, señora Aaron. —Le ofreció la mano y sonrió, todo educación y amabilidad en esta ocasión—. Rashid Ali. He oído hablar muy bien de usted.

⁵⁶ N. de la T.: Célebre frase de la serie televisiva de 1966 *Star Trek* (conocida en España como *La conquista del espacio*). Era la frase que pronunciaban los personajes antes de disolverse en el aire para reaparecer posteriormente en la nave espacial u otros lugares.

—No de su colega.

—Entonces es que él no sabe apreciar una abogada tan magnífica.

Julián miró a su alrededor. Era cierto, desde que llegó a la comisaría no había visto a Loughlin. Otra cosa distinta de la otra vez.

—¿Le importaría decirme por qué han detenido a mi cliente?

—Puta zorra —dijo Paul Raedo cuando se unió a Francis al otro lado del cristal-espejo.

—¿Esa es la forma de hablar de un futuro juez del tribunal supremo estatal?

—Nunca me llevé bien con ella, lo sabes —farfulló Paul—. Siempre poniéndole las tetas en la boca al fiscal del distrito cuando subían juntos en el ascensor. Como si eso fuese a servirle para entrar en Estupefacientes después de solo tres años.

Francis tuvo que reconocer que ese no parecía para nada el estilo de Deb. Ella era más bien la niña aplicada y diligente muy consciente de sus méritos y que apenas explotaba su aspecto físico.

Por otro lado, últimamente Paul figuraba el primero de su lista de los diez más mierdosos. En primer lugar, había dejado que Julián saliera de la cárcel; no se había puesto en contacto con la familia de la víctima; había permitido que la juez Bronstein lo dejara públicamente con el culo al aire; y, lo peor de todo, había puesto todos esos papeles sobre su comparecencia por cargos disciplinarios en 1981 en la carpeta del expediente. Francis había intentado no obsesionarse demasiado con el tema porque, después de todo, ¿qué podía hacer a esas alturas? Pero uno de estos días, cuando todo esto hubiera terminado, iba a coger a Paul y decirle: «Tío, saca tu cuchillo de mi espalda. Odio tener que dormir de lado».

—¿Crees que debería entrar y darle las buenas nuevas? —Paul levantó las cejas, haciendo que su pelo corto se replegara a la coronilla.

—No. Deja que Rashid siga. Lo está haciendo bien.

El detective Ali puso en la mesa una muestra de lino caqui que le había enseñado anteriormente a Julián. Tenía tres manchones oscuros de distintos tamaños que se traslapaban entre sí, de una coloración algo distinta, como un conjunto de lunas oscuras que se eclipsaban parcialmente las unas a las otras.

—¿Qué se supone que es lo que estoy mirando? —preguntó la señora A.

—Bueno... —Ali bostezó—. Como usted bien sabrá, ha habido muchas habladurías sobre la cadena de pruebas de esta causa judicial. La gente se está formando unas ideas un tanto disparatadas. Así que ayer decidimos ir una última vez al almacén para ver si podíamos lograr algo más que una funda de almohada.

—Así que, ¿esto es...?

—Es un trozo de una funda del sofá de Allison Wallis. Más concretamente, del sofá en el que yacía cuando la hallaron.

—Que deberíais haber tenido en primer lugar —le espetó la señora A.—. Y, lo que es más importante, que yo debería haber tenido en primer lugar.

Si a Ali le estaba molestando que ella se dirigiera a él como si de un dependiente perezoso se tratara, él no dejó que se le notara.

—Todos buscamos la perfección, señora Aaron. Solo unos pocos la consiguen.

—¿Adónde quiere llegar con esto, detective? Mi cliente lleva aquí mucho tiempo. Si van a presentar cargos por oponer resistencia a su detención o alguna tontería similar, comparezcamos ante el juez y expongámoselo. He echado un vistazo a la orden de registro que hicisteis que firmara el juez O'Brien. Debía de andar aún medio dormido.

—La primera mancha que vemos es de sangre. —Ali la ignoró y tocó la tela con una uña de reluciente color beige—. El forense pudo determinar que la sangre pertenecía a una mujer. Probablemente de la propia víctima.

—Que paren el cierre de la edición, entonces. —La señora A. se puso las manos en las caderas—. Habéis encontrado la sangre de la víctima en la escena de su crimen. Felicidades, Francis. —Miró fijamente al cristal-espejo—. Eso era lo primero que teníais que haber hecho en este caso.

—*Bueeeenooo...* No tan rápido. —Ali estiró la pausa como un redoble de tambores—. Aún nos quedan dos manchas más de las que ocuparnos.

—No puedo esperar.

El detective sonrió y señaló a la segunda mancha de más tamaño.

—Esta de aquí también es de sangre. Aunque no pertenece a la víctima. Hicimos que el forense lo analizara anoche para sacar el perfil del ADN. Y, ¿a que no sabe qué? Coincide con la muestra de saliva que su cliente el señor Vega tan generosamente proporcionó al detective Loughlin hace algunas semanas.

La rabia comenzó a apoderarse de los ojos de la señora A. al recordar lo mucho que se había enfadado con él por haberle escupido a la cara de Loughlin.

—Disculpe, detective, pero ¿esto qué es? ¿La segunda parte? —dijo sin que se le escapara un punto—. Mi cliente afirmó en el primer interrogatorio que había realizado algunas chapuzas en el apartamento de la víctima. Le había arreglado el inodoro antes de sentarse en su sofá para ver la tele con ella. Resulta bastante obvio que pudo cortarse mientras manejaba sus herramientas.

Julián la miró impresionado. Los únicos síntomas de debilidad que mostraba eran las rayitas que se desplegaban como un abanico en los rabillos de sus ojos.

—Buen intento —asintió con la cabeza Ali—. Solo una cosa.

—¿Qué?

—La última mancha. Aquí. —Su dedo se mantuvo inmóvil sobre la mancha más grande—. ¿Le gustaría saber qué es?

—Estoy segura de que usted va a decírmelo.

—Es el semen del señor Vega. Como puede comprobar, es una cantidad considerable. Y está tocando tanto su sangre como la de la doctora Wallis.

Con tan solo un ligero movimiento de párpados, Julián vio como en el rostro de su abogada se desplegaba un drama de tres actos: impresión, dolor, traición. Entonces los cerró un instante para intentar procesar todo aquello. En cualquier otra persona parecería una simple pausa. Pero, tras su descarga incesante de palabras, aquel silencio era ensordecedor.

—Comprendo —dijo finalmente.

Su boca cambió a una sonrisa amarga cuando se giró al cristal-espejo y dirigió toda la ira que sentía por Julián a los hombres que se encontraban al otro lado del cristal.

—Pensasteis que traeríais a mi pobre cliente aquí, lo amenazaríais con detenerlo por estos cargos falsos y le enseñaríais toda esta mierda para intentar sacarle una confesión antes de que su abogada llegara.

—Nadie le ha obligado a responder ninguna pregunta después de que dijera que quería que estuviese presente su abogada —dijo el detective Ali—. Tan solo hemos compartido información con la esperanza de que nos pudiera echar una mano. Que quiera o no declarar por qué su semen se mezcló con la sangre de la doctora Wallis, eso ya es decisión suya.

La señora A. seguía mirando al cristal, continuando su enfrentamiento mudo con Loughlin y quienquiera que estuviese mirando.

—Si no van a presentar cargos contra mi cliente, me lo llevo a casa —dijo—. Es obvio que no estaríais intentando pincharnos si hubieses encontrado algo importante en la redada de esta mañana.

Ali se sentó en uno de los picos de la mesa, casi hierático. Con su camisa de puños franceses y su corbata azul cobalto, podría haber pasado por un modelo de la revista GQ esperando a que le tomaran una foto.

—Ah... otra cosa que olvidé mencionarles.

—No va a hablar. —La señora A. negó con la cabeza—. Si tienen más preguntas, cojan el teléfono y llamen a mi despacho para concertar una cita de verdad. Estoy segura de que tanto el detective Loughlin como el señor Raedo tienen el teléfono.

—De acuerdo. —Rashid esbozó una media sonrisa—. Tan solo nos preguntábamos por qué habían visto a *Julian* merodeando por el 294 de la calle 94, eso es todo.

La señora A. parecía desconcertada.

—Donde vivía la otra doctora —murmuró Julián.

—No lo pillo.

—El portero del edificio identificó a Julian en una fotografía. Dijo que lo había visto por la zona actuando de una manera «sospechosa». Sus palabras, no las nuestras.

—Ya se lo he dicho, tío. —Escupió Julián—. Hacía entregas a domicilio en ese vecindario.

—Julian, cállate.

Lo dijo con indiferencia y destreza, como si estuviera mandando una pelota de tenis con una volea de revés al otro lado de la red.

—Esta conversación ha terminado. —Enganchó a Julián por debajo del hombro y lo levantó—. Nos veremos en los tribunales.

Salieron por la puerta, dejando a Ali con las manos en los bolsillos. En la sala de la brigada, media docena de detectives volvieron rápidamente a sus escritorios para aparentar estar ocupados si bien, como es lógico, habían estado alineados al otro lado del cristal, escuchando cada palabra. La señora A. desvió su mirada a una fila de archivos verdes, donde estaban Loughlin y Paul Raedo de espaldas, haciendo como que estudiaban un expediente.

—Muy bonito chicos —dijo—. Intentando colgarle a mi cliente dos asesinatos cuando ni siquiera podéis probar uno.

—Entonces, ¿no vamos presentar cargos contra él por agresión y resistencia a la autoridad? —preguntó Francis.

—Es lo que me ha dicho el fiscal del distrito. —Paul negó con la cabeza y se metió el móvil en el bolsillo—. Quiere dejarlo correr. Le preocupa que pueda parecer parte de una *vendetta* continua contra ese tipo. Y, esto...,

también me ha hecho algunas preguntas sobre la forma en que rellené la orden de registro. —Paul parecía avergonzado—. Cree que puede que tengamos problemas con el juez por algunos de los procedimientos.

—Hay que joderse —farfulló Francis—. Antes, cuando tirabas porquerías a un agente de policía de Nueva York no te daban un permiso, sino una advertencia.

—¿Cuál es tu opinión? —Paul señaló con la cabeza a la sala de interrogatorios vacía.

A Francis le rechinaron los dientes. Ya se estaba reprobando por no haber entrado en la sala para hacer que la temperatura subiera unos grados.

—Mi opinión es que tenemos la sangre y el semen del tipo en la escena del primer crimen. Y alguien lo ha identificado en las inmediaciones del segundo. Aquí hay algo.

—Supongo que tienes razón —asintió Paul—. Hasta ayer, estaba dispuesto a descartarlo por todas esas cosas extrañas con el ADN. Pero ahora no sé qué es lo que va a pasar.

—Yo tampoco —admitió Francis—. Me van a salir los sesos por las orejas. Hasta estoy empezando a preguntarme si no enterraríamos a la chica equivocada.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? Ni siquiera tenemos una teoría operativa.

—¿Te refieres a un modo de hacer que el hecho de tener el semen de Julián en la escena del primer crimen, que el portero lo identificara en los alrededores del edificio de Christine y la sangre de la misma mujer hallada en los dos crímenes encajen?

—¿Alguna idea?

—La verdad es que no —suspiró Francis—. Pero Julián tiene que estar relacionado de alguna forma. Lo que no sé es por qué no ha abierto su corazón y lo ha soltado todo. Quizá sea cierto que haya estado guardando el ADN de la chica todo este tiempo. Quizá haya estado acumulando algo, como esos objetos fetiches. Ya sabes, hay gente a quien le pone los zapatos de mujer y todas esas cosas.

—Bueno... la verdad es que no sé mucho de eso. —Los ojos de Paul deambularon de un lado a otro—. ¿Los chicos encontraron su talego?

—No, rastreamos todo el solar a la luz del día y no apareció. Aunque, si finalmente tenemos problemas con la orden de registro, no es que fuera a sernos de mucha ayuda.

—¿Esto adónde nos lleva?

—Bueno, no tenemos que cerrar ninguna posibilidad. Tendremos durante los próximos días a un par de policías de paisano vigilando el centro

de reinserción social donde vive Julián, así que es probable que no intente nada. Rashid va a estudiar hasta la última línea de los expedientes para ver si se nos ha pasado algo por alto. Yunior está comprobando las partidas de nacimiento para ver si Eileen tuvo otra hija de la que no nos ha hablado, Jimmy Ryan está preguntando por el barrio de Christine, y tenemos a otros tres detectives que van a volver a interrogar a cada paciente y trabajador del hospital con el que Christine tuvo trato.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Me voy a casa a descansar un par de horas antes de que me vuelva completamente loco. Necesito aclarar las ideas.

—¿Te vas a casa? —Paul lo miró como si acabara de decir que iba a pasar el fin de semana abusando sexualmente de unas exploradoras.

—No me mires así, estas últimas semanas he gastado el equivalente a un año de horas extra. Estoy agotado.

—No sé, Francis. —Paul negó con la cabeza—. Has cambiado.

—¿A qué te refieres?

—Estoy empezando a pensar que tú y yo ya no jugamos en el mismo equipo. Mi padre jamás se preocupó por su tope de horas extra. Hacía todo lo que fuera necesario.

Francis se le quedó mirando. Tenía que estar bromeando. Todo el mundo sabía que el padre de Paul era un detective de Estupefacientes corrupto conocido como *Extorsionadlos* Raedo, en la época anterior a la comisión Knapp⁵⁷. Pero Paul simplemente lo miraba con su pelo erizado como púas de puercoespín. *No*, pensó Francis, *definitivamente ya no jugamos en el mismo equipo*.

—No se preocupe, su señoría. Estoy en el otro lado del puente.

—Sí. —Paul le dio la espalda—. Te llamaré cuando le rompan la crisma a la próxima chica.

⁵⁷ N. de la T: Una comisión de cinco miembros creada en abril de 1970 por el alcalde John V. Lindsay para investigar la corrupción dentro del departamento de policía de Nueva York.

—¡¡JUULIIIAAÁN!!

Un bromista que se encontraba al final de la manada gritaba su nombre una y otra vez con un falsete que desquiciaría a cualquiera.

—¡¡Juuu-liii-aaánnn!!!

Era como una lima de esmeril en sus colmillos. Bajó la cabeza cuando la señora A. lo empujó para ayudarlo a atravesar el sonido de las cámaras, como serpientes deslizándose, y el muro de las voces zahirientes que les esperaban fuera del distrito.

—*Julian*, aquí!

—*Julian*, ¿por qué la mataste?

—¿Te han dado esta vez tu merecido?

—Señora Aaron, ¿su cliente vuelve a estar detenido?

Levantó el bolso a la altura de su cara e intentó parar un taxi cuando vio que cada vez se les acercaban más, como matones en el patio del colegio, gritándoles preguntas y haciéndoles fotos.

—Mi cliente es víctima de una campaña difamatoria por parte de la Policía y la oficina del fiscal del distrito —gritó—. En el día de hoy no ha sido acusado formalmente de nada y, como todos ustedes saben, su condena anterior fue desestimada.

—¡¡Juuuuliiiiiaaaaaánnn!! —El falsete iba adquiriendo un fingido toque operístico—. ¡¡Juuuliii-uuuliii-uuu-liii-aaánnn!!

Enseño sus dientes y se giró cuando una docena de disparadores sonaron, inmortalizando su gruñido para los periódicos del día siguiente. Parecía un simio al que iban a dormir por haber atacado al guardián del zoológico.

—Debbie, ¿han interrogado a *Julian* sobre el caso de Christine Rogers?

Finalmente, un taxi amarillo paró y Debbie alcanzó el picaporte.

—No vamos a hacer más declaraciones por el momento. Les pido que respeten la privacidad de mi cliente y que dirijan todas sus preguntas a mi despacho.

—¿Qué es lo que ha dicho?

—¿Dónde está su despacho?

—¿Qué haces este fin de semana?

Abrió la puerta y empujó a Julián dentro del taxi.

—Astor Place —dijo tras entrar después de él y cerrar la puerta. Un último «Juuliiiiiiii...» les siguió mientras se alejaban de la marabunta.

El taxista, un sij con turbante y abundante barba negra como un visón cubriéndole la mitad inferior de la cara, los observaba desde su retrovisor.

—¿Sale en la tele?

—Ahora sí —dijo en tono grave la señora A.

—Su cara me sonaba. ¿Sale usted en *Factor miedo*?

—¿Esta mampara se cierra?

Antes de que pudiera responder, la cerró ella misma y se giró hacia Julián.

—¿Hay algo de lo que tengamos que hablar?

—¿Perdón?

—Quizá pueda encontrar una explicación convincente para una pequeña mancha de sangre en el sofá. —Apretó su cesta de mimbre contra su regazo—. Pero, ¿tu semen?

El taxi coleó cuando el taxista dio la vuelta a la calle y se dirigió hacia el centro por Lexington.

—¿Tengo que explicarlo letra por letra? —Julian se agarró a la correa agarradera para sujetarse mejor.

—Sí. Definitivamente voy a necesitar algo de ayuda.

Miró al otro lado de la ventanilla y no articuló palabra alguna hasta que llegaron a un semáforo en rojo cerca de los grandes almacenes Bloomingdale.

—Todo esto está tan limpio ahora. Antes había mucha más basura en las calles.

—Cuéntamelo —dijo—. Necesito saber la verdad.

—Ella me tocó.

Ninguno de los dos dijo nada mientras el motor estuvo parado en un paso de cebra. En uno de los escaparates de las tiendas, una maniquí de abedul blanco vestida de cuero y con unas gafas de sol posaba delante de un cartel que rezaba: «Obedeceré a la policía de la moda».

—¿Me estás diciendo que Allison Wallis, una mujer adulta, casi diez años mayor que tú, con la carrera de medicina terminada, inició una relación sexual contigo? ¿Eso es lo que me das para que trabaje en la defensa de tu caso?

Se sentía vigilado desde todos los flancos por las peatonas que lo observaban a través de las ventanillas del taxi. Todas ellas parecían cruzar

la mirada con él un instante y luego se alejaban a toda prisa con el bolso bien agarrado.

—Eso era lo que le quise decir al detective en el 83, pero no supe cómo decírselo.

—¿Te metió mano estando con la regla? ¿De veras esperas que me crea eso?

—¿Por qué no? —se cruzó de brazos.

—Por Dios santo, Julian... —Paró para no perder el control—. ¿Sabes cuánto tiempo he dedicado a este caso? ¿Sabes la de noches que me he pasado fuera de casa sin poder estar con mis hijos?

—Jamás te he mentido.

—Me gustaría creerlo, pero la verdad es que me estás asustando. Me tiemblan las rodillas.

Se encogió en el asiento de vinilo gris y sintió como las monedas se caían por entre los asientos. La de cosas que la gente se dejaba en un descuido.

—Está bien —dijo—. Ocurrió tal como te he dicho. A veces subía a su apartamento para arreglarle cosas y nos poníamos a charlar.

—¿Sobre qué? —dijo con ferocidad.

—De tonterías. Y algunas veces ella estaba estresada por cosas que habían sucedido en el hospital y tenía la espalda agarrotada. Así que se la masajeaba.

—Mmm. —Asintió con la cabeza y se sorbió la nariz. Decidió no ponerse nerviosa por el momento.

—Y entonces se convirtió en algo habitual. Nos sentábamos a ver la tele y algunas veces le daba un masaje en los hombros. Eso es todo. Los dos hacíamos como que aquello no tenía ninguna importancia. Pero cuando miro atrás pienso, *maldición, ¿qué significaba todo aquello?*

La miró de refilón para ver si se lo estaba tragando.

—Continúa —dijo con prudencia.

—Así que una noche no dejaba de salir agua por su inodoro y yo había tenido llamadas de todo el edificio porque mi padre estaba fuera y el encargado de mantenimiento libraba ese día. Así que me tocó a mí ir de un lado para otro, arreglando las cosas e intentando tener contentas a todas esas mujeres. Recuerdo que la señora London del 7A tenía una gotera y la señora Rosensweig del 4D tenía un problema con el piloto de su horno. Y, para cuando terminé, estaba realmente estresado. Y fue entonces cuando ella se ofreció a darme un masaje a mí.

—*Vaa-le* —Su boca parecía un círculo tirante.

—Y entonces una cosa llevó a la otra y acabamos abrazándonos un poco —dijo—. Ya sabes, al principio era un poco rollo hermana-hermano. «Siempre estás a mi lado. Eres un amigo de verdad. Te quiero tanto...» y, entonces, la cosa fue a más.

La luz se puso en verde y comenzaron a abrirse camino por entre el matorral de coches y los sonidos atronadores del tráfico.

—*Julian*, basta de eufemismos. Necesito que seas muy explícito.

—Vale, está bien. Se me puso dura. Ya está. —Se recostó—. Ella sabía lo que estaba pasando y yo también. ¿Sabes cómo es cuando algo está pasando y tú haces como si no pasara y, llegados a un punto, ya no puedes fingir más?

—Sí —dijo fríamente—. He oído hablar de ello.

No le gustaba que ella siguiera intentando quedar por encima de él. Sabía perfectamente que debía de haberla jodido y bien unas cuantas veces en su vida si había acabado defendiendo a gente como él y criando a dos hijos ella sola.

—Así que eso es lo que pasó —dijo—. Y yo era una pequeña *espina*⁵⁸ que jamás había estado lo suficientemente cerca de una mujer como para respirar en su oreja, así que no pude aguantar mucho. ¿Lo pillas?

—Eyaculaste sobre ella.

Se sintió avergonzado por el tono clínico de su afirmación y alzó la vista a la mampara para ver si el taxista lo había oído.

—No tienes por qué decirlo de esa manera.

—Tengo que estar completamente segura de lo que estamos hablando aquí. —El surco entre su nariz y su boca se alargó—. Aquí no hay ningún margen de error.

—Sí, eso fue lo que pasó —masculló. Intentó encontrar de nuevo su voz—. Pero ella quería hacerlo. De verdad. Solo me llevó siete u ocho años entenderlo. Por aquél entonces era muy infantil.

Se preguntó qué era lo que iba a pensar Zana cuando escuchara esa historia.

—¿Y después?

Sus ojos miraron más allá de ella.

—Supongo que empezó a alterarse.

—¿Cómo? —Hizo que la palabra goteara de su boca como un carámbano de hielo.

⁵⁸ N. de la T.: En castellano en el original.

—Al principio ella estaba bien. Parecía que quería olvidarlo y hacer como que no había pasado. Pero luego empezó a ponerse nerviosa, como si le preocupara que alguien lo descubriera.

—¿Te dijo quién?

—No. Me dijo: «Tienes que irte. No puedes estar aquí».

Odiaba el hecho de que mirase todo lo que decía con lupa, intentando pillarle en un renuncio, como los detectives.

—¿Y por qué no le dijiste nada de esto a Loughlin en el primer interrogatorio?

—Era un chico católico, histérico de los nervios, que hacía un mes que había empezado a afeitarse. —Su voz se resquebrajó—. Ni siquiera habría sabido qué palabras usar. Me habría costado menos recitarle una misa en latín que decir «chocho» o «polla».

—¿Y qué hay de tu abogado del primer juicio, Figueroa?

—Él lo sabía todo. Se lo conté con pelos y señales. Pero era como tú. No me creyó. Me dijo: «Eso es espantoso, *Julian*. Guárdatelo para ti. No vas a llegar a ninguna parte si cuentas esa historia en el estrado».

Abogaducho condescendiente. Julián todavía podía verlo en su despacho de Court Street; la mancha de color mostaza en el puño de su chaqueta; los lomos despegados de aquellos obsoletos libros de derecho de la estantería; brusco y paternal, cuando lo único que deseaba era hacer efectivos los cheques que tanto les había costado ganar a sus clientes y emborracharse hasta las cejas en su embarcación privada en Florida Keys.

—Si todo esto es cierto, ¿por qué no me lo contaste antes?

—Lo primero que me dijiste: «Solo responde a la pregunta que te hayan formulado. Un buen testigo lo sabe; nunca debe abrirle los ojos a un bobalicón. Tan solo debes centrarte en los asuntos relevantes para la apelación». Que eran —los contó con los dedos—: ¿se comportó mi abogado de forma incompetente? Sí. ¿Me dijo que tenía derecho a testificar? No. ¿Por qué el estado no ha presentado las pruebas de ADN que solicitamos? Y, ¿por qué no intentaron dar con todos los testigos cuyos testimonios pudieron haberme absuelto?

Ella asintió con la cabeza, admitiendo cada punto mientras el color de su rostro se iba consumiendo.

—Sí pero, ¿qué me dices del hecho de que hayan encontrado su sangre y tu sangre en la funda del sofá? —preguntó.

—Tal como tú dijiste antes, había hecho muchas chapuzas aquella noche. Supongo que me hice una herida mientras cortaba algún tubo y cayó algo

de sangre en su sofá cuando estuvimos juntos. Que cómo fue a parar su sangre en la funda, lo desconozco. Eso debió de pasar después de que yo me fuera y alguien más entrara y la atacara.

—Dios mío. —Se giró hacia su ventana; necesitaba aire fresco—. Te lo advierto, *Julian*, espero por tu bien que no me estés mintiendo. Si así fuese, yo no soy la que va a volver a la cárcel. Por si lo habías olvidado, tienes una condena de entre veinticinco años y cadena perpetua.

—¿Tengo pinta de estar mintiéndote?

Se quedó callada de repente. A su alrededor, la gente abandonaba la ciudad para disfrutar del largo fin de semana. Hombres y mujeres con maletas y maletines que se dirigían a toda prisa hacia Grand Central, alzando la vista al cielo con preocupación y pasando por el baldaquino del edificio Graybar donde, por una vez, hasta las ratas en los cables suspendidos parecían intentar abandonar el barco. Probablemente, volver para pasar otros cinco años no le habría asustado tanto hace un par de días, antes de implicarse con Zana y su hijo. Pero estar fuera te contaminaba. Te hacía olvidar cómo vivir en espacios reducidos.

—¿Y qué hay de eso otro? —dijo con calma, como si estuviera tirando de un hilillo que le colgase de su manga.

—¿El qué?

—La otra mujer sobre la que te han estado preguntando. La interna del hospital Monte Sinaí.

—¿Qué pasa con ella? —dijo sin alterarse.

—¿Me vas a decir por qué el portero dijo que te había visto merodeando por las inmediaciones de su edificio?

—Trabajaba a nueve o diez calles de allí. Jamás realicé un reparto a domicilio en su edificio. Si lo hubiese hecho, habría sido por equivocación y ellos me lo habrían restregado por la cara.

—Entonces, ¿tu mano?

—¿Qué le pasa a mi mano?

La abrió y la cerró en un puño, consciente de cómo ella observaba cada uno de sus movimientos.

—¿Qué hiciste realmente? Sé que no te cortaste en el almacén. Ni siquiera me miraste cuando te sugerí poner una demanda.

Se llevó un dedo al labio y se quedó pensativo un instante.

—¿Qué pasaría si te digo la verdad?

—Depende. —Se aseguró de que llevaba abrochado el cinturón de seguridad—. Soy una funcionaria de tribunales. No puedes incitarme a cometer perjurio. Si vas a subir al estrado y mentir sobre algo de lo que has hecho, ese es tu problema.

—Creo que quizá haya herido a alguien.

Cerró los ojos y juntó las rodillas. Durante algunos segundos no parecía del todo imposible que fuera a intentar empujarlo con el taxi en marcha.

—De acuerdo —dijo lentamente para intentar no liarse—. Ahora sí que necesito que me lo expliques.

—¿Todavía prevalece el secreto profesional?

—*Julian*, déjate de rollos.

Se puso en el borde del asiento para asegurarse de que el taxista llevaba la mampara subida y la radio puesta.

—Estaba en el metro después del trabajo, ¿vale? Y un tipo empezó a mirarme.

—¿Dónde ocurrió? —le cortó bruscamente.

—En el tren de la línea 4, desde la 86 a Grand Central. Le dije: «Qué pasa tío, ¿te conozco de la cárcel o algo?» Entonces, en la 42, me siguió con sus amigos cuando me bajé y empezó a decir: «Eh tío, ¿qué estás mirando?» Yo llevaba la medalla de san Cristóbal que me dio mi padre.

—¿Estás intentando decirme que te atacaron por una cadena de veinte dólares?

—Esa medalla significaba mucho para mí. —Se tocó el pecho en el lugar donde había estado el medallón.

—¿Empezasteis a pelearos?

—Sí. Creo que el tipo debía de llevar una navaja porque me hizo un tajo importante en la mano. La sangre corría a borbotones. Así que lo empujé...

—¿A las vías? —Contuvo su aliento de forma audible.

—No. Lo tiré por las escaleras, pero había bastante altura —admitió—. Cayó al andén número siete. —Puso sus brazos en alto como aspas de molino—. Tardó un poco en golpearse contra el suelo. Y entonces todos sus amigos bajaron corriendo a por él.

—¿Estaba bien?

—No lo sé. —Empezó a jugar con el pestillo de la puerta—. Subí las escaleras corriendo y salí de la estación. Por eso tenía miedo de decírtelo. Tenía miedo de que le hubiese podido partir el cuello.

Ella le observaba mientras él levantaba el cierre y lo bajaba con la palma de la mano.

—Entonces, ¿puedes haberlo matado? ¿Es lo que estás intentando decirme?

—No lo creo. Miré los periódicos durante un par de días y no decían nada de eso. Pero puede que lo haya dejado hecho mierda.

—¡Joder! —Recostó la cabeza—. ¿Y mentiste a la policía y a tu abogada al respecto?

—Me dejé llevar por el pánico, ¿vale? —El taxista giró cuando le oyó elevar el tono de su voz—. Pensé que me encerrarían de nuevo por agresión o por imprudencia temeraria antes siquiera de volver al tribunal —susurró—. Y entonces todo el mundo pensaría que quizá había hecho lo que dicen que hice.

—¿Y esperas que me crea que esto ocurrió casualmente a la vez que asesinaron a la otra chica?

—No, esto ocurrió casi una semana antes. Hasta tú me viste con el vendaje por aquel entonces. ¿No lo recuerdas?

Su confianza se tambaleaba. Podía verlo por la forma en que se apartaba de él, por cómo alisaba las arrugas de sus pantalones y se frotaba los labios una y otra vez, intentando restablecer en su mente el orden temporal.

—Tengo que decírtelo, *Julian*. No sé qué pensar ahora.

—Te estoy diciendo la verdad.

—Ya veo. ¿Así que solo mentías ayer?

Miró por la ventanilla y sintió la desolación de unas vacaciones que tocaban a su fin. Cuán extrañamente desiertos parecían los cañones de Manhattan en momentos como aquellos. Incluso en los barrios en los que la gente no había salido de puente parecía como si hubiese caído una bomba de neutrones dejando solo en pie los edificios, que proyectaban sombras alargadas. Vio las aceras vacías, los semáforos en verde para peatones ausentes, fantasmas en los escaparates y, arriba, la torre del reloj del edificio de Met Life en contraste con el cielo nublado y sus manecillas inexplicablemente paradas en las 9:15.

—Supongo que quizá ahora no parezca tan buen tipo —dijo.

—¿Ah, sí? ¿Y de dónde te has sacado eso?

El ex novio de Allison, Doug Wexler, tenía una de sí mismo antigua sobre la *credenza*. La foto mostraba a un estudiante de posgrado, delgado y con una gran pelambreira, jugando al *frisbee* con unos niños en una aldea guatemalteca. Francis observó que esa foto era algo más grande que las demás que tenía en su despacho con paneles de roble, incluidas las fotos de su familia y las de los edificios que conformaban el imperio inmobiliario que su padre le había legado.

—La verdad es que en cierto modo había estado esperando su llamada —dijo Doug, ahora una versión treinteañera más flácida y disoluta del tipo de la foto. Aquella tarde de sábado en su oficina llevaba un viejo polo Lacoste y unos chinos—. Desde que vi que el caso de Allison volvía a aparecer en los periódicos.

—¿Y ello a qué se debe?

—No lo sé. Tenía la sensación de que la primera vez algunas cosas no habían quedado resueltas.

Francis, algo más alerta tras unas horas de sueño, miró de nuevo la foto que estaba detrás de Doug. Era un indicador de la desesperación y la confusión que lo habían llevado a ese lugar a entrevistar al antiguo novio de la primera víctima para ver si había algo crucial que habían pasado por alto en el 83.

—En su funeral no estabas en el país, ¿verdad? —dijo Francis—. No te recuerdo allí.

—Vivía en una aldea donde no había tuberías en las casas, como para haber teléfonos. —Doug pasó sus dedos por sus finos cabellos rubios—. No lo supe hasta cerca de un mes después.

—Debió de ser un golpe duro.

—Dios. —La mandíbula de Doug se retrajo formando un pequeño cruasán bajo su barbilla—. Mi ex es asesinada en un edificio de apartamen-

tos propiedad de mi padre. Ni siquiera fui capaz de contárselo a mi mujer hasta hace algunos años.

—Recuérdame eso de nuevo —Francis abrió su libreta con aire despreocupado—. ¿Cómo es que subarrendó uno de los apartamentos de tu padre después de que hubieses roto con ella?

—No hay mucho que contar. Después de cortar seguimos siendo amigos. Sabía que después de graduarnos ella iba a volver a Nueva York. Mi padre gestionaba todos esos edificios de apartamentos en régimen de cooperativa y alquileres, así que le di su número para que le llamara. Y eso hizo.

—¿Le pediste a tu padre que le hiciera un descuento en el alquiler? —preguntó Francis. No estaba muy seguro de qué intentaba averiguar con esa pregunta pero, después del día anterior, era evidente que necesitaban un nuevo enfoque.

—No me metí en eso. Tan solo le pasé el teléfono como un favor entre amigos. En aquel momento ni siquiera sabía que me iba a dedicar al sector inmobiliario. Pensaba que iba a salvar el mundo...

Sus ojos vagaron con un deje de nostalgia por todo el despacho, por la alfombra turca y los jarrones orientales, las menciones enmarcadas y las fotos de su padre recibiendo premios de distintos alcaldes, y la vista desde la planta sesenta y cinco que hacía que la compleja expansión descontrolada del centro de Manhattan pareciese el sistema de circuitos de un chip informático.

—Después de aquello me sentía fatal. Sobre todo por haber faltado al funeral. Mi padre mandó una corona de flores enorme y pagó las limusinas para ir al cementerio. Estaba desolado.

—¿Por qué? ¿Conocía a Allison?

—No, pero... —Doug farfulló—, la mataron en uno de sus apartamentos; el hijo de uno de sus empleados.

—¿Alguien habló de demandarlo?

—¿Por qué lo pregunta?

—Acabas de decir que envié flores y pagé las limusinas para el cementerio. Estoy seguro de que era un hombre decente y generoso, pero una persona había sido asesinada en su edificio por el hijo de uno de sus empleados. Da la impresión de que podía haber sido responsable.

—Bueno, jamás oí que le hubieran interpuesto una demanda, pero yo tampoco estaba metido en el negocio por aquel entonces. —Doug se apoyó en los brazos, como si intentara parecer lo suficientemente grande como para poder ocupar ese asiento—. Y, por desgracia, mi padre ya no está aquí para que se lo pregunte.

—Si la familia de Allison hubiese interpuesto una demanda, ¿crees que lo habrías sabido?

—Supongo. Habría documentos.

—Resulta extraño —dijo Francis, cayendo en la cuenta de que anteriormente no había tenido motivos para plantearse aquello—. Conozco a Tom y a Eileen Wallis bastante bien. No son avariciosos, pero, ya sabes, la pela es la pela.

—Siempre los consideré un poco raros.

—¿Y eso? —Francis apartó la vista de la libreta.

—Bueno, ya sabe. Allison no siempre se llevó bien con ellos mientras estuvo viva.

—¿Desde cuándo? —Francis notó que había sonado indignado, casi como si fuera el amo y señor del lugar y le hubiese molestado que le dijera algo que él no sabía—. Jamás lo había oído —dijo intentando sonar más neutral—. Pensaba que estaban muy unidos.

—Lo estaban. En mi opinión, quizá demasiado.

—¿A qué te refieres?

—Dios, siempre andaban discutiendo. —Doug se masajeó las sienes, como si todavía le doliera la cabeza.

—¿Por qué?

—Por todo. —Doug frunció el ceño—. Comida, ropa, por todo lo habido y por haber. Tenían serios problemas con el sentido de la autoridad.

Por quién sabe qué razón, Francis recordó el osito relleno de miel de la encimera de la cocina de Christine Rogers.

—¿Seguro que no te estás confundiendo? —dijo Francis—. Fue hace mucho tiempo.

—Créame. No lo he olvidado. Hablaba con su madre por teléfono y después se tiraba horas histérica. No había nada que pudieras hacer o decir para consolarla. Esa fue una de las razones por las que lo dejé con ella. Es como si estás viendo a alguien y, llegados a un punto, te das cuenta de que hay algo que se interpone entre los dos y que nunca vas a lograr traspasarlo. Nuestra relación era así. Era como si algo estuviera delante del sol.

Francis dejó su libreta a un lado.

—Debo decirte, Doug, que lo que me dices no me encaja. He trabajado mucho tiempo en este caso. He hablado con gente con la que trabajaba, con niños a los que había atendido y con gente del edificio y ninguno de ellos dijeron nada de lo que tú me estás describiendo.

—Bueno, ellos pueden decir lo que quieran. —Doug suspiró, apoyado sobre sus codos—. Pero yo era el que estaba allí cuando se pasaba días sin

probar bocado o cuando se encerraba en el baño. Un par de veces le vi unos cortes en los brazos y no me quiso decir cómo se los había hecho.

—¡No jodas! —dijo Francis mientras intentaba recordar si había visto marcas así en su cuerpo o simplemente había dado por sentado que se las había hecho su agresor—. ¿Tienes alguna idea sobre qué iba todo aquello?

—No. Todo aquello iba más allá de lo que a mis veinte años estaba preparado para abordar. Recuerdo que una vez me dijo: «En ocasiones me gustaría poder desaparecer».

—¿Con esas mismas palabras?

Francis tenía la extraña sensación de que alguien había entrado en la habitación, fuera de su línea de visión.

—Bueno, no sé si esas mismas palabras —dijo Doug—. Era una chica rara. A veces te daba la sensación de que no le gustaba vivir en un mundo de adultos.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Porque la única vez que la recuerdo realmente feliz fue cuando trabajaba con niños en la clínica de Springfield. Dos veces a la semana trabajábamos como voluntarios en uno de los hospitales locales para ayudar a los que habían entrado nuevos. Y, cuando acabábamos, yo estaba en el aparcamiento, listo para tomar una cerveza o hacer algún plan similar. Y ella se quedaba en el hospital con los niños, jugando con casas de muñecas o construyendo castillos de Lego en la sala de espera. Era con los que se sentía a gusto. No la estoy juzgando. Lo único que digo es que no era fácil tener una relación más adulta con ella.

—No sé si te sigo.

—Bueno, no quiero ser demasiado gráfico, pero... —Doug bajó la voz—, era un poco, esto..., rara para la parte física de la relación. A veces te daba la impresión de que prefería estar jugando al Monopoly.

Francis se rascó un lado de la mandíbula.

—Ya, sé lo que está pensando. —Doug negó con la cabeza—. Pero no era solo yo. No tuvo muchos novios, y punto. Ni antes ni después, que yo sepa. Era como si algo más ocupara ese espacio en su vida.

—¿Como por ejemplo?

—No tengo ni idea. Después de la universidad solo la veía de vez en cuando, cuando iba a la ciudad para visitar a mis amigos. Pero lo único que quería hacer era ver *Star Trek*.

—Sí. Le gustaba mucho, ¿no?

—Yo me burlaba de ella y le decía que esos gustos ya no se tenían pasados los doce años.

De nuevo ese *déjà vu*. *Star Trek*. Francis intentó seguir la sucesión de asociaciones desde su punto de origen. *The Cage*. El capitán Pike. El tipo de *Centauros del desierto*. La chica que desaparecía. Era como un rastro de luces de Navidad. Un parpadeo, sí. Dos parpadeos, no.

—¿Sabe? La vi hace algunos años. —Doug se incorporó repentinamente.

—¿A quién?

—A la madre de Allison. Eileen. Estaba en un restaurante y la intenté saludar, pero ella pasó de largo.

—Quizá no le reconociera. Lamento tener que decírselo, Doug, pero ninguno de nosotros somos ya jóvenes.

—No, no fue eso. Ella sabía quién era yo. Me presenté. —Doug miró de nuevo a las fotos de su escritorio—. Pero ella no quería ver cómo era mi aspecto ahora. Porque sabía que Allison jamás tendría esa edad. Algunas personas nunca llegan a acostumbrarse.

—Señorita, ¿podría usted ayudarme, por favor?

Eileen estaba en la sección de niños de Bloomingdale intentando comprarle a las niñas unos abrigos en el remate de ofertas por el Día de la Hispanidad. Jennifer, su madre, siempre andaba diciendo que tenían que ir tapadas y con más capas que una cebolla. Ella estaba hoy tapada bajo su edredón debido a una de sus gripes misteriosas. Lo triste era que cada vez había más y más problemas a los que enfrentarse. *Capas. Todos necesitamos capas para protegernos.* Algo para atrapar el aire entremedias.

Iba de estante en estante intentando encontrar las tallas para que no pareciera de nuevo que a las niñas se las hubiese tragado una patata gigante, con sus piernas como palillos sobresaliendo por debajo.

No dejes que se las traguen. *Tienes que protegerlas. Tienes que aguantar.*

—Disculpe. —Llamó con la mano a una dependienta delgada que se dirigía al almacén con el brazo hasta arriba de jerséis rojos—. ¿Podría ayudarme?

—Pregúntele a Karen. Está en Jóvenes.

Eileen se puso en camino, pasando al lado de camisones recargados y faldas de franela. ¿Habían cambiado la distribución? ¿No fue el otro día cuando le estaba comprando un abrigo para los domingos a Allison? De fieltro azul marino y un cuello de terciopelo suave con el que le gustaba acariciarse las mejillas. ¿Acaso no estaba sonando la misma canción, *Dancing Queen*, en el hilo musical?

Una nube pelirroja emergió de una hilera de vestidos de fiesta.

Su corazón dio un brinco violento. Es ella. No es ella.

—Hola... Necesito ayuda...

Todo vuelve. Faldas escocesas, estrellas fugaces, algunos cuentos de hadas. Necesitas mantenerte fuerte. No dejes que se las traguen. Nuestra piel no es suficiente para protegernos. Necesitamos más capas.

Vio el cartel de la sección de Jóvenes y giró a la izquierda. Esa ropa era demasiado grande para las niñas. Todavía eran tan pequeñas. ¿Cómo podrían defenderse por sí solas? Su madre no podía protegerlas. Ella permanecía acurrucada bajo demasiadas capas. Una mujer dulce de Indiana en la gran ciudad, temerosa de contemplar lo que tenía delante de ella.

La nube de cabello pelirrojo pasó por una fila de vaqueros. Eileen sintió el estómago encogerse y esa tensión que le era tan familiar en sus muslos; la sensación de mareo al ver a un niño acercarse demasiado al borde. Una chica huesuda y bajita de manos pequeñas desapareció tras una fila de blusas. Estaba jugando al escondite con ella. Eileen cayó en la cuenta de que la estaba siguiendo. No puede ser. Puede ser. Las estrellas que se apagan pueden volver a brillar.

La alcanzó fuera de los probadores, casi sin aliento. Una anciana no debería tener que correr. Intentó alcanzar una muñeca delgada y delicada. *Aquí estás. No dejaré que te vuelvas a escapar.* Agarró los frágiles huesos y los apretó. La chica, que se giró, se había transformado. Sus ojos eran marrones. Su piel cobriza. La niña ya no estaba.

—Oh, lo siento. —Eileen le soltó la muñeca y retrocedió—. No sé qué es lo que me ha pasado.

Tan pronto como Julián entró aquella noche en la cocina del Elmont Catering Hall, supo que las cosas habían cambiado.

Zana estaba apoyada en la cocina, fumaba un cigarro y hablaba con uno de los camareros. Se metía el pelo por detrás de las orejas, girando un poco la muñeca, y sonreía a aquel hombre con la misma sonrisa que Julián pensó que ya solo le dedicaría a él.

Colgó su chaqueta cerca de una tabla para cortar y carraspeó para que supieran de su presencia.

—Qué hay. —La saludó agitando la mano con seguridad para mostrar que no le importaba que estuviese hablando con otro tipo.

Ella apoyó la cabeza y se rió por algo que acababa de decir el camarero, echando el humo hacia el techo y con su codo cubriéndole de manera protectora las costillas.

La cocina era como una sala de vapor, llena de platos calientes que salían del lavavajillas Hobart, mantequilla chisporroteando en sartenes, estudiantes de cocina poniendo tiras de salmón en pan integral de centeno y langostas haciendo ruido en cacerolas llenas de agua hirviendo. En el salón principal de la puerta de al lado, el *pincha* estaba haciendo una prueba de sonido para la boda. La canción que sonaba, *Celebration*, tenía los graves tan altos que hasta los novios de la tarta nupcial de la esquina vibraban.

—Oye, ¿recibiste alguno de los mensajes que te dejé? —Julián se acercó y la tocó el hombro—. Llevo dos días intentando contactar por teléfono contigo. Hay algunas cosas que creo que necesito explicarte.

El hombre con el que estaba hablando se giró. Un aro pequeño de oro parpadeaba en su rollizo lóbulo rosa.

—¿Te importa? —dijo el tipo con el que estaba hablando.

Era un blanco hinchado, con un esmoquin de alquiler, un cuello como una secuoya, una melena corta por los lados y larga por detrás y unas facciones rubicundas y lustrosas que parecían un tanto abotargadas por los

esteroides. A pesar de su tamaño, Julián notó algo dulce en su interior, como si tan solo fuera un actor que intentaba hacer de tipo duro.

—No hablaba contigo. —Julián echó los hombros hacia atrás.

Zana apretaba nerviosamente el cigarrillo entre el pulgar y el índice y acercaba más el codo a su cuerpo como si estuviera intentando demostrar cierto grado de delicada sofisticación europea.

—¿Desde cuándo fumas? —le preguntó Julián—. No lo harás con tu hijo cerca, ¿no?

—No es necesario que me avergüences.

—¿Por qué? ¿Porque estoy hablando contigo?

—No es un buen momento. —Bajó la mirada.

—Bueno, ¿podemos hablar luego en el tren? Hay ciertas cosas sobre lo que ocurrió la otra noche que necesitas entender.

—Tengo quien me lleve. —Miró al chico del corte de pelo a lo huno.

—Oye, grandullón, ¿podrías darme un poco de espacio? —Julian forzó una sonrisa—. Todo está de nuestro agrado.

Zana dudó. Le dio unos golpecitos al filtro del cigarrillo antes de asentir con cautela.

—No pasa nada, Nicky.

El grandullón le indicó que estaría a tan solo unos metros de allí. Se puso a comprobar su corbata en un samovar pulido mientras los bármanes apilaban las cajas de champán.

—Supongo que estarás molesta —dijo Julian—. Debes de pensar que soy un monstruo, ¿me equivoco?

Juntó los pies y adoptó una postura de resignada formalidad que Julian encontró conmovedora y a la vez ligeramente intimidatoria.

—Yo no he dicho nada.

Su cigarrillo estaba cerca de su oreja y temblaba levemente.

—Crees que hice todas las cosas que te dijeron que había hecho, ¿verdad?

—No, te creo a ti —respondió—. El que miente sobre su nombre verdadero.

—Me vi obligado a hacerlo. —Se frotó las manos. Se sentía sucio—. No quería asustarte...

—Dime —interrumpió—. ¿Cuántos años estuviste en prisión?

—Casi veinte.

No era momento de irle con evasivas sobre malos abogados y testigos extraviados.

—¿Y solo te condenaron a eso por matar a dos mujeres? No es mucho—. Las comisuras de su boca se alargaron, como si aquello fuera una afrenta personal.

—Solo fue por una, y no lo hice. —Se golpeó un lado de la pierna con su puño—. Si lees toda la historia de principio a fin, verás que desestimaron mi condena. Cometieron un error.

—¿Y por qué te detienen de nuevo?

—Quieren trincarme por algo porque saben que se equivocaron con lo otro y no quieren admitirlo. Mira. Todo son un montón de mentiras. Yo soy la víctima.

Tiró el cigarrillo en una copa de champán medio vacía y este se apagó con un ligero silbido.

—Solo quiero saber una cosa.

—¿Si?

—¿También ibas a hacerme daño a mí?

Lo dijo tan bajito que no la oyó.

—¿Qué?

—¿Acaso no era eso lo que ibas a hacer?

—No. Por supuesto que no. ¿Estás loca?

—Dejé a mi hijo a solas contigo. Iba a dejarte que lo llevaras en tren.

—¡Ah, joder! —La vergüenza lo abrasó rápidamente—. ¿Se lo tomó muy mal?

—La policía estuvo en su habitación. ¿Tú qué crees?

—Mierda.

—Dejé Kosovo porque había policía en las casas. ¿Y ahora esto? Quizá es culpa mía.

—No, no es tu culpa...

El lavavajillas se abrió detrás de él, soltando una niebla húmeda que lo envolvió. ¿Cuántas veces más podía seguir pasando? ¿Cuándo iba a despertarse de su pesadilla recurrente para encontrar el camino que le llevaría a la vida que se suponía que iba a tener?

—Mira. —La tocó—. No soy el malo de la película...

—¡No me toques! —Se echó hacia atrás sobresaltada—. Vete de aquí.

Nicky volvió con sus andares pesados. La faja de su esmoquin parecía un cinturón de levantadores de pesas.

—¿Todo bien?

—Sí, tío. Estamos bien. —Julián le indicó con la mano que se alejara—. Márchate. No he acabado de hablar con la señorita.

—Parece que ella sí ha terminado de hablar contigo.

—¿Y tú qué tienes? ¿Telepatía? No la he oído que te llamara.

—La estás asustando.

—No está asustada. Zana, ¿puedes decirle a este tonto qué es lo que pasa? Ella miró a la nada y se metió las manos en el delantal.

—Mira. Ahí lo tienes. —Nicky le puso la mano en el codo de Julian—. Quiere que la dejes tranquila.

—Eh, *maricón*⁵⁹. ¿Por qué me manoseas? ¿Quieres ser mi novio o qué?

—Tranquilo, *amigo*.

—Oh. ¿Ahora hablas español? —Julián le quitó la mano de un manotazo—. *Chinga tu madre*⁵⁹. ¿Entiendes eso?

—¿Quieres follarte a mi madre?

—Sí, quiero follarme a tu madre, a tu hermana y a tu abuela también. *Cara de crica*⁵⁹.

—¿A quién llamas tú cara chocho? —El grandullón lo empujó contra la cocina—. Zorra.

Julián escuchó una alarma sonar muy fuerte en sus oídos. Antes de saber lo que estaba haciendo, agarró dos mechones de su pelo, tiró de ellos lo más fuerte que pudo y golpeó con su frente en medio de la cara del tipo. Vio algunas chispas y cenizas llameantes flotando en el espacio. Cuando su vista se aclaró, tenía dolor de cabeza y Nicky estaba desplomado en una esquina, la sangre salía a borbotones de su nariz y sus ojos rebosaban de rabia herida.

Ya no podía echarse atrás. Julián cogió una sartén de la cocina que estaba a su lado y la zarandeó, haciendo caso omiso del calor que emanaba del mango y de las cenizas que volaban a la altura de sus ojos. Inmediatamente, todos los que estaban en la cocina se quedaron en el más respetuoso de los silencios. Vio a dos de ellos salir corriendo, mientras los demás ponían los cuchillos lejos de su alcance.

Su miedo le llenaba de energía, le daba una sensación de poder y autoridad que no había sentido desde que salió de prisión. Era casi un alivio ver caer el revestimiento de las cosas; saber que, una vez quitas las flores, las pajaritas, los trajes nupciales y los cubiertos, todos los símbolos de la falsa sociedad educada y el refinamiento, el meollo de la cuestión todavía consistía en quién podía y quién estaba dispuesto a dar una buena paliza.

Pero entonces vio a Zana, que miraba de su cara a la sartén y de la sartén a su cara. Era como si lo estuviese viendo menguar mientras que el arma que blandía se hacía más grande.

Estaba demasiado caliente como para poder seguir sosteniéndola. La soltó justo cuando Kevin, el profesional y encantador propietario de la empresa de cáterin, entraba corriendo en la cocina.

—Christopher, ¿qué estás haciendo?

—Nada. —Sintió cómo la palma le latía con fuerza de la quemadura.

⁵⁹ N. de la T.: En castellano en el original.

Kevin miró a Nicky, que se estaba sujetando la nariz.
—No tenías que venir esta noche—dijo intentando dejar la conversación de lado lo más rápidamente posible—. Podíamos haberte cubierto.

—Bueno, ahora estoy aquí.

—Vale, te lo reembolsaremos. —Kevin respiró profundamente mientras miraba a todos los allí presentes para asegurarse de que nadie más había resultado herido—. Se te debería haber informado.

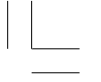
Julián se tocó el chichón que le estaba saliendo en la frente y se dio cuenta de que estaba un poco húmedo con la sangre de Nicky.

—¿Seguro? Puedo quedarme por aquí para ayudar a limpiar cuando termine la celebración.

—No, está bien así. Creo que tenemos gente suficiente.

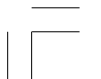
Por encima del hombro del encargado vio a una langosta que luchaba por salir de la olla con agua hirviendo. Intentaba alcanzar la luz, se agarraba al borde de plástico en un último intento desesperado por escapar.

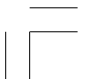
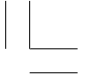
Pero llevaba demasiado tiempo en la olla. Jamás tuvo la más mínima posibilidad. Su interior ya estaba hecho. Con su propio corazón también abrasado, Julián vio la pinza de la langosta lacia y sin vida asomarse por el exterior de la olla.



Parte VI

Empieza a verse la luz





La mañana del martes tras el Día de la Hispanidad, Francis fue a una reunión en la oficina del fiscal del distrito. Nada más entrar, vio a Tom y a Eileen Wallis, que miraban fijamente a Paul Raedo y al doctor Dave desde el otro lado de la mesa de conferencias.

—Francis, ¿qué es lo que estoy oyendo? —Tom se pellizó el pliegue de piel situado entre sus ojos—. Dijiste que saldrías en defensa de nuestra familia. Y, en vez de eso, nos vuelven a arrastrar aquí y a los tribunales, los medios no dejan de llamar a nuestra casa y ahora llega a mis oídos esa locura de que la sangre de mi hermana ha aparecido en el apartamento de otra víctima.

—Tom, Eileen. Os ruego que aceptéis mis disculpas. —Francis tomó asiento bajo el arpón de Paul—. Vamos a llegar al fondo de todo esto lo más rápidamente que podamos. Al parecer, ha habido una confusión con las pruebas del ADN en este caso, y necesitamos resolverlo antes de que la defensa lo use en su beneficio y se valga de ello para embarrar todas las aguas.

—No entiendo nada —dijo Tom mientras se pasaba una y otra vez el dedo por un pliegue de su ceja—. Primero soltáis al asesino de mi hermana antes de que termine su condena. Después, asesinan a esa otra chica, que está relacionada de alguna forma con Allison. Y, mientras tanto, ¿no vuelven a meter a ese Vega en la cárcel?

—¿Puedo? —interrumpió el doctor Dave—. Hay un par de aspectos que tenemos que revisar detenidamente. Ya hemos establecido que hay una conexión de ADN definitiva entre su familia y la mujer cuya sangre encontramos en el homicidio de Christine Rogers. Así que lo primero que necesitamos saber es si usted tiene otras hermanas.

—Por supuesto que no. —Tom puso los ojos en blanco—. ¿Pero qué tipo de pregunta demente es esa?

—Tan solo buscamos una explicación lógica respecto a quién puede pertenecer esa sangre —dijo el doctor Dave.

Francis miró al otro lado de la mesa.

—¿Eileen?

Eileen había permanecido todo ese tiempo sentada en silencio, con su traje negro y sus gafas de cristales oscurecidos. La esfinge elegante.

—Sé que no resulta fácil hablar de este tema. —La indujo a hablar porque pensó que quizá le habían doblado la dosis desde la última vez que la vio—. Pero es necesario que lo sepamos. Todos los aquí presentes somos personas adultas. Entendemos que suceden cosas antes y después de los matrimonios. Así que tienes que decirnos la verdad. ¿Tuviste otra hija que diste en adopción?

Se quitó las gafas y lo miró. Hoy no había nubes en sus ojos azul cielo.

—Francis —dijo—, si hubiese tenido otro hijo, creo que lo habría sabido. No se puede decir que haya sido la más observadora de las madres, pero creo que eso habría atraído mi atención.

Entre los hombres se produjo un encogimiento de hombros colectivo.

—Un segundo. —Tom dejó de frotarse la frente, en la que le había quedado una marca roja—. ¿Cómo habéis establecido una conexión entre este nuevo ADN que encontrasteis y nuestra familia? No recuerdo haber dado a nadie una muestra.

—Yo se la di —dijo su madre.

—¿Que tú qué?

—El detective Loughlin vino a verme la semana pasada cuando estaba jugando en el parque con las niñas —dijo—. Y yo le di alegremente lo que necesitaba. Lo siento, cielo. Quizá debería habértelo dicho.

La nuez de Tom subió y bajó cuando se giró hacia Francis, como si estuviera esperando una explicación. Pero Francis estaba mirando a Eileen, intentando averiguar lo que pasaba por su cabeza. ¿No había en su cara un leve atisbo de la sonrisa del Gato de Cheshire?

—Bueno, el resultado de todo esto es que no hay otra opción —dijo el doctor Abramovitz mientras cogía un lápiz y lo hacía girar lentamente—. Vamos a tener que pedir una exhumación.

—¿Vais a desenterrarla? —La marca roja de la frente de Tom comenzó a desaparecer.

—Lo lamento, pero tenemos que hacerlo —dijo Dave—. Es la única forma de eliminar a su hermana como donante de la muestra más reciente.

Francis asintió comprensivo a Tom. Sabía lo que era intentar mantener unida a una familia rota.

—Tom, sé cómo te sientes...

—Tú no sabes cómo me siento, Francis. ¿Han desenterrado a alguien de tu familia?

Negó con la cabeza en un gesto de sufrimiento.

—Tom, créame —Paul estiró su mano—. Si hubiera otra manera...

—Pero, ¿qué hay de esa historia que ha salido en los periódicos este fin de semana? —protestó Tom—. Esa que decía que habíais encontrado algo más que relacionaba a Julian Vega con la escena del crimen de mi hermana. ¿Por qué no estáis siguiendo esa línea de investigación?

—Lo estamos haciendo —dijo Francis—. Todavía pensamos que está relacionado, pero ahora mismo nos hallamos en un punto muerto a causa de este otro ADN. Es por ello que debemos esclarecer de dónde procede.

—Dios. —Tom se tiró de nuevo a la silla—. Me pone enfermo. No puedo creer que tengamos que pasar otra vez por todo esto. Es como si te arrancasen los puntos de una herida una y otra vez.

—Me parece bien —dijo Eileen.

Francis sintió un leve ruido de cristales rotos en el aire. Miró a su alrededor y vio que Paul, Tom y Dave también se habían quedado perplejos.

—Así todos veréis que tenía razón —dijo—. No es ella.

—Mamá... —Tom se puso rojo.

—Hablo en serio. La verdad va a salir a la luz.

—¿Has visto lo que has hecho, Francis? —Tom apretó su dedo contra la mesa hasta que la cutícula se volvió blanca—. La has alentado. ¿Te parece cuerdo lo que dice?

—No importa —murmuró el doctor Dave.

—¿Qué quiere decir con «no importa»? Esto se va a convertir en un círculo mediático aún mayor, cuando lo único que intento es proteger la poca dignidad que le queda a mi familia. Dirigiré una petición al tribunal para que lo evite...

—No se moleste. —Paul empezó a revolver papeles.

—¿Qué quiere decir con «no se moleste»? ¿Quién es usted para decírmelo?

—La última palabra la tiene el forense. No necesitamos el permiso de la familia para exhumar un cuerpo si está enterrado en la ciudad de Nueva York.

Francis estudió la reacción de madre e hijo. Tom miraba a su madre con una mezcla de cansancio lastimero e indignación. Eileen miraba serena a la nada, ignorándolo, como la figura sonriente sobre un gran barco, ajena a las olas y a las borrascas que se avecinan.

—Entonces, ¿por qué se han molestado en llamarnos para que viniéramos? —preguntó Tom.

—Cuestión de buena educación —dijo Paul.

Julián, sin afeitar y con los ojos enrojecidos tras no haber conseguido conciliar el sueño en toda la noche en un refugio, se presentó en la cafetería de Nita a la hora del almuerzo. Una parte del restaurante estaba lleno de madres jóvenes con enormes ojeras bajo los ojos que intentaban llevarse la cuchara a la boca cuando no estaban intentando calmar a los gritones de sus hijos. Ancianas relajadas, con zapatillas de deporte y cazadoras vaqueras, las observaban divertidas desde el otro lado del pasillo con un aire entre irónico y cínico.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Nita lo interceptó en el cuenco de los caramelos de menta de al lado de la caja registradora.

—Me han echado del centro de reinserción social en el que vivía —dijo agarrando su talego, que había recuperado de Red Hook aquella mañana—. Dicen que soy una influencia negativa por la mala prensa que tengo.

—¿Qué ha ocurrido? —Miró al chichón que todavía tenía en la frente del golpe que le había dado a Nicky—. ¿Te han detenido por lo de la otra chica?

—No, Nita, escucha. Te juro que no tengo nada que ver con esto. Intentan pillarme. Es un montaje, para tapar lo que hicieron...

Vio como sus párpados caían pesadamente. Cuanto más hablaba, menos quería escucharle.

—Necesito un sitio donde poder pasar un tiempo. Anoche me llevaron al refugio de Bellevue, pero daba demasiado miedo. Todos los tipos de las otras camas me miraban y los guardias hablaban de mí a mis espaldas. Me daba miedo hasta ir al baño. Era como estar otra vez en la cárcel, solo que peor porque ni siquiera tenía una celda en la que esconderme. Estaba en un espacio abierto, a su merced.

—No puedes quedarte aquí. —Nita se puso un boli detrás de la oreja—. Mi jefe se enteró de lo de la última vez y casi me despide.

—Entonces quizá pueda ir a tu casa, solo durante un par de noches. Dormiré en el suelo. Dormiré en la bañera. No me importa...

—No cielo. No puedo hacer eso por ti.

Esperó a que se explicase, pero no lo hizo. Ni siquiera el pretexto de que su apartamento era demasiado pequeño. No quería quedarse a solas con él.

—Entonces no sé qué es lo que voy a hacer esta noche. —Agitó los brazos—. No puedo volver a ese refugio. Amaneceré con un cuchillo en el pecho.

—Pero, ¿qué ha ocurrido con tu caso? Creía que ibas a demostrar que no mataste a aquella chica y todo eso.

—Lo intenté, pero me desvié del tema. Logré un trabajo, conocí a una chica. Cosas que pasan...

Se dio cuenta de que había sido culpa suya. Si hubiese sido capaz de mantenerse alerta las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana como cuando estaba en la cárcel, habría estado a salvo. Pero no, tuvo que bajar la guardia. Tuvo que dejarse seducir por una ilusión. Había olvidado que todavía seguía en la jaula.

—¿Quién era la chica?

—¿Cómo?

—Acabas de decir que te liaste con una chica. —Sus ojos se posaron en la tirita color carne que había sustituido al vendaje en el dorso de su mano—. Es esa doctora de la que hablan en las noticias, ¿verdad?

—No, joder. Nita, escucha lo que estoy intentando decirte, ¿quieres? Sé que todo el mundo que ha estado en prisión dice que es inocente. Pero yo lo soy de verdad.

Sonó un timbre desde la ventanilla de servir de la cocina y un cocinero apareció por la ranura señalando una hamburguesa vegetariana sobre una cama de lechuga mustia.

—Tienes que ayudarme, Nita. Hablo en serio. Tú me recuerdas de antes de la cárcel. Era un buen chico. Se montaron todas esas ideas absurdas de lo que pasó entre Allison y yo. Quizá tú pudieras decirles que después de salir de su apartamento bajé a echarme unas damas contigo.

—¿Quieres que mienta y diga que estaba contigo cuando la mataron hace veinte años?

—Pasábamos bastante tiempo juntos, ¿no?

Ella negó con la cabeza. La red de arrugas se tensó por toda su cara, como si alguien la hubiese fruncido con una cinta.

—Lo siento, cariño. No puedo hacer eso por ti.

—Mierda.

Se encorvó hacia delante e intentó contenerse.

Otra camarera se acercó a la caja registradora a toda prisa y empezó a marcar números frenéticamente. Una mujer con gemelos en un cochecito

doble se acercó con la cuenta y un billete de cincuenta dólares en la mano, lo que obligó a Julián a echarse a un lado.

—Bueno, ¿podrías quizá prestarme algo de dinero hasta que me paguen? —preguntó mientras levantaba la cabeza—. En este momento estoy sin trabajo, pero encontraré uno. Sabes que lo haré, ¿verdad?

—*Julian*, apenas me las apaño con las propinas. ¿No has hablado con el sindicato de tu padre para ver si te corresponde alguna prestación?

—Lo he intentado, pero esos hijos de puta no responden ni mis cartas ni mis llamadas.

—Entonces no sé qué decirte...

La caja registradora se abrió de golpe y la mujer con el cochecito doble estiró la mano para coger el cambio.

Algo. Necesitaba algo a lo que aferrarse. Se estaba volviendo tan paranoico y asustadizo que ya no confiaba en sus percepciones inmediatas más básicas ni en su capacidad para reaccionar ante las cosas de una forma racional.

La camarera empezó a contar monedas y a ponerlas en la palma extendida de la mujer. Dos tres, cuatro... Era inevitable. Iba a volver a la cárcel, daba igual lo que hiciera. Era un perro salvaje de los bajos fondos soñando con liberarse de su correa.

Pensó en coger el dinero de la mano de la mujer, tirarla al suelo y empujar el cochecito para poder salir corriendo de allí. Sabía muy bien que lo alcanzarían a la altura del metro. Pero al menos así todo habría acabado. Lo detendrían y lo mandarían de nuevo a la cárcel. Y ya está. Su destino se cumpliría. La gente asentiría sabiamente con sus cabezas y diría: «Por supuesto, estaba claro». Y quizá entonces podría apagar finalmente esas brasas de esperanza que le impedían adentrarse en la oscuridad, como el tipo de esa canción antigua de la guerra.

Pero entonces sintió un tirón justo por debajo de su cintura. Bajó la vista y vio que Nita le estaba metiendo un par de billetes doblados de veinte dólares en el bolsillo de sus pantalones.

—Vete de aquí—murmuró en voz baja cuando pasó cerca de ellos el encargado calvo del restaurante—. Y no vuelvas nunca más. Te has aprovechado de mí.

Metió bien el dinero en el bolsillo, cogió un puñado de caramelos de menta del cuenco y se marchó.

Francis soltó un poco el freno mientras seguía a la furgoneta de la morgue. Pasaron al lado de innumerables lápidas y salieron por el gran arco gótico, abandonando así la paz eterna del cementerio Cricklewood por la cacofonía de chillidos y de parachoques contra parachoques de la Cuarta Avenida.

—Así que has estado hablando con Scottie Ferguson de esto, ¿no? —Ajustó el espejo retrovisor.

—Estaba allí, filmando a la excavadora, y me hizo una pregunta sencilla. —Paul se movía inquieto en el asiento de pasajeros—. «¿Quieres que diga: los asuntos de siempre?»

—Me pone enfermo pensar que alguien está intentando pasar la pelota. —Giró la rueda cuando recordó que Paul lo había estado señalando mientras estaban junto a la tumba.

—Nadie está pasándole la pelota a nadie, Francis. No seas paranoico.

Siguió a la furgoneta de la oficina del forense por Fort Hamilton en dirección al túnel de Brooklyn Battery. Enormes camiones cisterna y minicamionetas salían disparados desde ambos lados de sus puntos ciegos, virando peligrosamente cerca de él y cambiándose a su carril sin poner las luces.

—En este caso, la paranoia no es necesariamente algo malo —dijo mientras miraba rápidamente hacia atrás—. ¿Te haces una idea de lo que ocurriría si la prensa se enterara de que hemos desenterrado a esta chica?

—Eh, ¡ten cuidado! Vas a darte con un cono.

—Lo estoy viendo. —Francis dio un volantazo.

—Lo único que digo es que no hay necesidad de que nos ataquemos los unos a los otros.

—Totalmente de acuerdo, juez. Si uno de nosotros cae, el resto lo hará con él.

Pararon en un semáforo antes del puente. Delante de ellos, el Gowanus Canal mecía sus verdes escamas. En la década de los ochenta Francis había

estado una vez allí, en una lancha con la patrulla del puerto, cuando tuvieron que sacar un cuerpo. Todos estaban sorprendidos de que no tuviera aletas tras haber pasado varios días en ese brebaje tóxico. Ahora estaban purgando aquella vieja vena grasienta y, supuestamente, ya había medusas y cangrejos azules allí abajo. El comienzo de todo un nuevo ecosistema. Esta ciudad. Nunca podías decir con certeza si una parte de ella había muerto del todo o no.

—Entonces, ¿qué opinas?

Francis observó cómo la furgoneta de la morgue marchaba delante de ellos al ralentí.

—¿Te refieres a si resulta que la chica que hemos desenterrado no es Allison?

—No es que me dé miedo decirlo, es que me aterra. —Paul movió de arriba abajo su pierna, como si tuviera sus propios pedales—. ¿Qué pasará si resulta que su madre ha estado siempre en lo cierto y son los restos de otra persona?

—No adelantemos acontecimientos. Podría haber muchas otras explicaciones.

—¿Como, por ejemplo?

Francis, que estaba escuchando las vibraciones del motor, no dijo nada.

—¿Y qué es lo que pasa con la madre? —Preguntó Paul—. Siempre dio un poco de miedo, ¿pero qué es eso de que te diera el ADN en el pañuelo? Pensé que lo habías obtenido a hurtadillas.

—Yo también lo creía. Pero supongo que se me adelantó.

—¿Crees que sabe más de lo que dice?

—Por un instante tuve una *pistazonada*. —Francis pisó el acelerador cuando el semáforo cambió.

—¿Una qué?

—Una *pistazonada*. Una mezcla entre pista y corazonada.

—¿Sobre qué? ¿Crees que hay otra hermana?

—Estuve echando un vistazo a una caja de registros médicos del St. Luke Roosevelt de hace un año y medio, cuando Christine Rogers estaba haciendo su residencia en las urgencias de ese hospital.

—Sí. ¿Y?

—Puede que no sea nada. Pero tenía guardia la misma noche que ingresaron a Eileen Wallis por tragarse medio frasco de Valium y regarlo con un par de vasos de Burdeos.

Escuchó un sonoro golpazo en el lado del coche en el que iba Paul, pero no se atrevió a mirar.

—Me estás tomando el pelo.

—No es esa mi intención. —Francis movió el espejo de nuevo y vio que a Paul le estaban entrando náuseas—. Mira, es un hospital muy grande y ella no trató a Eileen aquella noche. Pero me preocupa. Tengo a Rashid y a dos de los otros chicos detrás del personal para ver si alguien las vio hablando.

—¿Y qué si lo hicieron? ¿Qué significaría eso?

—No lo sé. Supongo que una extraña coincidencia, si eso es lo que resulta ser.

Cruzaron el puente. La suspensión titilaba cuando los neumáticos pasaban sobre esa obra de hierro. Había estado allí desde el principio. Quizá no una *pistazonada* del todo, sino más bien una leve *pistazonada*. Lo había visto durante probablemente menos de una fracción de segundo hace veinte años cuando le preguntó a Eileen si quería ver el cuerpo. Un desconcierto momentáneo que se apoderó de ella. Como si estuviera borrando una cara antes de poner una más apropiada que enseñar al mundo.

—Te diré una cosa que sí estamos haciendo —dijo.

—¿El qué?

—He llamado al doctor Dave de la oficina del forense y le he pedido que compare el perfil del ADN de Eileen con el de Christine Rogers.

—¿¡Qué!? —El vinilo del asiento de Paul chirrió—. ¿Crees que están relacionados?

—Todo es posible. Era una chica adoptada que estaba buscando a su madre en Nueva York. No me cierro a ninguna posibilidad.

—Oh, joder. —Todo el peso del coche pareció cambiar cuando Paul se hundió en su asiento—. Ahora eres tú el que me estás asustando, Francis. ¿Hay algo más que no me hayas contado?

—Ahora mismo no se me ocurre nada.

Delante de ellos había dos carriles cerrados por obras y los coches comenzaron a confluír de un modo temerario. Perdió a la furgoneta tras un minibús para discapacitados.

—No me saques de mis casillas, Paul. No tengo ninguna prueba, ni siquiera una teoría. Es solo algo que no debemos perder de vista.

—Oye Francis.

—¿Qué?

—Creo que te has pasado nuestra salida.

Julian, más nervioso si cabe tras pasar la noche intentando dormir en el tren A, se presentó aquella mañana en las oficinas del que había sido el sindicato de su padre, Local 32BJ, al norte del canal, donde las calles se extendían como las hojas de una navaja suiza desplegada. Blandiendo una cantidad considerable de aduladores papeles con membretes y documentaciones, se las arregló para subir hasta la vigésima planta, donde los delegados de la zona este tenían sus oficinas.

Se detuvo en la puerta de un cubículo gris cuyas paredes estaban adornadas con un póster que rezaba «Justicia para los porteros⁶⁰» y un banderín del *Coqui Soccer Club* de Puerto Rico.

Un tipo fornido, con un traje recto, estaba sentado detrás de un escritorio largo que tenía una gorra de portero verde en su esquina derecha. Su cara parecía una tortilla desigual. Llevaba unas gafas con cristales tan gruesos como los de las gafas protectoras de los pilotos de la Primera Guerra Mundial y un anillo en su mano izquierda que parecía que lo hubiesen quitado de unas manoplas de metal. Julian estaba seguro de que, si se quitase la chaqueta, tendría medias lunas de sudor bajo sus brazos.

—Esto... ¿El señor Tavares?

—¿Quién lo pregunta?

—Los de nóminas me han mandado aquí. Me dijeron que quizá usted pudiera ayudarme.

—Sí, ¿con quién has hablado? —Los ojos del delegado no se apartaron de la pantalla del ordenador.

⁶⁰ N. de la T.: Movimiento de los empleados del sector de los servicios que comenzó en Denver en 1985 y que lucha por la dignidad, respeto y condiciones dignas de trabajo para los profesionales de la limpieza, porteros, y demás empleados de este sector. Su día se celebra cada 15 de junio, organizado por el SEIU (Sindicato Internacional de Empleados de Servicio).

—Carmen. Me dijo que solo le pillaría antes de las diez de la mañana o después de las cuatro de la tarde, porque el resto del día estaba fuera hablando con los afiliados.

—Voy a tener unas cuantas palabras con Carmen.

—No sea duro con ella. —Julián entró en el cubículo y se agarró al respaldo de una silla para intentar que no lo echaran demasiado rápido—. La he estado bombardeando para intentar concertar una cita. Solo quería saber acerca de la pensión y las prestaciones de mi padre.

—¿Qué pasa con ellas?

—Trabajó en un edificio de apartamentos durante veintidós años, la mayor parte de ellos como portero. Intentaba averiguar qué le correspondía a su familia.

—¿Sigue con vida?

—No. Murió de enfisema y diabetes hace algunos años.

—¿Su madre?

—Murió antes. En la década de los setenta.

—Entonces no tienes *nada*⁶¹, amigo. Era fácil.

Julian apretó el respaldo de la silla con las dos manos, intentando tomárselo con calma. La pequeña pepita de orgullo que había estado protegiendo había caído y se había pulverizado hasta convertirse en polvo. Miró la gorra de portero que había en el escritorio y tuvo que morderse el interior de las mejillas para no llorar. Veintidós años de servicio no significaban ni valían nada. No había nada que legarle.

—Venga, amigo. —El delegado cogió el teléfono—. Si quieres que hablemos sobre esto sentados habla con tu representante sindical para concertar una cita conmigo. ¿Estás en el sindicato?

—No.

—Ah. Entonces, ¿por qué estoy hablando contigo?

—Pensé... —Su voz se iba apagando mientras seguía mirando la gorra de portero con su galón dorado encima de la visera—. Pensé que podría ayudarme. Por los viejos tiempos.

—*Vete a bañar*⁶¹. Esto es Local 32BJ, *amigo*⁶¹, no el Ejército de Salvación. Por curiosidad, ¿quién demonios era tu padre?

—Osvaldo Vega.

—¿En serio?

—¿Por qué? ¿Lo conocía?

⁶¹ N. de la T.: En castellano en el original.

—No, pero... —La incertidumbre avanzaba lentamente por el rostro bien trazado de aquel hombre—. ¿Me lo estás diciendo en serio? Osvaldo era el Hombre.

—Lo sé...

—No, quiero decir, era como el Jackie Robinson⁶² de los porteros puertorriqueños. —Tavares intentó colgar a tientas el teléfono—. Antes de él, casi todos los edificios de apartamentos situados más abajo de la 96 del East Side tenían porteros irlandeses.

Julián esbozó algo parecido a una sonrisa. Le alegró oír hablar de Papi con el respeto que se merecía.

Tavares se colocó las gafas.

—Entonces, ¿tú eres el chico que acaba de salir de la cárcel?

—Básicamente.

—¿Por aquello que pasó con la chica que murió asesinada en el edificio y que ha vuelto a salir en los periódicos desde hace unas semanas?

—Sí, pero me tendieron una trampa... —Estaba tan harto de escucharse decir las mismas palabras una y otra vez que estaba empezando a dejar de creérselas.

—Tengo un hermano que ha estado entrando y saliendo de la cárcel —dijo Tavares con tono grave mientras tiraba del anillo, que parecía destinado a no volver a salir de su dedo rechoncho—. No puede dejar las drogas.

—Ese no fue mi problema —le espetó Julián—. Mi problema fue que el sindicato no pudo ayudar a mi padre a encontrar un abogado decente.

—Oye, hermano. —Tavares levantó las manos—. No digo que el sindicato fuera perfecto por entonces, pero tampoco había mucho que pudiéramos hacer. Los estatutos son muy claros al respecto. Solo podemos aflojar pasta para los delitos menores. Y a ti te acusaron de homicidio, *compañero*⁶³. Eso son palabras mayores. Ya teníamos suficiente con nuestros propios problemas.

Julián asintió. Recordó las historias que su padre le contaba acerca de la corrupción reinante. Pero, ¿qué sentido tenía sacar todo eso ahora? «Pon tus labios en el culo», decían en la cárcel. «Pon tus labios en el culo y no dejes de besarlo.» Nadie te daba una puta mierda en la vida porque

⁶² N. de la T.: Jackie Robinson (1919-1972). Fue el primer jugador negro en ingresar en las Ligas Profesionales de Béisbol. Aparte de su destacada carrera como deportista, fue un gran activista político que luchó por la igualdad de derechos y contra la discriminación.

⁶³ N. de la T.: En castellano en el original.

los hicieras sentirse mal. O bien te ayudaban porque les dabas miedo o porque así se sentían bien.

—Ojalá pudiera ayudarte, amigo, pero tengo las manos atadas. No podemos concederte ninguna prestación y no podemos involucrarnos en el caso. No sé qué más puedo decirte.

Julián cogió la gorra. Estaba observando sus respuntes interiores cuando escuchó una ventana abrirse un poco en la voz de Tavares.

—¿Podría intentar ayudarme a encontrar a alguien que trabajaba con mi padre?

—¿De quién se trata?

—Es una probabilidad muy remota. Probablemente esté ya muerto. Era un anciano dominicano llamado Néstor. No creo siquiera que estuviese en el sindicato.

—¿Qué te hace pensar que no estaba en el sindicato? —Tavares se incorporó a la defensiva. Había tocado su orgullo.

—Dudo de que estuviese legalmente en el país. Siempre pensé que mi padre no incluía en los libros de cuentas lo que le pagaba por ayudarlo en el sótano.

—Eso no concuerda con lo que he oído de Osvaldo. Que yo sepa siempre se lo tuvo en gran estima hasta el mismo día de su muerte. Jamás contrató a esquiroleros y cumplió con todas las huelgas que convocamos. También demostró sus maneras como organizador cuando había que votar. No creo que pusiera a nadie en nómina que no estuviera en el sindicato. Solo compete a la dirección averiguar si están aquí de forma legal o no.

—No creo que esté vivo. —Julián puso a un lado la gorra. Había cambiado de opinión. No quería que lo volviesen a engañar de nuevo—. Cuando lo conocí probablemente tuviera sesenta años. Y decía que tenía cáncer de hígado.

—Con los mozos mayores nunca se sabe. Son más resistentes que las cucarachas. Si los productos de limpieza y el monóxido de carbono no los mata, nada lo hará. La supervivencia de las especies.

No. No iban a volver a jugar más con él. Nadie más iba a volver a engañarlo para que pensara que las cosas podían acabar bien. *Dejadme solo. Tan solo dejadme en mi caja oscura con barrotos alrededor.*

—¿Por qué quieres encontrarlo? —preguntó el delegado.

—Pensé que podría ayudarme con mi caso.

—¿A qué te refieres? ¿Como testigo?

—Le digo que es una posibilidad entre un millón.

Tavares alargó la mano para coger el teléfono y luego la retiró.

—Nosotros no sacamos nada por implicarnos en esto. No ganamos nada por que se nos asocie con un caso penal después de toda la mierda por la que hemos pasado con la reorganización del sindicato.

—Le escucho.

—No obstante, veinte años son muchos años. —Tavares frunció el ceño mientras uno de sus dedos escarbaba en su oreja—. Y no es que asumiéramos muchas responsabilidades la última vez, ¿no es cierto?

—Yo no he dicho nada.

Julián intentó que sus facciones se dispusieran como la expresión tímida e insegura de su padre cuando le daban las propinas en Navidad. *Sigue con tu labio en el culo. No lo quites.* Ahora se daba cuenta de que el viejo había sido un maestro en el arte de ocultar sus verdaderos sentimientos.

Tavares sacó el dedo, lo estudió y alcanzó el teléfono.

—¿Cómo decías que se apellidaba ese hombre?

Poco antes de la medianoche, el doctor Dave se dirigió a un bar que estaba cerca del hospital Bellevue llamado Recovery Room, pidió una Guinness y escogió en la máquina de discos esa canción de los Doors que dice: «Cancelo mi suscripción a la resurrección...⁶⁴ ».

—Estaba pensando en que quizá tenías algo que decirme —dijo Francis, que lo esperaba en un reservado al fondo del local.

—Me estás matando con estas horas, Francis. Nadie obtiene los resultados del ADN en menos de una hora. Sería algo insólito. Todo el sistema respalda lo que te digo.

—Entonces, ¿qué es lo que tienes?

El doctor observó la tormenta de arena que rugía dentro de su vaso. La cerveza negra se iba posando poco a poco. Sus ojos parecían pequeños e irritados de haber estado mirando sin cesar las reacciones en cadena de la polimerasa y las pantallas de gel desde que le llevaron el cuerpo. Jim Morrison seguía cantando de fondo. Otro que se pensaba que no estaba enterrado en su tumba, recordó Francis. Probablemente ahora estaría gordo, calvo, viviría en un condominio en Florida, jugaría dos veces por semana al golf con Elvis y maldeciría cada vez que *Light My Fire* sonase en la radio.

—Después de veinte años no quedaba mucho. —Dave se colocó las gafas—. La mayoría eran fragmentos de huesos y cabello. Pero con eso es suficiente.

—¿Y? ¿Es Allison?

—Lo que te puedo decir es esto. —Dave levantó el dedo a modo de advertencia. No quería que le metieran prisa—. Puedo decirte con certeza que es una mujer. Puedo decirte también que era hija de Eileen Wallis. Puedo decirte que probablemente tenía entre veintiún y treinta años y que no medía más de metro sesenta. No tenía señales de osteoporosis ni había estado embarazada. Respecto a su nombre verdadero, no soy yo el que lo tiene que determinar.

⁶⁴ N. de la T. «Cancel my subscription to resurrection...»

—Entonces, ¿no es la misma mujer cuyo ADN estaba bajo los uñas de ambas chicas?

—No.

—Entonces, ¿Allison está enterrada en la tumba correcta?

—Eso no lo sé. El ADN que sacamos de su ataúd no coincide con la muestra de la funda de la almohada que se etiquetó como «Sangre de Allison Wallis» en el almacén. Pero puede ser que se produjera un error al archivarla. Lo que sí te puedo decir con total certeza es que la mujer del ataúd y la mujer cuya sangre encontramos en las dos escenas del crimen tienen la misma madre.

—*Jooooder*. —Francis echó un trozo de lima en su Club soda y observó cómo burbujeaba.

—¿Me estás diciendo que a Allison la mató su hermana? La madre sigue diciendo que no tuvo otra hija. Y no hay coincidencia alguna del ADN de esta chica, quienquiera que sea, en ninguno de los bancos de datos de ADN.

—No me importa. Tengo mis geles. Bajo las uñas de Allison Wallis y Christine Rogers estaba la misma sangre. Y lo único que te puedo decir es que es de la hermana de la donante a quien desenterramos.

—¿Y qué hay de lo otro que te pedí? ¿Comparaste el ADN de Christine Rogers con el de Eileen para ver si eran parientes?

—No lo son, Francis. Son familias distintas.

—Entonces estoy bien jodido.

Francis se acabó su club soda y puso el vaso en la mesa. Oh, lo bien que le vendría una bebida de verdad. Librarse durante unos minutos de las abrazaderas que le presionaban el cráneo. Cuando bebía era más él mismo. Más suelto, más divertido, no tan constreñido por la cautela. También era más valiente. No estaría merodeando por ahí, evitando los lugares oscuros, si todavía se pusiera hasta arriba de alcohol. No señor. Sería audaz y temerario, como cuando estaba en Estupefacientes. El primer hombre que cruzaba la puerta, sin importarle un bledo las consecuencias, dispuesto a hacer lo que fuera necesario. Los otros volverían a mirarlo de nuevo con ojos de admiración.

Por Dios, cállate, Francis. Eres un gilipollas. La única cosa casi tan mala como un ciego con una pistola es un borracho nostálgico.

—Mierda, no sé lo que estoy haciendo —dijo—. Quizá mi hija tenga razón.

—¿Sobre qué?

—La otra noche llamó desde Smith y me dijo que me estaba convirtiendo en un dinosaurio. Dijo: «Las ideas patriarcales se han quedado obsoletas». ¿Te lo puedes creer?

—Bueno, lo cierto es que nuestras ideas no nos están llevando a ninguna parte en este caso.

—No, supongo que no hay discusión posible en lo que a eso respecta —admitió Francis.

Observó la lima moribunda que yacía en el fondo del vaso. *Venga, Dios de las pequeñas cosas*. Ayúdame. No he probado ni una gota cuando podría haberlo hecho. Abre mi mente un poquito más. Permíteme pensar más allá de los márgenes. Cuanto más duraban los casos, más te encerrabas en una única forma de verlos, anquilosándote y quedándote falto de imaginación de tanto mirar al frente y no ver lo que había en los laterales.

Cerró los ojos. Durante unos segundos se imaginó ya ciego y todo se oscureció. Esperó a que las lucecitas amainaran, se quedó quieto y dejó que la piel visible del mundo se desprendiera.

Finalmente, notó que los sonidos a su alrededor se volvían más definidos y con más matices. Descubrió que podía distinguir el tintineo de los vasos de vino del de los vasos de whisky. Reconoció el ligero golpecito de unos tacones de aguja al pasar, con el sonido de las suelas de goma de unos zapatones de hombre siguiéndoles muy de cerca. Se dio cuenta de que podía captar acentos, edades, diferencias regionales e incluso expectativas románticas si escuchaba con suficiente atención las pausas en las conversaciones. Pero cuando intentó centrarse en una voz que estaba al fondo del local, justo detrás de ellos, no pudo decir con seguridad si se trataba de un hombre o de una mujer.

—Francis, ¿estás bien?

Abrió los ojos y vio que Dave lo estaba mirando.

—Por Dios santo, Francis. Pensé que habías tenido un ataque.

—No, tan solo me he desviado de la carretera un poco —dijo mientras observaba la espuma de la Guinness, que se había quedado en la mitad del vaso—. Dave, deja que te pregunte algo.

—¿Sí?

—¿Estás seguro de que los genes nunca mienten?

—¿Que si estoy qué?

—No hablo de un error en el papel. Lo que te pregunto es si el ADN puede estar equivocado.

—Ya te lo dije. Es una posibilidad entre un billón. ¿Pero tú qué estás bebiendo?

Francis observó las trazas marrones que caían por los lados del vaso de Dave, lo que le hizo acordarse de las pantallas de gel que había visto en el laboratorio. Algo se consumía poco a poco dentro de él, dejándolo con una claridad sombría y fría como el tacto de una piedra.

—Creo que será mejor que me dejes que pida yo la siguiente ronda —dijo Dave.

Era como la música de un sueño. Acordes suaves y nublados que vagaban sin rumbo y se disolvían en el aire húmedo. Fue solo a medida que Julián se iba acercando que una canción comenzó a tomar forma. Una vibración incandescente al final del teclado que bajaba hasta describir un taciturno y oscuro cumulonimbo. Un paseo urbano que de repente se convertía en una avalancha sobre las teclas negras y que posteriormente volvía a cambiar rápidamente a una melodía elegante, como un borracho que se coloca la corbata en la acera después de que lo hayan echado de un restaurante de cuatro tenedores.

El carné de afiliado del sindicato que el señor Tavares le había dado a Julián sirvió para que el portero le dejase entrar al edificio y bajar al sótano. Ahora estaba doblando la esquina y abriéndose camino entre cajas amontonadas que olían a moho mientras seguía el sonido de una de las canciones favoritas de su padre, meticulosamente deconstruida y recompuesta de nuevo por un científico chiflado.

«Durante el día y la noche, tú eres la única...⁶⁵»

Era uno de esos edificios del Upper East Side que tenían el vestíbulo y la entrada impolutas mientras su pasado polvoriento se acumulaba en el sótano. Pasó al lado de mallas metálicas de balancines, camas con dosel desmontadas, viejos gramófonos de otra época, cajones de armarios, espejos con bordes dorados, juegos de plata de té sin lustro, mesas de comedor decomisadas sin sus patas, cabezas de alce montadas, mudas alfombras persas atadas con un cordel, lámparas antiguas con pantallas que se asemejaban a los vestidos de los años veinte... todo en cubos de seis por nueve; presos ya olvidados hace tiempo en un complejo de seguridad.

⁶⁵ N. de la T.: «Day and night, you're the one...» Frank Sinatra.

Contuvo la tos que le provocaba aquel polvo, pues sabía que espantaría a su presa si hacía demasiado ruido antes de entrar en el lugar. La caldera retumbaba en la habitación de al lado; una llama vigorosa y constante. Llevaba veinte años esperando.

Dobló la esquina y luego paró. El viejo estaba encorvado con una Wurlitzer sobre una caja. Un dolor repentino en el hombro mandó un espasmo a su brazo y a su mano, que tenía toda la pinta de padecer artritis. Resultaba difícil de creer que alguien tan decrepito y encorvado hiciera una música tan vertiginosa, ágil y llena de juventud.

El agua corría por una de las tuberías de desagüe y el anciano echó la cabeza hacia atrás, disfrutando del placer de actuar para él y para nadie más.

—*¿Qué hay de nuevo, Néstor?*⁶⁶—gritó Julian bajo una bombilla que se balanceaba—. ¿Te acuerdas de mí?

El anciano se quedó helado. Sus manos, posadas sobre las teclas, dudaron. La melodía inconclusa quedó suspendida en el aire. Entonces se giró, lo miró y sonrió lentamente con sus viejos dientes marrones, como si llevara encima de esa caja desde 1983, esperando a que Julián lo encontrara.

⁶⁶ N. de la T.: En castellano en el original.

En un principio se suponía que iban a reunirse de nuevo en la sala del tribunal para decidir si seguían adelante con los cargos contra Julián. Sin embargo, todos ellos se encontraban en la sala de reuniones de la sexta planta del número 100 de Centre Street. Paul Raedo estaba sentado bajo el retrato de Custer, una joven fiscal de homicidios llamada Margaret Eng bajo una lámina de Ansel Adams y Francis al alcance del arpón de Paul. Julián, inquietantemente silencioso, estaba sentado al otro lado de la mesa, apretujado entre Debbie A. y el nuevo y flamante testigo.

—Debo decir que me muestro bastante escéptico —empezó Paul con brusquedad—. Hablé con este testigo en el 83 y no aportó nada relevante. ¿Por qué viene con una historia diferente después de todo este tiempo?

—El señor Vega se lo ha pedido. —Debbie giró sobre su asiento—. El señor Arroyo conoce al acusado desde que era un niño.

El mozo estaba a su derecha, un anciano encogido y con aire distinguido que llevaba una chaqueta de cuadros raída. Francis calculó que probablemente la habría rescatado, allá por el 62, de un montón de ropa que un adinerado inquilino habría desechado. Un sombrero panamá de paja blanca descansaba en la mesa delante de él. Cuando sonreía, desvelaba un estado de malestar social en su boca, con todos aquellos dientes marrones vueltos unos contra otros. La verdad es que todo él se asemejaba un poco a una caña de bambú estropeada, exceptuando sus manos, que eran arcos con largos dedos y tendones como cables suspendidos.

—Sí, sí, sí, pero, ¿por qué ahora? —preguntó Paul—. ¿Me estás diciendo que lo ha mantenido oculto estos veinte años?

—El señor Arroyo tenía dudas en cuanto a su condición legal. —Debbie miró al testigo y a Julian, ambos a su izquierda—. Le preocupaba que si testificaba lo pudieran deportar a la República Dominicana.

—¿Acaso estoy escuchando un elemento de coacción? —Paul se reclinó bajo Custer, con un pulgar por dentro de sus tirantes rojos, mientras miraba

de reojo a Margaret Eng—. ¿Ha cambiado de repente de parecer porque su cliente apareció y lo intimidó en su lugar de trabajo?

—Deja que cuente su historia —dijo Francis bruscamente.

El resto de los allí presentes lo miró como si hubiese disparado al techo.

—Venga, hombre —dijo—. Todavía no está bajo juramento. Oigamos lo que nos tenga que decir. Dejemos que sea «Reina por un día».

Sintió los ojos de Julián perforándolo desde el otro lado de la mesa. Francis había escogido adrede un asiento situado un poco a la derecha para que no tuvieran que verse las caras frente a frente. Él, al menos, necesitaba saber qué se proponía.

Paul hizo una mueca y después lo consultó en voz baja con Margaret Eng. Ella sacudió su negra melena, se colocó sus gafas con montura de carey y asintió un tanto seca.

—De acuerdo, «Reina por un día» —dijo Margaret—. Puede hablar siempre y cuando nos diga la verdad.

Debbie empezó a traducirle, pero el anciano levantó la mano.

—Así está bien —dijo. Un ligero seseo se escapaba de los huecos que tenía entre los dientes—. *Intiendo* un poco.

El anciano miró a Debbie A. y sonrió a Julián. Francis vio por el rabillo del ojo que Julián no le devolvía la sonrisa y que prefería concentrarse en doblar y desdoblar la esquina de un comunicado de prensa que alguien se había dejado en la mesa.

—Cuando acabemos aquí podrá traer al traductor de la oficina para que le pueda formular sus propias preguntas y obtener una declaración completa sin que el señor Vega o yo estemos presentes en la habitación —dijo Debbie—. El señor Arroyo ya me ha contado todo el relato cuando vino a mi despacho esta mañana con el señor Vega.

Un nudo de tensión comenzaba a formarse en medio de la sala. Los seis miraban a la misma espiral en la madera lacada, como si esta mantuviera unidos a todos los allí presentes.

—En resumidas cuentas, el señor Arroyo estaba trabajando en el sótano aquella noche —explicó Deb—. Vio a alguien bajar por las escaleras de emergencia y salir por la entrada que daba al callejón de detrás del edificio dentro del margen de tiempo en el que se estima que Allison fue asesinada.

—Gilipollices. —Los tirantes de Paul se estiraron como tirachinas.

—¿Quieres oír lo que ocurrió o seguir haciendo gala de tu rico y extenso vocabulario? —preguntó Debbie.

—Sigue. —Francis le indicó con la mano que continuara—. ¿A qué hora sería eso?

—Cerca de los dos y media, tres menos cuarto de la mañana. —Deb miró al anciano para que se lo confirmara—. Encaja con el margen en que se situó el asesinato.

—¿Y cómo lo has calculado? —preguntó Francis, para hacer que Debbie se trabajara su exposición de los hechos.

—A las nueve y media, *Julian* va al apartamento de Allison para arreglarle el inodoro. A las diez se ponen a ver la tele. Channel Five y la MTV. Empiezan a ponerse cómodos y entonces es cuando tiene lugar ese encuentro entre ellos.

—Te refieres a cuando intentó violarla. —Paul se inclinó hacia delante y se apoyó sobre sus codos.

—Cuando intentaron mantener relaciones consentidas. —Debbie le hizo un gesto admonitorio con el dedo—. No hay ningún testimonio que contradiga lo que acabo de decir.

—Por supuesto que no. —Paul sonrió con suficiencia—. Ella está muerta y él vivo.

—En cualquier caso, no hay duda de que aquello no salió bien —dijo Deb con rapidez.

Francis sonrió. Reconocía aquel momento de aceleración, aquella forma familiar de los abogados defensores y sus clientes de pasar rápidamente por encima de las partes más delicadas de la historia como si nadie se hubiese percatado de ello.

—Ella se echó atrás —dijo Deb bajando ligeramente el ritmo—. Él no estaba preparado. Ella no estaba preparada. Ambos se asustaron. Es un desastre. Hay sangre y semen en la funda del sofá. Ella se empieza a agobiar y le pide que se vaya.

Francis miró disimuladamente a Julián para medir su reacción. Pero Julián se estaba mordiendo el labio y tenía la mirada baja, como si no se atreviera a mirar a las mujeres de la habitación.

—Después de eso se producen una serie de llamadas a su madre en Sag Harbor y a su hermano en la ciudad —dijo Deb—. Es obvio que algo le ronda por la cabeza.

—Sí, que el hijo del portero acaba de intentar atacarla —dijo Paul.

—Ninguno de los dos mencionó eso —le rebatió Deb—. Tom cree que hablaron de adónde iban a ir para la cena del cumpleaños de su madre, que estaba cercano. Eileen no recuerda nada especial de su conversación, excepto que Allison parecía «nerviosa».

—Vamos, Deb, sabes que eso es lo que pasa en las agresiones sexuales —interrumpió de nuevo Paul—. A veces la gente espera al día siguiente para denunciarlo. Excepto en esta ocasión, ya que él tenía la llave de su apartamento, por lo que podía volver luego aquella misma noche.

—Bueno... el caso es que... —Deb se volvió contra él—. Creemos que alguien más podía tener una copia de la llave.

—¿Cómo? Solo los inquilinos y el portero tenían las llaves.

—Pudo haber hecho una copia y dársela a alguien, que pudo haber entrado por la puerta principal del edificio.

—¿Y qué hay del portero que estaba esa noche? ¿No creéis que se habría dado cuenta?

Julián y Néstor se miraron el uno al otro y se echaron a reír.

—¿Qué os parece tan divertido? —preguntó Francis.

Julián dejó de reír rápidamente y lo miró, lo que le recordó a Francis la primera vez que se habían visto cara a cara. El ciervo que oye al cazador en el bosque. Ambos se quedaron inmóviles, aún no estaba listos para reconocerse el uno al otro.

—Todo el mundo sabe que Boodha a esas horas dormía su borrachera tan profundamente que podías meterle un petardo por el culo y aun así no se despertaría. —Julián se giró hacia Néstor haciendo como que no estaba preocupado—. ¿Verdad?

—Ay...⁶⁷—El anciano echó la cabeza hacia atrás—. *El borracho bufón*.

—Sí, muy bien, pero todo esto no son más que especulaciones. —Paul las apartó con un aspaviento—. Esperaba más de ti, Deb. Pensé que habías venido a hablar de algo «real».

—Eso es lo que he hecho. El señor Arroyo vio como el asesino abandonaba el edificio antes de las tres de la mañana.

—¿Y quién se supone que es, y por qué demonios no me lo dijo cuando lo interrogamos veinte años atrás?

—Lo hice —dijo en voz alta—. *Pero usted no escuchar*.

—¿Qué?! —dijo Paul—. Mira, he revisado todos los documentos de esta causa judicial. ¿Crees que ignoraría a propósito algo así?

Francis vio que Margaret Eng bajaba la cabeza y comenzaba a tomar muchas notas. No era ninguna estúpida. Supo nada más oírlo que en un proceso civil aquello podía ser una prueba potencialmente eximente.

—Dije: «*¿Pelirrojo, pelirrojo!*⁶⁷». —El anciano golpeó la mesa con su puño—. *Pero aun así no escuchar*.

—¿Qué es esto, Debbie? —Paul hizo un gesto como si estuviera empujando la basura hacia su lado de la mesa—. ¿Qué es *pelirrojo*?⁶⁸ Ya hablamos una vez con este tipo y después desapareció sin dejar rastro.

⁶⁷ N. de la T. En castellano en el original.

⁶⁸ N. de la T. En castellano en el original.

—Porque lo asustasteis. Le dijisteis que tendría que comparecer ante el tribunal y responder a vuestras preguntas. Tenía familia aquí y no tenía permiso de residencia. Ahora sí lo tiene.

Francis miró al anciano y pensó que debía de tener una personalidad fuerte y endurecida. Dejar que el hijo de su jefe pasara veinte años en la cárcel por un crimen que no cometió porque le preocupaba que lo fueran a deportar.

Por otro lado, ¿quién era él para opinar? Hasta su última conversación con el doctor Dave, había hecho todo lo que había estado en su mano para esconderse y escabullirse, y evitar así lo que tenía delante de sus narices.

Movió su silla e intentó que Julián lo mirara a la cara. Quería ver si quedaba algo de aquel chico de la sala de interrogatorios veinte años atrás.

¿Dónde estaban aquellas pupilas cambiantes? El batir de sus pestañas. El tamborileo de sus dedos. Todas aquellas señales acusadoras de su culpabilidad. ¿Cómo había podido ocupar su lugar este hombre barbudo, encabronado con motivo y envejecido antes de tiempo?

Era demasiado. Los dos apartaron la vista a la vez. Ninguno de los dos estaba preparado todavía para una confrontación directa.

—¿Qué significa *pelirrojo*? —Paul miró a Margaret Eng, que estaba ocupada tomando notas—. Refréscame la memoria.

—Significa «pelo rojo»—dijo Julián en voz baja mientras miraba su propio regazo.

—Sí, lo sé. —Paul soltó su pluma—. La víctima tenía el pelo rojo. ¿Y bien?

En esta ocasión Francis se lo aclaró.

—Paulie —dijo en voz baja y mirando a la nada—. No creo que este tipo esté hablando de la víctima.

Cuarenta minutos después, Julián bajó en el ascensor con su abogada y Néstor. Todavía estaba intentando asimilar y unir todo lo que acababa de ocurrir allí arriba.

El vestíbulo de mármol oscuro estaba lleno de familiares con gesto adusto que pasaban lentamente por el detector de metales, funcionarios de los juzgados con sus camisas blancas que no dejaban de gritar órdenes y, por supuesto, jóvenes en apuros de camino a la sala del tribunal. Todos andaban pavoneándose con sus camisetas FUBU y sus Nike recién estrenadas; toda actitud chulesca, pero ninguna idea de lo que una temporada en la cárcel iba a hacer de ellos.

—La salida está allí. —La señora Aaron señaló a la luz del día que estaba detrás de las puertas giratorias—. Hemos acabado por el momento.

Julián salió a la calle detrás de ella, seguido de cerca por Néstor.

—¿Y ahora qué? —Se protegió los ojos de la mica brillante.

—Elevamos un recurso para que se desestime la acusación. —La señora A. se puso las gafas de sol—. Que la Policía y la Fiscalía hagan lo que tengan que hacer mientras. Y, finalmente, intentaremos presentar una demanda civil, siempre y cuando el señor Arroyo no vuelva a desaparecer otros veinte años.

Néstor la sonrió con sus dientes torcidos.

—*Claro*⁶⁹ —dijo con una ligera reverencia.

Debbie frunció la boca. Resultaba obvio que no le había cautivado con su gesto de caballero distinguido.

—Me gustaría preguntarle algo.

Inclinó hacia atrás el ala de su maltrecho Panamá.

—Cualquier cosa.

⁶⁹ N. de la T. En castellano en el original.

—Afirma tenerle mucho cariño al señor Vega.

—Sí.

—Y antes me dijo que su padre había sido un gran hombre por haberle contratado y mantenerlo en la plantilla a pesar de que usted no tuviera la tarjeta de residencia.

—*¡Ai!*⁷⁰ —Le asintió a Julián—. *Yo dar las gracias.*⁷⁰

—¿Entonces, por qué demonios dejó que su único hijo pasara veinte años pudriéndose en prisión?

El anciano siguió sonriendo y asintiendo como si no hubiera entendido una palabra de lo que le había dicho.

—Señora A. —saltó Julián—. No sea tan dura con él.

—*Julian*, este hombre podría haber dado a conocer este testimonio en cualquier momento.

—Sí, al principio también estaba enfadado con él —suspiró—. Pero en la vida hay circunstancias.

—¿Circunstancias?! —Sus cejas saltaron hasta juntarse con las mechas de su pelo—. ¿Qué tipo de circunstancias justifican dejar que un chico de diecisiete años vaya a la cárcel desde 1983 hasta ahora?

—Mira, cuando lo encontré ayer en el sótano también estaba enfadado. Pensaba, «voy a matarte, viejo. Has arruinado mi vida». —Se dio en la palma de la mano con su puño—. Pero luego... No sé. Es diferente cuando se trata de una persona con la que has crecido. Dime, ¿cómo voy a odiar a alguien que me dejaba poner en marcha el montacargas cuando tenía seis años?

—No es que hiciera mucho por ti después de eso.

—Lo sé. —Julián apretó los dientes—. Pero, ¿qué podía hacer? Estaba asustado. El señor Raedo le metió el miedo en el cuerpo y abandonó la ciudad. No sabía lo que iba a ocurrirme.

—Estoy segura de que llegó a sus oídos cuando te encerraron —dijo la señora A., que seguía indignada en su nombre.

—Ya tenía bastantes problemas de que ocuparse. Tenía cáncer de hígado y pensaba que iba a morir. Su hijo murió de una sobredosis. Su mujer lo abandonó. La gente tiene su propia vida, supongo. Hace mucho tiempo que dejé de esperar que la gente cuidase de mí.

Los ojos del viejo brillaron en silencioso agradecimiento.

—Eres un alma indulgente, Julián. —La señora A. sacudió la cabeza.

⁷⁰ N. de la T. En castellano en el original.

—No, no lo soy —la corrigió—. Todavía estoy jodido por aquello, pero no soy estúpido. Cuando encontré a este anciano, supe que tenía una oportunidad. Podía partirle el cuello o intentar que me ayudara.

Le retorció el cuello a Néstor medio en broma, medio en serio y sintió que el viejo se ponía un poco tenso.

—Sé que mi padre me habría dicho que usara la cabeza.

—«Sigues siendo mejor persona de lo que yo soy, Gunga Din»⁷¹ —dijo la señora A., para a continuación dirigirse a Néstor—: Pero, señor Arroyo, todavía no sé qué pensar de usted. Me alegro de que tengamos su declaración y de haber sabido por fin cómo ocurrió todo realmente, pero es un poco tarde. Cualquiera pensaría que una persona que ha pasado por semejante dolor mostraría un poco más de compasión hacia alguien que conocía. Y no haga como que no me entiende. Me da que su inglés es bastante mejor de lo que dice.

El anciano sonrió y echó hacia atrás el ala de su sombrero Panamá.

—*¿Qué quiere de mí, yo soy solo el pianista?*⁷²—dijo.

—*¿Qué significa?* —La señora A. miró a Julián para que se lo tradujese.

—Dijo: «*¿Qué quiere de mi, señora? Yo solo soy el pianista*».

⁷¹ N. de la T.: Nombre de uno de los poemas más famosos de Kipling, en el que un soldado británico narra cómo un nativo (Gunga Din) le salva la vida.

⁷² N. de la T.: En castellano en el original.

Cuando la noche comenzó a suavizarse y una ligera neblina fue posándose sobre Riverside Park, empezaron a salir de las casas de piedra rojiza de la Calle 89 hombres en mangas de camisa que arrastraban ruidosamente sus cubos de basura hasta la acera para la recogida de primera hora de la mañana. Tom Wallis era uno de ellos. Arrastró sus dos cubos con dificultad, como si hubiese un muerto dentro y después dio un par de palmadas mientras se dirigía a la entrada de su casa, satisfecho por un trabajo bien hecho.

—De acuerdo. Lo tenemos. —Rashid, en el asiento del conductor, bajó los prismáticos—. Ya ha dejado la basura.

—¿Hay alguna luz en la casa? —preguntó Francis, que estaba sentado a su lado en el Le Sabre aparcado más arriba en la calle.

—Solo en la tercera y en la primera planta.

—Entonces Eileen y él siguen despiertos. Será mejor que esperemos un poco. No quiero que nos pillen con las manos en la masa.

Permanecieron un rato sentados en silencio, escuchando el gemido desenfrenado de las gaitas irlandesas y la guitarra eléctrica en el lector de CD hasta que Rashid ya no pudo más.

—¿«Nací para tocar en una reunión social»⁷³? —Sacó el disco y lo escudriñó a la luz—. ¿Pero qué mierda es esta?

—Black 47. Los amos. Y todavía nos queda media hora de Biggie Smalls y Dr. Dre hablando de pegar a putas y fumar porros.

—Vale, entonces no escuchemos nada. Limitémonos a esperar sentados en silencio.

—De acuerdo.

Esperaron hasta que las luces de la planta de arriba se apagaron. Francis cogió los prismáticos.

⁷³ N. de la T.: «I was born to play the funky ceílí...»

—Oye, ¿no te parece extraño que no hablemos más? —preguntó finalmente Rashid.

—¿Por qué? ¿Qué te ronda por la cabeza?

—Lo único que digo es que nunca abres la boca, tío. ¿Estás enfadado conmigo o algo?

—No. ¿Por qué dices eso? ¿Eres uno de esos chicos hipersusensibles que ven el programa de Oprah y lloran con los trucos de cartas?

—Eso es lo que dice mi mujer, tío. Pero ella no lo sabe. Tiene una boca como una subametralladora MAC-10. Pero la otra noche le estaba diciendo: «No sé qué le pasa al tipo con el que trabajo. Tiene una actitud que me resulta desagradable. Ni siquiera me saluda con la mano cuando me ve por la calle».

—¿Cuándo ha sido eso?

—Ha debido de pasar como tres veces. El otro día estaba en Broadway fuera de la oficina e hiciste como que no me habías visto.

—Lo siento. —Francis se bajó las gafas. No veía una mierda con esa luz—. No fue mi intención.

—Me ha costado mucho sincronizarme contigo. Me siento como si en tu cabeza se celebrara una fiesta continua y yo no estuviera invitado. Me siento como en una mierda de pradera solitaria, sentado aquí. Si todavía estás enfadado por lo que ocurrió en la escena del crimen, deberías sacártelo ya del pecho. No me merezco este trato silencioso. Soy una persona locuaz. Me gusta hablar.

—Rashid, ¿sabes cuando se puede decir que se tiene una buena relación con tu compañero? —interrumpió Francis—. Cuando no tienes que decir nada. Cuando puedes anticiparte a lo que el otro tipo está pensando. Me explico. Tú y yo podríamos estar sentados aquí y hablar sobre lo que se puede hablar cuando pasas ocho horas en un coche con alguien. Podríamos hablar sobre el caso o sobre los bonos del Tesoro o sobre los Yankees o lo que tú quieras. Pero al final, sabremos si realmente nos llevamos bien si podemos pasar ocho horas juntos sin decirnos una palabra.

—Madre mía —suspiró Rashid—. Pobrecita tu mujer.

—Hermano, no sabes de la misa a la mitad —Francis le devolvió las gafas—. Esa mujer es una santa por seguir a mi lado. Todos los días le doy las gracias a Dios por nublar su mente hasta que la pude llevar al altar.

Rashid siguió nervioso unos cuantos segundos más.

—Solo quiero decir una cosa más, ¿vale? No voy a bajarme de este coche y revolver entre la basura. Te lo digo desde ya. Este es tu *show*.

—Vale, no te preocupes. Yo lo haré. No me preocupa ensuciarme las manos.

Un hombre menudo con un enorme pastor alemán que paseaba bajo la luz de delante de la casa de los Wallis tiró una bolsa de basura en uno de los contenedores que había sacado Tom.

—Joder. —Rashid dijo entre dientes asqueado—. ¿Estás seguro de que esto, rebuscar entre la basura de la gente, está protegido por la Cuarta Enmienda?

—¿Qué estás intentando ser? ¿Un abogado constitucional?

—A decir verdad, lo soy. Mientras todos vosotros estáis bebiendo en Coogan, yo voy a clases nocturnas de derecho en Fordham. Así que no quiero meterme en un lío por hacer esto sin una causa fundada.

—No te preocupes por las causas fundadas. Los cubos de basura están en la acera para que los recojan por la mañana. Se trata de una propiedad abandonada en un espacio público, tío. Es una fuente para pruebas de ADN totalmente legítima. Los padres fundadores te dirían: «Sigue adelante. Cógelo y recíclalo mientras puedas».

Miró de refilón a Rashid. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que estaba compartiendo tan estrechas dependencias con un futuro abogado.

—Hay otra cosa de la que me gustaría hablarte. —Los dedos de Rashid envolvían el volante.

—Vale.

—Pero no te mosquees, ¿eh?

—De acuerdo. —Francis cruzó los brazos. Acababa de caer en la cuenta de que todo lo anterior había sido un preámbulo.

Bajo la luz del coche, la piel suave y marrón de la cabeza afeitada de Rashid parecía expandirse y encogerse mientras pensaba en cómo sacar el tema.

—El chico —dijo—. *Julian*.

—Sí. —Francis lo miró con resentimiento—. ¿Qué pasa con él?

—Si tienes razón acerca de lo que estamos haciendo aquí esta noche, él no tuvo nada que ver con ninguno de estos asesinatos.

Francis se pasó la lengua por los labios para hacerle llegar su desagrado.

—Entonces, ¿qué pasa con esto? —preguntó Rashid—. ¿Mandaste a un hijo de puta a la cárcel veinte años por algo que no hizo? ¿Y luego lo acosas y persigues por otro homicidio tan pronto como sale? Has convertido la vida de ese chico en un infierno viviente sobre la tierra.

—¿Me hablas como policía o como un tipo que va a ser un puto abogado defensor en un par de años? —preguntó Francis sin hacer esfuerzo alguno por ocultar su impaciencia.

—Te hablo como hombre, ¿vale?

—Vale.

Se quedó callado, contemplando las imperfecciones en el parabrisas y las cosas situadas a media distancia, justo donde su visión comenzaba a disminuir.

—¿Qué es lo que quieres que te diga exactamente? Dame una pista.

—Solo siento curiosidad. ¿Cómo vas a vivir con eso?

—Eh, yo solo era parte del proceso —dijo Francis, soltando de forma automática la misma charla que le había soltado a Patti—. El jurado decidió basándose en las pruebas y el juez dictaminó la condena...

—Eso son gilipolleces, tío. ¿Pero con qué tipo de idiota te crees que estás hablando? Sé en el mundo en que vivimos. He enchironado a negratas por traficar con droga y tengo primos en la cárcel. Así que no me vengas con esa mierda del «proceso». Conozco el «proceso».

—¿Quién eres, mi mujer? No te habría escogido como compañero para esto si hubiese sabido que eras de una superioridad moral tan insoportable.

—Bueno, no tuviste elección y ahora estás en el coche conmigo. Y vamos a hablar de toda esta mierda. Si eres mi compañero, quiero saber qué te propones con esto.

La farola que estaba delante de la casa de los Wallis parpadeó, sumiendo durante unos segundos a esa parte de la calle en una oscuridad sepulcral.

—Si he cometido un error, lo único que puedo hacer es retroceder e intentar hacerlo bien —dijo Francis lentamente—. De lo contrario no estaría aquí.

—¿Hacerlo bien? —La voz de Rashid se quebró—. ¿Y cómo demonios vas a hacerlo bien? Encerraste a ese chico cuando tenía diecisiete años y ha salido con treinta y siete.

—¿Y qué coño quieres que haga ahora? ¿Que me pegue un tiro en la cabeza? Estoy aquí, ¿no? —Paró para serenarse un poco—. Mira, estoy trabajando muy duro en este caso. Lo único que puedo hacer es intentar hacerlo bien esta vez. Si una vez haya acabado todo, me quieren quitar mi placa y mi pistola, de acuerdo. Asumiré todo lo que venga. Caeré sobre la espada si es necesario. No tengo miedo. Yo me lo he buscado. Lo único que pido es que me dejes ser el que lo haga. Si vas a hacerme responsable de esto, déjame ser responsable.

Notó que estaba empezando a sudar.

—¿Has pensado alguna vez en cómo debió de ser? —preguntó Rashid, tan suave como un cajón al abrirse.

—¿El qué?

—Para *Julian*. ¿Has pensado alguna vez cómo debe de ser que te metan en la cárcel por algo que no has hecho?

Francis bajó la ventanilla. De repente el aire estaba muy viciado.

—¿Has pensado alguna vez cómo debió de ser ese viaje eterno en autobús que tuvo que hacer con todos esos cabrones de delincuentes curtidos? Casi un crío, que ni siquiera había salido de su colegio privado religioso, pasando por los distintos módulos de la prisión. ¿Puedes siquiera imaginarte lo asustado que debía de estar? Lo tiraron a los tiburones antes de que hubiera aprendido siquiera a nadar.

—Vale, lo pillo. —Francis dejó su brazo colgando fuera de la ventanilla mientras respiraba profundamente.

—Lo dudo. Dudo que hayas siquiera pensado en lo que debe de ser haber perdido los últimos veinte años de tu vida....

—Déjalo ya, ¿vale? Ya te he oído.

Sacó la cabeza por la ventanilla para que le diera el aire. No quería que lo mirasen. Vio las siluetas de más hombres que sacaban la basura. Veinte años. Su mente retrocedió en el tiempo, como cuando rebobinas una película, invirtiendo cada momento de felicidad que había tenido desde los treinta y siete a los diecisiete. Se vio a sí mismo devolviendo sus menciones de honor, saliendo del hospital sin sus niños, retirándose de la iglesia donde se había casado solo.

—Eh, se acaban de apagar las luces. —Rashid le dio un golpe suave con el codo.

—¿Dónde?

—Arriba y abajo. Los dos se han ido a dormir.

—De acuerdo. —Francis se incorporó y se puso los guantes de látex, feliz de poder ponerse en marcha—. Aminora la marcha y párate a mitad de la calle. Me bajaré del coche allí.

El coche rodó cerca de un kilómetro, aplastando hojas y ramitas bajo sus neumáticos, y después se paró.

—Me he alejado un poco de la casa para que no te puedan ver bajarte del coche en caso de que alguno de los dos mire por la ventana —dijo Rashid.

Francis dudó al ver que la farola todavía estaba apagada.

—¿A qué estás esperando? —Rashid ajustó el espejo retrovisor—. Pensaba que no te preocupaba ensuciarte las manos.

—Ensuciármelas más, querrás decir. —Francis abrió la puerta y salió del coche como si estuviera bajándose de un avión en mitad del vuelo.

Al momento cayó en la cuenta de que había sido un error no llevar una linterna después de haberse perdido en Red Hook. Rashid había apagado las luces, con lo que tampoco se podía guiar con ellas. Oyó una ráfaga de viento acariciar las bolsas de basura, el batir de las alas de una paloma y el ruido de una ventanilla al bajarse. Cada sonido se acentuaba y se agudizaba por la oscuridad envolvente.

Escuchó su pulso golpeando sus oídos. *Calma. Es solo temporal.* Pasó por entre coches aparcados e intentó adivinar la distancia de la acera por el sonido de sus pisadas. *Venga, cabrón. Dime dónde estoy.* Se tropezó con el bordillo y oyó a un grupo de adolescentes, que pasaban por allí y que venían fumados de Riverside Park, reírse a su costa, creyendo que era un borracho que intentaba volver a casa.

Callaos. Su miedo se transformó en ira y humillación. Se dio contra unos cubos vacíos y el sonido del aluminio al chocar retumbó tanto como para despertar a todo el Upper West Side.

Contrólate. Respiró profundamente y percibió el olor de las verduras putrefactas, de la leche amarga y de los restos de café en uno de los contenedores cercanos. La oscuridad a su alrededor amainó un poco gracias a una fina luz diagonal de una ventana del otro lado de la calle. La luz caía sobre dos cubos de basura con los números 655 pintados con aerosol a los lados. Dios sabe cómo, encontró la casa de los Wallis. Rashid, aparcado en doble fila, aceleró el motor con impaciencia.

Empezó a hurgar entre los cubos, sacó una bolsa pequeña y supo por el peso que era una de las que había dejado el hombre del pastor alemán. La tiró a un lado y cuando estaba intentando alcanzar una bolsa más grande se dio cuenta de que había alguien a su lado.

—¿Qué estás haciendo, Francis?

Se giró tambaleándose mientras la cara lechosa de Tom emergía de la oscuridad.

—*Aaay*⁷⁴, Tom... —Francis se metió las manos, aún con los guantes puestos, en los bolsillos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tom—. ¿Qué haces aquí fuera?

—Tommy. Tommy. Los años. Los putos años. A veces tienes que recordarte a ti mismo de qué va todo esto.

—¿Estás borracho, Francis?

—Puede que haya tomado un par de copas. —Francis le siguió el juego mientras intentaba quitarse los guantes sin sacar las manos de los bolsillos.

—Baja la voz. Mi madre duerme en la primera planta.

—Sí, solo quería hablar con ella, Tom. Quería decirle lo mal que me siento por cómo han salido las cosas...

Hacía tanto tiempo que no se agarraba una que tenía que tener cuidado de no exagerar su actuación.

—Vete a casa, Francis. Es medianoche.

—¿Si?

⁷⁴ N. de la T.: En castellano en el original.

Escuchó el motor, todavía al ralentí. Le preocupaba que Rashid apareciera y le reventara la actuación.

—Solo quería que supierais que sigo con ello.

—¿Que sigues con qué? —preguntó Tom, que comenzaba a exasperarse.

—Que sigo con, ya sabes, lo que le pasó a tu hermana. No lo he olvidado. Ese es el problema del mundo. La gente olvida demasiado...

—Francis, si recuerdas, nunca quise que reabriera el caso de nuevo.

—Tom se ajustó el cordel del pantalón de su pijama—. No sé a quién beneficia esto, pero a nosotros no, desde luego. Lo único que queríamos era que nos dejaran en paz.

—Sí, sí, «cierre». Lo recuerdo —asintió Francis—. He pensado mucho en eso desde que lo dijiste.

—¿Y bien?

—Es una de esas palabras nuevas, ¿no?

—Creo que la puedes encontrar en la mayoría de los diccionarios.

—No, pero la gente la usa ahora de una forma diferente. Dicen «cierre» como si se tratara del final de alguna porquería de programa de televisión. Como si en media hora pudieras poner fin a todo sin tener que volver a pensar de nuevo en ello. Pero sabemos que las cosas no funcionan así, ¿verdad, Tommy? Siempre estás pensando en ello. Incluso cuando piensas que no estás pensando en ello, sigue tintineando en tu cabeza. Por eso quería hablar con tu madre. Para que supiera que también sigo pensando en ello.

—¿Por qué en vez de eso no vas a una cura de desintoxicación? —Del final de la garganta de Tom salió un sonido parecido a un chirrido—. Por Dios santo, Francis. No hay duda de que este caso te está acarreado muchos problemas. Apenas puedes mantenerte en pie. ¿A eso le llamas honrar a mi familia?

—Bueno... se hace lo que se puede.

Se miraron el uno al otro sin hablar. Durante unos segundos, Francis tuvo la extraña sensación de que el manto de la noche se había elevado y se había tensado sobre él, estirándose y provocando una ligera brisa.

—Vete a casa, Francis —suspiró Tom—. Te estás poniendo en ridículo.

—Lamento que pienses eso, Tom. Tan solo intento hacer mi trabajo.

—Dios. Ya he tenido suficiente. Me voy a la cama.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia su casa, mientras negaba con la cabeza y cerraba la puerta tras de él. Francis sacó dos bolsas de los cubos y volvió dando tumbos hasta el Buick.

—¿Cómo ha ido?

—Bien, supongo. —Francis arrojó las bolsas al asiento trasero—. Al menos no ha llamado a la poli para que vinieran a por mí.

Esta vez lo estaba esperando. Lo oyó cerrar la puerta y subir lentamente las escaleras. La madera chirriaba a cada paso.

Se cubrió más bajo las mantas. Las niñas se acurrucaron a su lado en la cama. Sus pequeños cuerpos temblaban cerca de su caja torácica. *Las cosas no terminan porque hagas como que no están pasando. Las cosas siguen sucediendo. Tienes que pararas. Tienes que tomar el control.* Contuvo el aliento cuando lo oyó dudar en el rellano. Una presencia animal detrás de la puerta. *Por favor, no entres. No estoy lo suficientemente fuerte aún.*

Michelle, la pequeña, resolló y tosió cuando Eileen subió la sábana. *Tienes que taparlas con capas.*

La puerta se abrió y Tom entró. Su silueta se perfilaba en la habitación con la luz del pasillo y el final del cordón del pantalón de su pijama pendía de una forma amenazadora y, en cierto modo, obscena. Había traído a la habitación algo oscuro y confuso consigo.

Apretó a las niñas fuertemente. Ella también estaba empezando a tiritar.

—¿Mamá? —Se detuvo a los pies de la cama—. ¿Qué demonios haces aquí?

En el largo camino hasta Red Hook, Julián empezó a tener una fantasía a lo *Oficial y caballero*. Fantaseó con coger a Zana en brazos y llevarla triunfante por los muelles mientras Eddie iría a su lado dando saltitos, intentando mantenerse en pie. Los estibadores los saludarían con la mano, los remolcadores harían sonar sus sirenas y los brokers de Wall Street, al otro lado del río, lanzarían confeti desde sus ventanas con *Lift Us Up Where We Belong* de fondo.

En vez de eso, estuvo llamando sin éxito a su telefonillo y acabó escondiéndose en la entrada de un edificio que estaba al otro lado de la calle con una caja nueva de herramientas, una MetroCard para el niño y una camiseta del tren F, que había comprado cerca del City Hall con el dinero que la señora A. le había prestado.

Un poquito después de las tres, Ysabel, la amiga de Zana, apareció caminando por la calle. Llevaba a Eddie de una mano y a su niña pequeña de la otra. Ese día le tocaba a ella recoger a los niños del centro de día.

—*Heyy, ¿cómo está mi hombrecito?* —Julián cruzó Coffey Street, interceptándolos—. *¿Estás listo para que cojamos el tren a Coney Island?*

El niño se zafó de la mano de Ysabel y fue corriendo hasta él. Sus huesudas manos rodearon las rodillas de Julián.

—*Mira qué más tengo aquí. Ya podemos terminar de arreglar el baño.*

Empezó a enseñarle orgulloso su nueva caja de herramientas, pero Ysabel se acercó tambaleándose mientras gritaba en español desde lo más profundo de sus pulmones:

—*¡Larga de aquí! ¡Vete a bañar!*⁷⁵

Era una mujer corpulenta que se ponía maquillaje y tacones hasta para ir a la tienda de comestibles.

⁷⁵ N. de la T.: En castellano en el original.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Atrajo a Eddie para sí y se interpuso entre los dos—. Pensaba que habías vuelto a dar con tu culo entre rejas.

—Se dieron cuenta de que habían cometido un error. ¿A qué hora vuelve Zana? Necesito hablar con ella.

La señora A. le había advertido de que no le dijera a nadie lo que acababa de ocurrir en la oficina del fiscal del distrito, después de cómo lo había estropeado todo antes con su enorme boca.

—¿No te dijo que no quería volver a verte más, *culo*⁷⁶?

—Sí, pero eso era antes...

Eddie intentó abrazarlo de nuevo, pero Ysabel lo sujetó fuertemente de la capucha de su sudadera y en su angustia le dio un manotazo a su propia hija, que estaba a su lado chupándose inocentemente el pulgar.

—No seas así, *mami*⁷⁶—protestó Julian—. No sabes lo que me ha pasado.

—Sé que la Policía despertó a medio vecindario cuando vino a buscarte la semana pasada.

Julián vio que el niño comenzaba a alejarse de él y se escondía tras el muslo de Ysabel, consciente de que algo no iba bien. Se suponía que no era así como tenía que pasar. Se suponía que iba a ser un buen día. Había sido vindicado. Casi. Ya no era más el malo. Ahora lo era otra persona. De camino a casa de Zana, hasta se había permitido un momento de alivio al pensar que quizá todo iría bien después de lo que había ocurrido. Pero el resto del mundo no lo sabía. Seguía siendo el monstruo del barrio del que la gente se alejaba asustada.

—¿Puedo al menos darle al niño los regalos? —preguntó mientras mostraba la caja de herramientas, la MetroCard y la camiseta—. He venido andando hasta aquí desde Smith Street.

—Quédatelos. —Ysabel agarró a los dos niños de la mano—. Nadie necesita nada tuyo, de ningún modo.

⁷⁶ N. de la T.: En castellano en el original.

—Gracias por venir un domingo, Tom. —Francis entró en la habitación y dejó caer una gruesa carpeta de color manila sobre la mesa—. Sé lo difícil que es dejar a los niños un fin de semana cuando has pasado toda la semana fuera sin verlos.

—Bueno, tendrás que explicárselo a mi mujer, pero por mí no hay problema. —Tom Wallis se sentó en una de las sillas metálicas.

—Y siento lo de la otra noche.

En vez de decirle que no pasaba nada, Tom se encorvó hacia delante.

—Bueno, ¿qué es lo que pasa?

—Creo que te lo he mencionado esta mañana por teléfono. Hemos encontrado nuevas pruebas y no nos vendría mal que nos echaras una mano para tratar de entender qué significan.

—Lo que sea con tal de que esto se acabe. —Tom puso las manos planas sobre la mesa—. Como te he dicho anteriormente, solo queremos que termine.

—Bien. Los dos buscamos lo mismo. —Francis esbozó una sonrisa a medias—. De todas formas...

—De todas formas...

—Me pregunto si podría hacerte retroceder unos pasos. Hasta la noche en que tu hermana fue asesinada.

—Vale. —Tom asintió. Su frente blanca y suave se surcó de arrugas.

—Sé que no resulta agradable tener que hacer un refrito de todos esos detalles de nuevo, pero tenemos que establecerlos con certeza una vez más. Entonces... Ella te llamó dos veces alrededor de la medianoche. ¿Alguna idea de por qué lo hizo?

—Probablemente estará en tus notas. —Tom miró la carpeta cerrada—. Hablamos de adónde íbamos a ir por el cumpleaños de mi madre. Yo estaba pensando en una taberna en Green. Mi hermana pensó que quizá podríamos

encontrar otro sitio algo más íntimo, así que me volvió a llamar un par de veces más para decirme sus sugerencias.

—¿Recuerda cuáles fueron?

—No, pero ¿qué importa eso? No llegamos a ir.

—Por supuesto. Tienes razón. No importa. —Francis se sentó, intentando dar algo de ritmo a la conversación—. Tan solo necesitaba comprobarlo. Después de eso no fuiste a su apartamento, ¿verdad?

—¿Cuándo? ¿Aquella noche?

—Es solo para asegurarnos de que tenemos bien la cronología de los hechos. La abogada de *Julian Vega* está poniendo en tela de juicio todos estos detalles insignificantes. Esa mujer es una tocapelotas.

—Comprendo.

—Entonces definitivamente no te pasaste por su casa después de hablar con ella, ¿no?

—Francis, está en las actas de la sala del tribunal. Ya testifiqué sobre eso en el 84. No fui. —Tom lo miró fijamente—. ¿Por qué sale otra vez esta cuestión?

—Verás, lo que ocurre es que... —Francis se subió el cinturón para que se le viera la pistola—, hay un nuevo testigo.

—¿De veras? —Tom negó con la cabeza como si estuviera diciendo: «¿Qué te parece? La vida está llena de pequeños y raros personajes».

—Ya sabes, quizá todo sea una sarta de gilipolleces —dijo Francis—. La gente sale de hasta debajo de las piedras porque huelen el dinero de una demanda judicial. A veces ocurre. Pero todavía tenemos que agotar todas las pistas. En este punto.

—Claro. Lo entiendo.

Tom dejó que su atención se desviara una fracción de segundo, lo suficiente para confirmar la presencia de un cristal-espejo y una barra para las esposas en la pared.

—Por curiosidad, ¿quién es esa persona?

—Alguien que trabajaba en el edificio. No creo que lo conozcas.

—No, seguramente no. —Tom cruzó las piernas.

—La cuestión es que él dice que te vio saliendo del edificio pasada la medianoche.

—¿A mí! —Tom se tocó un botón que estaba en la mitad inferior de su camisa—. ¿Me estás tomando el pelo o qué?

Francis lo dejó reposar un tiempo, para darle la oportunidad de que sintiera cómo habían cambiado las cosas. Que sintiera que, aunque las paredes seguían a cuatro metros de distancia y el techo seguía estando a unos tres metros del suelo, la habitación había encogido un poco.

—Tiene que ser un error —dijo Tom dando un bote en su silla y dándose cuenta de que las patas eran un poco cortas—. No sé de quién puedes hablar que tenga tal memoria fotográfica después de veinte años. En primer lugar, ¿cómo sabe quién soy yo?

—Dice que te había visto antes. Un hombre pelirrojo de tu altura y complexión, casi con el mismo físico que el de su hermana, que vivía arriba. Es una descripción bastante detallada, ¿no te parece?

—Entonces se confunde con otra persona cuando dice que me había visto otras veces. No sé cuántos años tiene esa persona, pero creo que está algo confundido.

Muy agudo, pensó Francis. Se adelanta a los acontecimientos como un abogado haría. Se figura que el testigo puede ser un hombre mayor, cuya identificación podría echar por tierra cualquier buen abogado en un contra-interrogatorio.

—Sí, pero... hay otra cosa que nos sigue jodiendo.

—¿De qué se trata?

Tom se incorporó. Seguía jugando al concienzudo licenciado que intenta ayudar al catedrático despistado.

—Todo esto del análisis del ADN —dijo Francis—. Lo que salió en los periódicos.

—Sí.

—Verás. Tú trabajas en el campo de los suministros médicos. Probablemente ya sabrás todas estas cosas.

—Yo no —dijo Tom—. Yo solo paso la información de las conferencias de ventas y las publicaciones especializadas. No soy médico.

—Estoy seguro de que estás siendo demasiado modesto, pero deja que retome esta cuestión. El caso es que lo estábamos viendo de una forma equivocada.

—¿Y eso a qué se debe?

Francis giró la silla, poniéndose de espaldas a la puerta.

—Verás, el análisis resultó XX, mujer, con la mitad de los genes de tu madre. Como si hubiese tenido una hija de la que no nos había hablado.

—Sí, eso es lo que habéis estado diciendo.

—Pero, ya sabes, todo el mundo tiene algunos defectos aquí y allá, ¿verdad?

—No estoy muy seguro de adónde quieres llegar, Francis.

—Veras, cada ser humano tiene mutaciones, pero no necesariamente todas ellas se ponen de manifiesto durante nuestras vidas —dijo Francis—. Y una de las cosas que pueden pasar es que puede haber alguien cuyo físico y forma de actuar sea el de un hombre en todos y

cada uno de los aspectos pero que, cuando mandas analizar su ADN, su perfil resulte ser de una mujer.

Tom respiró tan profundamente que sonó como si las cerdas rígidas de una escoba se movieran en un tramo del pavimento.

—Como es obvio, no es lo primero que le vino en mente a los de la oficina del forense. Es más, se trata de algo bastante inusual. Una de las menciones de la investigación provienen de la Universidad Charles Sturt en Wagga Wagga, Australia.

Tom no le vio la gracia a ese último comentario.

—Pero lo que ocurre es que puede haber una mutación o una supresión que hace que el cromosoma Y no aparezca cuando analizan el gen que normalmente dice el sexo de la persona. Lo llaman amelogenina.

Tom se detuvo, esta vez algo más de tiempo, a mirar al cristal-espejo, intuyendo que, en efecto, debía de haber una multitud amontonada en el otro lado.

—Resulta bastante interesante una vez das con ello —continuó Francis, como si todo se redujera al interés académico—. Hay pocas cosas que pueden hacer que el test yerre, como ciertos tipos de cáncer. Pero tú probablemente ya sabías todo eso.

Observó el sutil estrechamiento de los músculos de la garganta de Tom.

—Así que una vez dedujimos esto, ya jugábamos en otra liga distinta. —Francis acercó su silla—. Se abrió la posibilidad de que podíamos estar buscando a un hombre. Tal como pensamos en un primer momento.

Tom levantó un dedo hacia su frente y luego lo retiró. Empezaba a entender adónde llegaba todo eso.

—Parece que ha habido muchos errores en este caso —dijo.

—Cierto —admitió Francis—. Pero las piezas empiezan a encajar.

Tom comenzó a frotarse el espacio entre sus cejas. Probablemente estaba sopesando los inconvenientes de pedir un abogado llegados a ese punto. *Despacio*, se recordó a sí mismo Francis. *Echa el freno. Dale una salida*. No puedes sacar nada bueno de una persona que se ve acorralada demasiado pronto.

—Necesito que me ayudes aquí. —Francis arrastró las patas de la silla por el suelo para interrumpir deliberadamente el hilo de sus pensamientos—. Resulta que tenemos sangre hallada bajo las uñas de tu hermana que proviene de un familiar varón.

—Pensaba que también teníais manchas de sangre de Julian Vega en su apartamento.

—Sí, cierto. Pero ahora estoy intentando comprender cómo llegó la sangre de ese familiar ahí.

—Bueno, ese mismo día yo rompí un vaso —dijo Tom alegremente sin cambiar siquiera el gesto.

—¿Cuándo fue eso?

—En su cocina, después de cenar. Me pasé por unos papeles que necesitaba que me firmara relativos a la herencia de nuestra abuela. Rompí un vaso de vino y ella me vendó.

Muy bien. Francis casi esboza una sonrisa de admiración. Por lo general, tienes que ir a una conferencia de prensa en Washington o una reunión de accionistas de una empresa para oír a un mentiroso tan consumado.

—Te lo dije en su momento —dijo Tom anticipándose a la siguiente línea de ataque.

—Qué raro. No recuerdo haberlo visto en mis notas. —Ahora que lo decía, recordaba claramente que Tom llevaba el cuello de la camisa abrochado y los puños sin doblar, mucho antes de que fuera tendencia. Así no podría verse ningún arañazo sospechoso en su antebrazo.

—Bueno, no tengo ni idea de lo que escribiste o dejaste de escribir —dijo Tom, que parecía herido—. Pero yo recuerdo perfectamente habértelo enseñado. Me sorprende que no lo recuerdes.

Es bueno. Francis tenía que reconocerlo. En los confines de esa pequeña habitación, la historia podía echarse por tierra y desvelar lo que era: una mentira frágil conectada a una máquina que mantenía sus constantes vitales. Pero en la sala de un tribunal la mentira podría tener la oportunidad de respirar y hacerse más fuerte. Crecería para la ocasión y lucharía. Tom subiría al estrado con su cara de niño y su voz entrecortada por la emoción y resultaría mucho más creíble para un jurado que un policía rubicundo con cejas diabólicas y ojos defectuosos.

—Comprendo —asintió Francis—. Así que es por eso que encontramos tu sangre bajo las uñas de tu hermana.

—Si eso es lo que encontrasteis —dijo Tom asegurándose de no dar nada por sentado.

—Bien. Eso es genial. Lo aclara todo. Solo me queda un problema.

—¿Cuál es?

—Por qué encontramos una coincidencia exacta de ese ADN bajo las uñas de Christine Rogers.

La cara de Tom pareció desvanecerse en interferencias, como la imagen de una televisión antigua con la antena rota.

Sus labios se movieron sin hacer ruido. Sus facciones se volvieron borrosas. Sus ojos perdieron su enfoque. Le llevó unos segundos reajustarse y agudizar su atención hacia Francis, que estaba sentado a pocos centímetros de su lado, lo que le impedía llegar a la puerta si no era pasando por encima de él.

—Espera un momento —dijo Tom—. ¿Cómo sabes que ese es mi ADN? No recuerdo haber dado a nadie una muestra.

—Sí, es cierto. —Francis se rascó la parte trasera de la oreja—. Tu familia ha pasado ya por tanto que no queríamos pedir una orden judicial que invadiera vuestra privacidad y os obligara a darnos una muestra contra vuestra voluntad. Así que usamos lo que está disponible para el público en general.

—¿De qué estás hablando?

—El jueves por la noche en la basura de tu vecindario, ¿lo recuerdas? La acera es una propiedad pública.

Las pequeñas bolsas de piel bajo los ojos de Tom se pusieron del más débil de los azules, como si un par de pulgares las estuvieran apretando.

—¿Rebuscaste en mi basura?

—Eh, yo no quería. —Francis mintió. Quería jugar un poco al policía bueno—. Yo dije: «Eh, tíos. Estáis locos. Vais a quedar como unos idiotas y veréis que Tom no tenía nada que ver con esto». Pero los abogados del departamento dijeron que siguiéramos adelante. Ya se ha hecho más veces. Las bolsas de basura son como el Disneyland del ADN. El reino mágico donde los sueños se hacen realidad. Y eso ocurre cuando aparece un preservativo.

Tom escuchaba impasible. Sus cejas claras ya no parecían infantiles, le daban un aspecto inhumano, sin expresión o el más mínimo escrúpulo. Esa era la parte que daba miedo. Podía negarse a seguir respondiendo preguntas y pedir un abogado en cualquier momento. Francis daba golpecitos en la mesa con un bolígrafo. Estaban cerca, pero no tan cerca. No podía dejar que Tom se fuera sin hacer una declaración de algún tipo. No había lugar para la duda en este momento. Necesitaba sacarle una confesión.

—No estoy muy seguro de si lo que hiciste fue legal —dijo Tom—. Quizá debería llamar a mi abogado.

Francis dejó con cuidado el boli.

—Por nosotros no hay ningún problema en que traigas a un abogado, Tom. Lo único es que no vamos a poder decirte qué más tenemos.

Lo percibió. Tom levantó la barbilla y sus ojos se movieron nerviosos durante un instante; lo suficiente para deducir que le interesaba escuchar todas las pruebas que tenían.

—Escucha, nos conocemos de hace mucho tiempo —dijo Francis—. Estoy seguro de que puedes explicar por qué las cosas parecen ser así.

—Sí, la cagaste.

Francis asintió. *Sí, es cierto. Eres más inteligente que yo. Tú no necesitas un abogado. Solo soy un asno tonto y medio ciego que metió en la cárcel a un pobre chaval durante veinte años por algo que no hizo. Pero no pasa*

nada. No estoy enfadado. No pesa sobre mi conciencia. No me come por dentro. No me está haciendo enfermar físicamente. No me está matando. Sigue. Puedo llevar esa mancha en mi alma. Ya estaba sucia de todas formas. Está bien. Hazlo. Puedes intimidarme de nuevo.

—Bueno, es posible que las muestras se mezclaran en el laboratorio. Siempre hay lugar para los fallos humanos.

—Sí.

—Entonces jamás viste a esa otra mujer, Christine, ¿no?

—¿Quién?

—Christine Rogers. La otra doctora que asesinaron hace un par de semanas. Ya sabes.

—Trato con mucha gente —dijo Tom en un tono monótono—. Entro y salgo constantemente de hospitales, haciendo visitas y hablándole al personal de nuestros productos. Ese es mi trabajo.

—Pero a esta mujer en concreto no la recuerdas, ¿no?

La claridad de sus cejas le hacían parecer inquietantemente impasible ante la pregunta.

—A veces voy a hospitales a hacer una demostración para que vean cómo funciona un equipo y en la sala hay un montón de médicos. No soy bueno para los nombres.

—Y yo que pensaba que eso era una desventaja en el mundo de las ventas.

Tom miró el reloj, intentando adivinar cuánto tiempo llevaba allí.

—Te contaré algo que no salió en los periódicos. —Francis se acercó, lanzando el arpón con destreza antes de que volviera a salir el tema del abogado—. Esta chica, esta mujer, cuando registramos su apartamento, resultó tener un montón de recortes de periódicos escondidos sobre el caso de tu hermana.

Tom comenzó a jugar con el botón de su camisa, si bien la expresión de su rostro seguía siendo la misma.

—Parecía estar obsesionada con ese tema —continuó Francis—. Incluso le dijo a algunas de sus amistades que pensaba que se había cometido una injusticia con *Julian Vega*.

Vio que Tom movía el botón como si fuera a desabrocharlo. Pero su rostro seguía igual: mirada inocente, distante, si acaso algo curiosa. Era como si no tuviera ni idea de qué estaban haciendo sus manos.

—Sí, es extraño, pero no sé qué tiene eso que ver conmigo —dijo—. Probablemente lo conocía del barrio, y él le vendió la moto sobre cómo había sido encarcelado siendo inocente. Entonces un buen día volvió y le hizo lo mismo que le hizo a mi hermana. Eso es lo que hace. Intima con ellas y cuando no le dan lo que quiere, las mata.

—Sí, eso mismo es lo que pensé yo. Hay personas que tienden a repetir una y otra vez ciertas pautas en su vida hasta que las cosas les salen como ellos quieren.

Francis se permitió una sonrisa de complicidad.

—El caso es que cuando salió este testigo y todo lo del ADN, empezamos a buscar en otros sitios y a estudiar esos detalles que antes desconocíamos. Como por ejemplo que tu madre ingresó en las urgencias del hospital St. Luke una noche en la que Christine estaba de guardia.

—¿Y eso qué quiere decir? —Las arrugas del cuello de Tom se hicieron más profundas—. ¿Cuál es la conexión?

—Comparamos las firmas y dedujimos que tú fuiste el que firmaste su ingreso en Admisiones. También creemos que quizá conociste a Christine.

—¡Venga ya! Eso es ridículo, Francis. —Tom agitó la mano—. Es una sala de urgencias enorme con un montón de médicos y enfermeras. He estado allí cientos de veces y no recuerdo para nada haber tenido trato con esa mujer.

—Suponíamos que dirías algo así —dijo Francis mientras asentía alegremente—. Pero entonces ayer encontramos un guardia de seguridad del hospital que reconoció tu foto y dijo que os había visto a los dos tomando un café en la cafetería hace algunos meses.

—Está equivocado.

—¿Está equivocado? —Francis le sonrió de nuevo.

—Sí, he leído acerca de testigos que hacen identificaciones falsas continuamente.

—Así que el tipo que trabajaba en el edificio de tu hermana se equivoca al decir que te vio la noche en que la mataron y el guardia de seguridad del hospital se equivoca al decir que te vio con Christine. ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—No sé quiénes son esas personas ni qué es lo que buscan. Puede que hayan visto mi foto en los periódicos y se hayan confundido. Esas cosas ocurren.

—¿Entonces qué hay del teléfono móvil?

—¿Qué móvil?

—Ella hacía dos, tres llamadas a la semana a un teléfono que estaba registrado como perteneciente a tu empresa.

—¿Y por qué debería saberlo? —preguntó Tom—. Quizá era amiga de alguien de allí.

—Tom, venga. —Francis le tocó ligeramente la rodilla—. Te veías con ella. Cuanto más lo niegues, peor va a parecer.

—De acuerdo. —dijo Tom bruscamente—. Creo que no quiero decir nada más.

Francis ejerció la presión justa en su rodilla antes de que Tom le quitara la mano. *No, esta vez no vas a ninguna parte.* Jerry Cronin y el resto estaban al otro lado del cristal, rogándole en silencio que le pusiera fin, pensando que con eso probablemente tenían suficiente como para detenerlo. Pero él necesita más. Necesitaba oír las palabras, necesitaba los huesos y las vísceras del crimen derramados por la mesa para que todos lo vieran, para que no quedase duda alguna ni le cuestionaran nada después, para que esta vez no mandara a la cárcel al hombre equivocado.

—Ayúdame a entender esto. —Le dio la vuelta a la silla y se sentó a caballo sobre ella, poniéndose en frente de Tom—. Estoy seguro de que no fue culpa tuya. Tu madre y tú conocisteis a esta chica en el hospital. Y supongo que tu madre se hizo amiga de ella allí, porque sabemos que se vieron un par de veces después. Una madre que busca a su hija, una hija que busca a su madre. Esas cosas...

Pudo ver, por la forma en que Tom giraba la cabeza, que iba por el buen camino.

—Lo que creo es que los tres charlasteis un poco, cenasteis, tú le dijiste cosas del tipo: «Gracias por cuidar de mi madre». Y quizá tuviste una relación con ella. Vale. Son cosas que pasan. Nadie te está juzgando. Ya sabes, los polis y el matrimonio... ¡uf!... El que esté libre de pecado...

Tom se daba golpecitos en la frente. Sin duda estaba intentando recordar el número de su abogado. *Puedo hacerlo*, se dijo Francis para sí. *Puedo hacer que cualquiera confiese. Talento natural, como Mantle cuando golpea una pelota de béisbol o Pavarotti cuando canta una ópera.*

—Pero esa chica... —Negó con la cabeza mientras seguía presionándolo—. Era una de esas que no dejan las cosas correr. Sale con ese chico tan agradable que la trata tan bien. La lleva a cenar, le compra joyas... —Bajó la barbilla y miró a Tom; no era necesario explicarle letra por letra que tenían los extractos de su American Express—. Pero ella sigue fastidiándolo, haciéndole preguntas sobre su familia. Cosas terribles que pasaron hace tiempo, que no son de su incumbencia...

Venga, dímelo. Soy tu amigo. Puedes confiar en mí. Toda su vida había sabido cómo establecer vínculos con gente que había cometido crímenes salvajes, atroces y en ocasiones imperdonables. Los trataba de tú a tú, como iguales, comparaba infancias desdichadas con ellos, minimizaba la gravedad de sus crímenes. *¿Que has atracado un banco? ¿Y qué? No has matado a nadie. Ah, ¿que sí mataste a alguien? Bueno, fue un accidente. No es como si hubieras atracado un banco de forma deliberada.*

—Ella empieza a intrigar a sus espaldas, habla con la gente, guarda recortes de periódico después de que ese otro tipo salga de la cárcel. Es algo enfermizo. Está intentando remover la mierda justo cuando la familia del tipo es más vulnerable.

Tom giró la cabeza casi noventa grados, con uno de sus ojos enfocados hacia Francis, como si le diera miedo mirar más allá.

—Entonces empieza a sacar conclusiones —dijo Francis—. Habla de cosas que desconoce.

Una cierta intranquilidad comenzaba a crecer entre ellos; la sensación de que estaba trazando círculos demasiado amplios. Era el momento de estrecharlos y correr riesgos.

—Entonces ella empieza a lanzar acusaciones sobre su hermana y él.

La habitación se llenó con el mayor de los silencios que Francis había oído en su vida. Podía oír el zumbido de los filamentos de los fluorescentes, el sistema hidráulico del aparato digestivo de Tom, cómo el pegamento perdía su sujeción en los azulejos, como si toda la habitación se estuviera desmontando, molécula a molécula.

—¿Qué tratas de decirme, Francis? —preguntó con voz entrecortada y tensa.

—Digo que en las familias ocurren cosas que la gente de fuera no puede entender. Y esta chica, Christine, pudo haber insinuado cosas que no debería haber insinuado.

Olores pestilentes comenzaban a emanar de Tom, a pesar de que permanecía sentado inexpresivo, con su camisa Oxford y sus pantalones caqui.

—Creo que voy a vomitar.

Francis cogió una papelera de debajo de la silla y la puso al lado de la silla de Tom.

—Haz lo que tengas que hacer.

—No puedo creer que me estés diciendo esto. Te respetaba.

—¿Me respetabas? —Francis hizo una mueca de desprecio.

Tom empezó a levantarse, pero Francis lo sentó de un empujón, manteniendo su mano abierta sobre su pecho.

—Siéntate —dijo—. Aún no hemos terminado.

Se limpió asqueado la mano en la pernera del pantalón. Miró el espejo-cristal y supo que Jerry Cronin y los demás estaban a punto de sufrir un infarto.

—Sé lo que le hiciste. —Francis siguió, acortando distancias—. Sé que hiciste que se pusiera mechas de henna en el pelo para que se pareciera un poco más a tu hermana. Sé que le diste algunos de tus libros de ciencia ficción. Sé que intentabas volver a aquello que tenías con Allison...

No iba bien. Lo había perdido. Lo supo el instante en que se había limpiado la mano con la pernera de su pantalón, como si acabara de tocar algo que era menos humano. Con aquel gesto había roto su vínculo con él, había dejado que el sospechoso supiera lo que pensaba de él. Ahora Tom lo miraba sin pestañear. Ya no sentía ni frío ni calor.

—Mi abogado —dijo—. He escuchado bastante.

Francis se dio cuenta de que las palabras no iban a funcionar en esta ocasión. Necesitaba otro tipo de empuje.

—De acuerdo. No tenemos por qué hablar más —dijo—. Tan solo quiero enseñarte algo.

Abrió la carpeta que hasta ese momento había permanecido en medio de la mesa, imperturbable.

—Mira, esta es Christine. —Sacó una polaroid que Rashid había tomado en la escena del crimen: la chica tenía la tráquea cercenada y su sangre se filtraba por la lechada de los azulejos del baño—. Puedo ver por qué fuiste tras ella. Es del mismo tipo que tu hermana. Quizá parezca algo mayor. No tenía ese aspecto de niña que tenía tu hermana. Pero uno no puede estar siempre obsesionado con la edad, ¿no?

Tom seguía mirando con la misma expresión en su rostro aunque los olores que emanaba se hacían cada vez más acres y malsanos.

—Y esta es Allison. —Francis sacó una segunda foto antes de que Tom pudiera objetar—. Pero supongo que ya lo sabías.

Tom miró el ojo intacto de su hermana que lo observaba desde el foso de lava en que él había convertido su cara.

—Vamos, mírala. —Francis se inclinó hacia delante, casi cogiendo a Tom por el pescuezo—. ¿De qué tienes miedo? Está muerta. No va a contarle a nadie lo que le hacías.

Tom intentó no mirar, pero sus pupilas se posaron bruscamente sobre la foto dos veces, como si un imán las atrajera.

—Venga, Tom. ¿Te está ayudando? ¿Es este el «cierre» del que hablabas?

Tom se encorvó sin avisar y vomitó en la papelera, salpicando los zapatos de Francis.

—De acuerdo. —Apoyó la frente en la mesa cuando hubo terminado—. Me gustaría que me dijeras si me dejas llamar a mi abogado o bien ir a casa y ver a mis niñas.

—Tom, tengo noticias para ti. —Francis le pasó un paquete de clínex—. No vas a ver a tus niñas esta noche.

Siempre había sido un extraño para ella; hermético, distante, inalcanzable. Eileen estaba apoyada en el pasaplato y lo observaba, sentado en la mesa de la cocina. ¿Qué tipo de chico era ese, leyendo los periódicos el día después de ser detenido y metiéndose entre pecho y espalda un litro de helado sin engordar? ¿De dónde sacó esa costumbre de frotarse constantemente en mitad de la frente con un dedo? Desde luego que de ella no, ni de su padre, ese sátiro barrigón. Ahora era consciente de que desde el mismo momento en que la enfermera del Lenox Hill lo puso sobre su pecho, húmedo y cianótico, mirándola inquietantemente en silencio, hubo algo en él que ella no reconocía.

Era como si se hubiera disfrazado de miembro de su familia; cosas extrañas y aterradoras se tramaban tras esas cejas casi invisibles. Al principio se decía a sí misma que eran figuraciones suyas. No era tan diferente del resto de los niños. A veces un poco embaucador, algo pillo quizá. Pero después comenzó a darse cuenta de que era un mentiroso redomado, como si una parte de él no fuera consciente de lo que hacía la otra. ¿Quién ha roto el jarrón, Tom? «No lo sé, mamá. Estuve fuera de casa todo el día.» ¿Qué ha sido del dinero que dejé encima del tocador? «No sabía que hubieses dejado dinero ahí.» Cuanto mayor era la mentira, más consciente era de que le ocultaba algunos aspectos de él a propósito. ¿Por qué llora tu hermana? ¿Qué le has dicho? ¿Qué hacías en su habitación anoche?

Debió de empezar cuando él tenía cerca de once años y ella seis. No, todavía no era capaz de pensar en ello. Era como mirar fijamente al sol. Puedes saber que una cosa está ahí pero no ser capaz de mirarla. Te cegaría los ojos. Escuchó el ruido rítmico de su cuchara en la porcelana proveniente de la cocina vacía.

Lo había intentado. Lo llevó a la flor y nata de los psiquiatras y terapeutas del Upper West Side. Pero nunca lograron averiguar quién

o qué le había hecho daño. Tom siempre insistió en que nadie le había tocado jamás, y en lo que a ella respectaba era cierto. Sentía un hambre terrible en su interior. Cosas que no se podían explicar. Así que lo mandó fuera; primero a un internado y después a vivir con su padre, cuando fue consciente de que ya no iba a ser capaz de controlarlo más. Pero cada vez que volvía su apetito era mayor. ¿Cómo logras mantener separados a un hermano y una hermana? Cada vez que se veían, la atracción entre ellos crecía, como si redescubrieran constantemente partes de ellos tiempo ha olvidadas.

Pensó que cuando creciera y se casara cambiaría, que lo curaría de aquello que le había hecho ser así. Pero la chica que escogió no estaba preparada y se encontraba en clara inferioridad de condiciones. No era en modo alguno la persona indicada para esa tarea. Era como Pulgarcita: una persona menuda que jamás lograría crecer. No era más que una niña. Si a duras penas lograba adaptarse a la vida en la ciudad, para qué hablar de criar a dos niñas pequeñas en la guarida del lobo.

Cuando esa mañana Eileen intentó hablar con ella sobre el futuro, diciéndole que ya no podían seguir fingiendo, que tenían que ser fuertes y pensar en las niñas, ella se había limitado a desconectar, como si estuviera bajo uno de sus hechizos. Se había sentado sobre el edredón con las luces tenues y el canal E! de fondo, rodeada de artículos de revistas sobre fatiga crónica y el virus de Epstein-Barr, y había dicho que lo único que quería hacer era dormir. Tom le había dicho que todo era mentira; testigos falsos, asesinos e investigadores deshonestos que intentaban quitarse el muerto y cargárselo a otro. Todo iba a salir bien porque «él había dicho que todo iba a salir bien». ¿Cómo iba Eileen a culparla? Durante casi toda su vida, ella había hecho lo mismo. Ahora, que el sol empezaba a abrasar la tierra, ella comenzaba a despertar lentamente de su letargo.

Oyó a Stacy, seis años y la viva imagen de su tía a su edad, que bajaba las escaleras en busca del postre.

—Papá, ¿queda helado de café con almendras y dulce de leche? —Se asomó por la puerta de la cocina, cruzando los tobillos y con el final de la trenza metido en la boca, tal como hacía Allison.

—Lo siento, cariño. —Eileen vio a través de la ventanilla cómo cogía la tarrina de Häagen-Dazs de la mesa y la ponía en la silla que estaba detrás de él para que la niña no lo viera—. Ya no lo compramos. Mamá cree que estáis cogiendo algo de peso.

Stacy hizo un mohín de decepción.

—Ven aquí, cielo —dijo Tom—. Papá ha tenido unos días muy duros. Necesita un abrazo.

Se acercó a él a regañadientes. Iba arrastrando sus zapatillas de *ballet* por las baldosas, y las suelas hacían un ruido parecido al de las cabezas de las cerillas cuando se deslizan contra la superficie de fricción.

—¿Quieres que te dé un baño? —La rodeó con un brazo.

—... Eh... Vale. —Se apoyó contra él y suspiró dramáticamente.

—Esa es mi chica.

Eileen sintió la rigidez de su cuerpo mientras veía como la mano de Tom bajaba y apretaba el parche de un corazón rosa que la niña llevaba en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Una voz dentro de su cabeza gritaba mientras su mano seguía ahí y no dejaba de apretarla contra él, como si fuera su corazón el que estuviera bajo el yugo de aquella mano. No quería verlo, pero no se atrevía a apartar la vista. Finalmente retiró la mano, pero la voz siguió gritando. *Las cosas no terminan. Las cosas no terminan hasta que no les pones fin.*

Subió las escaleras y atravesó el descansillo que conducía al baño. Cuando subieran, ella estaría allí para relevarlo de la tarea.

El lunes por la mañana Julián volvió de nuevo a la Sala 50 del Tribunal Supremo de Nueva York en Manhattan, como un viajero del tiempo en un capítulo de *En los límites de la realidad* que retornaba al instante en que su vida se había venido abajo.

—El pueblo de Nueva York contra *Julian Vega*—gritó el oficial de la sala.

Se puso en pie y adoptó instintivamente la típica pose del acusado con aspecto de ser culpable: las manos a la espalda, la cabeza gacha, mirando por encima de su hombro para ver si Zana o alguna de las personas a las que había dejado mensajes se habían presentado.

—Señora Aaron. —La juez Bronstein levantó la voz para asegurarse de que la prensa, sentada en la última fila, pudiera oírla—. Acérquese.

La señora A. se dirigió al estrado mientras se colocaba la solapa de su chaqueta.

—Señoría, queremos elevar un recurso para que se desestimen los cargos contra el señor Vega.

—¿Señor Raedo? —La juez miró a la izquierda, donde se encontraba la mesa de la fiscalía—. ¿Algún asunto de última hora que quiera plantear?

—No, señoría. No vamos a oponernos.

El ayudante del fiscal del distrito ni siquiera se molestó en alzar la vista. Hizo como si estuviera rebuscando en unos papeles, como si tuviera cosas más importantes en qué pensar. Aquello hizo que Julián se sintiera pequeño, ofendido, como si su vida no valiera siquiera ese reconocimiento. Se le pasó por la cabeza acercarse a su mesa, agarrar a ese *hijo de gran puta*⁷⁷ por el cuello y hacer que su cabeza rebotara contra la mesa dos o tres veces hasta hacerle recordar sus modales.

⁷⁷ N. de la T.: En castellano en el original.

—De acuerdo. —La juez golpeó el mazo—. Se desestima la acusación. Señor Vega, queda usted en libertad. En nombre del tribunal, me gustaría decir que lo que le ha ocurrido es muy desafortunado. Nadie se dedica a esta profesión para mandar a gente inocente a la cárcel...

Su voz parecía desvanecerse conforme hablaba y gesticulaba. Se sintió aturdido y desorientado y se perdió algunas partes de lo que decía.

—... Y, a título personal, me gustaría desearle suerte. Espero que si lo vuelvo a ver en esta sala, sea solo como visitante.

Escuchó en la zona de la prensa una risa falsa y vacía. La juez bajó del estrado y le ofreció su mano huesuda y atrofiada, lo que le hizo pensar en tallos espinosos de rosas envueltos en un fino pañuelo. Mientras permanecía en puntillas estrechándole la mano, sintió que la señora A. le tiraba de la chaqueta para que se girara.

Se giró y vio que Paul Raedo lo estaba esperando y le tendía la mano sin fuerzas, como si de la mano de un mendigo se tratara.

Durante un instante, todo a su alrededor pareció congelarse. Los funcionarios de la sala, los periodistas allí congregados, los otros abogados que esperaban a que comenzaran sus causas judiciales..., todos se asomaron para ver qué era lo que iba a hacer. En la boca se le acumulaba saliva con sabor metálico, saliva que le pedía ser lanzada a la cara de ese hombre. Era lo mínimo que se merecía. Pero entonces miró la fila de bancos de detrás de la mesa de la defensa, donde su padre se sentó día tras día en el primer juicio con su mejor traje, intentando enseñar al mundo la clase de gente que eran realmente.

Apretó los labios y le ofreció la mano, maldiciéndose a sí mismo en silencio por sus buenos modales.

—Bien. —Apretó su mano hasta que tuvo la satisfacción menor de ver al fiscal hacer un gesto de dolor—. Ahí lo tienes.

—Te llamaré para el acuerdo. —La señora A. se inclinó hacia el hombro de Julián.

—Estaré en mi despacho. —Raedo movió su mano dolorida—. Pero no tengas demasiadas esperanzas.

Algunos minutos después, cuando ya se hallaban en el vestíbulo, Julián dudó ante el detector de metales y levantó los brazos por acto reflejo.

—Tranquilo. —La señora A. se acercó por detrás y le tocó el codo—. Ya no tienes que dejar que te cacheen más. Nos vamos.

Pasó por el marco del detector, que parecía sacado de *La cabina mágica*; todavía esperaba que el guardia le dijera: «Deténgase». Pero no, los oficiales del tribunal siguieron registrando bolsas y pasando sus varitas mágicas por

la gente que entraba en el edificio, como si de repente se hubiese vuelto invisible para ellos.

Pasó las puertas giratorias detrás de la señora A. y salió a la calle con la extraña sensación de que estaba retrocediendo en el tiempo.

Dos docenas de cámaras y periodistas de las noticias se habían apostado bajo unos andamios azules en la acera, no muy lejos de donde se colocaron el día que lo declararon culpable hace ahora diecinueve años, ocho meses y doce días.

—*Julian*, ¿cómo estás?

—*Julian*, ¿sientes que se ha hecho justicia contigo?

—*Julian*, ¿estás resentido?

Levantó la vista al escuchar esta última voz, y la reconoció como la que le había gritado «Juuliiiaáán» una y otra vez en falsete a la salida del distrito policial 19. Era un chico con barba recortada con un pase del *Post* y llevaba un bloc del que se le estaban cayendo algunas hojas. Su estómago parecía blandito y tentador, de esos que, una vez has hundido tu puño dentro, no puedes ni quieres sacarlo de allí.

—No vamos a hacer comentarios por el momento. —La señora A. se abrió paso entre los micrófonos cuando comenzaron a sucederse luces brillantes y los *flashes* de las cámaras empezaron a disparar—. Creemos que por fin hoy se ha hecho justicia. El señor Vega quiere agradecer las muestras de apoyo. Está deseando poder estar con su familia y amigos...

Julián asintió con simpatía. Se convirtió en actor para la ocasión. La expresión y los gestos de su cara no tenían nada que ver con la tormenta de emociones que se libraba en su cabeza.

—*Julian*, ¿cuáles son tus planes para el futuro? —gritó una periodista con el pelo largo y los dientes pequeños.

—No lo sé —dijo—. Quizá haga la carrera de derecho. Conozco bastante bien el sistema...

Vio que algunos de ellos ya habían empezado a irse cuando la señora A. dijo que no iban a hacer más comentarios. El centro de atención cambiaba de lugar. Ya tenían lo que querían. No había motivo para entretenerse. Se dio cuenta de que su exculpación probablemente solo ocuparía la tercera página de los periódicos. Toda la carnaza había estado en la acusación inicial. Algunos de los corresponsales cogieron sus micrófonos y salieron corriendo calle abajo, donde otra historia había llamado su atención. A través de la aglomeración de cuerpos pudo ver a Tom Wallis, pálido y aterrorizado. La señora A. había dicho que iba a comparecer en el tribunal esa tarde para ser procesado por el asesinato

de su hermana. A su lado estaba un abogado viejo como una pasa y con una pajarita peripuesta esquivando las preguntas. A Julián no le importaba una mierda lo que le hicieran a Tom en la cárcel. Pero cuando la multitud se dispersó, vio que la madre también estaba allí; una presencia espectral con el pelo rojo y los cristales tintados. Pensó que en ese momento debía de sentirse la persona más sola del planeta. ¿Cómo puedes seguir adelante sabiendo que tu único hijo ha matado a tu única hija? Tan solo te quedaba volverte loco o suicidarte.

Los vio subir los escalones y entrar por la puerta giratoria, entrando así en la inmensa máquina gris de la que él acababa de salir.

Así que eso era todo. El circo se iba con la música a otra parte. Tom sería el que coparía los titulares del día siguiente. La historia de *Julian Vega* había terminado. ¿No debería abrirse el cielo? ¿No debería llover tan fuerte que las calles quedasen limpias? ¿No debería nacer el sol por el Oeste y ponerse por el Este? ¿No debería presentarse Dios y explicarse? ¿No debería haber... algo más?

Pero ese día era como otro cualquiera. Un abogado con un abrigo Burberry se puso a su lado para llamar a un taxi. Un par de periodistas se quedaron rezagados detrás, hablando con la señora A. de otras causas judiciales. Un coche de policía pasó a toda velocidad con la sirena ululando, sin prestarle atención alguna.

Debería estar rebosante de alegría. Por fin todo había acabado. Podía hacer lo que quisiera. Pero, en vez de eso, se sentía perdido y un poco asustado. Vio pasar a una flota de taxis amarillos y cayó en la cuenta de que todos y cada uno de esos conductores, incluso el inmigrante que acababa de bajar del avión y apenas balbuceaba el inglés, tenían algo de lo que él carecía: el carné de conducir. Ni siquiera tenía muy claro cuál era el pedal del acelerador. De repente, estaba lleno a rebosar de detalles de la vida diaria que desconocía. Seguros desgravables, primas de asistencia sanitaria, cuentas de ahorros bonificadas fiscalmente... Había oído hablar de ello, pero le daba miedo preguntarle a la gente qué eran. ¿Cómo iba a ponerse al día?

Se dio cuenta de que estaba perdido. Trabajaría en la demanda civil un tiempo, pero, cuando se hubiese resuelto, no sabría qué hacer. Sin su caso, su vida no tendría una dirección, una estructura, una organización. Y, una vez abriera el puño que lo había mantenido de una pieza durante todo ese tiempo, todo lo que tenía se haría mil pedazos.

Toda Foley Square parecía girar a su alrededor. La gente pasaba a su lado con una determinación que lo hacía sentirse más confuso, solo y vulnerable. Un autobús penitenciario azul y blanco acababa de parar en la entrada

lateral del edificio para llevarse a los prisioneros de los calabozos a la cárcel. Tuvo la premonición de que si no andaba con cuidado, él mismo terminaría haciendo ese viaje de nuevo.

Se las apañaría, se dijo a sí mismo. Algo le diría adónde ir. Y, cuando el último de los periodistas se marchó finalmente, vio que Zana había estado todo el tiempo allí con Eddie, al final de todo aquel mogollón. Y cuando se dirigía hacia ellos tambaleándose para agradecerles que hubiesen ido, vio que el niño llevaba, como un folleto que acabara de recoger de la acera, un plano del metro de Nueva York doblado por la mitad y con anotaciones hechas con pinturas de colores.

—¿Podemos ir ya a Coney Island? —preguntó el niño como si estuviera harto de esperar.

Cuando Francis se dio la vuelta en el mostrador del Starbucks con dos tazas de café hirviendo, una chica desgarbada y con la cabeza afeitada apareció, de repente, desde su punto ciego montada en patines, agitando los brazos y dirigiéndose directamente hacia él. Era demasiado tarde para quitarse de en medio y no había ningún sitio donde se pudiera meter. Pero de algún modo logró cogerla por los brazos, hacerla girar grácilmente como si de su pareja de vals se tratara, y dejarla marchar sin derramar una gota ni quemar a ninguno de los dos.

—Me sorprende que lo hayas hecho —dijo Julián una vez Francis había vuelto a la mesa y se había sentado, con la cara algo enrojecida y pinta de haber bebido.

—Sí, deberían hacer que la gente se quitara los patines cuando entra a un local.

—Me refería a que me sorprende que hayas aparecido.

Francis le pasó el café. También él estaba algo sorprendido de encontrarse allí. Cuando hace algunas semanas Deb Aaron le pasó una nota que decía que Julián quería sentarse a tener una charla con él, los dos a solas, se había limitado a arrugar el *post-it* rosa y lo había tirado a la papelera. Eso era lo que cualquier persona sensata habría hecho en su lugar. Sin embargo, durante los días sucesivos Francis observó que la nota no desaparecía con el resto de la basura, sino que se quedaba pegada en una esquina de la papelera, como un órgano descartado que aún seguía con pulso.

—El caso está cerrado. —Se encogió de hombros. Se alegraba de haber insistido en que lo hicieran en un lugar público—. Bien podríamos ser unos perfectos desconocidos.

Se miraron el uno al otro en silencio un buen rato, y después los dos giraron la cara para mirar por la ventana a la vez. Unos copos de nieve prenavideños caían sobre la obra cercana a Copper Union, el tipo de

precipitaciones que en cualquier momento podía convertirse en lluvia o nieve.

—¿Sabes? Odio este tiempo. —Vio como las mallas metálicas naranjas de las plantas superiores comenzaban a desaparecer en la niebla—. La primera víctima muerta que vi fue justo antes de Navidad. Mataron a una anciana en Harlem y su cuerpo estuvo una semana en el apartamento, todo hinchado. Le salían gusanos por las cuencas de los ojos. El olor era tan fuerte que chicos de veinte años de edad acabaron vomitando. Después de eso lavé tres veces mi uniforme. Pero no puedes meter el sombrero en tu lavadora Maytag con el resto de la ropa. Tuve que dejarlo. Así que la siguiente vez que me tocó hacer patrulla a pie comenzó a llover. Y aquel olor repugnante comenzó a recorrerme la cara, rociándome de nuevo. Trajo con él todos los recuerdos, como si todavía me encontrara en ese apartamento.

—Ahí lo tienes, hijo de puta. No puedes escapar de algunas cosas. Lástima que no pillaras una neumonía.

Francis le echó un vistazo de reojo. Julian llevaba la misma chaqueta de *tweed* y la camisa granate que había llevado cada vez que había acudido al tribunal. También llevaba la misma corbata negra, con un nudo demasiado estrecho, alrededor de su garganta. Demasiado como para poder dejarlo pasar. Probablemente esto no marcaría el inicio de la semana de la fraternidad nacional.

—Bueno, ¿cuál ha sido la indemnización que te han dado? —Francis cogió una servilleta y se sonó la nariz. Todavía no se había curado el catarro que llevaba arrastrando desde Acción de Gracias—. ¿Cincuenta, sesenta quizá?

—Estoy poniendo en orden mi vida. —Julian evitó la pregunta deliberadamente y se inclinó hacia la mesa—. Pero, fuera lo que fuera, no es suficiente para compensar lo que me hiciste.

Ochenta, noventa mil, calculó Francis. Una tercera parte para Deb Aaron. De lo contrario, Julián habría aparecido con un flamante traje nuevo, solo para restregárselo por la cara a su viejo adversario.

—Tienes suerte de que te hayan dado algo. —dijo Francis sin mirarlo—. No sé cómo a tu abogada se le pasó siquiera por la cabeza que iba a poder demostrar intención dolosa.

—Tú sabes lo que hiciste —dijo Julián con una voz cortante.

—Trabajé en el caso todo lo que pude. No fue nada personal.

—Me la jugaste y los dos lo sabemos.

—Cree lo que quieras, hijo. No tiene que ver conmigo...

—¿Por qué coño lo hiciste?

Francis forzó una sonrisa.

—¿De verdad esperas que te responda?

—Tengo toda mi vida delante de mí. Mira esto...

Julián se metió la mano rápidamente en el bolsillo y Francis retrocedió.

—Sería tan fácil. —Los ojos de Julián brillaron divertidos cuando sacó un sobre viejo y amarillento y lo puso en la mesa entre los dos.

—¿Qué es eso? —Francis se inclinó. Su presión sanguínea subía y subía.

—Ábrelo.

Francis dudó y finalmente abrió el sobre. Sus venas comenzaron a palpar como las mangueras contra incendios cuando saltan las alarmas en el parque de bomberos.

—Si esto es una muestra del ADN de Allison Wallis que has estado guardando durante veinte años para usarlo en otro crimen, te meteré un tiro entre ceja y ceja justo antes de dispararme.

Sacó y desdobló una carta con manchas marrones, la extendió sobre la mesa y luego la estudió durante un instante hasta que las palabras tuvieron sentido:

[...] «*Nos complace informarle de que ha sido aceptado para el curso de 1988... Se le enviará más documentación...*» Su mandíbula inferior comenzó a replegarse.

—¿Esto es la carta de admisión de la universidad?

—La he guardado durante veinte años —asintió Julian—. Llegó la segunda semana que llevaba en Attica. Me senté en mi litera y me limité a leerla una y otra vez. Me iban a conceder una beca completa.

Francis limpió la mesa debajo de la carta para asegurarse de que no estuviera húmeda.

—¿Y qué quieres que haga con ella?

—Quiero que la guardes, tío. Quiero que la pongas justo al lado de las fotos de tu familia. Para que la veas cada uno de los días del resto de tu vida.

Francis gruñó como si Julián le acabara de lanzar un balón medicinal. *¿Por qué demonios he venido?* Debería estar en casa, echando sal en la acera y asegurándose de que las contraventanas estuvieran bien cerradas. Debería estar intentando localizar a mis hijos por teléfono. Debería estar ayudando a mi mujer a pintar el baño mientras todavía pueda. Ni siquiera me van a pagar por hacer esto.

—Solo quiero que me digas una cosa. —Julián empujó la carta más hacia el lado de Francis para que él la cogiera—. ¿Cómo eres capaz de vivir con ello, sabiendo lo que hiciste?

—La naturaleza de la bestia —dijo Francis con toda tranquilidad, si bien era incapaz de mirar a Julián a la cara.

—¿Y qué demonios se supone que significa eso?

—Tenía una chica muerta en mis brazos. E hice lo que pensé que tenía que hacer.

—¿Así que tenías que tenderme una trampa?

Francis notó que no podía quedarse quieto en su asiento, igual que un delincuente común al que acaban de llevar a comisaría.

—Siento que te cogiéramos cuando deberíamos haber estado buscando a otra persona —dijo con prudencia—. Es la peor pesadilla de todo policía. En veinte años no me he encontrado ante un caso igual...

—¿«Siento que te cogiéramos»? —Julián empujó la mesa y algunas de las mujeres que estaban sentadas cerca de ellos se les quedaron mirando—. ¿Eso es todo lo que tienes que decirme? ¿Que sientes que me cogierais? ¿Qué te crees que soy, Charlie el atún, y que me han pescado en una red?

—Bueno, ¿qué más quieres? —Francis bajó la voz avergonzado.

—Quiero que lo admitas.

—¿Admitir qué?

—Lo que me hiciste. Quiero oírlo de tu boca.

—¿Por qué es tan importante para ti? —Francis miró a ambos lados. Tenía las piernas tensas.

—Porque lo es. Te llevaste los mejores años de mi vida. Tengo muchas razones para odiarte, tío, y eso me está comiendo por dentro.

—¿Todavía?

—Sí. «Todavía.» ¿Cómo se supone que voy a olvidarlo? Dime cómo. Pensé que todo iría bien, pero todavía estoy jodido por ello. No soy capaz de relajarme. La mayor parte de las veces no soy capaz ni de sonreír. No soy capaz de comer en un restaurante sin llevar los cubiertos y el plato al mostrador. Ni siquiera soy capaz de disfrutar de la primera relación adulta de mi vida.

Francis negó con la cabeza, insistiendo en silencio en que aquello no tenía nada que ver con él.

—El otro día fue horrible. Fui a mi colegio y vi al cura que escribió mi carta de recomendación para la universidad. Noventa y siete años, y todavía se acordaba de mi último boletín de notas. ¿Y sabes lo que me dijo? Que tenía que perdonarte.

—Podría ser.

—¿Pero cómo puedo perdonarte si ni siquiera vas a decir qué fue lo que hiciste?

Los ojos de Francis bajaron hasta la carta que yacía sobre la mesa y sintió que una ligera presión le subía por el pecho.

—Lo siento, hijo. No puedo darte lo que me pides. Eso nunca va a ocurrir.

Levántate. Su cabeza le estaba mandando mensajes al resto de su cuerpo. *No tienes por qué estar aquí. No tienes ninguna obligación de soportar esto. El hecho de que el resto de la gente necesite confesarse no quiere decir que tú tengas que hacerlo.*

—Me imaginaba que ibas a decir eso. —Julián dio una palmada mientras asentía con la cabeza lleno de furia e intentaba controlarse—. De veras que lo imaginaba. Pero, ¿sabes qué es lo que realmente me está matando por dentro?

—No. ¿Qué?

—Saber que vas a hacerle a otra gente lo mismo que me hiciste a mí.

—No, no voy a hacerlo. —El sonido de su sangre latiendo era tan fuerte que en sus oídos se asemejaba a pisadas resonando en el techo.

—Claro que lo harás. ¿Por qué no ibas a hacerlo? No lo sientes, ni mucho menos. No tienes que pagar por lo que hiciste.

Francis sintió que la presión en su pecho se movía, extendiéndose por todo su cuerpo. Le costaba permanecer sentado.

—Siempre acabas pagando.

—¿Qué quieres decir con eso de que «siempre acabas pagando»? Eso solo son mierdas que la gente te dice para que salgas de su oficina. Tú no estás pagando. Mírate. Estás gordo y eres un *jeta*. Seguro que vas a jubilarte con todas tus prestaciones y la mitad de tu salario. No estás sufriendo...

—Me estoy quedando ciego —dijo Francis antes de poder contenerse.

—Sí, claro.

—Es cierto. Me estoy quedando ciego.

—Vete a tomar por culo de aquí. ¿Te crees gracioso o algo así?

—Para mí no lo es.

Julián se quedó callado y lo miró durante unos segundos. Todavía no sabía muy bien si le estaba tomando el pelo o no. Puso un dedo delante de la cara de Francis y comenzó a moverlo lentamente hacia la derecha. Francis lo siguió unos centímetros hasta que los perdió de vista. Luego escuchó que Julián chascaba sus dedos en un punto indeterminado por detrás de sus orejas.

—Ni de coña.

—Es la verdad. —Francis niveló su mirada—. Cada vez veo menos y menos.

Había perdido la cabeza. Ni siquiera se lo había dicho a sus hijos.

—Y... entonces... ¿qué? —Julián se replegó. Estaba nerviosísimo—. ¿Quieres que lo sienta por ti o algo?

—Para nada —dijo Francis—. Pero estás aquí sentado, diciéndome que no he pagado por el mal que te hice. Y tan solo te digo que no es así. Todo el mundo recibe algo.

¿Qué había hecho? Se sentía como si acabara de saltar de un avión sin paracaídas. Estaba cayendo en caída libre. Ahora Julián podría decírselo a todo el mundo. Podrían reabrir docenas de casos antiguos que él había llevado y cuestionar su declaración acerca de cosas que él había afirmado ver. Podrían ir tras su pensión por supuesto perjurio en el estrado y no haberle dicho a nadie lo de su enfermedad. Podrían despojarlo de todo y dejarlo en la calle.

¿Por qué no sacas tu pistola y se la pasas ahora que aún puedes, Loughlin?

Pero también había algo embriagador y excitante en todo aquello. Sintió cómo sus pulmones se abrían y su corazón latía más rápido. Percibió el frescor del aire y la intensidad renovada de los colores a su alrededor. Todos sus sentidos estaban más agudizados y más vivos de lo que habían estado en semanas.

Así que eso era lo que se sentía cuando estabas en el otro lado de la mesa de interrogatorios. Hasta ese momento nunca había llegado a comprender del todo por qué había personas que confesaban y le decían cosas que jamás deberían haberle dicho a nadie más. Ahora lo entendía. Era como estar en lo alto, pero mejor. Durante un segundo, al menos, había dejado que alguien lo viera como él era realmente, y en ello no solo había una sensación de alivio, sino también un cierto soplo de gracia.

«Todo el mundo recibe algo.»

Julián no quería eso. No quería ver las cosas de la forma en que ese hombre las veía. Él era mucho mejor que eso. Le estaba bien merecido a ese cabrón lo que le estaba ocurriendo.

Sin embargo, cuando cerró los ojos un instante, se preguntó cómo se las apañaría si se quedase ciego. ¿Cómo no podrías volverte loco, sabiendo que ya no vas a poder leer ningún cómic, mirar a los ojos de tu amada, o ver los rayos de la noria pasar rápidamente uno tras otro? ¿Cómo sabrías volver a casa? ¿Cómo no podrías pensar que ha sido una especie de castigo?

—Entonces, ¿no vas a pedirme perdón o alguna de esas mierdas?—preguntó Julián una vez los hubo abierto de nuevo.

—Que te jodan. —Loughlin empujó la mesa a su sitio de nuevo—. No necesito ninguna súplica. ¿Vas a decirme algo frente a lo que hiciste o no.

Los dos se pusieron de pie lentamente. Durante veinte años, Julián había fantaseado acerca de lo que haría si encontrase algún punto vulnerable de Loughlin. Había tramado las cosas que le haría con tuberías de plomo, sogas y maleteros de coches. Hasta había pensado en las coartadas que usaría si lo detuvieran. Pero ahora que, por segunda vez, había llegado al vasto embalse de rabia que había estado acumulando durante años no había encontrado nada. Tan solo estiércol seco en el fondo. ¿Adónde le conducía todo eso?

Bajó la vista y vio como su propia mano se levantaba y permanecía en el aire, esperando a que Loughlin la agarrara.

Sin embargo, el poli no la vio porque estaba fuera de su línea de visión y Julián la dejó caer rápidamente.

—Muy bien, tío. No vuelvas a meter en la cárcel a gente que no pertenece a ese lugar.

—Claro. Visto así, parece sencillo.

El policía sonrió con gesto adusto y se metió la carta en el billetero como si se estuviera esposando un maletín bomba en su muñeca.

—Mira, está nevando. —Julián miró por la ventana.

—No me había dado cuenta del cambio. —Loughlin se sonó. Tenía la nariz roja—. Espero ser capaz de encontrar mi coche.

—Sí, quizá te toque desenterrarlo de la nieve.

—Qué me vas a contar.

Salió por la puerta, dejando en la mesa su café a medio terminar. Después se paró un instante ante la ventana. El viento estaba levantando la nieve, que formaba arcos de copos bajo las farolas, como si una fuerza magnética estuviera intentando devolverla a las nubes. Julián le vio girarse dos veces, intentando orientarse mientras la noche se cernía sobre él y los coches resbalaban alrededor del cubo espolvoreado de azúcar que había en medio de la plaza.

Después encogió los hombros, se metió las manos en los bolsillos y se dirigió, con dificultad, por la nieve, hacia Bowery, dejando tras de sí las grúas y las hormigoneras; una silueta descomunal dirigiéndose hacia la tormenta de nieve, haciéndose cada vez más y más pequeña hasta que finalmente desapareció.





Coda

Mirando al sol





Tom estaba en la cocina mirando al techo, con el pelo todavía húmedo de la ducha, su camisa de trabajo azul con el botón del cuello desabrochado y unas tijeras clavadas en su pecho, justo debajo del esternón.

Francis cotejó la hora de su Swatch con la del reloj que estaba encima de la cocina y apuntó la hora de su llegada: las 10:42. Después se abrió paso con cuidado para llegar a la cocina y vio a Eileen, sentada en el sofá del salón con una mancha de sangre en la parte de delante de su jersey de cuello vuelto.

—¿Me vas a decir qué es lo que ocurre?

Miró el árbol de Navidad aturdida. Sus luces se encendían y apagaban arrítmicas mientras sus nietas y la mujer de Tom lloraban histéricamente en la planta de arriba.

—Estaba pasando otra vez —dijo.

—¿El qué?

—Te lo dije. Los hijos tienen secretos.

Se sentó a su lado asegurándose de no tocar nada del suelo ni de la mesa.

—Si quieres que te ayude, vas a tener que explicarte mejor.

—Sabía que no podía controlarse —dijo con una calma que no era natural, como si se acabara de despertar de la anestesia—. Mi propio hijo. ¿Qué haces si tu propio hijo resulta ser un monstruo?

Francis intentó mantener la mente despejada conforme comenzaba a tomar notas.

—Lo sabes, pero a la vez no lo sabes. Quieres hacer como que no está ocurriendo. Pero, ¿qué puedes hacer? No puedes mantener a un hermano y a una hermana separados para siempre.

Francis dejó su libreta. No era capaz de seguir escribiendo.

—Ella quería parar. —Eileen tocó el trozo de papel celo que tenía alrededor de su dedo—. Intentó decírmelo, pero yo no podía soportar escucharlo. Era demasiado para mí.

Francis asintió con la cabeza. Por fin encajaban todas las piezas. No era de extrañar, después de lo que acababa de oír, que hubiese andado diciendo que Allison seguía viva, que lo persiguiera y le dejara mensajes silenciosos en el contestador, que intentara por todos los medios que no se olvidara del caso. «Han enterrado a la persona equivocada.»

—Estaba empezando a pasar de nuevo. Con sus propias hijas. —Se sujetó las rodillas con las manos—. Lo pillé esta mañana con la mayor en el baño. Su propia hija. Y no podía permitir que pasara de nuevo. ¿Tú podrías, Francis?

—No lo sé. No sé qué haría.

—Sí, sí lo sabes. —Levantó la barbilla con aire desafiante—. Creo que sabrías lo que habría que hacer.

Durante un instante, toda la locura y la consternación, todas las excusas médicas, desaparecieron. Ella era la madre de la camada, con las mandíbulas llenas de sangre, que intentaba evitar que las crías jóvenes se mataran entre ellas.

—Si te diesen la oportunidad de no cometer el peor error de tu vida por segunda vez, removerías el cielo y la tierra. Y no me digas que no lo harías.

Rashid, ya parte del equipo operativo, y Jimmy Ryan llegaron cinco minutos después y encontraron a Francis en la cocina, delante del cuerpo y tomando notas.

—¿Qué dices, X? —Jimmy hizo un globo con el chicle, que explotó—. Todo vuelve, ¿eh?

—Estaba pensando que se debió de desangrar casi al momento. —Francis apenas alzó la vista—. Su madre estaba en casa y ya estaba muerto para cuando llamó al 911.

—¿De veras? —Jimmy se encorvó hacia el cuerpo para examinar la forma en que la sangre calaba la camisa—. Es una puta herida de entrada. Parece que ha alcanzado una de las arterias principales.

—Sí, Tom debía de estar muy decidido a hacerlo.

—¿Qué? —Rashid reaccionó tarde y casi se le cae el palillo—. ¿Dices que esto es un suicidio?

—Yo no digo nada. —El bolígrafo de Francis seguía moviéndose sobre el papel—. Es competencia de la policía científica tomar las huellas de las tijeras y del forense dictaminar la causa de la muerte.

—Perdonadme un segundo. Voy a llamar a JC para ponerle al tanto. —Jimmy se fue de la habitación. No quería formar parte de eso.

Rashid se puso en cuclillas al lado del cuerpo.

—Es un ángulo rematadamente difícil para clavarse nada, tío —dijo—. La mayoría de la gente habría apuntado más abajo.

—¿Por qué no le preguntas a él por qué lo hizo así? —Francis siguió escribiendo—. Puto cerdo. Probablemente sabía que tenía cáncer por las pruebas de ADN que le dimos y sabía que su juicio empezaba dentro de un par de semanas. Probablemente se imaginó que matarse era la mejor opción. Sería la única cosa decente que habría hecho en su vida.

Rashid se incorporó muy despacio.

—Mmm, jefe, no me gusta.

—¿Quién te ha preguntado?

—Lo único que digo es que te respeto mucho porque he visto la forma en que te implicas en los casos. Pero si resulta que alguien ha jodido las pruebas de una escena del crimen, no quiero formar parte de eso.

Francis bajó su bloc y lo cerró golpeándolo contra su pierna.

—¿Estás insinuando algo, detective?

Rashid sacó pecho.

—Ya me has oído. La cabra siempre tira al monte. No me metas en un marrón porque tengas una historia que no case bien.

—Que te jodan, estoy siguiendo el protocolo. Cualquiera que diga lo contrario es un mentiroso.

Rashid inclinó la cabeza y miró a Francis desde ese ángulo bajo, intentando hacer razonar al hombre que estaba tras la máscara.

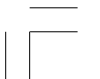
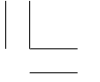
—No lo hagas, tío —dijo—. No es tu trabajo hacer que las cosas salgan de la forma que te gustaría que fueran...

—Discúlpame —Francis lo cortó—. Si quieres tirarme piedras, tíramelas. Si quieres ser mi compañero, sé mi compañero. Eso significa que no tenemos que hablar de eso. Simplemente hacemos lo que hay que hacer y no mandamos a la cárcel a nadie cuyo lugar no sea ese. Esa mujer está intentando sacar adelante a sus nietas. Necesita algo de comprensión. Si no eres capaz de entenderlo, ya estás tardando en irte de aquí.

Rashid se le quedó mirando un buen rato hasta que volvió a arrodillarse al lado del cuerpo mientras mordisqueaba su palillo y lo pasaba de un lado a otro de la boca.

—Es curioso —dijo—. Un tipo se mata clavándose unas tijeras. Hay formas más fáciles de hacerlo. No dejó una nota, ¿no?

—No que yo haya visto. —Francis comenzó a alejarse—. Pero echa un vistazo. No siempre se ve todo a la primera.



Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a las siguientes personas por su generosidad y por hacer este libro posible:

Chauncey Parker, Lisa Palumbo, Mark Desire, Joseph Calabrese, Laurey G. Mogil, M.D., Joyce Slevin, Bob Slevin, Luke Rettler, John Cutter, Jennifer Wynn, Stephen Hammerman, Arthur Levitt, Mark Graham, Anthony Papa, Mitchell Benson, Peter Neufeld, Jim Dwyer, Peter Garuccio, John Hamill, Steve Kukaj, Peter Walsh, Charlie Breslin, Ron Feemster, Svetlana Landa, Daniel Perez, Charles Shepard, Leon Maslennikov, Katya Zhdanova, John Nelson, Ron Kuby, Néelson Hernández, Joel Potter, Vicky Sadock, Sam Bender, Daniel Bibb, Mark Stamey, Bilial Thompson, Shqipe Biba, June Ginty, Bob Stewart, Kevin Walla, John McAndrews, Kim Imbornoni, Chris Smith, Tom Grant, Ed Rendelstein, James Watson, Molly Messick, David Segal, James McDarby, Steve Lamont, Steve DiSchiavi, Darryl King (el verdadero), Sophie Cottrell, Richard Pine, Michael Pietsch, Judy Clain y, en especial, a mi viejo amigo y vecino Jim Knipfel por su gentileza y sus excelentes libros, incluidos *Slackjaw* y *Ruining It for Everybody*.

Los arriba mencionados quedan eximidos de toda responsabilidad por cualquier error encontrado entre estas dos cubiertas, así como por los defectos de los personajes y los crímenes de tan baja moral descritos en el libro. El autor es el único y exclusivo responsable de todos ellos.

Bestsellers

- | | |
|----------------------------------|--------------------|
| 1. La ecuación Dante | Jane Jensen |
| 2. Signum | José Guadalajara |
| 3. El resugir de la Atlántida | Thomas Greanias |
| 4. Testamentvm | José Guadalajara |
| 5. Imajica: el Quinto Dominio | Cliver Barker |
| 6. Imajica: la Reconciliación | Cliver Barker |
| 7. El puzzle de Jesús | Earl Doherty |
| 8. El secreto de María Magdalena | Ki Longfellow |
| 9. El ángel más tonto del mundo | Christopher Moore |
| 10. En presencia de mis enemigos | Harry Turtledove |
| 11. Tiempo de matar | Lisa Gardner |
| 12. La habitación de Ámbar | Steve Berry |
| 13. El traficante de bebés | Kit Reed |
| 14. La buena muerte | Nick Brooks |
| 15. Desaparecido | Jonathan Kellerman |

PRÓXIMAMENTE

- | | |
|---------------------------|-------------------|
| El código de la Atlántida | Stel Pavlou |
| Un trabajo sucio | Christopher Moore |

